

El fin de la soledad

Benedict Wells

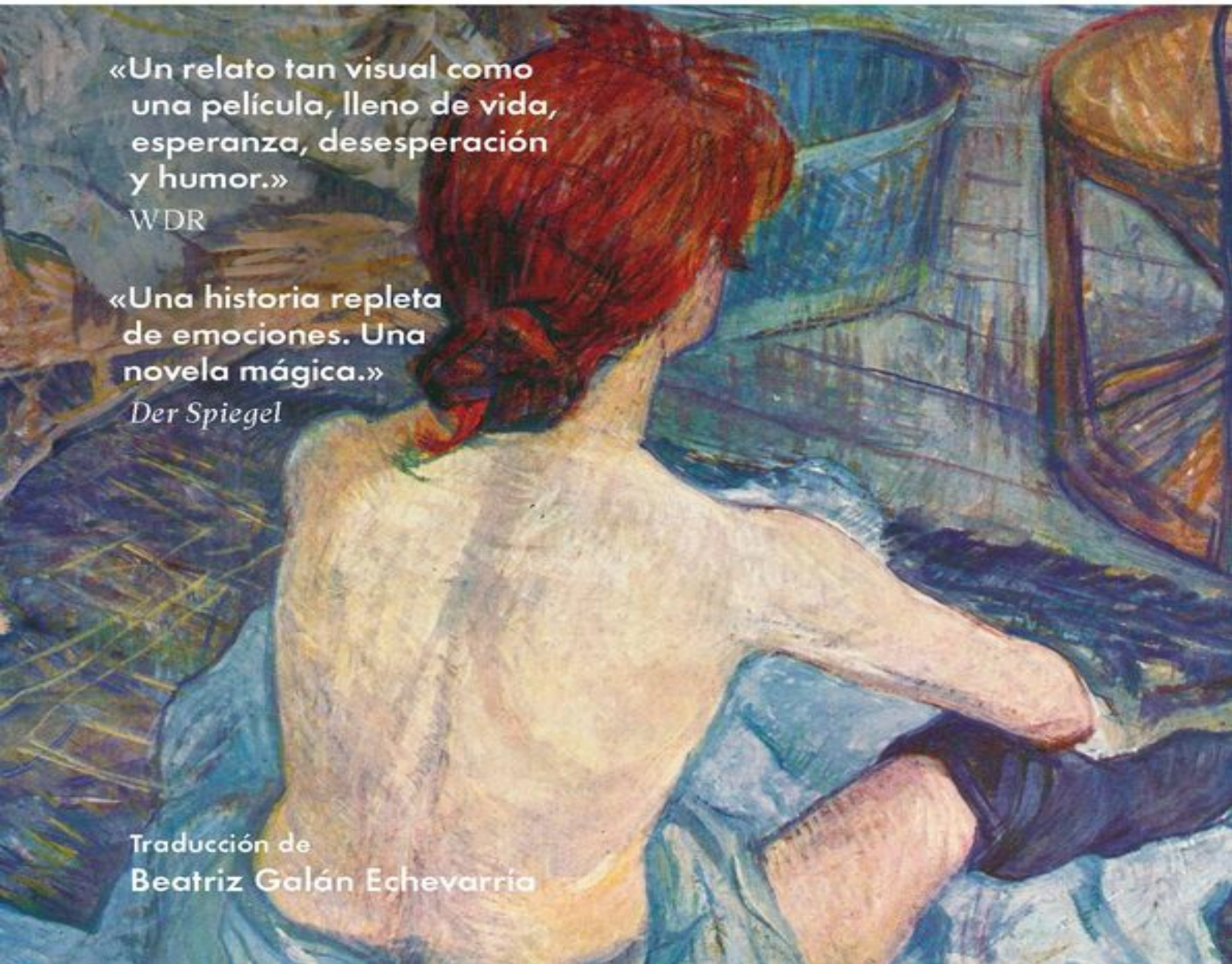
«Un relato tan visual como una película, lleno de vida, esperanza, desesperación y humor.»

WDR

«Una historia repleta de emociones. Una novela mágica.»

Der Spiegel

Traducción de
Beatriz Galán Echevarría



EL FIN DE LA SOLEDAD

BENEDICT WELLS

TRADUCCIÓN DE BEATRIZ GALÁN ECHEVARRÍA

MALPASO

BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES NUEVA YORK

© Diogenes Verlag AG Zürich, 2016
© Traducción: Beatriz Galán Echevarría

© Malpaso Ediciones, S. L. U.
Gran Via de les Corts Catalanes, 657, entresuelo
08010 Barcelona
www.malpassoed.com

Título original: *Vom Ende der Einsamkeit*
ISBN: 978-84-17081-39-3
Primera edición: octubre de 2017

Diseño de interiores: Sergi Gòdia
Imagen de cubierta: © Henri de Toulouse-Lautrec, *La toilette* (1889), París,
Museo de Orsay.

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet), y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo, salvo en las excepciones que determine la ley.

Para mi hermana

Acerca tu silla al borde del precipicio. Entonces te
contaré mi historia.

F. SCOTT FITZGERALD

PRIMERA PARTE

Hace tiempo que conozco a la muerte, pero ahora ella también me conoce a mí.

Abro los ojos con cuidado. Parpadeo. La oscuridad remite lentamente. Una habitación vacía, apenas iluminada por el fulgor verde y rojo de unos aparatitos, y un haz de luz que se cuelga por la puerta entreabierta. El silencio nocturno de un hospital.

Me siento como si acabara de despertar de un sueño de varios días. Un dolor sordo y cálido en mi pierna derecha, en mi abdomen, en mi pecho. En la cabeza, un ligero zumbido que irá en aumento. Poco a poco empiezo a intuir lo que debe de haber sucedido.

He sobrevivido.

Me asaltan algunas imágenes. Me veo saliendo de la ciudad en moto, acelerando, la curva ante mí. Noto que las ruedas pierden adherencia, que el árbol se precipita hacia donde yo estoy, que intento esquivarlo, que cierro los ojos...

¿Qué fue lo que me salvó?

Echo un vistazo hacia abajo. Un collarín; la pierna derecha inmovilizada, probablemente enyesada; la clavícula vendada. Antes del accidente estaba en buena forma; en realidad en muy buena forma, dada mi edad. Quizá eso haya ayudado.

Antes del accidente... ¿No había ahí algo más? ¿Algo completamente distinto? No quiero ni recordarlo. Prefiero pensar en el día en que enseñé a los niños a lanzar piedras al agua para que rebotaran sobre su superficie. Prefiero pensar en las manos de mi hermano gesticulando al discutir conmigo. Y en el viaje a Italia con mi mujer, y en el paseo que dimos por la costa de Amalfi al amanecer, mientras a nuestro alrededor el mar iba iluminándose y rompía suavemente contra las rocas...

Dormito. En mi sueño, estamos en el balcón. Ella me mira intensamente a

los ojos, como si me atravesara. Con la barbilla señala hacia el patio, donde nuestros hijos juegan con los de los vecinos. Mientras la niña trepa resueltamente por un muro, el niño se mantiene al margen y se limita a observar a los demás.

—Es clavadito a ti —me dice.

La veo sonreír y la cojo de la mano...

Suenan varios pitidos. Un enfermero cambia la bolsa de suero. Aún es noche cerrada. En el calendario de la pared pone «Septiembre 2014». Intento incorporarme.

—¿Qué día es hoy?

No reconozco mi voz.

—Miércoles —dice el enfermero—. Ha estado dos días en coma.

Es como si hablara de otra persona.

—¿Cómo se encuentra?

Me recuesto de nuevo.

—Un poco mareado.

—Es normal.

—¿Cuándo podré ver a mis hijos?

—Avisaré a su familia a primera hora de la mañana. —El enfermero va hacia la puerta, y una vez allí se detiene brevemente—. Si necesita algo, llame al timbre. La doctora vendrá enseguida a atenderle.

No le respondo, y sale de la habitación.

¿Qué es lo que hace que una vida sea como es?

En el silencio oigo todos mis pensamientos, y de pronto estoy completamente desvelado. Empiezo a revivir etapas aisladas de mi pasado. Me sobrevienen historias que había dado por olvidadas: me veo de niño en el pabellón del internado, y veo la luz roja de mi cámara oscura en Hamburgo. Al principio, los recuerdos son vagos, pero con el paso de las horas irán volviéndose más precisos. Mi mente deambula errática por el pasado, antes de aterrizar en la catástrofe que eclipsó mi infancia.

CORRIENTES

(1980)

Cuando tenía siete años, mi familia fue de excursión al sur de Francia. Mi padre, Stéphane Moreau, nació en Berdillac, un pueblo cercano a Montpellier. Mil ochocientos habitantes, una panadería, una cervecería, dos bodegas, una carpintería y un equipo de fútbol. Fuimos a visitar a mi abuela, quien en los últimos años no había vuelto a salir del pueblo.

Como hacía en todos los trayectos largos en coche, mi padre se puso su vieja chaqueta de cuero de color marrón claro y se plantó su pipa en la boca. Mi madre, que había ido medio dormida la mayor parte del camino, puso una cinta con canciones de los Beatles. Se dio la vuelta hacia mí.

—Para ti, Jules.

Paperback Writer, mi canción preferida de entonces. Yo iba sentado detrás de ella y empecé a tararear. Las voces de mis hermanos empezaron a oírse más fuerte que las del casete. Liz había pellizcado a Martin en la oreja. Marty —así era como lo llamábamos— empezó a gritar y a quejarse a nuestros padres.

—Chivato estúpido —dijo Liz pellizcándole de nuevo.

Siguieron con la pelea, cada vez más subida de tono, hasta que mi madre se dio la vuelta y los miró. Su mirada era un poema: mostraba al mismo tiempo comprensión hacia Marty, que tenía una hermana malvada, y hacia Liz, que tenía un hermano enervante; pero sobre todo daba a entender que pelearse era una solemne tontería y, más aún, que si se portaban bien podrían pedir un helado en la siguiente gasolinera. Mis hermanos se separaron de inmediato.

—¿Por qué tenemos que ir cada año a ver a la abuela? —preguntó Marty —. ¿Por qué no podemos ir alguna vez a Italia?

—Porque es lo correcto. Y porque vuestra *mamie* se pone muy contenta con vuestra visita —dijo papá en francés sin apartar la mirada de la carretera.

—No es verdad. No le gustamos nada.

—Y además huele muy raro —dijo Liz—. Como a muebles viejos tapizados.

—No, huele a sótano mohoso —matizó mi hermano.

—¡Dejad de decir esas cosas sobre vuestra *mamie*! —Mi padre giró en una rotonda.

Yo miré por la ventana. A lo lejos vi arbustos de tomillo, garrigas y robles. El aire era más aromático que en el sur de Francia, y los colores más intensos que en casa. Me metí la mano en el bolsillo y jugué con las monedas plateadas, los francos, que me habían sobrado del año anterior.

Por la tarde llegamos a Berdillac. Cuando pensaba en aquel lugar, me venía siempre a la mente un anciano hosco y malhumorado, pero en el fondo encantador, que se pasaba el día dormitando. Como en muchas zonas del Languedoc, las casas estaban hechas de gres y arenisca, tenían unas persianas muy sencillas y unos tejados de tejas rojas que reflejaban suavemente el sol del atardecer.

La grava crujió bajo las ruedas del coche cuando este se acercó a la casa que quedaba al final de la Rue Le Goff. El edificio resultaba algo inquietante: la fachada estaba cubierta de hiedra y el techo algo hundido. Olía a pasado.

Nuestro padre bajó el primero del coche y avanzó con paso resuelto hacia la puerta. Debía de estar en su mejor momento, como suele decirse. A los treinta y tantos años aún conservaba todo su pelo, de color moreno, y atendía a todo el mundo con exquisita elegancia. Yo solía ver cómo los vecinos, amigos y conocidos se acercaban a él y lo escuchaban con atención cuando hablaba. El secreto era su voz: suave, ni muy grave ni muy aguda, con el acento apenas perceptible; actuaba como un lazo invisible sobre sus oyentes, a los que rodeaba y atraía hacia sí. En su trabajo como auditor también tenía un éxito notable, pero para él lo único que importaba era la familia. Cada domingo cocinaba para nosotros, siempre tenía tiempo para sus hijos y su sonrisa

juvenil era realmente optimista y reparadora. Aunque debo admitir que tiempo después, al mirar fotos tuyas, observé que ya entonces había algo que no encajaba. Sus ojos. Un furtivo dolor se escondía en ellos. Quizá algo de miedo.

Nuestra abuela apareció por la puerta. Tenía los labios apretados y apenas miró a su hijo, como si se avergonzara de algo. Se abrazaron.

Los niños observamos la escena desde el coche. Se decía que la abuela había sido una magnífica nadadora en su juventud, y que era muy querida en todo el pueblo. Tuvo que ser hace cientos de años. Ahora sus brazos parecían muy frágiles, tenía una leve joroba y parecía incapaz de soportar el ruido que hacían sus nietos. Teníamos miedo de ella y de aquella casa tan sobria, con sus alfombras pasadas de moda y sus camas de hierro forjado. Nos parecía un misterio que papá quisiera venir aquí cada verano. «Era como si año tras año tuviera que volver al lugar en el que sufrió las peores humillaciones», dijo Marty en una ocasión, años después.

Aunque allí también olía a café por las mañanas y los rayos de sol iluminaban el suelo embaldosado del salón. De la cocina llegaban sonidos metálicos cuando mis hermanos cogían los cubiertos para poner la mesa del desayuno, mientras mi padre permanecía ensimismado en el periódico y mi madre hacía planes para el resto del día. Y luego caminatas por las cuevas, excursiones en bici o alguna partida de petanca en el parque.

A finales de agosto, la fiesta del vino de Berdillac. La banda de música del pueblo tocaba cada tarde, las casas estaban decoradas con farolillos y guirnaldas y el olor de carne a la parrilla impregnaba todas las calles. Mis hermanos y yo nos sentábamos en la enorme escalera del ayuntamiento y veíamos bailar a los adultos en la plaza del pueblo. En mi mano, la cámara que mi padre me había confiado. Una Mamiya pesada y cara. Me habían encargado que hiciera fotos de la fiesta. Para mí fue un honor, pues mi padre no dejaba su cámara a nadie. Orgulloso, hice algunas fotos mientras él dirigía con elegancia a mi madre por la pista de baile.

—Papá es un buen bailarín —dijo Liz con tono de experta.

Mi hermana tenía once años. Era una niña alta, con el pelo rubio y rizado. Por aquel entonces ya tenía lo que mi hermano y yo llamamos «la enfermedad del teatro». Liz siempre se comportaba como si estuviera encima de un

escenario. Brillaba como si varios focos la estuvieran iluminando, y hablaba con el tono y la claridad adecuados para que hasta el público de la última fila pudiera oírla sin problemas. Ante los desconocidos se hacía la mayor, pero en realidad acababa de superar su fase de princesas. Mi hermana dibujaba y cantaba, le gustaba jugar con los niños del vecindario, era capaz de pasarse varios días sin ducharse, unas veces quería ser inventora y otras soñaba con ser elfa... En su cabeza parecían agolparse miles de ideas a la vez.

Por aquella época las demás niñas solían burlarse de ella. Yo vi a mi madre entrando muchas veces en su dormitorio para tranquilizarla y conversar después de que sus compañeras del cole la hubiesen molestado o le hubiesen escondido la mochila. Después, yo también pude entrar en su dormitorio; ella pasaba rápidamente los brazos sobre mis hombros y yo sentía su respiración sobre mi piel, mientras me explicaba todo lo que le había dicho mamá, seguramente con algo de cosecha propia. Yo quería a mi hermana como a nada en este mundo, y aquello no cambió ni un ápice cuando me dejó en la estacada, años más tarde.

Después de la medianoche, un manto de humedad cubría siempre el pueblo. Los hombres y las mujeres que aún seguían en la pista de baile —entre los que se encontraban nuestros padres— cambiaban de pareja con cada canción. Hice una foto, aunque a duras penas podía seguir sosteniendo la Mamiya.

—Dame la cámara —dijo mi hermano.

—No, papá me ha dicho que la vigile yo.

—Solo un momento, solo quiero hacer una foto. Tú ni siquiera puedes con ella.

—No seas tan malo con él —dijo Liz—. Le ha hecho mucha ilusión ser el encargado de guardarla...

—Pues las fotos que ha hecho son una mierda. No tiene ni idea de usar el flash.

—Eres un maldito sabelotodo. No me extraña que no tengas amigos.

Marty hizo algunas fotos. Era el mediano de los hermanos. Diez años, gafas, pelo oscuro, rostro pálido y vulgar. Mientras que Liz y yo nos

parecíamos ostensiblemente a nuestros padres, el aspecto externo de Marty no tenía nada que ver con el de ellos. Parecía haber venido de un lugar distinto y desconocido y haberse colado entre nosotros para quedarse. A mí no me gustaba nada. En las pelis que solía ver, los hermanos mayores eran casi siempre héroes que arriesgaban su vida por sus hermanos pequeños. El mío, en cambio, era un solitario que se pasaba el día en su habitación jugando con su hormiguero o haciendo pruebas de sangre a las lagartijas y los ratoncillos que él mismo diseccionaba. Su reserva de animalillos muertos parecía inagotable. Hacía poco, Liz había dicho de él que era «un friki repugnante», y yo creo que dio bastante en el clavo.

De aquel verano en Francia no recuerdo más que algunos fragmentos — aparte del dramático acontecimiento del final, por supuesto—. Sea como fuere, lo que sí recuerdo es el modo en que los tres hermanos observábamos a los niños franceses jugando a fútbol en la plaza del pueblo, y la sensación de intrusos que nos embargaba. Los tres habíamos nacido en Múnich y nos sentíamos alemanes. En nuestra vida no había nada que nos recordara nuestros orígenes franceses —excepto, quizá, alguna receta especial— y apenas hablábamos el idioma. Y eso que nuestros padres se conocieron en Montpellier. Mi padre se mudó allí al acabar el colegio porque quería huir de su familia, y mi madre había viajado a aquella ciudad porque le encantaba Francia (y porque quería huir de su familia). Cuando nos hablaban de aquella época, de las noches que pasaban yendo al cine o de las tardes en las que mamá tocaba la guitarra o de la primera vez que se vieron en una fiesta de estudiantes a la que los invitó un amigo común, o de cuando se marcharon a Múnich, con mamá ya embarazada, los tres teníamos la sensación de conocer a nuestros padres. Después, cuando se marcharon, tuvimos que admitir que no sabíamos nada de ellos. Nada en absoluto.

Salimos a dar un paseo, pero nuestro padre no nos dijo adónde íbamos y tampoco abrió la boca durante el trayecto. Los cinco anduvimos hasta la cima de una colina y llegamos a una zona boscosa. Mi padre se detuvo frente a un enorme roble.

—¿Veis lo que pone ahí, en el tronco? —preguntó, aunque parecía algo ausente.

—*L'arbre d'Eric* —leyó Liz—. El árbol de Eric.

Observamos el roble.

—Alguien ha talado una rama —dijo Marty señalando un punto redondeado y desmochado del árbol.

—Cierto —murmuró papá.

Mis hermanos y yo no conocimos al tío Eric. Nos dijeron que había muerto hacía ya muchos años.

—¿Por qué pone que este era su árbol? —preguntó Liz.

El rostro de mi padre se iluminó:

—Porque mi hermano traía aquí a las chicas para ligárselas. Las invitaba a sentarse junto al árbol, en el banco, y mientras miraban hacia el valle él leía poemas, y luego las besaba.

—¿Poemas? —preguntó Marty—, ¿eso funcionaba?

—Siempre. Y por eso algún bromista vino hasta el árbol y escribió estas palabras en la corteza.

Mi padre miró hacia el frío azul matinal del cielo; mi madre se acercó a él y apoyó la cabeza en su hombro. Yo miré al árbol y repetí en voz baja: «*l'arbre d'Eric*».

Y entonces llegó el final de las vacaciones e hicimos una última excursión. Por la noche había vuelto a llover; las gotas de rocío pendían de los árboles y el aire de la mañana refrescaba nuestra piel. Como siempre que me despertaba pronto, yo tenía la maravillosa sensación de que el día me pertenecía. Hacía unos días había conocido a una chica del pueblo, Ludivine, e iba hablando de ella con mi madre. Mi padre, como le sucedía siempre al acabar las vacaciones en Francia, se veía francamente aliviado por dejarlo todo atrás hasta el año siguiente. Se detenía de vez en cuando para hacer fotos y silbaba. Liz iba delante de todo, al trote, y Marty, en cambio, caminaba muy lento, algo descolgado de los demás. Teníamos que parar de vez en cuando a esperarlo.

Al llegar al bosque, nos encontramos con un río lleno de cantos rodados sobre el que había un árbol volcado que lo cruzaba de orilla a orilla. Como teníamos que pasar al otro lado, mi hermana y yo preguntamos si podíamos hacerlo por encima del tronco. Papá se subió a la madera para probarla.

—Yo creo que es peligroso —dijo—. Desde luego, yo no pasaría por encima.

De modo que bajamos del tronco. Solo entonces nos dimos cuenta de lo mucho que se había curvado, de lo resbaladiza que era la corteza, de lo ancho que era el río y de la cantidad de piedras que había en él. El tronco medía unos diez metros, y si alguien se resbalaba y caía desde él al río podía hacerse mucho daño.

—Mirad, allí hay un puente —dijo Liz.

Aunque normalmente se atrevía a probarlo todo, aquella vez mi hermana se acobardó y siguió caminando por la orilla. Los demás la siguieron. Yo fui el único que se quedó quieto. Por aquella época no conocía el miedo. Hacía solo unos meses había sido el único de mi clase en atreverse a bajar en bici una pendiente muy pronunciada. A los pocos metros perdí el control, me caí estrepitosamente y me rompí el brazo. Pero en cuanto me curé y me quitaron el yeso, empecé a buscar la próxima y peligrosa aventura.

Me quedé mirando el tronco, frente a mí, y sin pensármelo dos veces volvía subir y empecé a caminar sobre él.

—¡Estás loco! —me gritó Marty, pero yo no lo oí.

En un momento dado, estuve a punto de resbalarme, y al ver las piedras bajo mis pies me sentí un poco mareado, pero para entonces ya estaba a la mitad del tronco y no era el momento de retroceder. El corazón me latía con fuerza. Aceleré el paso los últimos metros y llegué sano y salvo a la otra orilla. Alcé los brazos de puro alivio. Mi familia siguió caminando hasta el puente por la orilla derecha del río, mientras yo iba solo por la izquierda. De vez en cuando los miraba y sonreía. No me había sentido más orgulloso en mi vida.

El río se alejaba del bosque poco a poco. Cada vez era más ancho y su corriente más fuerte; además, la lluvia del día anterior había aumentado el caudal. La orilla estaba lodosa y blanda. Un cartel advertía a los excursionistas de que se mantuvieran alejados del margen del río.

—Si alguien cae ahí dentro, se ahoga seguro —dijo Marty mirando el agua alborotada.

—Pues a ver si te caes tú y nos libramos de ti de una vez por todas — replicó Liz.

Marty le dio una patada, pero ella la esquivó ágilmente y salió corriendo hacia mamá, con ese estilo siempre indolente y desenvuelto que la caracterizaba.

—¿Has vuelto a decir una insolencia? —le preguntó mamá—. Creo que vamos a tener que dejarte con la abuela.

—No —dijo Liz con un terror que era mitad fingido, mitad real—. No, por favor.

—No me dejas más opción. La abuela cuidará bien de ti. —Al decir aquello imitó la mirada reprobadora de la abuela, y Liz se rio.

Nuestra madre era, sin lugar a dudas, la estrella de la familia, al menos para nosotros, los niños. Era atractiva y elegante, tenía amigos en todo Múnich y daba fiestas y cenas a las que acudían artistas, músicos o actores de teatro que solo Dios sabía dónde había conocido. Subrayo, por cierto, de manera explícita lo de «atractiva y elegante», una expresión simple y superficial con la que difícilmente puedo transmitir que nuestra madre era una mezcla de Grace Kelly e Ingrid Bergman. Durante mi infancia me costó realmente entender por qué llevaba la vida sencilla de una profesora en lugar de la de una estrella de cine. Acometía las labores de casa con una sonrisa divertida y amorosa, y yo tardé mucho tiempo en comprender lo encorsetada que tenía que haberse sentido.

Nos detuvimos a descansar en un prado. Nuestro padre relleno su pipa y nos tomamos los bocadillos de jamón que habíamos hecho en casa. Después, mamá tocó algunas canciones de Gilbert Bécaud con la guitarra.

Cuando papá y mamá se pusieron a cantar, Marty puso los ojos en blanco.

—Por favor, parad, me muero de vergüenza.

—Pero si aquí no hay nadie —dijo mamá.

—¡Sí, allí!

Mi hermano señaló hacia el otro lado del río, donde acababa de sentarse otra familia. Los niños tendrían más o menos nuestra edad, y había también un perro mestizo que correteaba entre ellos.

Era mediodía; el sol brillaba alto en el cielo. Bajo el calor del verano,

Marty y yo nos quitamos las camisetas y nos tendimos sobre una manta. Liz se puso a dibujar en una libreta. Cosas pequeñas y, siempre, su nombre. Por aquella época no había decidido aún con qué tipo de letra quedaba más bonito, y lo escribía en todas partes: sobre el papel, sobre la mesa, en la carpeta, en las servilletas: «Liz, Liz, Liz».

Nuestros padres se fueron a dar un paseo y se alejaron de allí abrazados por la cintura. Los hermanos nos quedamos en el prado. Los colores del paisaje estaban saturados por el sol. Marty y Liz jugaban a las cartas; yo cogí la guitarra y me puse a puntearla mientras observaba a la familia en la otra orilla del río. Sus risas, interrumpidas por el ladrido del perro, nos llegaban de una forma clara e insistente. Uno de los niños lanzaba de vez en cuando un palo al animal, que lo cogía de inmediato, hasta que al fin se aburría y lo escondió bajo una manta. Sin embargo, el perro quería seguir jugando y se puso a corretear, primero de un miembro a otro de la familia y luego algo más allá, en la orilla del río, donde la rama de un árbol se había quedado atrapada entre la maleza. El perro intentó coger la rama con la boca, pero no lo logró. La corriente del río era fuerte en aquella zona. Yo era el único que estaba viendo aquello y noté que se me ponía la piel de gallina.

El perro siguió estirando de la rama y, en su empeño, fue acercándose cada vez más al agua. Yo estaba a punto de advertir a la familia sobre lo que estaba pasando cuando oí un aullido. El lodo de la orilla había cedido bajo su peso y el perro se había caído al agua. Seguía sujeto a la rama con los dientes, pero el resto de su cuerpo estaba a merced de la corriente. El animal gimió con fuerza e intentó llegar de nuevo a la orilla derruida, pero el agua podía con él. Sus gemidos eran cada vez más fuertes.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Liz.

—No lo conseguirá —dijo Marty. Lo dijo con la convicción del juez al dictar sentencia.

La familia que estaba al otro lado de la orilla corrió hacia el perro, y justo en el momento en que llegaron a su altura la rama se soltó y el perro fue arrastrado por la corriente.

El animalillo se mantuvo un rato a flote, pero luego desapareció bajo el río. Mientras los niños del otro lado lloraban y gritaban, yo me di la vuelta y observé las caras de mis hermanos. Nunca olvidaré su expresión.

Por la noche, ya en la cama, seguí oyendo los aullidos del perro. Liz estuvo todo el día deprimida, y Marty apenas abrió la boca. Pero lo más extraño de todo fue que nuestros padres no habían estado allí cuando sucedió. Por supuesto, en cuanto volvieron intentaron consolarnos, pero aquello no alteró el hecho de que mis hermanos y yo habíamos vivido algo que solo nos había estremecido a nosotros.

Aquella noche di mil vueltas en la cama. No podía dejar de pensar en la brusquedad con la que, en cuestión de segundos, se había visto truncada la felicidad de aquella familia del otro lado del río. Recordé una vez más al tío Eric y el modo en que nos dijeron que «ya no estaba entre nosotros». Hasta aquel momento, mi vida había estado perfectamente protegida, pero por lo visto había fuerzas y corrientes invisibles que podían cambiarlo todo en un instante. Parecía que algunas familias vivían protegidas por el destino mientras que otras, en cambio, atraían hacia sí todos los males. Y aquella noche, en la cama, me pregunté si la mía sería una de esas.

EN EL VACÍO

(1983-1984)

Tres años y medio después, diciembre de 1983: la última Navidad con mis padres. A primeras horas de la tarde estaba yo sentado frente a la ventana de mi habitación, mientras el resto de la familia decoraba el salón. Como cada año, solo me llamaban cuando ya estaba todo listo. Y yo me preguntaba cuántos años más iba a ser así. Oí a mi hermano quejarse por algo, y después la risa fresca y reparadora de mi madre. Escuché a mi hermana discutir con mi padre sobre qué mantel poner para la ocasión. Miré distraído hacia el jardín: los árboles, desnudos por el invierno, el columpio y la cabaña en el árbol. En los últimos años habían cambiado muchas cosas, pero mi adorado jardín seguía igual.

Llamaron a la puerta. Era mi padre. Llevaba un jersey de cachemir azul oscuro y la pipa en la boca. Estaba a punto de cumplir los cuarenta. Su pelo oscuro empezaba a clarear por delante y su sonrisa juvenil había desaparecido por completo. ¿Qué le había pasado? Hasta hacía unos años su aspecto era el de alguien alegre y confiado, pero ahora no era más que una figura encogida en su habitación.

Mamá y él apenas hacían cosas juntos, pues solía desaparecer durante horas con su cámara, aunque nunca nos enseñaba las fotos que hacía. Y aunque estuviera jugando con mis amigos, podía notar su mirada de desaprobación clavada en mi espalda. Desde su punto de vista, el mundo era un lugar lleno de peligros. Por ejemplo, cuando mi madre conducía («vas demasiado rápida, Lena, nos vas a matar a todos»); o cuando yo cruzaba el río Berdillac pasando por encima del tronco caído, verano tras verano («Jules, de verdad, ya no

puedo mirar más; como te caigas de ahí te romperás la crisma!); o cuando Liz quería ir con sus amigas del cole a algún concierto («te lo prohíbo rotundamente; ¡quién sabe qué tipo de gente habrá por ahí!»). Si hubiese tenido que escribir algún consejo, seguramente habría sido «mejor ni lo intentes».

Solo se relajaba cuando salía a jugar a fútbol con sus amigos, y yo entonces lo admiraba por el modo en que movía la pelota con los pies y la facilidad con la que se zafaba de sus contrincantes. De joven, en Francia, había jugado en un equipo, y aún mantenía un increíble dominio del espacio y una particular habilidad para intuir los movimientos del contrario y presionarlo en el momento adecuado. Parecía el único que entendía de verdad el objetivo del juego.

Mi padre se sentó a mi lado en la ventana. Olía a tabaco y a esa crema suya para después del afeitado, húmeda y amarga. «¿Te hace ilusión que sea Navidad, Jules?»

Cuando asentí, me dio unas palmaditas en el hombro. Antes solíamos salir a pasear juntos por Schwabing, cuando él volvía del trabajo. Todavía había bares en las esquinas y cafeterías para tomar algo rápido, cabinas telefónicas de color amarillento y tiendas de barrio, en las que vendían chocolate, calcetines de lana o —mis preferidas— parcelas en la luna certificadas. Schwabing parecía un pueblo que había crecido demasiado, pero en el que el tiempo pasaba más despacio. A veces nos tomábamos un helado en el parque y mi padre me explicaba que de joven había pasado medio año en Southampton trabajando en el puerto para pagarse los estudios de inglés, o me contaba las peleas que tenía de pequeño con su hermano Eric. Estas eran las historias que más me gustaban.

Pero si hay algo que aún recuerdo con intensidad es el consejo que me dio en nuestro último paseo. Al principio me costó entender sus palabras, pero con el paso del tiempo han ido convirtiéndose en una especie de mantra para mí.

En aquella ocasión mi padre me dijo: «Lo realmente importante es que encuentres a un amigo de verdad, Jules». Se dio cuenta de que yo no le entendía y añadió: «Un amigo de verdad es alguien que está siempre a tu lado, toda tu vida. Tienes que encontrarlo. Es más importante que cualquier otra cosa. Más incluso que el amor, pues el amor puede acabarse». Me cogió de los hombros. «¿Lo entiendes?»

Yo estaba jugueteando con un palito que había encontrado en el suelo y lo tiré de inmediato.

—¿Quién es tu mejor amigo? —le pregunté.

Mi padre se limitó a mover la cabeza hacia los lados.

—Lo he perdido —dijo con la pipa entre los labios—. ¿No es insólito? Lo he perdido, sin más.

No me quedó demasiado claro lo que tenía que hacer con aquella información, pero en cierto modo intuí que tras el consejo no se escondía más que una decepción personal. Pese a todo, me guardé aquel consejo y lo atesoré desde entonces. Ojalá no lo hubiera hecho.

—He oído que tienes un regalazo esperándote —dijo mi padre en francés al salir de la habitación.

—¿De verdad? ¿Y qué es?

Él sonrió.

—Tendrás que esperar unos minutos más.

Qué agonía. Al otro lado de la puerta oí música de piano (*Stille Nacht* y *A la venue de Noël*) y, por fin, los pasos de Liz y Marty corriendo por el pasillo y la puerta abriéndose de par en par.

—¡Vamos! ¡Ven!

El árbol del salón, tan alto que llegaba hasta el techo, estaba decorado con bolas, figuras de madera y velas, y tenía un montón de regalos apilados en torno a su tronco. Olía a cera y a hojas de abeto. En la mesa había un pavo enorme acompañado de patatas, ragú de cordero, rosbif, mermelada de arándanos, pastel de crema de mantequilla y galletitas. Había siempre tanta comida que nos quedaban sobras para varios días, cosa que a mí me encantaba.

Después de comer cantamos villancicos y, por fin, llegó el ritual de abrir los regalos: nuestra madre tocó *Moon River* con su guitarra. Era un momento que saboreaba año tras año.

—¿Estáis seguros de que queréis oírla? —preguntó.

—¡Sí! —contestamos todos al unísono.

—Ay, no sé. Creo que solo estáis siendo educados...

—¡Que no, que no, queremos oírla, de verdad! —insistimos gritando más

que antes.

—Que me traigan a otro público —dijo mi madre suspirando decepcionada—, este de hoy está cansado y ya no quiere nada más.

Nosotros seguimos gritando, cada vez más fuerte, hasta conseguir que cogiera la guitarra.

Nuestra madre era el centro de la familia. Cuando ella estaba cerca, las peleas de mis hermanos no parecían más que ridículas discusiones dialécticas, y las crisis en la escuela se transformaban en meros contratiempos fáciles de dominar. Ella hacía de modelo para los dibujos de Liz, se interesaba por las investigaciones de Marty con el microscopio y fue mi profesora de cocina; incluso me confió su receta secreta para el «pastel irresistible»: una bomba gelatinosa de chocolate que provocaba verdadera adicción. Y aunque era algo perezosa (una escena típica incluye a mi madre estirada en el sofá, indicándonos qué coger de la nevera para llevárselo a ella) y fumaba en secreto, todos la queríamos como era.

Por fin empezó a tocar la guitarra, y su voz se apoderó de la habitación.

*Moon River, wider than a mile,
I'm crossing you in style some day.
Oh, dream maker, you heart breaker,
wherever you're going, I'm going your way.*

Era el momento del año en el que todo estaba bien. Liz escuchaba con la boca abierta, mi hermano jugueteaba con sus gafas, emocionado, y mi padre la escuchaba con los ojos tristes, pero el rostro embelesado. Junto a él estaba tía Helene, la hermana mayor de nuestra madre, una mujer risueña y voluminosa que vivía sola en su piso del barrio de Glockenbach y siempre nos hacía unos regalos increíbles. Aparte de nuestra lejana abuela francesa, ella era toda la familia que nos quedaba: una rama delgadita y corta del árbol genealógico de los Moreau.

Cuando empezamos con los regalos, yo cogí sin dudarle el de mi padre, que era grande y pesado. Le arranqué el papel: era una antigua Mamiya. Mi padre me miró expectante. La cámara me resultaba familiar, aunque desde las vacaciones en Berdillac no había vuelto a hacer fotos. La Mamiya estaba

vieja, tenía un montón de arañazos, su lente parecía el enorme ojo de un cíclope y sus botones chasqueaban cuando los apretaba. La dejé a un lado, decepcionado, y abrí los otros regalos.

Mi madre me había puesto un cuaderno de cuero rojo y tres novelas: *Tom Sawyer*, *El Principito* y *Krabat*. Aún me leía cuentos por las noches, pero cada vez me animaba más a que fuera yo quien leyera, y me felicitaba mucho cuando lo hacía bien. Hacía poco había escrito mi primer cuento, que trataba sobre un perro encantado. A mi madre le gustó mucho. Cogí el cuaderno rojo y poco después, mientras los demás jugaban a juegos de mesa, me puse a escribir en él mis pensamientos.

Poco antes de fin de año vimos llorar a nuestro padre por primera y última vez. Esa tarde yo estaba estirado en la cama escribiendo una nueva historia. Trataba de una biblioteca en la que los libros hablaban por la noche, presumían de quién era su autor ante los otros o se quejaban de su mala ubicación en la parte de atrás del estante.

Mi hermana entró sin avisar. Sonreía con complicidad y cerró la puerta tras de sí.

—¿Qué pasa?

En realidad podría haber acotado su respuesta. Por aquel entonces, Liz tenía catorce años y no había más que tres cosas que le interesaran: dibujar, las películas cursis de amor y los chicos. Ella era la niña más guapa de su clase: tenía el pelo rubio y rizado, una voz dulce y suave y una sonrisa con la que podía lograr lo que quisiera. En el patio solía estar acompañada de un séquito de colegialas, a las que explicaba a qué chico había besado y dónde, y cuán aburrido o —en el mejor de los casos— mediocre había resultado el beso. *Nunca* era bueno, y *siempre* era con chicos mayores, de la ciudad, ante los que los niños de su edad no tenían ni la más remota posibilidad. A veces, pese a todo, alguno de ellos se atrevía a probar suerte, pero Liz no le prestaba ninguna atención.

Se sentó sobre mi cama y me dio un empujón.

—Traidor.

Yo seguía escribiendo mi historia y apenas le presté atención.

—¿Por qué?

—Has besado a una chica.

Las mejillas se me incendiaron de golpe.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Una amiga mía te vio. Me dijo que estabas justo en la puerta de casa y que tenías la lengua metida hasta su campanilla. Me dijo que parecíais dos perros labradores.

Liz sonrió, y en ese momento me arrancó el cuaderno de las manos y empezó a escribir su nombre en un montón de páginas. «Liz, Liz, Liz.»

Lo del beso era verdad. Yo podía hablar con las chicas como si fueran chicos, y de vez en cuando me escribían cartas de amor y me las dejaban en el pupitre. La vida me parecía de lo más prometedora y mi autoestima era cada vez mayor. Aunque era el delegado de la clase, también era bastante charlatán y acostumbraba a poner los pies sobre el pupitre, con una sonrisa despreocupada, hasta que el profesor me llamaba la atención. Tiempo después me di cuenta de que me comportaba con verdadera arrogancia, pero en aquel momento lo único que quería era hacerme el chulo entre mis amigos y llamar la atención. Empecé a ir con chicos mayores que yo y me peleaba con frecuencia. Cuando alguien decía algo sobre mí le saltaba al cuello de inmediato. Nunca era demasiado en serio, pero tampoco era una broma. Algunos de los mayores ya fumaban y bebían alcohol, pero yo aún dudaba cuando me ofrecían algo y jamás hablaba de lo mucho que me gustaba leer y escribir mis propias historias. Sabía que si se enteraban se reirían de mí, y tenía claro que había que mantener el secreto.

—¿Y cómo fue el beso? —Liz me lanzó el cuaderno al regazo.

—Y a ti qué te importa.

—¡Venga, nosotros nos lo contamos todo!

—Ya, pero esto no.

Me levanté y me dirigí al despacho de nuestro padre, siempre plagado de papeles viejos y archivos polvorientos. Oí como mi hermana me seguía y fingí estar ocupado revolviendo entre los cajones del escritorio. En la mayoría no había más que estuches de gafas, tinteros y papeles amarillentos. No obstante, en el último cajón descubrí una cámara Leica. Negra, con el objetivo plateado.

Estaba guardada en su caja original, y yo nunca había visto a mi padre utilizarla. En el cajón había también una carta, escrita en francés con una letra que yo no conocía de nada.

Querido Stéphane, esta cámara es para ti. Ojalá te ayude a recordar quién eres y qué es aquello que la vida no puede echar a perder. Por favor, intenta comprenderme.

¿De quién era aquella carta? La dejé de nuevo en el cajón y cogí la cámara. Saqué el tapón del objetivo y lo moví para enfocar lo que tenía delante. El polvo danzaba en el aire, haciéndose visible en el rayo de luz que entraba por la ventana.

Liz acababa de descubrirse en un espejito del estudio. Encantada con la imagen que este le devolvía, se miraba desde todos los ángulos, hasta que por fin se dio la vuelta hacia mí:

—¿Y si yo nunca hubiera besado a nadie?

—¿Qué?

Mi hermana se mordió el labio inferior y permaneció en silencio.

—Pero si te pasas todo el tiempo contándonos lo que has hecho y con quién. —La cámara se movía en mis manos—. ¡Si no hablas de otra cosa!

—Mi primer beso tiene que ser algo especial; yo...

El suelo crujió. Mi hermano, que tenía un sexto sentido para averiguar cuándo y en qué lugar se estaba confesando algún secreto, apareció tras la puerta. Su sonrisa maliciosa nos dio a entender que había estado espiándonos.

En aquel momento Marty tenía trece años y era un rebelde solitario. Llevaba gafas de montura metálica y estaba pálido y delgado como un trozo de tiza. Era un niño que odiaba a los niños, que solo quería estar con adultos y, si no, prefería quedarse solo. Siempre había estado a la sombra de su hermana, que lo provocaba todo lo que podía y más, se burlaba de él porque no tenía amigos y no le prestaba la más mínima atención. Y en aquel momento —cual regalo del cielo—, a Marty le había llovido aquella información con la que podría arruinar la fama de su hermana en el colegio en cuestión de segundos.

—Interesante —dijo—. ¿Es por eso por lo que siempre rechazas a los chicos? ¿Porque tienes miedo? ¿Porque sigues siendo una niña pequeña a la

que le gusta dibujar en libretitas y que mami le haga mimitos?

Liz necesitó un momento para recomponerse.

—Como se lo cuentes a alguien...

—¿Qué? ¿Qué harás? —Marty se rio y empezó a lanzar ruidosos besos al aire.

Liz se abalanzó sobre él, empezaron a tirarse de los pelos y a pegarse. Yo intenté separarlos, y entonces la cámara se me cayó de las manos y el objetivo se fue directamente a la... mierda.

Se hizo un silencio sepulcral. Yo levanté la Leica y vi que el objetivo se había desprendido.

Discutimos unos instantes sobre qué había que hacer.

—Volvamos a meterla en la caja y a guardarla en el cajón —dijo Liz—. Quizá no se dé ni cuenta.

Y, como siempre, nuestra hermana fue quien tuvo la última palabra.

Aquel día nuestro padre volvió sorprendentemente pronto a casa. Parecía muy nervioso y se recluyó inmediatamente en su despacho.

—¡Venid! —nos exhortó Liz.

Los tres fuimos hasta el despacho y, por la ranura que dejó la puerta entreabierta, pudimos verlo deambular de un lado a otro de la habitación, visiblemente agitado y pasándose la mano por el pelo una y otra vez. Por fin, cogió el auricular del teléfono que tenía sobre el escritorio y marcó un número.

—Soy yo otra vez —dijo con su suave acento francés—, Stéphane. Solo quería decirle que comete usted un error. No puede...

Su interlocutor debió de interrumpirlo, porque mi padre se quedó callado de golpe. Después intentó intercalar algún «pero usted...» o «sí, claro, esto...» en la conversación, e incluso un suplicante «por favor», pero aquello fue todo.

Volvieron a interrumpirlo, y entonces colgó, sin más.

Fue hasta el centro de la habitación y ahí se quedó varios segundos, quieto, como un robot desactivado. Como un fantasma.

Por fin recuperó la compostura. Se dirigió hacia el escritorio y yo no tuve ninguna duda de qué cajón iba a abrir. Primero leyó la carta y luego sacó la

cámara de la caja. Cuando se dio cuenta de que el objetivo estaba roto dio un respingo. Dejó de nuevo la cámara y la carta en el cajón y se acercó a la ventana. Y entonces rompió a llorar. No sabíamos si era por culpa de la llamada o por la Leica, o quizá por los problemas —cada vez mayores— que había ido teniendo en los últimos años. Lo que sí sabíamos era que no queríamos verlo, así que nos marchamos de allí, en silencio, cada uno a su habitación.

Después de Año Nuevo, nuestros padres querían irse de viaje un fin de semana. Una escapada espontánea, que sin duda tenía que ver con el despido de nuestro padre, aunque mamá se limitó a decirnos que iban a visitar a unos amigos a Montpellier y que nosotros no podíamos ir. Nuestra tía se quedaría de canguro.

—No necesitamos una canguro —protestó Liz—. Yo ya tengo catorce años.

Nuestra madre le dio un beso en la frente.

—Lo hacemos más por tus iguales masculinos aquí presentes —dijo.

—Gracias, lo he oído —dijo Marty sin apartar la mirada de la revista que estaba ojeando.

En nuestro bloque de pisos en Múnich vivían otros nueve inquilinos, entre los que se encontraba Marleen Jacobi, una viuda joven y extraordinariamente atractiva que solo llevaba ropa oscura. Nunca iba acompañada, y a mí me parecía inexplicable que alguien pudiera vivir con aquella soledad. Liz, en cambio, la admiraba profundamente y se emocionaba cada vez que se cruzaba con ella en la escalera o en la calle. En esos momentos me cogía del brazo, me atraía hacia ella y decía, casi sin aliento: «¡Es tan hermosa!».

Su fascinación era tal que los dos hermanos vimos la posibilidad de tomarle el pelo a gusto con el tema.

—La señora Jacobi acaba de pasar —le decíamos, por ejemplo—. Hace apenas unos segundos. Qué lástima, te la has perdido, y eso que hoy estaba más espectacular que nunca.

—¡Venga ya! —decía Liz fingiendo aburrimiento—. No os creo ni una palabra.

—Que sí, que sí, que la hemos visto —le decíamos—. Nos ha preguntado por ti. Nos ha dicho que quería casarse contigo.

—Sois unos idiotas —replicó Liz y, en una de esas, salió corriendo hacia nuestra madre, que estaba sentada en el sofá del comedor, y le dijo—: ¡Mamá, adivina quién ha besado a una chica por primera vez!

Mi madre me miró inmediatamente.

—¿Es eso cierto? —preguntó con un tono en el que me pareció notar una cierta admiración.

No logro recordar de qué hablamos a continuación, pero lo que sí sé es que mi madre se levantó del sofá y puso una canción. *Via con me*, de Paolo Conte.

Alargó la mano hacia mí.

—Mira, Jules —me dijo mientras bailábamos—, si quieres conseguir a una chica, sácala a bailar esta canción. Así seguro que la enamoras.

Mi madre se echó a reír. Años después, me di cuenta de que aquella fue la única vez que habló conmigo de tú a tú.

Poco antes de que mis padres se fueran aquella tarde, tuve una pequeña disputa con mi padre. Creo que lo mejor será contarla tal como la recordé durante años:

Yo pasé corriendo, por casualidad, justo delante del dormitorio de mis padres, donde él estaba acabando de hacer las maletas. Parecía estresado.

—Qué bien que estés aquí —dijo—. Tengo que hablar contigo.

Yo me detuve y me apoyé en la puerta.

—¿Qué pasa?

No me lo dijo directamente. Primero aprovechó para recordarme una vez más que mis amigos no le gustaban, que eran demasiado mayores para mí, que no eran buenas influencias..., pero entonces llegó al verdadero tema: su regalo de Navidad: la cámara.

—Sigue ahí tirada. No la has utilizado ni una sola vez, ¿verdad? Ni siquiera le has prestado atención.

En aquel momento sentí lástima por mi padre y bajé la mirada.

—Es muy valiosa —me dijo—. Yo habría sido feliz de poder tener algo así a tu edad.

—Es que no sé cómo funciona. Pesa un montón, y es tan antigua...

En aquel momento mi padre se incorporó y se acercó hacia mí. Era un hombre sorprendentemente alto y delgado.

—Es un clásico, ¿lo entiendes? —Durante unos segundos, su rostro recuperó la frescura de la juventud.— Es mejor que las modernas. Tiene alma. Cuando volvamos te enseñaré a hacer fotos y a revelarlas, ¿vale?

Yo asentí, algo dudoso.

—Tienes buen ojo, Jules. Me encantaría que te dedicaras a la fotografía, de un modo u otro —dijo mi padre..., y nunca he olvidado esas palabras.

¿Qué más recuerdo de aquella noche? Por supuesto, el beso que mi madre me dio en la frente al despedirse. He recordado miles de veces aquel último beso y el último abrazo que me dio; su olor y su voz tranquila y suave. He pensado tantas veces en ello que ya ni siquiera sé si fue real.

Mi hermana y yo pasamos el fin de semana en casa. Jugamos a Malefiz con la tía (el único objetivo de Liz era bloquear a Marty con los muros de piedra) y el sábado por la noche preparé tortillas con setas para todos, siguiendo una receta de mamá.

El sábado, Liz y yo fuimos al cine, así que Marty fue el único que estaba en casa cuando mi padre llamó por teléfono para decir que mamá y él estarían fuera un par de días más. Habían decidido alquilar un coche y escaparse hasta Berdillac.

A mí me pareció bien, y la verdad es que me alegré por los regalos que nos traerían y el queso que, a buen seguro, comprarían en el sur de Francia.

Y entonces llegó el 8 de enero. Un domingo. Por la tarde sonó el teléfono. Mi tía lo descolgó y su reacción alteró de golpe el ambiente de la habitación. Yo me incorporé en el sofá. Marty, que estaba de pie, se quedó inmóvil. El resto de detalles me pasaron inadvertidos, y he olvidado todo lo que hice durante aquel día. No sé a qué dediqué la mañana ni qué pasó después de la llamada ni por qué Liz no estaba en casa.

Lo único que me queda de aquel día es un único y último recuerdo, cuya trascendencia he tardado mucho en comprender.

A primera hora de la tarde entré en el salón. Liz estaba dibujando una

historia y Marty estaba a su lado escribiendo una carta para Gunnar Nordahl con su letra de hormiga. Gunnar era un amigo suyo, noruego, que había conocido por carta, y del que Liz y yo siempre decíamos que no existía y que era su amigo imaginario.

Me planté delante de mi hermano con pose de boxeador. Por aquel entonces yo estaba en mi fase Muhammad Ali y creía que lo imitaba a la perfección.

—Ey —le dije a Marty—. Estás acabado, rata. No eres más que un Tío Tom.

—Jules, eres un pesado. Además, no tienes ni idea de lo que significa Tío Tom.

Le di un puñetazo en el hombro. Como no reaccionó, le di otro. Mi hermano intentó pegarme, pero yo di un salto hacia atrás y esquivé el golpe.

—Flotar como una mariposa, picar como una avispa —dije.

La verdad es que no era muy buen imitador de Muhammad Ali, pero sí dominaba el saltito lateral que daba para esquivar golpes.

Liz nos observaba, divertida.

Propiné a Marty otro gancho de derecha.

—El siguiente combate será contra ti —le dije a mi hermana con los ojos abiertos como platos—. He luchado contra un cocodrilo, he invertido las agujas del rayo y he apresado al trueno. La semana pasada maté a una roca, herí a una piedra y golpeé a un ladrillo hasta hacerlo pedazos. Tú, en cambio, eres tan feo que ni siquiera voy a mirarte mientras luchamos.

—No me molestes.

—Eso. No le molestes —dijo Liz irónica—. ¿No ves que está escribiendo a su amigo imaginario?

—De verdad, me aburrís —dijo Marty.

Esta vez le di un coscorrón en la nuca, tan fuerte que se le escapó el boli y estropeó la página. Mi hermano se levantó de un salto y corrió hacia mí. Nos peleamos. Al principio parecía que iba en serio, pero cuando empecé a chillar y patalear, gritando que yo era el gran Ali, Marty no pudo evitar reírse y acabamos separándonos entre carcajadas.

En ese preciso momento, mis padres acababan de subir a su Renault de

alquiler para visitar a mi abuela en Berdillac. Y una joven abogada había hecho lo propio con su Toyota. Había quedado para cenar con unas amigas en Montpellier y no quería llegar tarde. Su coche derrapó en la autopista mojada, cruzó la mediana y fue a topar con el Renault de mis padres, que conducían tan tranquilamente.

Dos personas murieron en el acto.

La joven abogada sobrevivió.

CRISTALIZACIÓN

(1984-1987)

Lo que viene a continuación es un asombro oscuro y una niebla espesa, apenas disipada por algún que otro breve recuerdo. Yo, de pie en mi habitación de Múnich, mirando por la ventana hacia el patio con el columpio y la cabaña del árbol; el amanecer se cuele entre las ramas de los árboles. Es el último día en nuestra casa, ya completamente vacía. Oigo a Marty, que me llama.

—Jules, ¿vienes?

Me doy la vuelta, titubeante. No puedo dejar de pensar que ya nunca volveré a mirar hacia mi querido patio, pero no siento nada; ni siquiera que mi infancia ya es pasado.

Poco después, la primera noche en el internado. Llegamos demasiado tarde y me separan de mis hermanos. Avanzo con mi maleta por el pasillo vacío, con suelo de linóleo y olor a vinagre, acompañado por un profesor. Camina demasiado rápido, yo voy algo atrasado. Por fin, abre una puerta. Una habitación con tres camas. Dos ya ocupadas. Los niños parpadean, adormilados. Para no molestarlos, apago la luz y me desvisto a oscuras. Escondo un peluche bajo mi almohada. Cuando me meto en la cama, pienso en mis padres y en mis hermanos, que están muy cerca y, sin embargo, muy lejos, y no lloro nada, ni un solo segundo.

También recuerdo un día de invierno, varias semanas después. Un viento racheado sopla sobre el paisaje montañoso y nevado. Cierro mi anorak, me cubro la cara con las manos y sigo avanzando, penosamente. Me moquea la

nariz y voy aplastando la nieve virgen, que cruje bajo mis zapatos. El frío me presiona los pulmones. Al cabo de una hora me siento en un banco de hierro y miro hacia el valle, desconocido y mudo. Me imagino dando un salto, elevándome por encima de la brillante capa de nieve y flotando en el aire por un instante; es un momento sobrecogedor. Me imagino ganando altura, más arriba, más rápido, con el aire soplándome en la cara, antes de abrir los brazos y volar hacia el horizonte; lejos, cada vez más lejos. Observo el internado, tan agradablemente lejano, e imagino lo que estarán haciendo sin mí. Ir en trineo y hablar de chicas, hacer tonterías y molestarse unos a otros, pasarse de la raya y olvidarlo todo un segundo después. Poco a poco empiezan a encenderse las primeras luces en el atardecer, y yo pienso en mi antigua vida en Múnich. Esa que quedó truncada por una casualidad. Pero la melancolía no es más que una herida que cicatriza.

Cuando vuelvo al internado, el cielo ya está oscuro como el carbón. Abro la puerta de la entrada principal. Del comedor me llegan voces joviales y despreocupadas y un olor intenso a vinagre, sudor y desodorante. El aire está plagado de esperanzas, de risas, de miedo contenido. Avanzo por el pasillo y veo venir hacia mí a un chico al que no conozco. Él me mira, mira al nuevo con recelo. Me yergo instintivamente, para parecer mayor. El chico pasa a mi lado sin abrir la boca.

Llego a mi habitación, me siento en la cama y me sacudo la nieve del pelo. Ahí estoy yo, un espíritu, un ser de apenas once años. Me quedo inmóvil, en la soledad de mi habitación, mientras los demás acuden a la cena. Me castigarán por haberme ausentado. Sigo mirando al vacío.

El internado al que nos llevaron, a mis hermanos y a mí, tras la muerte de nuestros padres, no era precisamente una institución con pistas de tenis, campos de jockey y todo tipo de tentaciones que pudieran mantenernos distraídos, sino más bien una sencilla institución pública formada por dos edificios grises y un comedor, ubicada en los terrenos que la escuela secundaria del pueblo tenía en el campo. Por las mañanas íbamos al colegio con los niños de la zona, y las tardes las pasábamos en nuestra habitación, o en el lago, o en el campo de fútbol. Nos acostumbramos a esa vida cuartelaria, aunque, por muchos años que pasaran, seguía siendo deprimente ver que los

externos volvían con sus familias al acabar las clases, mientras nosotros seguíamos ahí encerrados, siempre en el mismo sitio, como si estuviéramos presos o tuviéramos alguna tara. Compartíamos la espartana habitación con desconocidos que quizá acababan convirtiéndose en amigos, pero al cabo de un año nos tocaba volver a mudarnos. Era difícil pasar la vida en un espacio tan pequeño; había muchas peleas, aunque lo cierto es que también noches de largas conversaciones. Casi nunca hablábamos de cosas serias —de esas que con la luz del día nadie se atrevería a repetir—, sino que nos manteníamos en el plano de lo mundanal: solíamos hablar de profes o de chicas. «¿Ha vuelto a mirarme durante la comida?», o «¿cómo que no la conoces? ¡Joder, Moreau, pero si es la más guapa del colegio!».

La mayoría de los internos se había portado mal en sus casas; algunos habían tomado drogas. De vez en cuando también llegaban a nuestras aulas, como despojos del mar que terminan en la playa arrastrados por las olas, chavales particularmente conflictivos y peligrosos. El internado era una institución estatal y, como tal, estaba obligado a aceptar a todo tipo de estudiantes. Frente a ellos estaban los alumnos del pueblo, que no daban crédito al elenco de personajes que había empezado a llegar a su idílico lugar. «¿Estás en el internado?», preguntaban, aunque al decir «internado» estaban pensando más bien en «manicomio». Durante las comidas lo devorábamos todo. Teníamos un apetito insaciable. Además, había también constantes rumores de fondo: todo el mundo sabía quién hablaba con quién, quién era amigo de quién y quién triunfaba con las chicas en cada curso. No todos los cambios resultaban adecuados. Había alumnos que estrenaban con orgullo una prenda de vestir, pero la devolvían de inmediato al armario al ver que no tenían con ella el éxito esperado. Algunos de los internos intentaban cambiar de imagen durante el verano. Volvían de casa con más confianza en sí mismos, por ejemplo, pero la mayoría volvía a ser como siempre al cabo de unos pocos días. Cada uno de nosotros era —y seguiría siendo— lo que los demás pensaban de él.

Mientras que en los años anteriores me había sentido esencialmente seguro, ahora había momentos en los que veía un rayo de sol iluminando un pasillo de luz tenue, o bien sombras fantasmagóricas extendiéndose sobre el paisaje, y sentía un súbito sobrecogimiento. Pensar que me hallaba en un

planeta que se movía por el universo a toda velocidad me aterraba tanto como mi nuevo y perturbador descubrimiento de la muerte como algo inevitable. Mis fobias empezaron a extenderse como una grieta en una pared. Empecé a tener miedo de la oscuridad, de la muerte, de la eternidad. Este tipo de pensamientos fue aguijoneándome por dentro, y cuanto más pensaba en ello más lejos me sentía de mis compañeros, siempre despreocupados y de buen humor. Estaba solo. Y entonces conocí a Alva.

El primer día en el colegio nuevo expliqué un chiste en clase. Eso era lo que siempre había hecho, lo que mis antiguos compañeros esperaban de mí, pero en cuanto abrí la boca aquel día me di cuenta de que eso ya no iba a funcionar. Miré las caras de los demás alumnos y noté que no tenía ninguna confianza en mí mismo. Y al final nadie se rio. Mi papel en la clase era cosa del pasado. Ahora era el nuevo, el raro, el que no se fijaba en la ropa que se ponía por las mañanas; aquel cuyos nervios lo llevaron a confundir las letras de las palabras. Decía, por ejemplo, «escarapate» en lugar de «escaparate». Fue por ello, para no convertirme en el hazmerreír de la clase, por lo que empecé a decir cada vez menos cosas y a quedarme solo en la última fila... hasta que, varias semanas después, una niña vino a sentarse junto a mí.

Alva tenía el pelo cobrizo y llevaba gafas de pasta. A primera vista era una niña agradable y tímida, que copiaba en su libreta lo que ponía en la pizarra utilizando para ello mil colores, pero si te parabas a observarla había algo más. Algunos días parecía evitar conscientemente al resto de niños. Se quedaba mirando por la ventana, ensimismada, completamente ausente. Yo no entendía por qué quiso sentarse a mi lado, si no hablábamos. Sus amigas dejaban escapar unas risitas cuando nos veían juntos, y dos semanas después volví a quedarme solo en la última fila. Alva se marchó tan repentinamente como había llegado.

Desde entonces empecé a observarla en la clase. Cuando la hacían salir a la tarima, la veía cruzar las manos tras la espalda, escuchaba la dulzura de su voz y observaba su pelo rojizo, sus gafas, la blancura de su piel y su precioso y pálido rostro. Pero lo que más me gustaba eran sus dientes, los incisivos en concreto, pues tenía uno ligeramente separado. Alva solía abrir poco la boca para que no se le notase al hablar, y cuando reía se tapaba la boca con la

mano. Pero a veces sonreía sin darse cuenta y entonces se veía su diente torcido, y a mí me encantaba. Mi vida consistía en quedarme mirándola, a varios bancos de distancia, y en bajar la vista, avergonzado y feliz, cuando ella por fin me devolvía la mirada.

El caso es que unos meses después tuvo lugar un incidente. Era un cálido día de invierno, y en la última hora de clase nos dejaron ver una película. Estaba basada en una obra de Erich Kästner. Alva rompió a llorar cuando íbamos por la mitad. Yo la vi enseguida: estaba encogida en su asiento, sus hombros temblaban; entonces se le escapó un sollozo y los demás alumnos se dieron la vuelta para mirarla. La profesora detuvo el vídeo de inmediato —la imagen quedó congelada en una escena que sucedía en un campamento de verano— y fue hasta donde estaba ella. Salieron juntas de la clase y yo pude ver por unos instantes el rostro enrojecido de Alva. Creo que todos estábamos impactados, pero apenas se habló sobre el tema. Solo un chico dijo que el padre de Alva nunca iba a las charlas de padres y eso era muy raro, y quizá era aquello lo que la hacía llorar. Yo pensé mucho en aquella observación, pero nunca le comenté nada. Fuera lo que fuera lo que provocaba su llanto, estaba claro que era un sufrimiento íntimo y que estaba siendo fielmente custodiado por ella.

Varios días después, en mi camino hacia el internado después de las clases, Alva llegó hasta donde estaba yo y me estiró de la camisa.

—¡Jules, espera! —dijo, y se puso a mi lado para acompañarme—. ¿Qué vas a hacer ahora? —me preguntó después, cuando los dos nos detuvimos, indecisos, a la puerta del internado.

Alva hablaba siempre tan bajo que tuve que inclinarme para oírla. Aunque era una alumna externa, daba la sensación de que no tenía ningunas ganas de ir a casa.

Yo miré hacia el nublado cielo.

—No sé... Escuchar música, seguramente.

Ella se sonrojó y evitó mirarme a la cara.

—¿Quieres escuchar música conmigo? —le pregunté, y asintió.

Por suerte, mis compañeros de habitación no estaban. Yo había heredado el tocadiscos y la colección de discos de mi madre; unos cien álbumes de

Marvin Gaye, Eartha Kitt, Fleetwood Mac o John Coltrane, entre otros.

Puse *Pink Moon*, de Nick Drake, que era uno de los cantantes favoritos de mi madre. Antes apenas me interesaba por la música, pero ahora me sentía feliz cada vez que la aguja del tocadiscos rozaba el vinilo.

Alva estaba muy concentrada escuchando y apenas se movía.

—Me gusta mucho —dijo.

Curiosamente, no se había sentado en una silla, sino sobre la mesa de mi escritorio. Sacó un libro de su mochila y empezó a leerlo en silencio, como si estuviera en su propia casa. Me gustó sentir que se encontraba a gusto a mi lado. El sol del mediodía se abrió paso entre las nubes y tiñó la habitación de color coñac.

—¿Qué lees? —le pregunté al cabo de un rato—. ¿Es bueno?

—Ajá. —Alva asintió y me mostró el título del libro: *Matar a un ruiseñor*, de Harper Lee. Ella tenía once años, como yo. Volví a mirarla mientras se sumergía en la lectura. Sus ojos volaban sobre las líneas del libro, de izquierda a derecha y vuelta a empezar, infatigables.

Al cabo de un rato, cerró el libro de golpe e inspeccionó mis cosas. Era un ser extraño que se había colado en mi habitación y estudiaba con curiosidad mis cámaras y los cómics de Spiderman que se acumulaban en la estantería. Primero cogió la Mamiya y luego el modelo más nuevo, el que mi padre solía utilizar. Acarició todos los objetos lenta, concienzudamente, como si quisiera asegurarse de que eran reales.

—Nunca te he visto hacer fotos.

Me encogí de hombros. Alva cogió una foto de mi familia. Una en la que estaban mi padre y mi madre.

—Tus padres están muertos.

Aquella frase me sorprendió. Creo que incluso apagué la música unos segundos. Desde que estaba en el internado no había hablado con nadie de este tema.

—¿Por qué lo dices? —pregunté.

—Se lo he preguntado a una profesora.

—¿Por qué?

Ella no respondió.

—Sí. Murieron hace medio año. —Me costó pronunciar las palabras. Fue como clavar una pala en un terreno helado.

Alva asintió y me miró a los ojos durante un tiempo sorprendentemente largo. Jamás olvidaré el modo en que ambos accedimos al mundo interior del otro. Durante un breve instante percibí el dolor que se escondía tras sus palabras y gestos, y al mismo tiempo ella comprendió lo que yo atesoraba en mi interior. Pero no avanzamos más. Nos detuvimos en el umbral del otro y no nos hicimos preguntas.

Apenas tres años después, a finales de 1986, Alva y yo éramos los mejores amigos. Quedábamos varias veces por semana para escuchar música juntos. Ella solía hablarme de sus cosas, de que admiraba a los deportistas, o de que sus padres eran médicos, o de que quería ir a Rusia cuando acabara el colegio, porque allí estaban sus escritores favoritos. Pero nunca hablábamos de lo que nos parecía realmente importante. Jamás rescatamos el tema de por qué había llorado al ver aquella película en clase.

Estábamos a punto de cumplir catorce años y nuestro curso estaba partido en dos por una profunda grieta: a un lado estaban Alva y todos los que parecían varios años mayores, ruidosos y de aspecto rudo; al otro lado, los advenedizos, los desmañados, los marginados que no habían crecido lo suficiente, entre los que me encontraba yo. Llevaba años sin crecer, y aunque en mi infancia había parecido que poseía algunos talentos, lo cierto es que en aquella fase de mi juventud parecía lejos de atesorar cualquier don o habilidad. Siempre había sido un soñador, pero al mismo tiempo había tenido otra cara distinta, más rebelde. Ahora esa cara había desaparecido y yo no hacía más que encerrarme en mí mismo. Y me odiaba por ello.

Una tarde de otoño fui a ver a mi hermano. Ala oeste, segundo piso. Una zona peligrosa para los internos más jóvenes, como yo, aún ajenos a los cambios de la pubertad. En ese piso, en el que solo había chicos de dieciséis y diecisiete años, podía percibirse una inquietud muy peculiar: una que te sobrevinía de pronto y, llenándote al mismo tiempo de energía y aburrimiento, te provocaba unas repentinas ganas de pelear, de enfadarte, de gritar. Ví a varios alumnos mayores caminando nerviosos por el pasillo; otros estaban sentados en sus habitaciones, con las puertas entreabiertas, mirando fijamente

a la pared, como si estuvieran tramando algo. Algunos me observaron con desprecio, como depredadores cuyo territorio se hubiese visto violado. Exagero, pero solo un poco.

Mi hermano vivía al final del pasillo. Al contrario de lo que hicieron con mi hermana o conmigo, los últimos años apenas le habían afectado. Claro que él era el que menos tenía que perder. Era como una hormiga que siguiera trabajando tras la explosión de una bomba atómica. Por aquel entonces medía un metro noventa; era un gigante enjuto, de movimientos desmañados y con una melena larga recogida en una coleta. Era como si hubieran obligado a Woody Allen a volver a la pubertad. Iba siempre vestido de negro, llevaba un abrigo de cuero del mismo color y se pasaba el día haciendo comentarios intelectualoides que ninguno de nosotros entendía. Además, con su nariz aguileña y sus gafas, parecía un espantapájaros existencialista. No tenía suerte con las chicas, y a los dieciséis era el líder de una banda de excéntricos y frikis. Sus secuaces eran los extranjeros del internado, además de los raritos y los sabiondos y su compañero de habitación desde hacía años, Toni Brenner, el único austriaco de toda la escuela, marginado por el sistema de coordinación del internado debido a su fuerte acento vienés.

Antes de llegar a la puerta de Marty, dos tíos se interpusieron en mi camino: uno era delgado, tenía la piel manchada, el pelo de punta y una risa muy estridente que me hizo pensar en una hiena; el otro era el típico camorrista, muy corpulento, aunque de él no recuerdo nada más.

—¡Ey, Moreau! —dijo el delgado cogiéndome del brazo—. ¿A qué viene tanta prisa?

Ambos sonrieron burlescamente.

«Qué patético —pensé—, ¿quiénes os habéis creído que sois, par de payasos?» Durante unos segundos noté la ira en mi interior, esa que me llevó a pegarme tantas veces en el pasado, pero luego se esfumó. ¿A quién pretendía engañar? Ya no estábamos en Stimmbruch, y yo no era más que un maldito chiste.

Llamé a mi hermano, gritando con todas mis fuerzas. Su puerta estaba apenas a un metro, pero él no reaccionó, así que insistí.

—¡Ayúdame, Marty, por favor!

Grité y grité, pero su puerta permaneció cerrada.

Los dos chicos que me sostenían volvieron a sonreír, y entonces me arrastraron hasta los vestuarios. De camino hacia allí se fueron añadiendo al grupo cada vez más internos, a cual más divertido con el espectáculo. Al final, me llevaron entre cinco. Yo pataleé e intenté zafarme como pude, pero fue en vano. Me metieron vestido en la ducha, hasta que estuve empapado, y empezaron a rociarme con champú. Cerré los ojos y noté el olor del jabón barato y la podredumbre a mi alrededor. Todos se reían a carcajadas. Entonces uno de ellos dijo que sería muy divertido mandarme desnudo a la planta de las chicas. Muertos de risa, empezaron a tirarme de la ropa.

—¡Os odio! —les grité, y luego apreté los labios con fuerza para no ponerme a llorar.

—¿Qué coño estáis haciendo? ¡Parad inmediatamente! —dijo alguien.

Un chico con el pelo rubio como el sol acababa de entrar en el vestuario. Era Toni, el compañero de habitación de mi hermano. El corazón me dio un vuelco. Toni era un esquiador fantástico, no muy alto, pero sí muy fuerte y musculoso, que entrenaba casi a diario en la sala de máquinas. Sin pensárselo dos veces, fue hacia el chico que parecía una hiena y lo empujó con tanta fuerza que este cruzó el vestuario de lado a lado y todos los demás dieron un paso atrás.

Entonces se acercó hacia mí y me preguntó:

—¿Estás bien?

Yo temblaba como una hoja, entre otras cosas porque el agua estaba helada. Ni siquiera tuve fuerzas para responderle. Toni me puso la mano sobre el hombro y me acompañó a su habitación. Cojeaba levemente: le habían operado las rodillas por segunda vez. No estaba claro si podría dedicarse al esquí profesionalmente, como le habría gustado.

Mientras salíamos del vestuario sonrió y me preguntó:

—¿Qué, ya ha contestado mi carta?

Quería hacerme reír. Como tantos otros chicos, Toni estaba enamorado de mi hermana. Unos meses atrás me pidió que le entregara una carta de amor, a la que ella nunca contestó. Desde aquel día, Toni siempre me preguntaba, con mucho sentido del humor, si Liz ya le había escrito.

Me quedé quieto al llegar a la habitación de Marty, dejando un charco de agua en el suelo. Este, que en los últimos años había desarrollado una considerable adicción al ordenador, apartó la vista de la pantalla y dijo:

—Pero ¿qué te ha pasado?

Lo ignoré y miré hacia fuera, hacia la ventana. La del edificio de enfrente estaba iluminada, y a lo lejos se recortaba la silueta del lejano bosque. Marty volvió a mirar a su ordenador, un Commodore de segunda mano, y se puso a escribir en él como si estuviese muy atareado, pero no cabía duda de que su aparente aplicación no era más que un intento de ocultar los remordimientos.

—No me has ayudado —dije—. Te lo he pedido a gritos.

—No te he oído.

—Sí me has oído. Estaba justo delante de tu puerta.

—Te juro que no te he oído, Jules.

Lo miré con rabia.

—Si hubieses abierto la puerta, me habrían dejado entrar. Solo tenías que levantarte.

Pero mi hermano siguió emperrado en que no me había oído.

—Admite que estás mintiendo —le dije al fin— y te perdonaré.

Unos segundos después, al ver que Marty seguía sin decir palabra, me fui de la habitación. Cuando recuerdo a mi hermano durante aquellos años, siempre veo una puerta cerrada.

Fuimos al lago. Quería enseñarle algo a Alva. Era un día gélido de invierno, y por primera vez en muchos años me llevé la cámara de mi padre. Yo iba perfectamente abrigado, con anorak, bufanda y gorra, y de pronto me di cuenta de lo descuidada que iba Alva; llevaba unos tejanos finos y un desgastado jersey de lana, como si acabara de salir o de ser abandonada por una secta. Tenía que estar helada, pero no se quejó en ningún momento.

Empezaba a amanecer cuando llegamos al lago. Algunos de los internos empezaron a llegar para patinar sobre el hielo.

—Ven.

Conduje a Alva a un lugar algo apartado. Las voces de los patinadores apenas podían oírse. Estábamos solos sobre el lago helado.

Alva lanzó un grito. Acababa de ver al zorro. Su hocico sobresalía del hielo, pero la mayor parte de su cuerpo quedaba inmersa en el lago. El pelaje estaba cubierto de miles de cristales brillantes. Parecía haberse congelado en pleno movimiento.

—¡Qué muerte más terrible! —dijo Alva. Su aliento se convertía en vapor—. ¿Por qué me lo enseñas?

Yo pasé los guantes por el hielo y aparté la nieve que lo cubría, para poder ver mejor los ojos del zorro.

—Una vez vi ahogarse a un perro. Pero esto es otra cosa. Pensé que te interesaría. Parece tan tranquilo..., tan *eterno*.

—A mí me parece horrible.

Alva se dio la vuelta.

—Ahora te parece horrible, pero me juego lo que quieras a que dentro de veinte años seguirás recordando al zorro. —No pude evitar reírme—. Incluso en tu lecho de muerte te acordarás del zorro helado.

—No seas idiota, Jules.

Hice algunas fotos y luego volvimos al pueblo. Los últimos restos de colores palidecían ya en el horizonte, y el paisaje que nos rodeaba se perdió en la oscuridad. Empezó a refrescar; apreté los puños dentro de los bolsillos. Por fin llegamos al café.

Una vez allí, Alva se frotó las manos. Había empezado a pintarse las uñas, y yo observé las puntas de sus dedos, tan rojas. Eran una señal de cambio, de transformación. Nos tomamos un chocolate caliente y hablamos de mi hermana, que había vuelto a ganarse una bronca porque se había escapado durante la noche.

—He oído que la van a echar —dije—. No se toma nada en serio.

—A mí me gusta tu hermana —se limitó a decir Alva. Ambas se conocieron en una ocasión en la que se colaron secretamente en mi habitación—. Y es preciosa. Me encantaría tener una hermana mayor.

No supe qué responder a aquello. Entonces vi pasar a la hiena por delante de mi ventana. Lo miré con verdadera rabia. Alva, por el contrario, me miró de un modo que me incomodó. En un momento de irreflexión le expliqué mi desafortunada historia en el vestuario, y ahora tenía miedo de que me tomara

por un cobarde.

—Tendría que haberle pegado un puñetazo —dije haciéndome el chulo, antes de tomar un trago de batido de chocolate—. Tendría que haberle..., no sé por qué no hice nada.

Alva se sonrió.

—Jules, a mí me parece bien que no hicieras nada. Es mucho más grande que tú. —Arqueó una ceja—. ¿Cuánto mides, de hecho?

—Metro sesenta.

—Anda ya, seguro que no tanto. A ver, ponte a mi lado.

Nos levantamos los dos y nos situamos junto a la mesa. Para mi vergüenza, Alva me superaba en unos pocos centímetros. Durante unos segundos nos quedamos ahí parados, muy cerca el uno del otro, y yo pude oler su nuevo y dulce perfume. Después volvió a sentarse.

—Por cierto, tienes un bigote de chocolate —me dijo.

—¿Sabes lo que pienso a veces? —Me limpié el labio superior y la miré indignado—. Todo esto es como una semilla. El internado, el colegio, lo que pasó con mis padres. Todo fue sembrado en mi interior, pero no puedo ver lo que provocará en mí. Solo recogeré la cosecha cuando sea mayor, pero entonces será demasiado tarde.

Esperé a su reacción. Para mi sorpresa, Alva sonrió.

Al principio no lo entendí. Entonces me di la vuelta y vi a un chico muy alto y mayor que yo. Seguro que tenía dieciséis años. Se acercó hacia nosotros con una sonrisa de actor superseguro de sí mismo, y Alva le dedicó una mirada que a mí no me había dirigido jamás. Mientras ambos hablaban, me sentí ridículamente inferior: un sentimiento que ya no me abandonaría durante los siguientes años.

Encontré a mi hermana justo delante del comedor. Estaba sentada en un banco, fumando, como una reina rodeada de todos sus súbditos. Liz tenía entonces diecisiete años, llevaba unas Converse y una parka de color verde oliva con capucha, el pelo rubio le caía por la cara. Era sorprendentemente alta para ser chica —debía de estar por el metro ochenta— y seguía prefiriendo correr que caminar. Además, confundía muy a menudo la

admiración con la envidia y solo hacía lo que le apetecía. Liz sentía una frívola curiosidad por el cuerpo masculino, y cuando alguien le gustaba no se andaba con rodeos: atacaba directamente. En las vacaciones solía marcharse del internado con chicos mayores, y en dos ocasiones había sido devuelta al centro —no sin un punto de orgullo por su parte— por la policía.

En ese momento estaba hablando de una discoteca de Múnich, y todos sus seguidores la escuchaban con atención. Justo entonces se les acercó un profesor en prácticas y le dijo:

—¿Puedes venir ya, Liz? Tu hora de estudio ya ha empezado.

—Estoy acabando de fumar —dijo mi hermana—. Y además, no entiendo por qué tengo que volver a ir a tu mierda de hora de estudio.

Liz tenía la voz grave, intimidatoria, y siempre hablaba en un tono un poco alto de más, como si estuviera encima de un escenario. En cierto modo lo estaba, en realidad.

Empezó a enfrentarse al pobre tipo delante de todos sus admiradores y añadió, airada:

—No voy a ir a tu mierda de hora. Ni de coña.

A diferencia del resto de los alumnos, Liz tuteaba a todos los profesores.

—Además, no me encuentro bien —hablaba con el cigarrillo en la boca—. Estoy enferma.

Ella misma sonrió después de decir aquello. Dio una nueva calada y suspiró.

—Está bien..., voy en cinco minutos.

—En tres —dijo el profesor en prácticas.

—En cinco —dijo Liz, y le dedicó una sonrisa tan encantadora y atrevida que él tuvo que apartar la vista.

Aquello sucedió antes de las vacaciones de Navidad. Había coronas de adviento colgadas en cada piso y en las cenas nos daban pan de jengibre, mandarinas, nueces y ponche. Todos se sentían especialmente felices en el internado. Todos, menos yo. A mí no me gustaban las fiestas. No tenía unos padres con los que celebrarlas. Y cada año, cada maldito año, me dolía el pecho cuando me iba a Múnich con mi tía mientras los demás niños se iban a sus casas, con sus familias.

Nuestra tía tenía por aquel entonces cincuenta y pocos años y era una mujer adorable que se pasaba las tardes con un vaso de vino en una mano y un crucigrama en la otra. La pérdida de su hermana pequeña había borrado la alegría de su rostro; había engordado en los últimos tiempos; parecía alguien que mirara al espejo sin entender su funcionamiento. Pese a todo, siempre lograba reunir las fuerzas necesarias para regalarnos una sonrisa cada vez que la necesitábamos. Iba con nosotros a la bolera y al cine, nos contaba historias de nuestros padres y era la única que parecía entender la complicada personalidad de Marty. Por las noches solían quedarse sentados en la cocina, tomando té y charlando. Cuando estaba con ella, la voz de mi hermano perdía su tonito de sabelotodo y a veces, cuando hablaba de sus fracasos con las chicas, dejaba que ella lo abrazara para consolarlo.

En las vacaciones de Navidad acampábamos con colchones en su salón. Liz lo tiraba todo de cualquier manera y lo dejaba amontonado sobre el suyo, mientras que Marty ordenaba sus cosas de forma tan sistemática y dejaba la cama tan perfectamente hecha que uno apenas se atrevía a sentarse en ella. Era extraño volver a estar los tres reunidos. Ya apenas hacíamos nada juntos: el internado nos ofrecía la posibilidad de vivir en mundos paralelos, y aunque comiéramos a tan solo una mesa de distancia, la sensación era que estábamos en lugares distintos. En cualquier caso, en aquella ocasión ahí estábamos los tres, frente al televisor, mirando un documental sobre el faraón egipcio Ramsés II. Este creía que su poder no le venía de nacimiento, sino ya de antes, es decir, del vientre materno. Lo llamaba «la potencia del origen». Mis hermanos y yo nos partimos de risa con esa expresión. «¿Y bien?, ¿tienes potencia del origen?», nos preguntamos unos a otros, entre carcajadas. Y cuando hablábamos de alguien que había echado algo a perder, decíamos «bueno, qué esperabas; no tenía potencia del origen».

La mañana del día de Navidad, mientras buscaba unas velas, pillé a mi hermana en el trastero. Ella cerró la puerta tras de mí.

—¡Feliz Navidad, enano! —Me abrazó y siguió liándose el porro.

Miré fascinado cómo humedecía el papel del filtro con la lengua, cerrando los ojos.

—¿Qué hay entre Alva y tú? —Dio una calada y expulsó el humo creando pequeños círculos en el aire—. Pegáis cantidad.

—Nada. Solo somos amigos.

Mi hermana asintió, como compadeciéndome, y entonces volvió a la carga:

—Pero ¿has besado a alguna chica ya o no?

—No, a nadie desde... ¿No te acuerdas?

Liz se limitó a sacudir la cabeza. Ella vivía siempre en el presente y olvidaba la mayor parte de las cosas que le pasaban, mientras que a mí me encantaba recordar una y otra vez todo lo vivido y preguntarme en qué lugar de la memoria quedaría mejor guardado.

—No me extraña que no tengas novia. —Eché un vistazo a mi ropa. Me la había comprado en el mercado con la tía—. Vas vestido como si tuvieras ocho malditos años. Tenemos que ir a comprarte ropa ya. Es urgente.

—¿Tengo que ser más guay?

Liz me miró, pensativa:

—Mira, lo que voy a decirte es muy importante, así que no lo olvides nunca.

La miré con enorme curiosidad. Sabía que iba a creer todo lo que me dijera.

—Tú no eres guay —me dijo—. No lo has sido nunca y, por supuesto, nunca lo serás. De modo que ni lo intentes. Pero hay algo que sí puedes hacer, y es simular, al menos externamente, que lo eres.

Yo asentí.

—¿Es verdad que te marcharás pronto?

Liz abrió mucho los ojos.

—¿Qué? ¿Quién te ha dicho eso?

—No sé, muchos lo dicen. ¿Y si te pillan con droga? No me refiero a hierba, sino a... a lo otro.

—No me pillarán. Tengo potencia del origen.

Esperaba que añadiera un «además yo no tomo esas cosas», pero no me hizo ese favor.

—¿Sabes? —dijo, en cambio, con la sonrisa helada—, han pasado muchas cosas en los últimos meses. A veces incluso pienso que...

Se quedó en silencio, como si estuviera buscando las palabras adecuadas.

—¿Qué piensas? ¿Qué ha pasado?

Obviamente, le divertía ver mi expresión al mirarla, pero al final sacudí la cabeza hacia los lados y añadí:

—Nada, nada, olvídalo, enano. No me marcho a ningún sitio, ¿vale? No dejo el internado; más bien lo suspenderé.

Un rato después, nos pusimos a decorar juntos el salón de la tía. En la radio sonaban *chansons* francesas y por unos instantes todo fue como antes, solo que con dos personas menos.

Sí, todo era como antes, solo que nada era como antes.

La situación se puso tensa por la tarde. Aquel año, por primera vez, Liz no nos regaló dibujos hechos por ella, sino una serie de canciones acompañadas por la guitarra. Yo solía verla en el internado, sentada en las escaleras, los bancos o los bordillos de la calle, practicando muy concentrada. Pero, aunque tenía una voz muy bonita, se negaba a cantar *Moon River*, como solía hacer nuestra madre.

—Prefiero caerme muerta antes de cantar esa mierda de canción. —Liz se miró las puntas de los dedos—. Siempre la he odiado.

—Te encantaba —dijo Marty en voz baja—. A todos nos encantaba.

Después de la comida jugamos a Malefiz, un juego típico de Alemania. Todo parecía indicar que Marty iba a ganar holgadamente, pero entonces mi hermana y yo nos aliamos en su contra y lo rodeamos con un muro de bolitas blancas. Él se quejó y nos insultó todo lo que pudo, sobre todo, después de que Liz ganara la partida y se pusiera a dar grititos triunfales.

Cuando recogimos el juego, mi hermana cogió una de las bolitas blancas y se la metió en el bolsillo.

—Será mi talismán —me susurró.

Aquel fue para mí el mejor momento de la Navidad. Y la noche también pintaba bien... hasta que mi tía nos preguntó por el internado.

—Yo me quedé callado y Marty empezó a quejarse (en aquella época podía haber empezado una pelea en una habitación vacía), pero Liz se puso a hablar abiertamente, sobre los atardeceres en el lago, las fiestas y los chicos. Disfrutaba evidenciando los puntos débiles de los profesores y las torpezas de

sus admiradores y no dejaba de reírse a carcajadas mientras hablaba.

Marty frunció el ceño.

—¿Por qué siempre nos taladras con tus historias, Liz? No es que quiera interrumpirte, pero cansas.

Hete ahí una de las típicas intervenciones de Marty: decía «No es que quiera...» y entonces hacía justo aquello a lo que acababa de decir no.

Liz hizo un gesto con la mano.

—Estás enfadado porque no tienes novia. ¿Sabes cómo llaman a tu habitación en el internado?: «la celda de la masturbación».

—¿La qué? —preguntó la tía.

—Anda ya, cierra el pico.

Marty jugueteaba con el cuello de su chaqueta de piel, que no se sacaba ni con la calefacción encendida. Tenía la piel pálida como el papel, el pelo largo y grasiento, y había empezado a dejarse perilla. Era como un trapajoso delincuente de poca monta que acabara de robar un supermercado en Filadelfia para escaparse con cinco dólares y un cartón de leche.

—Mejor sería que te ocuparas de cómo te llaman a ti en el internado —dijo.

—¿Por qué? ¿Cómo me llaman?

—Bah, paso —dijo Marty, quien obviamente comprendió que acababa de cometer un error.

Liz lo miró un instante, y luego fijó la vista en mí.

—¿Tú lo sabes?

Yo no dije nada. Claro que lo sabía. Yo también había oído todas esas historias que contaban sobre mi hermana. Seguro que eran mentiras inventadas por todos esos chicos con el corazón roto, o por todas esas chicas que se morían de envidia. Pero en realidad... ¿qué sabía yo de mi hermana?

—¿Qué dicen de Liz? —preguntó entonces la tía.

—Que es... una puta —dijo Marty sorprendiéndose él mismo de la fuerza destructiva de las palabras.

Vi perfectamente que mantenía un pulso interior entre callar y seguir hablando.

—Que se acuesta con tíos a cambio de drogas —continuó—. Que uno

incluso la dejó embarazada.

Liz dejó caer la cuchara de postre al suelo, se levantó de un salto y salió de la habitación como una exhalación. Segundos después la oímos salir de casa dando un portazo. Corrí hasta la ventana y solo tuve tiempo de ver a mi hermana dando zancadas hasta desaparecer en la oscuridad.

A la mañana siguiente volvió con nosotros, pero pocas semanas después de Navidad dejó el internado y desapareció de mi vida durante varios años. Le explicó a una de sus compañeras que no tenía ninguna intención de hacer la selectividad y que lo que quería era descubrir mundo. Que tenía que hacerlo. Pasé mucho tiempo preguntándome por qué. Cada día esperaba noticias de ella; una señal, una carta, una postal, una llamada con alguna explicación. Parecía un náufrago aferrado a la radio, moviendo el botón de sintonizar, con la vana esperanza de escuchar por fin una voz. Pero todo lo que obtuve de mi hermana fue un zumbido que duró años.

REACCIONES QUÍMICAS

(1992)

Esperaba en el aparcamiento del internado y observaba las luces rojas de los aviones en el horizonte. Como en tantas otras ocasiones, cuando un espectáculo de la naturaleza se mezclaba con mis añoranzas y mis recuerdos, sentí un leve pinchazo en la zona del estómago. Tenía diecinueve años y estaba a punto de empezar la universidad. El futuro se abría paso ante mí y yo tenía la engañosa euforia del joven que aún no ha cometido ningún error garrafal en su vida.

Un cuarto de hora más tarde, por fin, el Fiat rojo entró en el recinto del internado. Me senté en el asiento del copiloto y di un beso a Alva en la mejilla.

—Impuntual, como siempre —le dije.

—Me gusta hacerte esperar.

Puso la primera y salimos de allí.

—¿Qué tal en casa? —me preguntó—. ¿Alguna historia de faldas que yo deba saber?

—No me apetece ponerme triste ahora...

—¡Anda ya, Jules, a ti siempre te apetece ponerte triste!

Alva no quiso cambiar de tema y me preguntó directamente por una chica de nuestra clase. Sería un error mencionar aquí su nombre.

—¿Y qué pasa con ella? ¿La has visto durante las vacaciones?

—El acusado se acoge a su derecho de permanecer en silencio.

—Venga, hombre, cuéntamelo.

Yo suspiré.

—No. No nos hemos visto.

—Señor Moureau, esperaba más de usted.

—Muy graciosa. No creo que le interese.

—¿Sabes lo guapo que eres? ¡Claro que le interesas!

Alva se rio con ganas. Le encantaba liarme con cualquier chica del internado.

Llegados a este punto, debería mencionar que yo había cambiado mucho en los últimos años. Tenía el pelo tan oscuro como mi padre y había heredado la densidad de su barba, que solo me afeitaba cada cuatro o cinco días. Yo mismo estaba sorprendido de lo mayor que parecía y de lo inquisitiva y tenaz que se había vuelto mi mirada.

En mi último año en el internado había tenido dos relaciones breves que apenas me interesaron. Lo único que me apasionaba por aquel entonces era, en realidad, la fotografía: aprendí todo lo que tenía que ver con las reacciones químicas que hacían posible revelar un negativo y convertí una habitación que siempre estaba vacía en el sótano del internado en mi cámara oscura.

A menudo me pasaba horas enteras con la cámara de mi padre a la orilla del lago, o junto a un prado o paseando por el bosque, antes de regresar a casa con mi botín fotográfico. Las cosas cobraban vida a través de la lente de la Mamiya; los troncos de los árboles se convertían en historias, la disposición del agua cobraba sentido, incluso los seres humanos parecían distintos, y a veces solo entendía sus miradas cuando las observaba a través de la cámara.

—No quiero oír más excusas —siguió insistiendo Alva—. No puedes seguir siendo tan tímido toda la vida, y ya solo quedan unas semanas. ¿Quieres irte del cole sin haber hecho nada?

Miré en silencio por la ventana. El paisaje empezaba a oscurecer, como si quisiera anunciar la llegada de la noche.

Alva volvió a insistir al cabo de un rato.

—¿En qué piensas cuando miras de ese modo?

—¿Cuando miro cómo?

Alva hizo una imitación bastante buena de un tío perdido en su mundo, ensimismado y medio atolondrado.

—Va, ¿en qué piensas? —insistió; pero yo no respondí.

Desde que llegué al internado nos habíamos visto casi a diario. Alva se había convertido en mi familia, y en infinidad de ocasiones me sentía más cerca de ella que de mis hermanos o de mi tía. Pero en los últimos años había cambiado. Aún había momentos en los que lograba arrancarle una sonrisa feliz y despreocupada, y otros en los que escuchábamos música juntos y al mirarnos *sabíamos* lo que pensaba el otro, sin más. Pero ahora había también una nueva Alva: una que me esquivaba cada vez más a menudo y que solía sentarse en un banco a fumar, llena de odio contra sí misma, y diciendo cosas tan horribles como que habría preferido no haber nacido.

Su pelo rojizo y sus pecas habían atraído a muchos chicos, pero no tuvo novio hasta los dieciséis. Después tuvo algunas historias muy breves con uno o dos chicos de los cursos superiores, pero, mientras que en el caso de Liz yo tenía claro que le encantaba el sexo y que eso la llevaba a ver siempre algo especial en cada hombre, cuando se trataba de Alva la sensación era que utilizaba su cuerpo como un arma contra sí misma. Y en cuanto uno empezaba a sentir algo más fuerte, ella lo echaba de su vida de una patada. Era como si estuviese hecha añicos por dentro, e hiriera con ellos a todo aquel que se le acercara demasiado.

A los diecisiete renunció, directamente, a los hombres. Evitaba o rechazaba todo tipo de acercamientos, e incluso empezó a correr el rumor de que le interesaban más las mujeres. O eso, o es que era *rarita*. A Alva le daba igual. En lugar de eso, se dedicó a estudiar como una loca y a leer libros de filosofía. Sartre y, siempre, Kierkegaard. Desde hacía un tiempo había vuelto a tener novio, pero nunca me hablaba de él.

Aquella tarde fuimos juntos a un bar. Por el camino, se detuvo en una cabina para llamar a su madre. «Con Jules», la oí decir. «No, no lo conoces, ese era otro.» Fue subiendo el tono de voz. «¡Iré cuando me vaya bien!», dijo al fin gritando, y luego colgó el teléfono con fuerza.

La madre de Alva siempre quería controlar dónde estaba su hija y no le daba ni un respiro, y Alva la había amenazado varias veces con marcharse de casa al acabar los estudios y no volver nunca. Yo no sabía qué había pasado realmente entre ellas. Alva siempre me había mantenido al margen de su familia y había cortado en seco todas mis preguntas sobre sus padres. Algunas

veces había ido a buscarla a su casa, pero siempre me esperaba en la puerta, para asegurarse de que no entrara.

—¿Estás bien? —le pregunté cuando volvió a subir al coche.

Ella asintió y encendió el motor, pero estaba claro que iba pensando en la conversación que acababa de tener, y sus ojos me parecieron un tono más oscuros. Alva solía conducir demasiado rápido, pero esta vez fue el colmo, especialmente en las curvas. Abrió la ventanilla. Su melena bailaba con el viento. Fue uno de aquellos momentos en los que tuve la sensación de que — no sabría decirlo de otro modo— podía ser *peligrosa*. Alva llevaba ya varios meses con el juegucito. Sabía perfectamente que me daba miedo que condujera tan rápido, y también sabía que no iba a admitirlo, así que disfrutaba acelerando su Fiat rojo como una loca, y era obvio que lo pasaba en grande viéndome clavado en el asiento del copiloto, pero sin decir ni pío. Cada vez arriesgaba más, de cada curva salía peor. Y aquella tarde comprendí que no tenía previsto bajar el ritmo; así que me di por vencido.

—Ve más despacio —le dije al verla coger otra curva demasiado deprisa.

—¿Tienes miedo?

—Sí, joder. Conduce más despacio, por favor.

Alva sacó inmediatamente el pie del acelerador y me dedicó una sonrisa triunfal e insondable.

Aparcó el Fiat rojo frente al inmundo bar del pueblo, el Jackpot, punto de encuentro de los compañeros de clase. En la gramola solía sonar rock pasado de moda, y la mesa de billar estaba tremendamente raída. Hacia el fondo, junto a la diana para los dardos, había dos máquinas tragaperras que ejercían una atracción fatal sobre todos los fracasados de la zona.

En lugar de entrar en el bar directamente, nos quedamos un rato más en el coche. Alva encendió la radio, bajita, y abrió una lata de cerveza. Entonces me lanzó una mirada de lo más significativa y me dijo:

—Abre la guantera.

Vi un regalo anguloso y envuelto en un papel de colores.

—¿Para mí?

Asintió, y yo rompí el papel. Era un álbum de fotos, de nuestra infancia y juventud, acompañadas de breves y preciosos poemas. Debió de pasarse horas

montándolo.

Me emocioné tanto que durante unos segundos no pude ni hablar.

—¿Por qué lo has hecho?

Ella dijo, como restándole importancia:

—Ah, pensé que te gustaría.

Miré detenidamente las fotos. Eran imágenes de los dos en el lago, en alguna de nuestras escapadas juntos para ir a conciertos o a festivales, en una fiesta que hubo en Múnich, o en mi habitación en el internado. Abracé a Alva, que enrojeció cuando vio lo feliz que me había puesto.

Una vez más, se puso a hablar sobre su libro preferido, *El corazón es un cazador solitario*, de Carson McCullers.

—Tienes que leerlo de una vez —dijo.

—Sí, lo sé, lo sé. Lo haré.

—Por favor, Jules. Quiero saber tu opinión. Ya solo cómo pasean los protagonistas por la noche, sin rumbo, solitarios, inquietos... Al final van a parar todos al único café que está abierto por la noche. —Se emocionaba cada vez que hablaba sobre libros—. Me encantaría ser una figura literaria como ellos. Una que deambula por la ciudad de noche, a oscuras, hasta entrar en un café.

Alva hablaba en voz baja, pero sus ojos brillaban. Me encantaba.

Yo le hablé de mis vacaciones en Múnich y de mi visita a la casa en la que crecí.

—Lo han renovado todo. Hasta el columpio y el árbol del jardín. Ahora han desaparecido y en su lugar hay flores. Está todo tan diferente, tan extraño... Cuando estuve allí me sentí como si me observaran, o como un ladrón.

Al contrario que yo, Alva apenas hablaba de su infancia. Solo en una ocasión me confesó que cuando era pequeña y pasaba algún momento especialmente bonito con su familia solía acabar con la angustia de que aquello no fuera a durar siempre. Y cuanto más lo pensaba, más reconocía en mí esa misma sensación.

Vi a dos compañeros de clase saliendo del Jackpot.

—¿Quieres? —me preguntó Alva.

No sabía a lo que se refería, pero por si acaso me senté algo más recto en el asiento. Entonces vi que estaba liando un porro. Yo nunca había tomado drogas.

—Claro —le dije—. ¿De dónde lo has sacado?

—Soy la líder de un cártel de droga. ¿No te lo había mencionado?

—¿La líder? ¿Y has tenido que matar a alguien?

—A unos cuantos, sí.

Me dirigió una mirada taimada, de lo más convincente.

Hasta aquel momento, Alva se había mantenido bastante al margen de las drogas. Cuando acabó de liar el porro le dio una calada y me lo pasó.

—Tienes que inspirar y guardarte el humo.

Yo asentí. Al principio tosí un poco, pero luego me salió bien y al cabo de un rato empezó a zumbarme la cabeza. Me recosté en el asiento del copiloto y volví a pensar en la casa en la que viví de pequeño. Para mi sorpresa, me di cuenta de que me costaba recordarla con precisión; apenas lograba evocar las habitaciones por separado... ¿Dónde colgaba el cuadro de la cocina? ¿Qué pósteres tenía yo en la habitación?

Mientras intentaba evocar aquellas imágenes, un taxi apareció en mi imaginación. Giraba la esquina a medianoche, apenas iluminado por la luz de una farola. Mi cabeza no dejaba de repetir aquella escena: quería gritar algo a la gente que viajaba en el taxi, pero este desaparecía de inmediato y yo me quedaba con la palabra en la boca. De algún modo, sabía que esa imagen era muy importante para mí, pero al mismo tiempo tuve la sensación de que el recuerdo no estaba lo suficientemente maduro. Era como una fotografía en el proceso de revelado.

—¿Qué te pasa? —me preguntó Alva.

—Nada. ¿Por qué?

—Estás temblando.

Me di cuenta de que tenía razón y respiré hondo varias veces. Logré tranquilizarme y el recuerdo del taxi que se me escapaba desapareció.

—¿Cómo está el tema de tus hermanos? —me preguntó—. ¿Cada cuánto los ves?

Di una calada larga y pensé en hablarle de la distancia que se había creado

entre mis hermanos y yo, pero al final me limité a encoger los hombros y decir:

—Mi hermana ahora está en Londres, creo. Y mi hermano en Viena.

—¿Así que los ves poco?

—Casi nunca, de hecho.

Alva me sacó el pitillo de la mano y le dio la última calada. Subió el volumen de la radio y cerró los ojos. Permaneció un rato completamente quieta y luego, con los ojos aún cerrados, buscó mi mano con la suya. No hizo nada más. No se acercó a mí, solo me cogió la mano. Yo la apreté una vez. Ella también. Luego la retiró.

El fin de semana, Marty vino de visita, por sorpresa, después de mucho tiempo. Estuvo en mi habitación y luego fuimos a su coche, un Mercedes de segunda mano. Yo no tenía del todo claro a qué se dedicaba mi hermano más allá de estudiar informática, pero era obvio que andaba metido en varios y exitosos proyectos. Hacía poco, había montado una empresa relacionada con conceptos tan abstractos como «creación de redes» e «información» junto con su antiguo compañero de habitación, Toni, y un adinerado amigo de ambos. Los terribles años que pasó en el internado contribuyeron a agudizar su fuerza de voluntad. Marty construyó una escalera de tres peldaños (pasado, presente y futuro) cuya finalidad era catapultarlo a lo más alto.

—¿Crees que esto de la empresa te irá bien? —le pregunté.

—Lo vamos a petar —dijo mi hermano sonriendo—. ¡Tenemos la potencia del origen!

Llegamos al coche. Me alegré al ver que Toni había venido con él. Seguía siendo tan musculoso como en la época del internado. Estaba recostado sobre la puerta del conductor, tan tranquilo, mordisqueando una manzana.

—Jules Moreau —dijo.

—Anton Brenner —dije yo.

Nos dimos un abrazo. Hace unos años, cuando me incorporé al equipo de atletismo, coincidí a menudo con Toni en la sala de máquinas del gimnasio, levantando pesas. Algunas veces habíamos ido luego a tomar una cerveza. Me enseñaba trucos de magia y de cartas, y fantaseaba con Liz. Un tiempo

después, cuando le operaron de la rodilla por enésima vez y le dijeron que no podía seguir practicando tanto deporte, decidió que, como compensación por su sufrimiento, merecía casarse con mi hermana. Le pregunté si iban a casarse por fin, ante lo que él frunció el ceño y dijo: «Pero ¿ya ha contestado a mi carta?».

Fuimos juntos al lago. Mientras Marty, en un alarde de genialidad, se dedicaba a predecir el surgimiento de internet («Se acerca un nuevo mundo, Jules, ¿lo entiendes? El viejo está obsoleto, pero pronto podremos ser todos pioneros»), yo lo escuchaba a medias y observaba su aspecto: gafas alargadas y sin montura, americana y zapatos de cuero. El capullo raro y gótico se había convertido en un típico alumno de Harvard. No es que mi hermano fuera muy guapo, porque tenía la nariz muy aguileña y los labios demasiado finos («parece el protagonista de un descuidado esbozo de Sempé», dijo Liz en una ocasión), pero estaba claro que había mejorado una barbaridad desde la época del colegio, y además emanaba pura energía creativa.

—Tu hermano será un empresario de primera, siempre lo he sabido —me dijo Toni—. Yo me limito a mantenerme cerca de él.

En lo que Marty no había cambiado ni un pelo era en el tema de los tics y las manías: saltó, por ejemplo, en absolutamente todos los charcos con los que nos fuimos encontrando. En su época del internado nunca salía de su habitación sin apretar varias veces el pomo de la puerta. Unas veces eran cuatro, otras doce, otras ocho. Parecía haber desarrollado un sistema lógico para la secuencia, aunque admito que yo siempre estaba atento y nunca logré descifrarla.

Ambos me acribillaron a preguntas sobre el internado. ¿Qué podía decirles? Después de nueve años, dominaba de tal modo el papel del alumno sociable y feliz que durante unos instantes hasta yo me creí mi pose despreocupada. Pero seguía sin decir una palabra sobre mis padres. Mi más íntimo anhelo consistía en dejar de ser un maldito huérfano y convertirme en un chico normal. Mantuve el recuerdo de mis padres bien atado en una esquina de mi subconsciente y permití que se cubriera de polvo. Incluso dejé de ir a visitar su tumba, en Múnich.

—Por cierto, no quiero que te preocupes —me dijo Marty—, pero Liz no

está bien. Fue a visitarme a Viena hace poco y tenía muy mal aspecto. Se mete demasiadas mierdas.

—Pero lleva haciéndolo mucho tiempo, ¿no?

—Ahora es diferente. Ahora son drogas duras, Jules. Creo que se arrepiente de haber dejado los estudios.

—¿Te lo ha dicho ella?

—No, pero estaba triste cuando vino a verme a la universidad, y sé lo que pensaba. Lo sé.

No supe qué responderle. Me había pasado años sin saber nada de Liz, y ahora al menos manteníamos un ligero contacto. La última vez fue en Múnich, hacía unos meses. Un contacto breve, como siempre.

Para cambiar de tema, mi hermano me habló de su novia, Elena, a la que había conocido en la universidad. Cuando le pregunté si la amaba, Marty hizo un gesto con las manos.

—El amor —dijo— es un concepto absurdo y literario. El amor no es más que un conjunto de reacciones químicas.

Corrí a toda velocidad los cien metros de la pista de atletismo. Alva leía estirada en la hierba. El arenoso césped y las calles de la pista estaban en un estado lamentable, pero, pese a ello, el polideportivo era algo así como el alma del internado. Aquí, cada tarde, los más diversos grupos de personas quedaban para decidir sus planes de la tarde, para leer o simplemente para pasar el tiempo.

Yo era muy buen atleta. No había superado ningún récord, pero sí había ganado algún que otro campeonato para nuestro equipo de atletismo. Llegué hasta donde estaba Alva, jadeando. Cuando leía, su expresión cambiaba: estaba más relajada, con la boca ligeramente abierta, y parecía indestructible; a salvo.

Logré leer de lejos dos versos de un poema y los recité en voz alta:

La muerte es grande,
nosotros somos sus...

—Qué buen rollito —dije—. ¿Y cómo sigue?

Alva cerró el libro de golpe.

—Venga, corre otra vuelta —me propuso divertida.

Después del entrenamiento me duché, me cambié y volví hasta donde estaba ella con mi cámara. Le hice unas fotos y me estiré a su lado sobre la hierba. Creo que fue Alva la primera en sacar el tema de los hijos. Quería tener varios.

—¿Cuántos? —le pregunté.

—Quiero dos niñas. Una será muy independiente y se pasará el día contradiciéndome, y la otra muy dependiente y vendrá continuamente a pedirme ayuda y consejo; esta última también escribirá poemas que no tendrán ningún sentido.

—¿Y si tus hijas son unas antipáticas o unas raras?

—Bueno, las dejo que sean un poco raras.

Alva sonrió. La arruguita que tenía en la frente desapareció.

Entonces dijo, muy seria:

—Te lo advierto, Jules: si a los treinta no he tenido hijos y tú tampoco, los tendré contigo. Serías un buen padre, estoy segurísima.

—Pero para ello tendríamos que acostarnos.

—Bueno, podría resignarme.

—Sí, tú quizá. Pero ¿qué te hace pensar que yo también?

Ella levantó una ceja.

—¿No querías?

Durante unos segundos no dijimos nada.

Yo miré hacia el internado, algo cortado. El suelo de cemento del aparcamiento brillaba como el cristal bajo la luz del sol.

—Sí, sí querría —dije al fin—. No quiero ser un padre viejo. Treinta es el límite, también para mí. Así que, en última instancia, estaría dispuesto a dejarte embarazada.

—¿Y si a los treinta ya no estamos en contacto?

—Eso es imposible.

Ella me miró durante un rato largo.

—Todo es posible.

Los ojos de gata de Alva eran verdes. No del verde pálido y oscuro de los billetes de un dólar, sino de un verde claro, brillante, que contrastaba de un modo fascinante con su pelo rojo. Pero su mirada resultaba algo ausente, casi fría. No era la mirada de una chica de diecinueve años, sino la de una mujer indiferente que había dejado de ser joven. «Todo es posible», repitió, pero algo cambió en su mirada y el frío se volvió calidez.

Una gota cayó sobre el brazo de Alva y ambos miramos al cielo. Unas nubes enormes ocultaban el sol y un trueno muy fuerte emergió de la nada. Unos segundos después, llovía torrencialmente sobre nuestras cabezas.

Recogimos nuestras cosas y corrimos hasta mi habitación. Alva descubrió la ginebra que Toni me trajo cuando vinieron a visitarme. Nos servimos una copa, y luego otra, y casi sin darnos cuenta fuimos vaciando la botella. El alcohol me fue desinhibiendo; a Alva, en cambio, fue poniéndola cada vez más tensa.

—Me ha dejado —dijo al fin.

Su novio tenía veintitantos años y era un tipo desgarrado que no me gustaba nada y vendía coches en un concesionario de la ciudad. Alva sacudió la cabeza.

—Creo que me lo merecía. Me porté de pena con él.

—Seguro que no. Eras demasiado buena para ese idiota.

—Merecía que me dejara, Jules, de verdad —dijo, y luego añadió, casi en tono de burla—: tú siempre me ves mejor de lo que soy.

—Qué va, es al revés: tú eres mejor de lo que te ves.

Se encogió de hombros mientras se servía otra copa. Se la bebió de un trago e inmediatamente se sirvió una más. Empezaba a perder ligeramente el equilibrio. «Gracias, Toni —pensé—, no tenías por qué traerme la ginebra, pero te debo una.»

Recordé el momento en que puso su mano sobre la mía, en el Fiat.

—¿Recuerdas cuando te sentaste a mi lado en quinto?

—¿A qué viene eso ahora?

—No sé..., ¿por qué lo hiciste?

—Eras nuevo e ibas muy raro vestido. Calcetines rojos y azules. No pegaban nada. Y tenías una expresión tan triste y asustada..., y todos se

burlaban de ti.

—¿De verdad? No me enteré de nada.

—También se reían porque confundías algunas palabras. «Fropundidad», por ejemplo. Aún lo recuerdo. O «a mata de salto» en lugar de «a salto de mata». —Alva cogió el chaleco que siempre me ponía para correr y se lo quedó mirando—. Por eso me senté a tu lado, para que no estuvieras solo. Pero entonces todos empezaron a decir que me había enamorado de ti, y volví a cambiarme de sitio.

—Muy bonito.

—Lo sé.

Nos pasamos un rato sin decir nada.

—Alva, estás borracha —le dije.

—No, Jules, eres tú el que está borracho. ¿Desde cuándo bebes ginebra, en realidad?

—Desde siempre. Una botella entera antes de cada clase. —Di un paso hacia ella y le quité el chaleco de las manos—. Hay tantas cosas que no sabes de mí...

Me miró fijamente.

—¿Por ejemplo?

Se hizo el silencio. Cuanto más rato pasaba sin responder a la pregunta, más me miraba ella, alternando la sonrisa con la seriedad. Yo me reí brevemente, aunque sonó más bien como un gemido.

Como vi que Alva no iba a hacer nada más con aquel momento, decidí seguir un instinto y poner música. *Via con me*, de Paolo Conte. La canción que mi madre me cantó poco antes de morir.

Observé a Alva, con el pelo aún mojado envolviéndole el rostro. También su ropa estaba mojada y se le pegaba al cuerpo. Se bajó ligeramente el vestido para cubrirse algo más las piernas desnudas. En aquel preciso instante empecé a moverme al ritmo de la música. Me temblaban las piernas.

—Bailas muy bien —me dijo. Parecía sorprendida.

No le respondí, sino que me acerqué más a ella para invitarla a bailar conmigo. Cuando me dijo que no con la cabeza, alargué la mano.

—Vamos —le dije—. Solo esta canción. ¡Vamos!

Hice un gesto típicamente italiano con las manos y empecé a mover los labios como si estuviera cantando la canción.

*It's wonderful, it's wonderful, it's wonderful,
good luck, my baby.
It's wonderful, it's wonderful, it's wonderful,
I dream of you...*

Alva se rio brevemente, pero luego se puso seria de golpe y tuve la sensación de que sus pensamientos se la llevaban a otro lado. Dejó de estar relajada y en un momento dado incluso sacudió la cabeza. La decepción que sentí me dejó sin aliento. Apreté los labios y seguí bailando solo un rato más. Un estúpido haciendo el ridículo. Al final apagué la música, y poco después Alva cogió sus cosas y se marchó.

Las vacaciones de Semana Santa de 1992 pasaron sin pena ni gloria, hasta que un día entré en la cocina y me encontré a mi tía ensimismada, con un extraño brillo en los ojos. Sorprendido, me di cuenta de que había envejecido. Entonces lo entendí. Era el día del cumpleaños de mi madre. Me sentí algo avergonzado porque lo había olvidado por completo. Aun así, solo acepté sentarme con ella en el sofá a mirar viejas fotos de familia por educación.

Vi a mi madre de niña, de adolescente y de joven, con el pelo cortado siempre a la moda y faldas muy cortas, siempre rodeada de gente. En una foto estaba entre un grupo de estudiantes y miraba con admiración al atractivo hombre que tenía al lado. Llevaba una corbata corta y una camisa blanca, con las mangas arremangadas, sujetaba una pipa en la boca y hablaba, con los ojos brillantes, dirigiéndose al grupo.

—Tu padre podía ser tan adorable..., tan inteligente... —dijo mi tía—. Adoraba pasarse horas debatiendo sobre cualquier tema.

En la foto siguiente vi a mi abuela francesa, que ya tenía aquella expresión seca en el rostro. Y a Marty, de pequeño, con sus hormigueros. Y a Liz disfrazada de princesa, con el velo rosa en el pelo. Y a mí mismo, mirándola con la boca abierta. En otra foto estaba yo con unos nueve años en la cocina, concentrado e inclinado sobre una cazuela. Recordé inmediatamente aquellos

olores a comida tan típicos de casa. Hacía años que no cocinaba... ¿De verdad me había gustado tanto la cocina, o era solo un recuerdo distorsionado por las fotos? Intenté pensar en ello y me dije que sí, que mis recuerdos apuntaban a que me gustaba cocinar.

En otra foto me descubrí con aquella sonrisa que solía tener de niño, tan seguro de mí mismo, subido a un columpio y rodeado por un montón de niños y niñas.

—Te encantaba ser el centro de atención —dijo mi tía—. Eras un líder. Si alguien no te bailaba el agua te enfadabas muchísimo. Y nunca había nada lo suficientemente peligroso.

Fue como si me hablara de otra persona.

—¿En serio? —le pregunté.

—Eras un niño muy especial —dijo—. Marty era el listo, Liz la glamurosa y tú el único-e-inconfundible, mucho más delicado que los demás —sonrió—, aunque no parabas de parlotear como una cotorra.

Llegamos entonces a una foto en la que mi madre me miraba pensativa mientras yo escribía algo en mi libretita roja.

Mi tía se detuvo en esa imagen.

—Te quería tanto —dijo—. Eras su tesoro.

Me quedé mirando la foto en la que aparecía con mi madre. Cuando era pequeño me llamaba «ratoncito» porque era muy curioso y muy rápido. Siempre que tenía dudas las consultaba con ella. Era mi brújula y mi mejor apoyo. Observé su cara, su mirada, sus manos apoyadas en mis hombros...

Me di cuenta de que había empezado a llorar.

—Es... —empecé a decir.

Mi tía me cogió de la cabeza y me abrazó. Al notar el calor de su abrazo no pude resistirme más y empecé a llorar desconsoladamente. Hacía años que no lloraba así.

—La echo tanto de menos —dije, y noté la mano de mi tía acariciándome amorosamente la espalda.

La fiesta tuvo lugar en una cabaña en el campo, sin electricidad ni agua corriente. Habíamos acabado los exámenes y la presión férrea del calendario

escolar empezaba a remitir. Ya solo quedaban los orales, y algunos de mis compañeros de curso decidieron celebrarlo. La música salía de un radiocasete; todos nos reíamos más fuerte de lo normal; decíamos un montón de chorradas. Nos sentíamos como si acabáramos de robar un banco y ahora tuviéramos que decidir lo que hacer con todo el dinero que teníamos.

En un momento dado, Alva desapareció. Sucedió bastante a menudo, pero siempre volvía al cabo de unos minutos. Esta vez tardó más de una hora, y decidí ir a buscarla. La encontré a un par de kilómetros de la cabaña. Estaba sentada ante una escarpada pendiente y miraba hacia abajo.

Chuté una piedra y Alva se dio la vuelta.

—¿Qué te pasa?

—Nada —me dijo.

Me senté a su lado y dejamos colgando los pies. La luna iluminaba el valle ante nosotros.

—Ayer leí tus relatos —me dijo—. Me gustaron mucho. Mucho.

En las últimas semanas había vuelto a escribir. Era como si hubiese cruzado la puerta hasta mi infancia, y me di cuenta de que contar historias seguía gustándome tanto como cuando tenía diez años. Para mis relatos breves me inspiré en *Un corazón indomable*, de A. N. Romanov, a quien Alva veneraba casi tanto como a Tolstoi o a McCullers.

—Tienes mucho talento, Jules —me dijo—. No dejes de escribir. Algún día vivirás de esto.

—No sé. Las fotos son más precisas, más reales.

—Pero a veces las mentiras son mejores.

Yo tenía que ir a hacer el servicio militar a Múnich, y esa noche le pregunté si querría compartir piso conmigo, y quizá también con alguien más. Alva no estaba segura. Ella solía hablar de viajar por todo el mundo; de marcharse muy lejos.

—En realidad no hay casi nada que me retenga aquí —me dijo en una ocasión, y añadió, sonriendo—: tendría que enamorarme locamente o algo así para quedarme.

Tuve la sensación de que tenía que hacer algo para acercarla más a mí. Y al mismo tiempo recordé algo que intentaba ocultar, pero siempre volvía a

aparecer, como el agua, persistente, de una fuente natural: que Alva siempre acababa apartando a todos los hombres que se le acercaban; que nunca había querido bailar conmigo; y que solo había un motivo para tanta complejidad. «Qué puedo hacer —volví a decirme—, qué puedo hacer ahora.»

—¿Sabes lo que me dijo mi padre antes de morir? —Solté la pregunta mientras jugueteaba con mis propios dedos. Estaba nervioso—. Me dijo que era importante tener un amigo *de verdad*. Alguien que siempre esté a tu lado, toda tu vida. Me dijo que eso era más importante que cualquier otra cosa. Más incluso que el amor.

Alva se dio la vuelta hacia mí. Sus labios brillaban bajo la luz de la luna.

—¿Por qué dices esto?

—A veces creo que lo eres para mí, o yo para ti. Podría imaginar toda mi vida a tu lado, siendo tu amigo, y me siento extraordinariamente afortunado por haberte conocido. No hay nadie que signifique más para mí.

Puse mi mano en su hombro y en aquel preciso momento me di cuenta del poquísimos contacto físico que teníamos.

—Lo que quiero decirte con esto es que vengas conmigo a Múnich. Por favor.

Ella se quedó pensativa.

—¿Quedamos mañana por la tarde y lo hablamos? Para entonces ya me habré decidido, ¿te parece?

—Vale. Si quieres cocino algo.

—¿En serio? ¿Sabes cocinar? —Parecía divertida—. Suena genial. ¿Me recoges hacia las siete?

Asentí. Tuve la sensación de que quería estar sola un rato, así que me volví a la fiesta. Estoy bastante seguro de que bailé mucho y lo pasé bien en la cabaña con el resto de mis compañeros, pero la verdad es que apenas lo recuerdo. Estuve todo el rato pensando en la charla que iba a tener con Alva... y que afectaría al resto de mi vida.

Cuando llegó la hora de dormir, las pocas camas que había en la cabaña se ocuparon inmediatamente, y el resto tuvimos que repartirnos por el suelo, en colchones hinchables o directamente sobre aislantes, con los sacos de dormir. Hacía un frío terrible. Yo me quedé helado. Había bebido demasiado y no

podía dormir. Cuando cerraba los ojos todo me daba vueltas. Alva estaba justo a mi lado, con sus auriculares, y yo la oía poner una y otra vez la misma canción. Después se los quitó.

Silencio..., silencio.

Para mí empezó entonces el trabajo nocturno: cual detective secreto, me dediqué a repasar los acontecimientos del día, uno tras otro. Cada gesto de Alva que pudiera ser reinterpretado, cada palabra que hubiéramos intercambiado. Como, por ejemplo, cuando hablamos de nuestros compañeros del colegio, siempre aparentemente despreocupados. «A veces creo que hay gente que no sabe que va a morir.» Eso me dejó muy tocado. ¿Por qué tuvo que decir algo así? Aunque Alva estaba justo a mi lado, deseaba tenerla aún más cerca. Me imaginé cómo sería vivir con ella en Múnich. Pensé en la noche del día siguiente, cuando hablaríamos de todo eso y más.

Justo cuando empezaba a quedarme dormido, me dio un golpecito en el hombro.

—Jules, ¿estás despierto?

—Sí, ¿qué pasa?

—Me he quedado sin pilas en el walkman —me dijo— y no puedo dormir con tanto silencio. Tengo que distraerme con algo, o si no...

Esperé a que acabara la frase, pero no lo hizo.

—¿Quieres que te cuente un cuento?

Ella se rio en voz baja.

—No, solo quería preguntarte si podía acercarme más a ti. Si duermo con alguien la cosa no es tan horrible.

Asentí y ella se metió en mi saco de dormir. Como no teníamos suficiente espacio para estar uno al lado del otro, ella se colocó medio encima de mí, y me sorprendió ver lo frío, pesado y, sobre todo, suave que era su cuerpo. Ella también estaba helada, pero entonces mi frío y el suyo se mezclaron y ambos empezamos a sentir más calor. El aliento de Alva chocaba con mi cuello a intervalos regulares, y me hacía cosquillas. Al sentirla tan inusualmente cerca, sus pechos contra mi tórax, su rodilla sobre mis piernas, tuve una erección. No sé si ella la notó. Me quedé un ratito quieto a su lado, y después la cubrí con mi brazo.

—No puedo dejar de pensar en mi hermana. No puedo, ni un solo segundo. La voz le salía entrecortada. Yo alcé la cabeza, sorprendido. Nunca me había hablado de su hermana.

Con cuidado, le pregunté:

—¿Qué le pasó?

—No lo sé..., tenía un año más que yo y éramos inseparables. Lo hacíamos todo juntas. Nuestros padres decían que éramos como gemelas. Y entonces..., hace unos años, desapareció. Así, sin más.

Yo la escuché, aturdido. Tenía la sensación de que los demás nos estaban escuchando y alargué el cuello. Alva, en cambio, pareció haberse olvidado de mí por un momento.

—Se llamaba Josephine —decía como para sí—, pero siempre la llamábamos Phine.

—¿Y qué le pasó?

—Nadie lo sabe... Un día, sencillamente, no volvió de su clase de ballet. —Alva temblaba y parecía destrozada—. La policía la buscó por todas partes, como es lógico... Debajo de cada piedra, por todos los alrededores... Se utilizaron perros policía y se emprendieron mil acciones durante varios meses... Pero solo encontraron su chaqueta. Nada más. Ni siquiera su cadáver...

Apartó el rostro. Noté la desesperación en su voz. No sabía qué hacer. Me limité a quedarme allí, con ella, y recordé aquella ocasión en la que tuvo que salir de la clase por culpa de una película.

—¿Por qué me lo cuentas ahora?

No me respondió. La luz del amanecer empezó a colarse en la cabaña y pude ver las siluetas de los que dormían a nuestro alrededor.

—Estoy demasiado cansada —dijo—. Ya hablaremos mañana.

Se acurrucó aún más contra mí.

—No te duermas antes que yo —me susurró tan cerca de la oreja que me hizo cosquillas—. Es muy importante, Jules. Muy importante.

—Te lo prometo.

Aparté un mechón de pelo que le caía por la cara. La mano de Alva acarició varias veces mi pecho antes de quedarse quieta y de que su

respiración se acompasara. La besé en la sien y le susurré:

—Estoy aquí. Para lo que quieras.

Al día siguiente fui a comprar la cena a la ciudad. Reservé la cocina del internado y cogí el autobús hasta el pueblo en el que vivía Alva. Me sorprendió ver que no me esperaba en la puerta, como solía. Llamé al timbre. Nada. El jardín estaba cuidado con esmero, y en los cristales de las ventanas se reflejaba el sol del atardecer. Aquello me hizo pensar en ella, y volví a llamar.

Por fin se abrió la puerta, y entré.

El pasillo estaba muy poco iluminado. La madre de Alva, de pie en la penumbra, no era más que una silueta. Sostenía un cigarrillo en una mano y un teléfono en la otra. Su voz sonaba fuerte y estresada. Ni rastro de Alva. De la cocina llegaba un fuerte aroma a salsa boloñesa. De pronto, un montón de ladridos: dos dálmatas enormes llegaron corriendo por el pasillo. Eran idénticos hasta en la más pequeña de sus manchas y me observaron como si quisieran atacarme.

—Seguro que quieres ver a Alva —me dijo su madre cuando colgó el teléfono. Su rostro tenía una cierta expresión de derrota.

Yo asentí y la seguí hasta la cocina, con los perros trotando tras de mí.

—¿Quieres un zumo o una Coca-Cola? —preguntó dirigiéndose ya hacia la nevera.

—No, gracias —le dije—. He quedado para cenar con Alva y solo pasaba para recogerla. ¿Está arriba?

Quizá percibió un matiz de esperanza en mi voz que le molestó y eso le hizo quedarse quieta, mirándome largamente.

—Por Dios, qué joven eres.

Exhaló algo de humo por la boca y continuó mirándome fijamente. Yo me sentí incómodo.

—Sí, está arriba —me dijo—. No llames a la puerta. Está escuchando música a todo trapo y no te oirá.

Fui a la escalera, subí los últimos peldaños, llegué a la puerta de Alva, la abrí y me quedé sin aliento. Me quedé sin nada, de hecho. Antes de cerrar la

puerta de nuevo, el mundo se había hundido bajo mis pies.

Bajé las escaleras corriendo, con la cabeza a punto de estallar. Las imágenes me golpeaban con fuerza: las latas de cerveza vacías, el libro de matemáticas y el jersey en el suelo. La cama. El hombre desnudo bocarriba. Alva, también desnuda, a horcajadas sobre él. Su melena rojiza y sudorosa, su cuello enrojecido por el esfuerzo, el movimiento de todo su cuerpo y su boca entreabierta. Los gemidos que dejaban escapar. Pero sobre todo, sobre todo, la mirada breve, pero intensísima, que Alva me dirigió.

Una mirada más dura que cualquier respuesta, muda, pero agresiva, acusatoria al tiempo que afligida. Había visto algo que ella era, pero no quería ser. Y me había visto a mí mismo en su mirada: vi en lo que me había convertido, y especialmente en lo que no. Y fuera lo que fuera lo que hubiésemos compartido durante tantos años, no necesitó más que aquella mirada para volar en mil pedazos.

Mientras bajaba la escalera, sentí una cólera indescriptible. Quería dejar la juventud atrás. Quería abandonar todo lo que tuviese que ver con ser joven. Me lo habría arrancado si hubiese podido. En el piso de abajo me encontré con la madre de Alva y los dos perros. Quiso decirme algo, pero yo pasé a su lado como una exhalación. Cruzé el pueblo corriendo y no paré ni miré ni un segundo atrás.

LA COSECHA

(1997-1998)

Mi memoria me lleva a la pedida de mano de mi hermana. Por desgracia, no soy el hombre encantador que viste de etiqueta y hace reír a los invitados, ni el flipado que mueve sus Air Jordan al ritmo de un charlestón y liga con una estudiante. No; el tipo invisible de veinticuatro años apostado en la barra e incómodo con la idea de que todos aquellos desconocidos pudieran verlo *c'est moi*. Mientras rompo un cuarto de limón y echo el líquido en mi bebida, pienso en las celebraciones y las fiestas de cumpleaños de mi infancia, en las que siempre era el centro de atención. En toda esa energía acumulada. ¿Cuándo se echó a perder? Abandoné los estudios de Derecho y tampoco tuve suerte con mi carrera como fotógrafo. Me lo merezco, pienso, porque arrastro desde hace tiempo un ardiente odio a mí mismo que no me deja crear nada bueno.

El único hombre en toda la sala que parece cuando menos tan perdido como yo es el prometido de Liz, Robert Schwan; un exitoso pianista de jazz. Quede dicho que a Liz no le gusta el jazz. Se trata de una elección más que misteriosa. Mi hermana siempre había sentido debilidad por los hombres guapos e interesantes y, con una voracidad que yo a menudo envidiaba, les arrebatava lo que quería. Su prometido, en cambio, era un hombre de mediana edad; delgado, huesudo, con la mirada ojerosa a lo Paul Auster y una perilla absurda que le daba un punto de sordidez.

—Vaya coñazo de tío —me dice una voz masculina a mi lado—. Acabo de hablar diez minutos con él. No entiendo lo que le ve.

Mi hermano y su novia se habían acercado a donde yo estaba. Elena era pequeña, de pelo oscuro, no muy delgada, con una mirada despierta que absorbía el mundo. Me abrazó tímidamente y me quitó una pelusilla de la chaqueta.

Saludo a Marty sin saber muy bien cómo hacerlo. La última vez que lo vi fue en el entierro de nuestra tía, en el que discutimos acaloradamente.

—Felicidades —le digo—, doctor Moreau.

—¿No está mal, eh? Quién iba a decir que lograría doctorarme. —Marty esboza una sonrisa—. Bueno, en realidad yo siempre dije que lo haría.

Ambos miramos a nuestra hermana. Aquella noche tiene veintisiete años, lleva un vestido azul y se ha recogido el pelo en un moño alto. Tan alto como sus tacones, que son espectaculares. Liz ve reflejada su belleza en los ojos de los allí presentes y acepta que todos se enamoren de ella. Mantiene efusivas conversaciones, besa apasionadamente a su prometido y después, cual abeja en busca de polen, va de invitado a invitado, regalándoles a todos su irresistible encanto y provocando en ellos unas sonrisas que a mí me dejan boquiabierto, como todo lo que tiene que ver con mi hermana. Es como si estuviera siguiendo en todo momento las indicaciones de un director de escena invisible. Una sonrisa más, así, perfecto, ahora revolotea un poco, lanza una mirada breve, coqueta... Cuando mira a alguien, parece que lo ilumine con un foco de luz que sale de su propio cuerpo, y no hay nadie que no comparta el mismo deseo: gustarle. Incluso yo lo quiero.

Y qué lejos parecen ahora aquellos tiempos remotos en los que me colaba en la habitación de Liz por la noche, cuando éramos niños. Ella solía estar leyendo, o dibujando alguno de sus cómics, y me dejaba colarme bajo la manta. Yo siempre me quedaba fascinado de lo calientes que estaban sus piernas; prácticamente hervían. Ella solía hablarme entonces de los chicos de su clase, de lo mono que era uno y de lo idiota que era otro, y yo la escuchaba sin aliento, orgulloso de que mi hermana mayor compartiera conmigo sus secretos. Aunque a veces me limitaba a estirarme en su cama mientras ella leía o escuchaba música. Adoraba aquellos momentos. Mi madre y mi padre estaban al final del pasillo, Marty en la habitación de al lado, todo era tan seguro y reconfortante..., y yo me acurrucaba junto a Liz, que leía tranquilamente a mi lado, y me dormía, sin más.

Mi siguiente recuerdo tiene un color distinto, más oscuro.

Cuatro meses después de la pedida de mano de mi hermana, el teléfono me despierta bruscamente. No tengo tiempo ni de pensar. Por aquella época vivo en Hamburgo, en un destartalado apartamento de una sola habitación, cerca del puerto, y salgo a toda prisa para coger el tren y estar junto a Liz, en Berlín. Su piso está en el más absoluto silencio. Nada que ver con la última vez que estuve allí. Ese reposo no pega nada con mi hermana. La tétrica luz del amanecer empieza a colarse por la ventana que da al pasillo. En la cocina, una montaña de platos sucios. En la entrada, una guitarra rota, con la que tropiezo.

El dormitorio huele a una mezcla de incienso y vómito. Liz está sentada en el suelo, con los ojos medio cerrados. A su alrededor, algunas personas. Amigos, supongo. A la mayoría no los había visto nunca. Ni rastro de su prometido.

—¿Qué le ha pasado?

Me arrodillo a su lado. Solo lleva unas bragas y un jersey, y tiene unos círculos oscuros bajo los ojos. Me mira sin verme y murmura algo acerca de un amplificador que está en su cerebro y podría regular toda la ciudad.

—Ha tenido una crisis —me dice una de sus amigas, que conozco de la pedida de mano—. Estaba medio desnuda en la calle, insultando a la gente.

Aparto el pelo húmedo de la cara de mi hermana.

—¿Qué ha tomado?

—Ni idea. Coca, éxtasis, tranquilizantes, mescalina..., todo a la vez, quizá.

—¿Y su prometido?

—¿No lo sabes? Robert la dejó hace tiempo.

Me quedo sin palabras. Entonces llamo a Marty a su empresa, en Viena.

—No la llesves a un hospital por nada del mundo, Jules —me dice varias veces—. Voy a llamar a una amiga mía que es internista y le pediré que vaya a verla de inmediato.

En aquel momento, Liz parece recuperar la consciencia. Alarga su mano hacia mí y me habla como si fuera un niño pequeño.

—Ay, hermanito, ¿qué estás haciendo aquí?

Y se ríe en mi cara. Es una risa aguda, enajenada. Y me observa fijamente,

pero no como una hermana, no con esa mirada apta para todos los públicos, no. Liz me contempla con esa dureza, ironía e infinita deliberación con la que lleva años mirando a todos los hombres y a todas las mujeres. Con esa mirada que solo Robert Schwan podía sostener. Luego vuelve a reírse como una posea, y yo siento un escalofrío. Liz tiene los ojos profundos y vacíos de quien cae, y cae, y no deja de caer.

Y ella disfruta cayendo.

—¿Cuándo podrás venir? —le pregunto a Marty.

—Cogeré el primer vuelo que encuentre. —Su voz suena agitada. Le oigo bajar escaleras y abrir una puerta. Como siempre, aprieta varias veces el pomo antes de salir. Ocho veces, en esta ocasión—. Todo va a salir bien, ¿me oyes?

En ese momento, Liz me pide que me acerque porque quiere decirme algo al oído. Parece nerviosa, como un niño que acaba de recordar algo. Me inclino hacia ella, con el teléfono aún en la mano, y cuando estoy muy cerca de su boca balbuceo «shertoyoloaté».

—¿Qué? —le pregunto.

—Está muerto. Yo lo maté —repite.

El verano de 1998 volví a Berdillac con mis hermanos, por primera vez desde que éramos niños. Fue idea de Marty. Hacía un tiempo había renovado la casa que heredamos de nuestra abuela y dijo que podía trabajar desde allí. Que Elena se reuniría con nosotros unos días después. Hablamos de ello como si se tratara de un viaje bien planeado, pero lo cierto es que estábamos preocupados por Liz. Desde su aborto y la crisis que lo sucedió no había vuelto a levantar cabeza.

En Francia nos esperaba una tormenta. El limpiaparabrisas iba a toda velocidad y mi hermano detuvo su Mercedes a un lado de la carretera. Liz dormía en su asiento. Yo miré por la ventana y reconocí todo el paisaje: unas montañas sorprendentemente conocidas; unos campos de colores brillantes. Me vinieron a la cabeza las monedas de un franco con las que solía jugar cuando era pequeño, y vi a mi padre al volante, y a mi madre escuchando alguna cinta de los Beatles.

Cuando llegamos a Berdillac la lluvia había remitido, y el ambiente estaba limpio y agradablemente fresco. Marty fue el primero en bajar de coche y dirigirse a la puerta de la entrada. Durante unos segundos me pareció ver a mi padre, con su chaqueta de cuero y su pipa en la boca, dirigiéndose el primero hacia la puerta. Llegar a aquella casa después de tantísimos años fue como coger una película antigua en blanco y negro y verla de pronto a todo color. Todo parecía, a primera vista, exactamente igual que entonces. En la fachada delantera crecía la hiedra; en el porche había varias sillas y un banco; el techo de tejas estaba sucísimo y la puerta principal, de color verde oscuro, estaba hinchada y, en algunos trozos, despintada. Sin embargo, dentro estaba todo irreconocible. Marty había tirado el tabique que separaba la cocina del salón y había creado un espacio enorme y tremendamente agradable que incluía una biblioteca, una zona con sillones y cojines y una chimenea. Detrás, un horno, un fregadero y una bonita mesa de madera.

—La casa está en perfecto estado de revista. —Marty nos hizo una visita guiada—. El baño, renovado; el suelo del primer piso, sin moqueta y con baldosas nuevas. Solo he mantenido intactas las cómodas, las mesas y los armarios del abuelo.

Caminaba delante de nosotros, orgulloso. Toni y él fueron unas de las primeras personas en prever el potencial de internet. Su empresa había creado una web muy elitista en la que empresarios, abogados, banqueros, políticos o periodistas podían ponerse en contacto y cooperar. Su start-up creció a gran velocidad. De camino hacia Francia nos estuvo contando que quería comprar Microsoft por un precio de siete cifras. «Caray —me dije—, igual puedo pedirle algo prestado.»

Durante la cena no supimos qué más explicarnos y al final nos quedamos en silencio. Yo pensé en las amenas y siempre agitadas cenas de nuestra infancia, en las que mis hermanos no paraban de pelearse o todos nos reíamos de algo que nos había pasado. Ahora, en cambio, estábamos sentados a la mesa como tres actores que se reencuentran tras mucho tiempo y no recuerdan el texto de su obra más famosa.

En un momento determinado, no pude soportar más aquel silencio y saqué de mi maleta una carpeta con fotografías.

—Se las he ofrecido a una galería —dije.

Era mi nuevo proyecto, una serie sobre *La belleza de lo invisible*. En una podía verse un valle cubierto de una niebla densa y blanca sobre la que emergían las copas negras de los árboles; otras mostraban casas de campo cubiertas con moho, abandonadas, o vencidas por el paso del tiempo, o bien la historia de un joven que acababa de atarse los cordones de los zapatos y se puso a correr detrás de sus amigos con expresión concentrada. Apreté el disparador justo en el momento en que iba a alcanzarlos.

Mi hermana cogió las fotos.

—Me gustan mucho —dijo, aunque yo tuve la sensación de que no se las miraba lo suficiente como para admirar los detalles y la profundidad.

Marty, en cambio, las estudió con atención.

—No están nada mal, en serio. Te acercas mucho al estilo de Salgado o Cartier-Bresson...

—¿Pero? —pregunté.

—Pero sigo sin saber cómo esperas ganarte la vida con esto.

No sé qué reacción esperaba de su parte, pero está claro que un «creo en ti» no me habría venido nada mal. Y mi hermana no parecía estar dispuesta a acudir en mi ayuda. Su vida era complicada, aunque más estable que la mía, la verdad. A veces ganaba dinero haciendo de modelo, dando clases de guitarra o participando en algún anuncio de bajo coste.

—Y a ti qué más te da —dije en voz baja.

Marty suspiró.

—No quiero meterme en tu vida, pero creo que no tendrías que haber dejado la carrera.

—La odiaba —le dije—. Si hay algo que de verdad lamento es haberla empezado.

—Pero te habría dado seguridad. Ya sé que al principio es difícil, pero hay que pasar por ello. Y es posible que al final hasta te hubiese gustado.

—¿Y qué sabes tú de lo que me gusta o me deja de gustar? ¡No sabes nada de mí, no me conoces, así que no te comportes todo el día como si fueras mi padre!

Cogí mis fotos, enfadado. Ya había tenido esa misma conversación varias veces en los últimos años, y cada vez reaccionaba como un joven

descontrolado..., entre otras cosas porque mi hermano sabía cómo mantenerme en ese papel.

Aquella noche no pude dormir. Me quedé mirando la luna durante un rato. Parecía el ojo de la propia noche en plena oscuridad. Luego me levanté y fui a llamar a la puerta de mi hermana. Liz me abrió en pijama. Sobre su cama, un libro de cuentos infantiles que, obviamente, había encontrado en la casa, y un paquete de chucherías.

—¿Sigues enfadado? —preguntó mascando una de las chuches—. No vale la pena. Marty cada vez se parece más a papá. Igual de crítico, pero con más éxito que él. Es como habría sido papá si no hubiese sido un perdedor.

Asentí, aunque me dolió que hablara así de nuestro padre.

—¿Lograste que te aceptaran las fotos para la exposición?

Yo negué con la cabeza.

—Jules, ¿puedo preguntarte algo? —Liz me lanzó una mirada maternal. Lo que me faltaba—. ¿Cuánto tiempo hace que intentas ganarte la vida como fotógrafo? ¿Tres años? ¿Y por qué lo haces? ¿Es por él? ¿Te sientes en deuda con él?

Recuerdo perfectamente que aquellas preguntas me provocaron un dolor y una inquietud considerables, y no descarto haberlas contestado en un tono algo más alto de lo adecuado.

—¿Y por qué tendría que sentirme en deuda con él? No me siento obligado a nada, y menos por él. Sé que estaba decepcionado porque yo no usé su cámara antes de que muriera, pero eso ya lo arreglamos entre nosotros.

—No pretendía...

—No hago fotos por papá, sino porque me gusta. Ya hablas igual que Marty.

Aparté la mirada, enfadado. De la pared colgaba un dibujo enmarcado. Mostraba a un hombre con las alas de un águila volando por el cielo; a lo lejos se intuía un castillo; abajo, escrita con letra de niño, la siguiente frase: «Tiene que rescatar a la princesa que fue encerrada en la torre oscura». ¡Qué irónico que hubiesen escogido justo este dibujo! Lo dibujé justo la semana después de la muerte de nuestros padres. Estábamos aquí, en Francia, en casa de la abuela, y aún estábamos en aquel momento en el que soñábamos con la

posibilidad de que se abriera la puerta y nuestros padres entraran diciendo que todo había sido un malentendido. Para animarnos a Marty y a mí, Liz se había inventado un juego: la Redacción del Sueño. Ella se había nombrado a sí misma directora e ilustradora, y nosotros teníamos que inventarnos sueños — absurdos o bellos— para representarlos con un dibujo y un texto. Después, quemábamos los dibujos y, según nos contaba Liz, su humo era inspirado por otras personas que por la noche soñaban lo que nosotros habíamos escrito y dibujado.

—¿Qué habría pasado si nos hubiésemos criado aquí, en Montpellier? — le pregunté a Liz—. Muchas veces he imaginado el aspecto que tendrías si hubieses sido la típica francesa. Creo que te habría quedado muy bien. Habrías acabado el colegio y habrías estudiado una carrera.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

—Una artística, seguro. Bellas Artes, quizá. O Filología. O te habrías hecho profesora, como mamá; sí, eso también podría haber sido.

Liz me miró fijamente.

—Cuéntame más —dijo en voz baja.

—Bueno, todo el mundo estaría acostumbrado a verte siempre con un libro bajo el brazo, y a ti te habría encantado leer y dibujar. Si hubiese vivido, mamá te habría ayudado; habríais hablado mucho por teléfono. Al acabar el colegio te habrías ido a París a estudiar. Allí surgirían varios admiradores, pero tú estarías pensando continuamente en tu amor del colegio, un tipo llamado Jean, o Sébastien, con el que habrías estado saliendo varios años. Tu primer amor. Él se habría marchado a estudiar la carrera al extranjero y vuestra relación habría llegado a su fin. Sin duda, esto te dejaría algo triste, pero habría sido una tristeza bonita, la única que hay. Y en cierto modo, sabrías que volveríais a encontraros. «Él no es para ahora, sino para más adelante», nos dirías. Habrías sido muy elegante, como mamá. Los fines de semana saldrías de marcha, por supuesto, pero con mucha menos frecuencia que si hubieses estado en Alemania. Habrías tenido algunos novios que te cuidarían mucho. En las vacaciones vendrías a vernos a Montpellier, y yo te habría preguntado qué tal era la universidad, y si había chicas guapas. Marty, por el contrario, habría obtenido una beca para estudiar en Harvard, donde escogería Biología. Allí seccionaría a gusto cucarachas y caracoles, y

nosotros nos habríamos burlado de él. Entonces, poco después de licenciarte, habrías..., ay, no sé, dame alguna idea...

Yo había empezado a sonreír mientras hablaba, y pensaba que Liz también lo estaba pasando bien, pero cuando la miré vi que tenía lágrimas en los ojos.

—Perdona —me dijo—. Últimamente no hago más que tonterías. —Se secó las lágrimas de la cara—. Ni siquiera sé si habría sido niño o niña. En cualquier caso, lo echo de menos.

Me senté a su lado en la cama.

—Habríamos estado a tu lado. Tendrías que habérmelo dicho. Yo ni siquiera sabía que habíais roto el compromiso.

—Me cuesta confiar en los demás.

—Pero en tus hermanos puedes confiar —le dije, aunque inmediatamente me pregunté en qué me basaba para decir aquello—. ¿Te arrepientes?

Liz se encogió de hombros.

—A veces sí, a veces no. —De pronto parecía una niña pequeña—. Sé que Robert no era la persona adecuada. Pero me descubro a mí misma pensando qué tipo de abuela habría sido mamá. Me habría encantado poder llamarla. Seguro que habría sabido lo que hacer.

Fue hasta su chaqueta, que estaba colgada en el respaldo de una silla, sacó un cigarrillo y lo encendió. Entonces me rodeó repentinamente con sus brazos y me plantó tres besos rápidos e impetuosos en la mejilla. Yo le acaricié el pelo, y el olor a tabaco se mezcló con el aroma a miel de su champú.

Recordé la impresión que me había causado su prometido la última vez que nos vimos: apenas abrió la boca y tenía la mirada perdida. Parecía aburrido de tener miedo de parecer aburrido.

—¿Por qué te enamoraste de él, en realidad? —le pregunté—. No tenía nada.

—Pues por eso, precisamente. Estaba tan vacío, tan agradablemente vacío. Podía hacer con él lo que quisiera. Y no tenía ni un solo punto débil. Nada podía herirlo. Eso me fascinaba.

La mañana se abrió paso con un gris inconsolable, pero aun así decidimos ir al mar. Liz llevaba un biquini negro y gafas de sol. Se estiró en la arena con

un libro y empezó a leer. El sol ya había empezado a enrojecerle la piel. Yo moví los dedos de los pies en la arena y vi a mi hermano nadando en las gélidas aguas del mar. Se movía con torpeza; parecía nervioso. Algo después, nos confesó que estaba esperando los resultados de los análisis de sangre que se hacía sistemáticamente cada año.

—¿Y por qué te controlas tanto? ¿Para qué tanto esfuerzo? —le preguntó Liz.

Marty se encogió de hombros.

—No me diréis que queréis vivir eternamente, ¿no? —dijo ella, burlona, haciendo un gesto de desprecio con las manos—. Yo moriré joven, pero me da completamente igual —dijo, y eso era lo último que queríamos oír, después de lo que había pasado los últimos meses.

—Qué tonterías dices.

—De verdad, de verdad. Lo sé. —Nuestra hermana se recostó provocadoramente en su toalla y se encendió un cigarrillo—. Moriré joven, justo cuando empiece a ser feliz. Justo entonces sucederá algo y moriré repentinamente, sin más. —Nos miró a ambos, alternativamente—. Pero no me importa. He viajado a mil sitios, he visto infinidad de cosas, la salida del sol en Manhattan, las junglas del Ecuador..., he saltado en paracaídas, he tenido un montón de amantes y he vivido alguna etapa salvaje y complicada, y alguna otra calmada y feliz, y he aprendido realmente mucho sobre la muerte. Da igual si muero pronto: podré decir que he vivido.

Marty sacudió la cabeza.

—Tienes que ser muy creída para hablar así.

—Tienes que ser muy reprimido para pensar que esto es ser creída.

Mientras mis hermanos seguían discutiendo, yo me fui a pasear solo por la playa. Liz tenía razón, pensé. Ella amaba sin condiciones, se entregaba sin condiciones, se hundía sin condiciones.

¿Y yo?

A lo lejos vi a un heladero que se acercaba hacia mí empujando su carrito por la arena. Llevaba una radio colgando, encendida. Respiré hondo y noté el aire salado en mis pulmones. Frente a mí, el mar plateado. El heladero llegó a mi altura y entonces pude distinguir la canción que estaba escuchando.

*It's wonderful, it's wonderful, it's wonderful,
good luck, my baby.
It's wonderful, it's wonderful, it's wonderful,
I dream of you...*

En los últimos años había vuelto a pensar mucho en Alva. La había echado de menos y la había odiado con toda el alma. Me había pasado noches en blanco recordando las anotaciones que me dejaba en los libros que le prestaba, o en el modo en que me pasaba los dedos por el pelo, o en el divertido tono de voz que ponía para decir que mis orejas eran minúsculas...

No tuve el valor de ganarla. Solo el miedo de perderla.

No tenía pensado admitirlo, pero lo cierto es que todas mis relaciones después de la escuela fracasaron porque nunca pude olvidar a Alva. A veces me preguntaba qué estaría haciendo ella en ese momento. En aquella época, los móviles eran aún una rareza e internet estaba empezando apenas a abrirse paso, de modo que no pude seguirle el rastro. En una ocasión oí que estaba viviendo en Rusia, pero lo cierto es que no tenía ni idea. Lo único que tenía claro es que con ella todo habría sido distinto. Los años tras el instituto, el error de escoger la carrera de Derecho (un error del que nadie me disuadió) y mi mudanza, o mejor dicho mi *huida* de Múnich a Hamburgo. Alva no estaba en ninguno de estos momentos, y sin ella no había nadie que me salvara de la soledad.

Al cabo de unos días logré convencer a Marty de que saliera a correr conmigo. Cada mañana corríamos por el pueblo, pasábamos junto a la torre de la iglesia y subíamos por la colina hasta el árbol con la rama talada, el lugar en el que dábamos la vuelta. Solíamos detenernos en un banco, mirar hacia los campos que se extendían por el valle, cubiertos de neblina matinal, y volvíamos a casa, donde Liz y Elena, que ya había llegado, nos esperaban sentadas en la terraza.

—Mujeres, nosotros tener hambre —les decíamos jadeando al llegar a la barandilla—. Uh, uh, uh, hembras traer comida.

Yo me golpeé el pecho como un gorila, y Marty empezó a imitar los sonidos de los monos. Diría que disfrutaba como un loco de poder hacer

tonterías durante un rato.

—Podéis seguir corriendo —dijo Liz—. Si aún sois capaces de hablar así es que no habéis corrido lo suficiente.

Para mi sorpresa, casi siempre era mi hermano el que nos entretenía al acabar el desayuno en el jardín. A él no le gustaban las novelas, pero era un apasionado lector de biografías y diarios. Devoraba con avidez la sabiduría de todo aquel que quisiera registrar su vida. Y era un buen orador. A menudo nos hablaba durante la comida de alguna nueva exposición, de algún falsificador de obras maestras o de algún exitoso descubrimiento en el campo de los números primos.

Tras el desayuno solía retirarse varias horas a su habitación para trabajar. Liz, que no podía quedarse sin hacer nada, salía a dar un paseo, jugaba al bádminton conmigo o se iba a dar una vuelta sola por la ciudad. Yo me quedaba, feliz, con un libro en la terraza, junto a Elena, que estaba acabando de preparar su tesis doctoral en psicología. Ella y yo nos entendíamos sin necesidad de hablarnos.

Nada hacía prever la conversación que tendríamos más adelante.

Aquella noche, Elena se fue a casa de una compañera de universidad, en Marsella. Mis hermanos y yo fuimos a visitar el pequeño cementerio de Berdillac. Estaba vacío y oscuro, y Liz encendió dos velas. Las llamas temblorosas iluminaron los nombres de nuestros abuelos y de nuestro tío Eric. Observé las lápidas. Los tres muertos habían sido como tres desconocidos para mí. El tío Eric murió a los veintiún años, antes de que nacióramos mis hermanos y yo. Nadie nos explicó nunca de qué murió exactamente. Y de nuestro abuelo, un carpintero, tampoco llegaron a contarnos demasiado. Solo en una ocasión nuestra tía Helene se refirió a él como a un tipo colérico que bebió hasta matarse.

—Murió pocos meses después de que Eric nos dejara —dijo mi hermano como si hubiese leído mis pensamientos.

Me alegré cuando nos marchamos del cementerio.

Al volver a casa nos sentimos liberados. Nos bebimos tres o cuatro botellas de Corbière y nos pusimos a recordar anécdotas del pasado. Liz habló de sus exnovios («Todos eran demasiado guapos, como un regalo

magníficamente envuelto. Una caja preciosa que al abrirse contiene solo un zapato viejo»), y en algún momento la conversación derivó hacia el amigo por carta de Marty, el noruego Gunnar Nordahl, de cuya existencia siempre habíamos dudado.

—¿De verdad existió o te lo inventaste?

—Pues claro que sí —dijo Marty. Pero entonces miró su copa de vino y añadió—: bueno, no, en realidad no. —Sacudió la cabeza hacia los lados—. Busqué un nombre noruego en el listín telefónico y me pasé años escribiéndole cartas. Me pregunto si leyó alguna.

—¡Oh, Dios mío, lo sabía! —exclamó Liz triunfante mientras nuestro hermano aceptaba la reacción como alguien que en el fondo se sabe invencible.

Un rato después, Liz fue a su habitación y volvió con una minifalda de color amarillo.

—Mirad, la he comprado en una tienda que queda justo al lado de la universidad y estaba llena de niñas de diecinueve años. —Sonrió de oreja a oreja—. Luego podemos salir a bailar y me la pongo, ¿vale?

—Yo no me muevo de aquí, te lo aseguro. —Marty limpiaba sus gafas mientras hablaba—. Y perdona que te lo diga, pero tú ya no tienes diecinueve años.

—Anda, ¿y me lo dices precisamente tú?

Liz empezó a hacer poses absurdas alrededor de Marty, hasta que este no pudo evitar reírse y acabó accediendo a salir. Dejó intacta su última copa. Liz, en cambio, se apresuró a vaciar la suya.

Estuvimos bailando en una discoteca de Montpellier hasta el amanecer, y recuerdo especialmente lo bien que se sentía Liz bailando en la tarima rodeada de desconocidos. No solo porque estaba muy segura de sí misma, sino también porque se sentía bien acogida en todas partes.

Eran ya las siete de la mañana y yo me había metido en la cama cuando unos gritos en el piso de abajo hicieron que me levantara de un salto. Bajé la escalera sin hacer ruido y me dirigí al salón. Liz estaba en el centro de la habitación, y Marty sentado en el sofá. No se percataron de mi presencia.

—Pues sí, me encantaría saberlo —estaba diciendo Liz en aquel momento

—. Te mueves por aquí como un maldito rey bávaro y te comportas como el hermano atento y preocupado, pero ¿en realidad dónde estabas cuando te necesitamos?

—Perdona, pero si aquí alguien desapareció fuiste tú —dijo Marty sin perder la calma—. Además, alguien tenía que ganar dinero en la familia.

—El dinero es lo único que te interesa. Las fluctuaciones de la bolsa, las inmobiliarias, los portales de internet..., toda esa mierda.

—Venga, no hables como una adolescente —respondió Marty—. Es penoso. La única verdad es que te fuiste.

—¿Cuándo?

—Cuando mamá y papá murieron. Nos dejaste solos. Te pasabas la vida con tu gente por ahí, empezaste a tomar drogas y no mostraste ningún interés por nosotros. No tengo ni idea de cómo te fue a ti, pero nosotros lo pasamos fatal. No teníamos amigos. No teníamos nada. ¿Y sabes por qué? Porque no habíamos aprendido a tener amigos. Porque nos teníamos a nosotros tres. Pero tú desapareciste de nuestras vidas, aunque prometiste que nos cuidarías siempre. ¿Podrías explicarme ahora, quizá, por qué lo hiciste?

Aquellas palabras afectaron a Liz, sin duda. Cogió un melocotón que había en un frutero, sobre la mesa, y empezó a jugar con él.

—En aquella época yo era mucho más niña que tú —dijo—. Es verdad que hablaba de chicos y me comportaba como la hermana mayor, pero en realidad solo quería seguir siendo una niña. Me encantaba ser niña. Adoraba decir tonterías, sentarme en la falda de mamá y pasarme horas enteras en mi habitación, dibujando. No quería hacerme mayor. No tan rápido, al menos. Pero es que mi mundo desapareció de golpe. Jules era demasiado pequeño y tú eras ese friki vestido de negro que se mantenía alejado de todo, ¿lo recuerdas?

Marty le dio la razón encogiéndose de hombros.

—Todos sufrimos mucho —siguió diciendo Liz—, y todos reaccionamos de maneras distintas. Yo me concentré en evitar el silencio, en impedir que mi espíritu se detuviera a sentir todo aquel dolor. Me lancé a la vida porque tenía pánico de quedarme en mi habitación y no poder parar de llorar.

—Pero ¿por qué nos dejaste tirados?

—Si hubiese estado en condiciones de cuidaros lo habría hecho, pero no

pude; no tenía fuerzas. ¿Sabes cómo fue mi primera vez? ¿Lo sabes?

—Sí, con ese tío mayor que...

—No, eso fue mentira. ¿Sabes cómo fue mi primera vez de verdad?

Marty estaba cada vez más callado.

—No.

—Ni siquiera sé su nombre. —A Liz le temblaba la voz—. Solo llevábamos unas semanas en el internado y todas las chicas de mi planta se reían de mí: de mis peluches, de mis cuentos infantiles, de mi ropa anticuada... Así que quise demostrarles que era más dura que ellas; que estaba dispuesta a sufrir más que cualquier otra chica. Por eso fui la única que aceptaba las mierdas que nos ofrecían en los bares. En una ocasión me tomé algo que no sabía ni lo que era. Hizo que dejara de sentir, e incluso de ver, durante un rato. Entonces apareció aquel tío. Tenía unos veinte años y un aire de estar hecho polvo, de frialdad, que yo no supe interpretar. De pronto me cogió del brazo y me sacó de la pista de baile. Cuando estábamos lo suficientemente lejos de todos, se abrió la bragueta del pantalón. Yo no quería, pero no me atreví a negarme. En mi cabeza tenía aún toda la bruma de la droga. Me puse a pensar en Múnich y en papá y mamá, y en vosotros, y en lo lejos que quedaba todo de repente. Y mientras tanto, el tío me folló.

Marty se mordió los labios y se quedó callado.

—De pronto me había convertido en quien no quería ser. Y cuanto más tiempo pasaba, más difícil me resultaba volver con vosotros. No teníais ni idea de lo que significaba vomitar junto a la pista de baile de algún bareto de pueblo por culpa del *speed*, o acostarse o levantarse junto a un desconocido por culpa del LSD. No teníais ni idea de lo que significaba enamorarse perdidamente de cada tipo que aparecía en tu vida, solo para tener a alguien con quien estar. Tú siempre andabas metido en tus libros y tus juegos de ordenador y Jules estaba siempre soñando despierto. Éramos tan distintos..., y aún lo somos.

Ambos se quedaron mirando al suelo, en silencio. La escena me hizo pensar en un tablero de ajedrez en el que solo hubiesen quedado dos piezas, una de cada color, que ya no podían tocarse. Dos atletas de equipos distintos.

—¿Y si dejamos de ser distintos? —pregunté desde la escalera.

Ellos me miraron, apenas sorprendidos de mi presencia.

—Tienes razón —le dije a Liz—. No tenemos ni idea de lo que sabes. Tú has vivido cosas que nosotros desconocemos. Las drogas, por ejemplo. Tú has visto y vivido cosas que Marty y yo no podemos ni imaginarnos. Muchas veces me has dicho lo increíble que es el LSD, por ejemplo, ¿no? Pues vale, tomémoslo juntos. Así podremos hablar del tema.

Liz se quedó pensativa unos segundos, y entonces movió la cabeza.

—Pero vosotros no os drogáis; vosotros no...

—¿Lo ves? —la interrumpí—, a eso mismo me refiero. Ibas a decir «vosotros no sois como yo», ¿verdad? Pero es que no podemos serlo si no nos dejáis. Lo que está claro es que llevamos años sin hacer nada juntos. Déjanos formar parte de tu vida.

Liz contestó:

—Aunque os dejara, ¿dónde íbamos a encontrar LSD?

—Eso no sería un problema —dijo entonces Marty sorprendentemente—. Yo podría conseguirlo. Conozco a mucha gente, incluso aquí. La pregunta es si algo podría salir mal.

Valoramos los pros y los contras, y decidimos que no nos tomaríamos nada hasta que volviera Elena, para que ella nos vigilara. Cuando se lo contamos no le gustó nada la idea, pero al final se dejó convencer.

Tres días después, una furgoneta gris se detuvo delante de casa. Marty charló un rato con el amable conductor, y luego volvió con una bolsita de plástico. Poco después estábamos los tres sentados en el sofá, sosteniendo en las manos los trocitos de papel de colores. Liz nos dijo que lo único que teníamos que hacer era tragárnoslos. Yo miré el mío. Era azul claro y no sabía a nada.

Los efectos se hicieron esperar. Marty cogió un ejemplar de *Le Figaro* y se puso a leer. Liz se recostó y cerró los ojos. Yo miré a Elena, sentada frente a nosotros en el sofá, y ella me devolvió la mirada. Entonces tragué saliva y me vino a la boca el sabor de la juventud: una mezcla de humo, comida del internado, cerveza barata y la mano de Alva sobre la mía. Me tomé un vaso de agua y el eco lejano y sinestésico de mi lengua desapareció.

El siguiente en notar algo fue mi hermano. Miró el periódico, fascinado, y

murmuró algo así como que las letras estaban moviéndose. Entonces fue hasta Elena y hundió la cara en su regazo.

En aquel preciso momento me llegó una ola de recuerdos, como si alguien estuviera pasando las hojas del libro de mi vida. Unos capítulos atrás: el funeral de nuestra tía. Murió el año anterior, de un infarto cerebral, en cuestión de minutos. Marty nos lo explicó de camino al entierro, sin apenas emocionarse, aunque la quería muchísimo. Condujo el coche al cementerio en el más absoluto silencio, mientras Liz y yo hablábamos de que el destino había vuelto a burlarse de nosotros. «Eso es una chorrada», dijo Marty de pronto. «El destino no existe, como tampoco existe Dios. No hay nada, solo estamos los humanos, que para el caso es lo mismo. Así que de nada sirve quejarse. La muerte es estadística, y aunque ahora parece que la tengamos en contra, llegará un momento en el que todos los que nos rodean hayan muerto, igual que nosotros, y entonces volverá a igualarse todo; así de sencillo.» Pero media hora después, cuando estábamos ya en el cementerio viendo desaparecer el ataúd de nuestra tía, me sorprendió ver a mi hermano llorando desconsoladamente. Era un llanto que rasgaba el corazón, todos en la capilla lo miraban, mientras él se aferraba al brazo de Liz y se dejaba conducir por ella.

Entonces las páginas de mi cabeza me llevaron a un recuerdo más lejano. Me vi en el salón de casa y vi el momento en que la tía nos informó de la muerte de nuestros padres. Marty se quedó pálido e inmóvil y, aunque estaba justo a mi lado, parecía que se hallara a miles de millas de mí. Poco a poco las palabras fueron destapando su terrorífico significado en mis ojos, que apenas lograban ver nada, y en mis piernas, que me llevaban como un loco de un lado al otro de la habitación. Entonces la explosión de la detonación afectó también a Liz, que en aquel momento entró en la habitación y me vio la cara. «¿Qué ha pasado?», preguntó, pero yo no podía, ni quería, decírselo, como si así fuera a poder protegerla de la verdad.

—Estoy viendo lo mismo que tú —dijo Liz a mi lado; o al menos eso entendí yo.

Quise decirle cuánto había cambiado todo, cuánto había cambiado yo, pero no pude. El corazón me latía a toda prisa, mi mente se llenó de imágenes. Mi padre lanzándome una pelota. Liz cogiendo una piedrecita blanca del Malefiz

como amuleto. Mi madre llamándome «ratoncito» y leyéndome algo en voz alta. Yo calculando la harina que necesitaba para su delicioso pastel. Todo desordenado, todo cerca, tan bonito, tan rápido, que me costaba resistirlo.

Inspiré, espiré, inspiré, espiré.

—Es demasiado —empecé a repetir—. No puedo soportarlo. Quiero que pare.

Liz me cogió de la mano.

—Tranquilo —me dijo—. Todo está bien.

Las lágrimas rodaban por mis mejillas, los colores de la habitación brillaban, podía ver cada arruga y cada línea de mi mano. Tenía la respiración acelerada y el pecho a punto de estallar. Y entonces, en un momento dado, todo pasó y pude volver a respirar con normalidad. El alivio hizo que me pusiera a reír. De vez en cuando iba mirando a Elena, que nos observaba atentamente y lo mantenía todo bajo control solo con su presencia.

—Ya sé qué dibujo me habría gustado hacer a los doce años. —Liz se apoyó sobre mi hombro—. Lo había olvidado, pero ahora he vuelto a recordarlo. Me habría gustado dibujar cuatro perros en la playa, jugando a la pelota como si fueran humanos. Responderían a nombres muy extraños y vestirían con ropa muy rara.

Asentí, feliz de estar tan cerca de mi hermana.

Entonces todo se deshizo y se confundió de nuevo a mi alrededor. Mi consciencia dio un salto y volví a viajar en el tiempo.

Yo era..., yo *soy* Marty, construyendo un cochecito de juguete. Qué precisión a la hora de unir las piezas; qué emoción encender el motor y comprender que la técnica que esconde la carrocería tiene sentido de pronto.

Yo soy Liz y dibujo algo con muchos colores en un trozo de papel, y de pronto surgen de él seres vivos que yo mismo he creado, y es tan increíble que me pierdo entre ellos. Y en mi cabeza brillan aún más imágenes, tantas que a veces duelen, y no se lo puedo decir o mostrar a nadie y siento un exceso de energía que me obliga a correr como un loco por toda la habitación para librarme y vaciarme de toda esa potencia.

Soy mi madre, mirando a sus hijos mientras juegan y se hacen mayores, deseando que no se vayan de mi lado demasiado pronto. Y me siento feliz de

haber hipotecado mi libertad por esta vida, aunque a veces la echo de menos.

Y soy mi padre, conduciendo hacia el trabajo, aunque lo que de verdad querría es dar la vuelta y volver con mi familia. Pero eso, como tantas otras cosas, no puede ser. Me pregunto cuándo empezó todo a ir mal. Me pregunto si siempre fue así. Recuerdo que antes de morirme le regalé una cámara a mi hijo pequeño, Jules, pero que este no llegó a utilizarla. Recuerdo sentarme a hablar con él...

—Lo recuerdo —digo.

Veo a mi padre ante mí, con una claridad meridiana y dolorosa. Lo veo sosteniendo su pipa, abatido, y mirándome con cara de sorpresa. Mi culpa. Mi maldita culpa.

—Dios mío, ahora lo recuerdo todo.

Sigo con los ojos cerrados. Ahora soy yo mismo, corro por un prado y observo un montón de tonos verdes. Es impresionante. Percibo el olor a hiedra húmeda, a resina y a musgo en la nariz. Mis sentidos están al límite. Llueve, y llego a un bosque. Estoy empapado. Anochece en un solo segundo, y de pronto hace frío y todo es lúgubre. El peligro acecha. Tengo que pasar entre una maleza impenetrable. Las ramas oscuras y punzantes me arañan la piel. Sangro.

—Algo no va bien —digo—. Algo no va nada bien. Esto no para.

Noto que alguien me sacude, pero mantengo los ojos cerrados y no dejo de caminar. Conozco ese bosque. He vuelto a él continuamente desde mi infancia. Se ha convertido en mi casa. Y si no me ando con cuidado, será el lugar en el que moriré.

Avanzo interiormente y veo una imagen muy clara ante mí: con la muerte de nuestros padres, nuestra vida movió por error las agujas de las vías y nuestros trenes siguieron por una que no era la que tocaba. Vivimos una vida equivocada. El sistema sufrió un fallo que nadie corrigió.

Tropecé en mi viaje interior y fui a caer sobre una rama puntiaguda que había en el suelo. La rama se me clavó en el corazón. Me desangré en cuestión de segundos. Todo se volvió caliente y brillante. Es todo muy agradable y, al mismo tiempo, el sentimiento más desconsolado que he tenido jamás. Tendré que dejarlo y perderlo todo...

Abrí los ojos. Estaba empapado.

—¡No quiero morir! —grité—. ¡No quiero morir!

Despedirse de uno mismo. Borrar todos los pensamientos, las esperanzas y los recuerdos. Una pantalla negra para el resto de la eternidad.

Lloré, acuclillado en el suelo.

—No quiero morir —murmuré una y otra vez.

Liz se sentó a mi lado. Marty y Elena me sujetaron las manos. Noté el calor que todos desprendían y lo agradable que resultaba estar en casa. Pero todo eso me quedaba francamente lejos: yo estaba perdido en mí mismo, y en mí solo había frío y miedo.

El último día de vacaciones estaba sentado con mi hermano en la playa. El aire era frío y el viento nos despeinaba el pelo. Un barquito pesquero pasó muy cerca de la costa, dibujando su silueta sobre la superficie del agua.

—Oye... —dijo Marty.

—¿Sí?

—Siento que nos hayamos visto tan poco. —Se sacó las gafas y apretó el puente de la nariz entre el pulgar y el índice—. Supongo que no he sido un buen hermano mayor en los últimos años.

—Has sido patético.

—Es posible.

—Patético y gilipollas.

—Vale, gracias, ya lo he pillado.

Nos miramos. Mi hermano me dio unas palmaditas en el hombro y de pronto me pareció más joven.

—Estaré más atento a partir de ahora.

Por la tarde, mientras mis hermanos acababan de hacer sus maletas para el viaje de vuelta, Elena y yo nos fuimos a dar un último paseo por el pueblo.

—¿Qué ha sido de las manías de Marty? —le pregunté—. Dar cinco vueltas a los cerrojos, apretar el pomo de las puertas siguiendo una serie imaginaria, no pisar las líneas del suelo en la calle... ¿Qué ha pasado con todo eso?

Elena bajó la mirada.

—Iban cada vez a más —dijo—. Últimamente iba cinco veces al año al oncólogo para asegurarse de que no tenía cáncer y no utilizaba ningún ascensor ni escalera mecánica porque decía que traían mala suerte.

—¿Perdón?

Elena no pudo evitar reírse.

—Sí, los ascensores y las escaleras mecánicas eran *malos*. Al principio intentaba escondérmelo y hacía alguna broma cuando yo se lo notaba, pero llegó un momento en que todas esas autoimposiciones se adueñaron de su vida. Desde hace unos meses va a terapia.

Nos acercamos a la casa. Ya de lejos vi a Marty cargando su maleta en el coche mientras silbaba una de las melodías de *Carmen*.

—¿Los ha superado? ¿Sus tics? —pregunté.

—Ojalá. Es cierto que han mejorado bastante, pero a veces creo que nunca se irán del todo; que en todo caso él aprenderá a esconderlos mejor. A veces intento pillarle, pero ya no lo logro como antes.

Cuando entré en el jardín miré atentamente a mi hermano. «Una infancia difícil es como un enemigo invisible», pensé. Uno nunca sabe cuándo va a golpear.

SEGUNDA PARTE

Me recupero con una sorprendente rapidez de mi accidente. Pronto vuelvo a ser capaz de leer, de ver de lejos y de hablar por teléfono, y por supuesto ya tengo el diagnóstico completo: bazo aplastado, tibia y peroné derechos rotos, fractura de clavícula, conmoción cerebral severa. Los médicos dicen que he tenido mucha suerte.

Suerte. Una palabra que por fin puedo empezar a usar.

Llaman a la puerta. Marty me ha traído a los niños. También ha venido Elena, e incluso Toni, que ha viajado hasta Múnich solo para verme.

Los niños corren hasta mi cama y me abrazan. Vincent me ha hecho un dibujo, un hombre sonriente con muletas, y Luise me ha traído un peluche para que me haga compañía. Lo deja en mi mesita de noche. Ya tienen siete años, pero me sigue pareciendo un milagro que sean míos. Que yo siempre seré su padre, aunque me marche del país, me suceda cualquier cosa o ellos no quieran volver a verme.

Luise señala el yeso de mi pierna y el collarín y, al igual que hizo en su visita anterior, me pregunta si me voy a morir. Yo muevo la cabeza en señal de negación. Ella asiente, aliviada. Vincent, en cambio, no parece muy convencido. Juguetea con los dedos y reconozco el miedo en su mirada.

Decido hacer un esfuerzo y comportarme como el payasete feliz y confiado que siempre soy para ellos. Les hablo de mi rutina en el hospital y les hago preguntas.

—¿Qué tal con el tío Marty y la tía Elena?

Mi hijo se queda callado.

—Muy bien —dice Luise por él.

—¿Qué hicisteis ayer?

—Fuimos al zoo y vimos a un león muy de cerca.

«Está contenta», pienso. Después de todo lo que ha pasado, está contenta porque ha podido ver a un pobre león enjaulado. Abrazo a mi hija y le doy un

beso.

—¿Y tú? —le pregunto a Vincent—. ¿Cuál es el animal que más te gustó? Él levanta la cabeza, pero tarda varios segundos en mirarme a los ojos.

—Las serpientes —dice en voz baja.

Yo miro a Marty, algo intranquilo. Solo espero que no se ponga a seccionar criaturas indefensas y a observar su sangre en el microscopio.

Nos ponemos a dibujar animales todos juntos: un elefante, ratones, jirafas y un tigre. Mientras los intentos de Toni resultan un desastre («Tal como los has pintado, estos pobres animales no sobrevivirían ni un solo día»), le dice mi hermano), Vincent dibuja con sorprendente precisión. Su jirafa es especialmente perfecta. Cuando lo felicito, mi hijo sonríe por primera vez. Su sonrisa aparece repentinamente, y es tan bonita y nos desarma a todos de tal modo que durante unos instantes dejo de estar preocupado por él.

Cuando mis visitas se van, llega la noche. Fuera empiezan a formarse unas nubes pálidas y me siento como si la oscuridad me observara desde la ventana. Echo de menos a mi mujer, pero está en uno de sus viajes a Rusia. Esos que para ella son tan importantes. Le dije que no la molestaría. Le dije que me las arreglaría solo y que ni siquiera hacía falta que se llevara su móvil alemán. Y ahora está en Rusia, más exactamente en Ekaterimburgo, y puede tardar varios días en conseguir un vuelo de regreso. Mientras tanto, estoy solo.

Por la noche duermo mal. En mis sueños recuerdo el momento en que me salgo de la carretera y tengo el accidente.

«Se acabó», debí de pensar en el último momento, o quizá «te va a doler». No sabría decir cuál de las dos.

Entonces me despierto.

Enciendo la luz. Mi hermano me había traído el álbum de fotos y los dos libros que le pedí: *Tiempo que vuela*, de A. N. Romanov, y *Suave es la noche*, de F. Scott Fitzgerald. Ya los he leído varias veces. Ambos tienen ciertas escenas y descripciones a las que vuelvo reiteradamente. Al final vuelvo a quedarme dormido. Esta vez sin pesadillas. Solo vacío.

Antes de comer, ando perdido en mis pensamientos, y ella me llama. Aún

está en Ekaterimburgo. Hay una feria industrial y todos los vuelos están llenos.

—No aguanto más aquí —le digo—. ¿Cuándo podrás venir?

—Pronto estaré contigo.

—Según parece, será más fácil que vaya yo a Rusia.

—No seas tan sarcástico. Con los clavos y placas de metal que llevas en el cuerpo no podrías pasar los controles del aeropuerto.

Pregunta por los niños. Está tranquila porque los pequeños siempre se han llevado bien con mi hermano y Elena. Le digo una vez más que la quiero y colgamos.

Esta vez me visita solo Marty. Está de pie en la ventana y mira hacia fuera. Lleva una camisa hecha a medida y las rayas del pantalón perfectamente rectas, pero desde hace un tiempo ha empezado a caérsele el pelo. Observo a mi hermano, que nunca ha sido nada sentimental ni ha mirado al pasado, sino que ha convertido cada casualidad, cada giro de su vida, en una nueva oportunidad de futuro. De pronto imagino cómo seremos cuando tengamos setenta años. Yo no escogí a Marty, y la verdad es que él y yo no parecemos en nada, pero hay algo que lo hace distinto al resto: siempre está a mi lado. Lleva cuarenta y un años a mi lado.

—¿Por qué lo hiciste?

Era la pregunta que estaba esperando.

—Así que tú también crees que no fue un accidente.

—Dime, ¿por qué?

Pienso en la conversación con la joven psicóloga del hospital, que también creyó que lo mío no había sido un accidente.

—¿Qué ha sido entonces? ¿Un intento de suicidio? —le pregunté para provocarla.

Ella no respondió a mi pregunta.

—Es importante que usted conozca la respuesta —dijo al fin—. Sé que ha vuelto a huir a sus ensoñaciones, pero tiene que aceptar las cosas como son. Su familia necesita a alguien que viva en el presente.

Yo no respondí.

Miré fija y largamente a mi hermano.

—¿Por qué iba a querer suicidarme? Tengo dos hijos. Jamás los

abandonaría. Fue un accidente. Perdí el control de la moto y punto.

Marty no parecía convencido.

—Por cierto, que ahora no es más que chatarra —se limitó a decir—. Y no entiendo por qué te ha dado por ir en moto a estas alturas. Es demasiado peligroso.

Cuando se marcha, intento perderme de nuevo en mis ensoñaciones, pero no lo logro. Miro por la ventana. Justo en aquel momento veo pasar a unas golondrinas. Recuerdo que antes, cuando las cosas no iban como yo quería, me imaginaba que podía volar.

Miro un rato el álbum. Junto a las imágenes con mi mujer veo las fotos con mis hermanos. En algunas aparece mi hermana en una fiesta, con una copa en la mano, la mirada provocadora y sin temores. Ya hace quince años y sigo siendo incapaz de expresar con palabras cuánto la echo de menos.

Un enfermero llama a la puerta. A su lado, y con la ayuda de unas muletas, doy mi primer y cuidadoso paseo por el jardín de la clínica. La pierna rota apenas me duele, la fractura de la clavícula también va curándose bien y ya casi no tengo dolor de cabeza. Me deslumbra la luz del día, a la que no estoy acostumbrado. Respiro hondo y me siento en un banco. Los pajaritos cantan a mi alrededor y el sol reina en un cielo sin nubes.

«Está muerta», pienso.

Durante unos segundos me cuesta mantener la compostura. «Piensa en otra cosa, piensa en otra cosa.» Los pensamientos se mezclan en mi cabeza e inesperadamente me remonto a mis años en Berlín. Pienso en los momentos de soledad en los que bailé solo en mi habitación, dominado por una idiotez desesperada. Pienso en el sótano de Suiza y en los paquetes con las armas de fuego. Pienso en el momento en que volví a escribir. Las imágenes se acumulan cada vez más deprisa en mi interior, y de pronto vuelvo a ver lo que sucedió antes de mi accidente. El abismo me mira a los ojos.

Y yo miro hacia atrás.

EL CAMINO DE VUELTA

(2000-2003)

Dejé la fotografía unos dos años después de aquellas vacaciones en Francia con mis hermanos. Un galerista amigo mío rechazó hacer una exposición con mis trabajos, y yo metí con rabia todas mis cámaras en una caja y la tiré a la calle. Una hora después me arrepentí y quise recuperarlas, pero ya no estaban. Allí empezó una caída en picado que duró varios meses: dormía hasta el mediodía, fumaba demasiados porros, escribí varios cuentos que nunca enseñé a nadie y me volví un fanático de las discusiones. Mi novia me dejó. Dijo que era demasiado cerrado, que estaba demasiado *desequilibrado*, y que no podía soportar más la forma en que miraba, siempre metido en mi mundo, insondable y excluyente. No me importó. No estaba enamorado de ella, como tampoco lo estuve de ninguna de las novias que tuve antes, y en el fondo tenía la sensación de que aquella ni siquiera era mi vida. De que algún día recuperaría aquella otra en la que mis padres aún vivían. Aquella idea siguió golpeándome durante varias semanas y fue como una huida a la que se aferró mi alma.

Cuando Liz me habló de la vacante en Yellow Records, dejé mi apartamento de Hamburgo y me fui con ella a Berlín. El sello musical se hallaba en un patio interior que daba a la avenida Kottbusser Damm y estaba especializado en cantautores y músicos de rock independiente. Y fue así como me convertí en asesor legal de la empresa, aunque también habría podido irme al extranjero o ponerme a estudiar otra cosa. Por aquel entonces no habría podido formularlo con tanta claridad, pero en mi interior intuía que me había apartado del camino... El problema era que no sabía cuándo ni cómo, y de

hecho ni siquiera sabía ya cuál era el camino.

Poco después de cumplir los treinta años, en enero de 2003, iba con mi Vespa por la ciudad cuando se detuvo a mi lado un Fiat rojo. Por algún motivo, no pude dejar de mirarlo. ¿Qué sucedía? Ah, sí, Alva. Ella tenía un coche igual que aquel. En aquel instante me vino a la cabeza cómo fue nuestro último encuentro. Cómo le pedí que me acompañara a Múnich y cómo me respondió ella, acostándose con aquel hombre y obligándome a mirarla.

Bueno, no fue exactamente así.

El último fin de semana de colegio, justo antes de dejar el internado, Alva fue a verme sin avisar. Me sonrió como si no hubiese pasado nada y me dijo que había pensado en ir a pasar un año de servicio social voluntario a Nueva Zelanda. Hablamos de que en el futuro nos veríamos muy poco y de lo extraño que iba a resultar, pasar de vernos cada día durante tantos años a no vernos en absoluto. Yo estaba enfadadísimo con ella, la verdad, pero su mirada me pareció tan frágil, tuve la sensación de que se sentía tan herida, que me conmovió. Entonces me cogió del brazo y me pidió que hiciéramos algo juntos el fin de semana. Me dijo que tenía claras algunas cosas y que quería hablarlas conmigo.

Yo estaba tan anonadado que al principio ni siquiera me vi capaz de responderla. Le prometí que la llamaría y Alva me dijo que le hacía mucha ilusión.

Pero no la llamé.

Me pasé todo el fin de semana paseando junto al teléfono del pasillo del internado, pero no me vi capaz de descolgarlo. Alva me había hecho muchísimo daño a propósito, y era obvio que tampoco ahora le importaba demasiado, pues había venido a rematar su ataque diciéndome que iba a marcharse para siempre. ¿Cómo iba a perdonarla? La odiaba, aunque al mismo tiempo quería volver a verla. En mi fuero interno esperaba que ella me llamara a mí, pero tampoco lo hizo.

Cuando llegué al internado el último lunes, Alva no me dirigió la palabra. Durante toda la mañana se mantuvo lo más alejada de mí que pudo, y a mediodía fui a hablar con ella.

—Perdona —le dije apoyando una mano en la pared, para parecer más

relajado—. Quise llamarte, pero no he parado en todo el fin de semana.

Puede que hasta le hablara de alguna fiesta a la que fui y en la que me encontré con aquella chica de la que Alva me dijo que yo le gustaba. Sea como fuere, sentí un enorme placer en la revancha y me alegré de poder devolverle algo del daño que me había hecho. Contaba con que ella asintiera, entristecida, o al menos sorprendida por mi frialdad, pero lo único que hizo fue mirarme inquisitivamente.

—Ah —dijo—. Es verdad, habíamos quedado en que nos llamaríamos. Lo había olvidado por completo. Bueno, no importa, no pasa nada.

Aquella fue la última vez que hablé con Alva.

Unos días después de ver el Fiat rojo fui a recoger a Liz al trabajo. Hacía ya cinco años de nuestro verano en Berdillac. Ella había acabado los estudios en una escuela nocturna y luego hizo Magisterio. Ahora estaba haciendo prácticas de música, arte y alemán en una escuela, y la verdad es que le iba muy bien. La vi salir del edificio acompañada de otros profesores. De lejos aún llamaba más la atención, tenía un brillo aún más imponente. Llevaba una mochila y se reía. Era, obviamente, la líder. Los demás la miraban con admiración. Quien no supiera su edad (hacía tiempo que había pasado la barrera de los treinta) le habría echado veintitantos. Solo su cara había engordado mínimamente.

Cocinamos en el desaliñado piso de Liz, atiborrado de objetos pequeños e infinidad de fotos —*cocinamos* significa que ella cocinó y yo la miré—, y, por supuesto, hablamos de nuestro hermano. Marty acababa de vender su empresa por una exorbitante suma de dinero, y ahora daba clases en la Universidad de Múnich. Elena y él compraron una casa cerca del Jardín Inglés.

—Qué fuerte, ¿eh? —Yo me balanceaba en una de las sillas de la cocina—. Ahora vive a pocas manzanas de nuestra antigua casa.

—Sabía que tarde o temprano todos volveríamos allí —dijo mientras troceaba el perejil—. Pero pensaba que tardaríamos un poco más.

—Yo nunca volveré a Múnich. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque no nos fuimos de allí voluntariamente.

Liz encendió unas varitas de incienso y puso música folk. Canturreaba. La

imaginé tocando la guitarra para sus alumnos en la clase de música, o dibujando alguna figurita o animalito en sus libretas, o proponiéndoles que hicieran una obra de teatro antes de las vacaciones de verano. No hay duda de que mi hermana había estado descarriada muchos años, pero ahora había regresado al lugar en el que se encontraba antes de que murieran mis padres. Volvía a estar en el buen camino, igual que mi hermano, que parecía hallarse en un momento fantástico de su vida. Yo, en cambio... Hacía unos días, en un café, me había llamado la atención un grupo de amigos que estaban sentados cerca de mi mesa. Tendrían más o menos mi edad. Uno de ellos era quien llevaba indudablemente la batuta de la conversación y, con pleno dominio de los ritmos y los tonos, hacía reír a carcajadas a los demás. Algo enervado aparté la vista, pero había un punto en el comportamiento de aquel hombre que me llamaba poderosamente la atención, y de pronto me di cuenta de lo que era: yo podía haber sido ese hombre si las cosas hubiesen sido algo distintas.

Fuera se oyeron gritos. Un grupo de niños pasó corriendo.

—¿Qué edad tendría ahora? —le pregunté perdido aún en mis pensamientos.

La pregunta fue demasiado repentina y probablemente inadecuada. Liz me miró con una cierta dureza.

—Cinco —dijo.

—¿Piensas mucho en ello?

—No tanto como antes. Aunque a veces tengo miedo de haber perdido el tren y me pregunto si algún día podré tener hijos. La primera vez, en el internado, era demasiado joven. Pero con Robert..., ahí tenía la edad perfecta. Quién sabe si podré volver a vivirlo.

Liz seguía abandonando a todos sus novios antes de que ellos pudieran cansarse de la relación. Con el último de ellos, un actor holandés, había acabado hacía poco. «Es un hombre de una estulticia extraordinaria», dijo ella en una ocasión.

Marty tampoco había tenido hijos aún, pero sí un perro al que, en una perfecta demostración de su falta de creatividad, decidió llamar Perro. Hacía muy poco tiempo nos había comentado que, como al final estábamos todos condenados a morir, no le veía sentido a eso de tener hijos.

Liz se indignó al oír aquello.

—Ya está otra vez con sus chorradas nihilistas —dijo—. Pero todos sabemos que no son verdad. Que todos estos cínicos y nihilistas no son más que cobardes, en realidad. Fingen que todo les es indiferente porque al final no tienen nada que perder. Su actitud parece invulnerable y reflexiva, pero eso es porque para ellos nada tiene valor.

Se encendió un cigarrillo sacudiendo la cabeza.

—La alternativa a la idea de vivir y morir es la nada. —Sujetaba la colilla entre los labios—. Pero ¿de verdad sería mejor el mundo si no hubiese nada? Ahora vivimos, creamos arte, amamos, observamos, sufrimos, nos divertimos, nos reímos. Existimos de un millón de maneras distintas, precisamente para que no exista la nada, y el precio que tenemos que pagar es ni más ni menos que la muerte.

De pronto volví a pensar en Alva y en el Fiat rojo. La noche anterior soñé que corría por un territorio en guerra. Los helicópteros sobrevolaban el cielo, las bombas caían indiscriminadamente, la gente moría a mi alrededor. La ciudad estaba condenada a la destrucción, pero yo no dejaba de correr directo hacia el caos porque había oído que Alva se había quedado encerrada en una casa en el centro. Corrí hasta el agotamiento por toda la ciudad, estuve a punto de morir en varias ocasiones, pero no dejé de correr. Y no llegué a encontrarla. Y me desperté.

Después de aquella noche regresó todo. En mis sueños había siempre un tiempo propio, o mejor dicho, no había tiempo, y yo tenía la sensación de que acababa de correr por el campo de atletismo mientras Alva leía estirada en la hierba. A veces me estiraba junto a ella e intentaba soplar en su libro para pasarle las hojas. Eso siempre la hacía reír, hasta que un día reaccionó mal y sujetó el libro con las dos manos. Por lo visto, acababa de morir su personaje favorito. Entonces vi que estaba llorando. No había sido mi intención molestarla y tampoco podía hacer nada para fingir que no estaba compartiendo aquel momento íntimo con ella. Miré su cara enrojecida y comprendí cuánto amaba Alva la literatura. Mucho más que cualquier otra persona que yo conociera. Y el hecho de tenerla a mi lado, tan conmovida por una historia que acababa de leer, me conmovió a mí también. Habría querido cogerla en los brazos y protegerla, tanto de sí misma como de todas las cosas de las que

nunca me hablaba. Pero la historia quiso seguir otro camino, y de aquello hacía ya once años.

Aquella tarde busqué la dirección de correo electrónico de Alva y le escribí. No esperaba que me contestara, pero me dejé llevar por el instinto. Mi idea inicial fue la de escribirle una carta muy larga, pero al final no fueron más que dos líneas:

He cumplido los treinta y aún no tengo hijos.

¿Y tú?

No me contestó. Durante unos días, quizá incluso semanas, deseé en secreto que lo hiciera, pero después me resigné. Había gritado hacia el pasado, pero no había obtenido ningún eco.

En primavera me tomé unas vacaciones y fui a visitar a Marty, que había ido a pasar unos días a Berdillac con Elena. Aparqué mi coche de alquiler delante de la casa, en la Rue Le Goff. Perro salió a recibirme enseguida. Era un husky. Marty y Elena lo compraron cuando era un cachorro, pero ahora ya era grande y fuerte, un casi majestuoso animal con el pelo blanco y negro y unos astutos ojos azul claro.

Le hermana de Elena y sus tres hijos también estaban de visita esos días. Cuando saludé a Elena me pareció que tenía una expresión sorprendentemente triste. Mi hermano, en cambio, parecía más joven que nunca y de mejor humor. Le dije que cada vez se parecía más a nuestro padre y que pronto tendría que regalarle una pipa y una chaqueta de cuero marrón.

Un día salimos los siete de excursión. Los niños jugaban con Perro, y Marty y yo nos quedamos algo retrasados. Me di cuenta de que él iba pensando en otra cosa. Al final miró a Elena, que acababa de coger en brazos a uno de sus sobrinos. Estaba radiante rodeada de su familia.

—Le encantan los niños —dijo Marty.

—Lo sé.

—Y nunca tendrá uno suyo.

Yo me detuve.

—¿Cuánto hace que lo sabéis?

—Bueno, hace ya algunos años que lo intuíamos, claro. Desde hace dos o

tres no tomamos precauciones y en los últimos meses nos habíamos puesto en serio. Y como no pasaba nada, Elena fue a hacerse unas pruebas...

Marty buscó mi mirada.

—¿Sabes? Yo ni siquiera estoy seguro de querer tener hijos. Me gusta la idea de jugar con mi hijo y con un coche teledirigido, pero no me resulta prioritario. En cambio ella... ella adora los niños y siempre había querido ser madre. Nuestra casa es tan grande... ¡Las últimas semanas ha llorado tanto!

Deambulamos por el bosque que quedaba cerca de casa.

—Voy a casarme con ella —me dijo Marty con esa calma estoica que le caracterizaba—. En realidad no nos parecía necesario, pero creo que ahora es lo correcto. ¿Tú qué opinas? —Marty me miró algo ruborizado—. Y quiero que seas el padrino.

—¿El padrino? Pero ¿ese no suele ser alguien que le cae bien al novio?

—Bueno, he pensado en hacer una excepción.

El bosque olía a hierba fresca y aquello me hizo pensar en la noche que empezaba a caer. Llegamos al pedregoso río de nuestra infancia, sobre el que aún estaba aquel tronco caído.

—Es increíble que de niño pasara por aquí arriba —dije tocando el tronco con un pie—. Está a más de dos metros de altura. Si me hubiese caído al río me habría partido todos los huesos.

—De pequeño no tenías miedo a nada.

Subí al tronco. Me sentí como si pisara un lugar encantado, una puerta al pasado. No di más de dos pasos y empecé a marearme. El agua corría por debajo de mí y unas piedras grandes sobresalían por encima de la corriente, aunque eran menos puntiagudas de lo que recordaba. El tronco tembló. A cada paso que daba tenía la sensación de que me resbalaba y me caía. Empecé a sudar, e incluso pude oír la autoritaria voz de mi padre, recordándome que aquello era demasiado peligroso. Recordé todos sus miedos, ubicados de pronto en mi cabeza como un inquilino inesperado.

—Date la vuelta —me dijo también Marty—. ¡Esto no tiene buena pinta!

—De pequeño pasaba muy rápido, y por eso funcionaba.

Había recorrido una cuarta parte del camino, pero la otra orilla quedaba aún lejísimos. «Regresar», pensé. «Volver a ser quien fuiste.» Entonces

resbalé. Conseguí no caer porque tuve buenos reflejos y algo de buena suerte. El pulso se me aceleró y me noté los latidos en el cuello. No tenía sentido. Me di la vuelta con cuidado y volví hasta donde estaba Marty, como un boxeador regresaría a la esquina de su cuadrilátero. Vencido por su antiguo yo.

Tras la venta de la empresa, Toni vivió dos años en Los Ángeles. Allí estudió en la Chavez School of Magic, la mejor escuela de magia, y en sus ratos libres viajaba por los Estados Unidos con su moto o bajaba hasta Tierra del Fuego. Ahora se había mudado a Berlín, sorprendentemente, y se vino a vivir conmigo mientras buscaba un piso para él.

Una noche estaba con él en un bar cuando mi hermana entró por casualidad. No miró hacia los lados. No nos vio. Fue directa hacia un grupo de mujeres que estaban sentadas en una esquina. Se encendió un cigarrillo y en menos de un minuto ya estaba metida de lleno en la conversación. Con su copa de vino en la mano, Liz tenía un aire glamuroso, y hablaba como lo haría alguien sediento: anhelando cada palabra.

Toni quiso ir a saludarla, pero yo lo retuve. Oía hablar a mi hermana, con su voz oscura y potente de actriz de teatro, de lo que parecía un ligoteo.

—Lo mejor pasó en la fiesta gótica del Lower Eastside —decía—, cuando me entró un tío vestido de cuero, con barba y un par de cuernos pegados a la cabeza.

—¿Y qué te dijo? —le preguntó una de las amigas.

Liz disfrutó de aquel minuto de gloria:

—Se me acercó muchísimo y con la voz muy grave me dijo: «¿Te atreves a acostarte con un demonio?». —Su risa resonó por todo el local, un poco indecente, y las demás mujeres la secundaron.

Toni no dejaba de mirarla de soslayo.

—Pero ¿ya ha respondido a mi carta?

Después de aquello fuimos todos juntos al Club de los Visionarios. Mi hermana y Toni se sentaron uno al lado del otro en el puente y dejaron colgando los pies. Toni se pasó todo el rato intentando ligar con ella, cosa que a Liz le encantaba. Ella dejó de considerarlo el amigo de su hermano y lo trató como a un hombre: se echó hacia atrás, provocativamente, y lo miró de arriba

abajo. Se le había soltado un botón del vestido, llevaba suelto el pelo rubio y había cruzado sus piernas desnudas. Estaba atenta. Quería saber si los devaneos de Toni eran broma y él no era más que un tipo amable, o si de verdad tenía algo de maldad, de provocación, de masculinidad... Mi hermana tenía de nuevo esa mirada burlona y altiva en la que había algo de destructivo y esperaba que Toni pudiera mantenerse. Un segundo, dos segundos... Y apartó la mirada. Qué poco había aguantado. Lo vi clarísimo; no tenía nada que hacer con mi hermana.

En cuanto a mí... Intenté entablar conversación con alguna amiga de mi hermana, pero tampoco tuve demasiado éxito, y cuando ellas dijeron que se iban a otro bar a tomar la siguiente copa, yo me despedí del grupo. En casa me esperaba el silencio, el sonido más recurrente desde hacía años. Pero qué tediosa me resultaba últimamente esta solitaria existencia, esta incapacidad para compartir mi vida con alguien, esta tendencia a soñar todo, pero no vivir realmente nada. «Mírate —me dije—, ¿por qué echas tanto de menos estar solo, si luego apenas soportas la soledad?»

Abrí mi portátil. Dos mensajes nuevos. Marty me contaba que todos los preparativos de la boda corrían a cargo de la familia de Elena y que él se sentía excluido por completo. El segundo mensaje era de un antiguo compañero de Derecho, que había enviado una carta a todos sus contactos. Lo borré sin abrirlo siquiera, molesto. Vi un rato la tele, zapeando sin pensar demasiado en nada, y justo cuando estaba a punto de irme a dormir, recibí un tercer mensaje. Escrito a las 02.46. Me froté los ojos y lo abrí.

En los últimos años no he dejado de pensar en ti. Espero que estés bien. Me gustaría que volviéramos a vernos.

ALVA

Pasé las semanas siguientes en una agradable tensión. Incluso la boda de Marty, la celebración y sus suegros y cuñados croatas me pasaron prácticamente inadvertidos. Me sentía como si todo mi pasado hubiese revivido con un solo mensaje.

Alva vivía en Suiza. Con algunas dificultades —Alva podía tardar varios días en responder—, decidimos que nos encontraríamos en Múnich, a medio camino. Pocas semanas después viajé hasta la ciudad que me vio nacer y

aproveché para visitar a mi hermano. Elena y él acababan de volver de la luna de miel que pasaron en España.

—¿Nervioso? —me preguntó Marty.

Estábamos rodeados de montañas de regalos de boda, muchos de ellos aún por abrir.

—Me cuesta creer que vaya a volver a verla.

—¿Tiene novio? —preguntó mi hermano apuntando a un regalo. (El sobrino de Elena se había dejado sus pistolas de aire comprimido y estábamos jugando a disparar a los regalos.)

—He oído que está casada —dije disparando a un objeto rectangular envuelto en papel rojo. Por el ruido que hizo, nos pareció que tenía que ser una caja con cubertería.

—De modo que «he oído».

Mi hermano disparó tres veces seguidas a un paquete pequeño que estaba sobre la cómoda del salón, y este se cayó al suelo y se rompió. Era un reloj de cocina con la forma de un cocinero.

Marty arqueó una ceja:

—Todo esto no es más que chatarra —dijo—. ¿Qué tipo de gente regala estas cosas?

—Esto te pasa por no tener amigos.

—Tú tampoco tienes amigos.

—Ya lo sé. Cuando me case, en mi lado de la iglesia solo habrá tres personas: tú, Liz y quizá también Toni.

—Lo siento, pero solo habrá dos —dijo mi hermano—. A mí me irá fatal ir.

—Has cambiado mucho desde que te has casado. A peor.

Apunté a la cara del cocinero y le disparé una vez más.

—¿Dónde vive Alva, por cierto? —Marty disparó varias veces a un paquete azul.

—En Lucerna, desde hace unos años. Quizá ahora hable suizo alemán.

Marty levantó el arma de pronto y dirigió el cañón hacia mí.

—¿Y si de verdad está casada?

—Bueno, se supone que no hay duda. —Yo lo apunté a él con la mía—. Se lo merecería.

—Pero en realidad sí tienes alguna duda, ¿verdad? —Marty sonreía—. Lo veo en tu mirada. Esperas que no lo esté.

—Paso de responderte.

—La esperanza es para los idiotas.

—El pesimismo también.

Señaló a la izquierda con la barbilla. El regalo estrella. Un jarrón de cristal envuelto en papel brillante que estaba sobre la mesa del comedor.

—¿A la de tres?

—Una, dos... ¡tres!

Disparamos todas las balas que nos quedaban. El jarrón se tambaleó unos segundos y luego cayó al suelo con gran estruendo. Nos reímos a carcajadas y luego miramos a nuestro alrededor. El salón se había convertido en un verdadero caos.

—Vamos a ordenarlo todo —dijo Marty empezando a moverse—. Elena me va a matar.

El bar en el que decidí encontrarme con Alva estaba en el barrio de Glocken, justo al lado de la antigua casa de mi tía.

Estaba nervioso como un adolescente y llegué un cuarto de hora antes de tiempo. Estuve a punto de marcharme otra vez, para no ser el primero en llegar, pero entonces me llamó la atención la mujer pelirroja que estaba sentada junto a la mesa que quedaba a la entrada. Tenía las piernas cruzadas y hablaba con la camarera.

Durante unos minutos observé la pequeña nariz de Alva, sus gafas de montura negra, su boca de labios carnosos y hermoso balanceo, sus preciosas y suaves clavículas. Su piel pálida y aún perfecta y su figura delgada. Por un instante me resultó extraña, tan adulta. Lo que más había cambiado eran sus ojos. Seguían siendo grandes y de un color verde brillante, pero su frescura había desaparecido. Estaba preguntándome qué le habría pasado, cuando ella me vio.

—Ey —me dijo.

¿Cómo podía haber olvidado el sonido de su voz? Un breve abrazo y yo

esboqué una sonrisa tan grande que las mejillas me dolieron, pero no pude evitarlo. Ella se sentó en el banco acolchado. Yo en la silla. Entre ambos, una mesa pequeña y redonda.

—¿Desde cuándo eres puntual?

—No lo soy, de hecho —dijo ella—. Es solo que quería verte entrar por esa puerta. No quería perdérmelo... y me lo he perdido.

Alva llevaba tejanos negros y un jersey ancho de color gris. Parecía segura de sí misma, misteriosa, pero también algo abatida.

—Tengo algo para ti —le dije mostrándole mi regalo.

—¿Puedo abrirlo?

Alva no rasgó el papel, sino que abrió el paquete con cuidado, casi con cariño. Y sacó el disco.

—*Pink Moon*, de Nick Drake.

—¿Te acuerdas? —le pregunté—. Lo escuchamos la primera vez que viniste a verme a mi habitación. Te gustó, lo recuerdo.

Creo que le hizo ilusión, porque se quedó mirando el disco y acarició largamente los cantos envejecidos de la cubierta.

Al principio, con los nervios, hablé mucho y muy rápido. Alva me escuchó mientras yo le esbozaba detalles de mi vida, y luego fue ella quien habló de sus estudios de Literatura en Moscú, que solo aguantó durante un semestre. Una incursión breve e intensa.

—¿Y de qué trabajas? —le pregunté.

—Bueno, en realidad no trabajo.

—¿Ah, no?

Alva se encogió de hombros. Hizo como si no tuviera ninguna importancia, pero a pesar de los años que habían pasado, yo notaba cuándo estaba nerviosa. Y sabía lo que estaba haciendo: obviaba capítulos decisivos de su narración, pasaba por alto sus años en Rusia, me escondía a qué se dedicaba en la actualidad y solo hablaba de acontecimientos que sucedieron hacía mucho tiempo.

Arrastró las manos por encima de la mesa y llegó a coger las mías.

—Me gusta tanto volver a verte... Temía que no fueras a venir.

—¿Por qué?

Alva apartó las manos.

—Eres muy guapo. —Me miró—. Y tienes una sonrisa preciosa, Jules. Siempre he querido decírtelo. Cuando sonrías pareces otro. No pareces tan cerrado. Tendrías que hacerlo más a menudo, de verdad. —De pronto estaba eufórica—. Exacto. Como ahora. —Volvió a dejar el tema—. Pero dime, ¿a qué te dedicas tú?

—Trabajo en un sello de música. —Pedí una copa. Ella, un café capuchino—. Hubo un tiempo en que quise ir a Italia, pero entonces mi hermana me habló del puesto y decidí quedarme. Es un buen empleo. Tengo que hacer mucho papeleo, pero también tengo contacto con grupos y cantantes.

Por lo general, cuando hablaba de mi trabajo despertaba un gran interés en los demás, pero con Alva no fue así.

—La música te pega mucho, por supuesto, pero siempre creí que harías algo por ti mismo; escribir, por ejemplo. Me encantaban tus relatos cortos. O hacer fotos. ¿Por qué no te has dedicado a eso? ¡Eras muy bueno!

Me emocionó notar que Alva creía en mí. Quizá fuera la única persona del mundo a la que le gustaran mis escritos y mis fotos.

—Intenté abrirme paso con la fotografía, la verdad, pero no llegó a funcionar. Al final lo dejé.

—¿Por qué?

—Me dijeron que no demasiadas veces. Me frustré.

Alva se quedó en silencio unos segundos. Luego me miró.

—¿Seguro que lo dejaste por eso?

Como siempre, sabía ver en mi interior.

—No. Comprendí que... —Meneé mi copa y los hielos de color ámbar que había en su interior—. Olvídalo, no es importante. Ya te lo contaré otro día.

Nos quedamos callados. La primera emoción del reencuentro desapareció, y ahora todo me parecía tan formal, tan forzado... Por un momento, me dio la sensación de que nuestros verdaderos yo's estuvieran muy lejos de allí y se hubieran limitado a enviar al bar a dos mediadores incapaces de hablar de las cosas realmente importantes.

—¿Qué música escuchas ahora? —preguntó Alva al fin.

Para responderle saqué mi MP3 y me senté a su lado en el banco. Compartí con ella mis auriculares y escuchamos algunas canciones. Alva fue relajándose cada vez más.

—Esta es muy bonita —dijo cuando le puse *Between the Bars*, de Elliot Smith. Estaba radiante—. Me encanta.

Por un momento, cuando los dos estábamos ahí sentados escuchando música, la sentí tan cerca como en el internado.

—¿Eres feliz? —le pregunté.

Ella se quitó el auricular sorprendida.

—¿Qué?

—Que si eres feliz.

Me pareció que iba a esquivar la respuesta y me arrepentí de haber sido tan directo, pero entonces ella se encogió de hombros.

—¿Y tú?

Yo también me encogí de hombros.

—Entonces estamos igual —dijo divertida.

Señalé su capuchino.

—Estaba pensando que la próxima vez que nos veamos podríamos emborracharnos.

—Aún estamos a tiempo.

—¿Ginebra?

—No, ginebra no. La última vez que la tomamos fue todo muy raro, no sé si lo recuerdas. Tú bailaste para mí y yo estaba borracha como una cuba. Estuve a punto de tirarme a tus brazos.

Dijo eso como quien no quiere la cosa y se puso a leer la carta de las bebidas.

Dos copas después estábamos más cerca el uno del otro. No sé si fue por el alcohol o por la música, pero por fin empezamos a movernos como lo hacíamos antes. Solo que antes quedaba muchos años atrás. Yo ya había perdido un tren de vuelta y decidí perder el siguiente. Empezaba a hablar con dificultad, pero me atreví a decir por fin lo que pensaba.

Y lo mismo pasó con Alva.

—¿Qué hay de las mujeres?

—Bah, ya me conoces. Se me tiran todas al cuello. Antes de llegar aquí, por ejemplo, he tenido que deshacerme de dos. Es insoportable.

Ella me pegó en el brazo, divertida, y la tarde se convirtió en un repetido «¿sabes?» y en un «me parece increíble que de jóvenes...». Nos pasamos horas compartiendo recuerdos. Alva me contó, con su voz queda, que seguía escuchando casetes antes de ir a dormir, y me habló de sus años en Rusia, y del modo en que los vendedores iban de vagón en vagón en los trenes, endosando juguetes sexuales o DVD piratas a los viajeros («O incluso libros. Siempre les faltaban una o dos páginas, pero eran baratísimos»). Por mi parte, yo le hablé de la boda de Marty y del modo en que él bailó con su mujer tras el banquete, como si fuera un robot mal diseñado, y del croata casi perfecto en el que recitó la mitad de su discurso final. Fuera había oscurecido mientras nosotros seguíamos hablando de la soledad que, reiteradamente, iba atenazándonos. (Yo: «Esto de estar siempre solo me está desintegrando». Alva: «Ya, pero lo opuesto a la soledad no es escoger a cualquier persona para que te haga compañía, sino obtener la tranquilidad, la seguridad». Yo, dirigiéndome al camarero: «¡Brindemos por ello!».) Y durante todo ese tiempo no pude apartar la mirada de Alva, de su rostro de actriz de cine negro, de sus enormes y brillantes ojos verdes, y pedí otra copa, y ya ambos estábamos indiscutiblemente borrachos y yo dije, para mi sorpresa, que «lo que más desearía en el mundo sería irme de Berlín y dedicarme exclusivamente a escribir». Fue como si hubiese recuperado mi voz interior, y entonces admití que la había echado de menos, que durante todos aquellos años no había hecho más que penar por ella..., y Alva me susurró al oído: «Y yo por ti», y entonces la nuca me tembló, disfruté de la tensión aterciopelada que se había creado entre ambos, percibí que nuestras piernas se rozaban y no pude dejar de preguntarme si ella también estaría dándose cuenta de que cada vez estábamos más cerca, de que su pelo me hacía cosquillas en la cara y podía oler su perfume; me cuestioné si lo hacía a propósito, y estuve a punto de decirle que había tardado en comprender cuánto la amaba..., pero en aquel momento ella me estaba hablando de su etapa en Nueva Zelanda. Yo perdí también el penúltimo tren de vuelta y observé las manos de Alva, moviéndose para acompañar a sus palabras, y sus dientes cuando se reía, algo que aquella tarde hizo muy a menudo; además, parecía que ya había aceptado ese incisivo suyo

un poco torcido, porque ya no se tapaba la cara con la mano.

—¿Por qué te enfrentas a tus traumas comiendo pizza? —me preguntó.

—Es por el internado —le dije—. Allí las cenas solían ser escasas, y además malísimas. No era muy corriente que alguno de nosotros tuviera dinero para comprar luego una pizza, pero de vez en cuando sucedía que sí, y entonces, un rato después de la cena, el repartidor entraba en el patio del internado con su coche blanco. El afortunado que la había pedido bajaba a pagarla y se la llevaba, dejando en el aire un delicioso olor a pizza mientras era observado por una ingente cantidad de ojos desde las ventanas. Y luego, en cuanto entraba en el pasillo, era acosado por todos. «Por favor, solo un trocito. La última vez te di de la mía», o bien «Te juro que la próxima vez que pida una te daré una cuarta parte. Va, venga, solo un trozo». Tenía que dárselo. Al final se quedaba solo con media pizza, pero a la próxima podía hacer referencia a su generosidad. Por eso nunca nos quedábamos saciados. A mí me ha quedado una sensación de hambre que ya nunca he logrado acallar. Nueve años enteros pasando hambre han hecho que ahora dé igual cuántos trozos de pizza coma: nunca me parecen suficientes.

Alva dio un sorbito a su bebida.

—Me acaba de venir a la mente tu correo electrónico. —Sonrió traviesa—. ¿De verdad quieres tener hijos?

Yo asentí.

—Sí. Quiero hacerlo mejor que mi padre. —Pese a lo relajado y a gusto que estaba, la voz me tembló al hablar—. No, quiero hacerlo mejor que ambos. Quiero sobrevivir y estar a su lado siempre: cuando vayan al colegio, cuando lleguen a la adolescencia, cuando se enamoren, cuando se hagan adultos... Quiero verlos crecer. Quiero saber cómo son las cosas cuando uno no está solo.

Alva se puso seria.

—¿Cómo fue para ti y tus hermanos la llegada al internado? Me lo he preguntado muchas veces. De golpe, perdiste el contacto con tus amigos, con tu familia, con todo lo que conocías. El primer día en el internado tuvo que ser horrible...

Yo me quedé pensativo.

—Si quieres que te diga la verdad, apenas lo recuerdo —le dije.

—Pero tú nunca olvidas nada —respondió señalando el disco de Nick Drake—. Recordabas esto, por ejemplo. No puedes haber olvidado el primer día de clase.

—No he querido recordarlo. Sé que llegamos al internado, pero no sé cómo fue todo.

Alva parecía decepcionada.

—Yo llegué solo unos meses antes que tú. Acabábamos de mudarnos. Vomité varias veces antes del primer día. Recuerdo cómo me sentí en cada segundo.

Aquello me sorprendió. Siempre había pensado que Alva llevaba toda su vida en el internado. Qué pocas cosas importantes nos contamos por aquella época...

Me esforcé en recordar, pero mi memoria no logró rescatar mi primer día en el internado. En todo caso imágenes sueltas, fragmentos que desaparecían con rapidez. Lugares oscuros en el paisaje ya visitado de mi pasado.

Nos miramos el uno al otro con la sensación de que ya nos lo habíamos dicho todo, excepto aquello sobre lo que, explícitamente, queríamos callar.

—¿Por qué no trabajas? —le insistí.

Alva titubeó, se apartó el pelo de la cara, y entonces vi las dos finas cicatrices en su cuello, justo debajo de su oreja izquierda. Dos marcas largas. Quise pasar mi dedo por su superficie, pero logré contenerme a tiempo.

—¿Qué pasó?

—Me miró asustada y volvió a cubrirse el cuello con el pelo. Incómoda, apuró el resto de su copa y por primera vez en toda la tarde apareció un brillo oscuro y algo ausente en su mirada.

—No quiero hablar de ello —dijo en voz baja.

Y por el modo en que dejó la copa sobre la mesa, por el modo en que esta tintineó al posarse sobre la madera, supe que la magia de aquella noche acababa de desaparecer. Que el tiempo había dejado de ir hacia atrás y ahora volvía a ir hacia delante.

Alva miró el reloj.

—¿A qué hora sale tu tren?

Al día siguiente tenía una reunión por la mañana. Alva me acompañó en taxi a la estación. Por el camino no abrimos la boca. Todo había ido tan rápido... Y yo no había tenido tiempo de preguntarle si ella quería tener hijos. Y por qué se había puesto tan tensa.

Llegamos al andén.

—¿Querrás venir a visitarme a Berlín?

Me pareció que Alva se ponía contenta, pero entonces volvió a mostrarse distante.

—No sé si lo sabes, pero estoy casada.

Durante unos segundos sentí que me faltaba el aire. Me miré las manos y noté que el tiempo se detenía. En aquel momento comprendí que no tenía pensado coger aquel tren de vuelta. Que no quería volver nunca más.

Levanté la vista de mis manos y vi a Alva buscando algo en su bolso.

—Yo también tenía un regalo para ti, por cierto. No sabía cuándo dártelo. Es de mi marido y mío.

Era un paquetito en forma de libro. Lo cogí, pero no lo abrí. Y entonces la abracé. Las manos de Alva se apoyaron en mi espalda y noté cuánto la había deseado todos aquellos años. Ella no me soltaba, o quizá no la soltaba yo. Creo que pasamos un minuto entero así abrazados, sin movernos ni un ápice, y comprendí que después de aquella tarde no volvería a verla nunca más. Que mi tiempo con ella pertenecía al pasado y que no podía soportarlo.

Cuando subí al tren me esforcé en que no viera mi cara. Lancé mi abrigo y su regalo a un asiento y me senté en el de al lado. Observé al resto de pasajeros, hablando entre sí, leyendo el diario o trabajando con sus portátiles.

Justo antes de que el revisor hiciera sonar su silbato por última vez, me levanté a toda prisa y corrí hasta donde estaba ella. Y rocé su mano con la mía.

—Sé feliz, Jules.

Asentí.

—Tú también.

Las puertas se cerraron. A través de la ventana la vi saludarme con la mano. El tren se puso en movimiento, y mientras volvía a mi asiento, la estación pasó a mi lado sin apenas mirarme.

Pensé en mi reunión del día siguiente y en el contrato que tenía que ofrecer a un músico, y luego pensé de nuevo en Alva. En el modo en que se quedó en la estación. Un dolor sordo me recorrió el cuerpo. Cerré los ojos. Había anochecido ya y el tren pasó junto a campos de trigo oscilante en la oscuridad. A medida que avanzábamos fui sintiéndome cada vez más ligero, hasta que me elevé. Noté el viento a mi alrededor y abrí los brazos. Cada vez iba más rápido. Bajo mis pies, el bosque; sobre mí, la nada. Oscilaba en el aire y me alejé volando de allí, cada vez más lejos, como si me fuera a casa.

EL VUELO DEL TIEMPO

(2005-2006)

No abrí el regalo de Alva. Después de aquel encuentro con ella, la leve esperanza que me había acompañado durante todos aquellos años se desvaneció. A partir de aquel momento me enfrenté a mi destino con indiferencia, y vino un tiempo de desesperanza, insignificante, desechable como un trozo de papel arrugado.

No volví a oír nada de Alva hasta dos años y medio después. Por entonces llevaba ya un tiempo con Norah, una antigua compañera de trabajo. Venía de Bristol y era tan hipocondríaca como yo. Apagábamos la tele en cuanto hablaban de enfermedades graves. No se sorprendió nada cuando le dije que había pasado toda mi infancia en un internado.

—La primera vez que te vi comer y llevarte a la boca todo lo que había en el plato con esa desesperación, pensé: «Cárcel o internado».

Cuando me dijo aquello acababa de volver de unas prácticas en Inglaterra. Estuvo fuera tres meses, y antes ya me había dado a entender que se estaba enamorando de mí. Yo no la amaba tanto como se merecía, pero ya nada me parecía importante.

En la empresa me habían ascendido y era director del departamento de A & R (artistas y repertorio). Viajaba por toda Europa para echar un vistazo a los grupos con las maquetas más prometedoras. Aquel trabajo era un privilegio y muchos compañeros se quejaron de que me lo dieran a mí. «Por qué a Jules», decían, y luego añadían que yo era anacrónico y frío. Pero mi jefe confiaba en mí, y lo cierto es que los grupos por los que aposté tuvieron

mucho éxito. Nunca busqué artistas que tuvieran solo mucho talento (de esos ya había muchos), sino grupos y cantantes que *deseaban triunfar*. Más de lo que yo deseé ser fotógrafo. Estaba absolutamente convencido de que cualquiera podía *obligarse* a ser creativo, o a desarrollar su imaginación, pero que no se podía fingir el deseo, la voluntad. El verdadero talento era ese. Y hoy estoy convencido de que era precisamente esa idea lo que más molestaba a mis compañeros.

Liz y Toni se habían hecho grandes amigos. Solían ir juntos al mercado, a pasear, a ver trucos de magia o a dar una vuelta en moto. Solo había un tema del que no hablaban nunca.

—A ver, ¿hay algo entre vosotros o no? —pregunté a mi hermana en una ocasión.

—No digas tonterías. Toni es demasiado bajo.

—Pero qué dices. Solo es unos centímetros más bajo que tú. ¿De verdad que ese es el motivo? ¿Es posible que seas tan superficial?

Mi hermana me miró como si no tuviera ni idea de lo que estaba hablando.

—Da igual. Entre nosotros no hay nada. Él me cuida, nada más.

Sé que hubo una noche en la que Liz tomó algo que le sentó fatal. «Un pequeño episodio», lo llamó. No pudo localizarme, y en su desesperación llamó a Toni, que fue corriendo a su lado. Se pasó toda la noche sentado en una silla junto a su cama.

—Y en algún momento le dije que aún la amaba —me dijo Toni después—, y ella respondió que ya lo sabía. Entonces le dije que no esperaba nada, y que solo quería dejar las cosas claras. —Se rio al recordarlo—. Le dije que tenía suficiente con poder cuidar de ella en el futuro. ¿Y sabes qué? —Toni me miró—. De verdad que tengo suficiente. Me gustaría que ella me amara, por supuesto, pero con esto me conformo.

—¿Quieres que te recuerde estas palabras dentro de unos meses, cuando ella tenga un novio nuevo?

—Mejor no, gracias.

Por esa época Liz trabajaba de profesora en un colegio. Tenía un contrato fijo y estaba feliz. Un día, cenando, me habló de un alumno que le escribía cartas de amor.

—Es uno de los peores de la clase —me dijo—. No pone bien ni un acento. Qué mono, ¿no? —Mi hermana sonrió como una niña avergonzada.

Y aquella sonrisa me hizo recordar una escena que hacía mucho tiempo que había olvidado.

Pensé en Alva y en mi encuentro con ella en Múnich. En un primer instante pensé que estaba teniendo una recaída amorosa, pero pronto me di cuenta de que no era realmente Alva la que había aparecido en mi memoria, sino la respuesta a una pregunta que ella me planteó entonces: cómo fue para mis hermanos y para mí el primer día en el internado.

Como si de una vieja Polaroid se tratara, la imagen fue apareciendo lentamente de la nada en mi recuerdo.

Más de veinte años antes, en el túnel de mi pasado, yo estaba sentado en el asiento de atrás de un coche, junto a mi hermano. Mi tía Helene iba al volante. A su lado, Liz. La idea de ir a vivir a un internado me atormentó durante todo el viaje. No dejé de pensar en el entierro de mis padres. En los dos minúsculos agujeros en los que metieron las urnas.

Al otro lado de las ventanas, el paisaje invernal iba cambiando de aspecto. El día perdió toda su luz. Y en medio de tanta oscuridad, la voz de mi hermana empezó a parlotear sobre nuestro nuevo hogar.

—Apuesto a que llevan uniforme —dijo—. Blusas y faldas para las niñas y trajes con corbata para los niños.

—A mí no me gustan los trajes —respondió Marty—, ni las corbatas.

—Y seguro que el comedor es enorme —siguió diciendo Liz—. Y que tienen una piscina. Y un polideportivo donde se puede jugar al tenis o incluso al críquet.

—A mí no me gusta el críquet —dijo Marty, que llevaba varias semanas empezando todas sus frases con las palabras «a mí no me gusta»—. ¿Por qué dices lo del críquet? A eso solo se juega en Inglaterra o en la India.

Pero Liz seguía con su discurso y en aquel momento estaba dibujando en su imaginación ostentosos dormitorios y una cocina perfecta. Entonces solo sentí sorpresa por lo que decía, pero ahora, décadas después, comprendo que simplemente tenía miedo. Escribió por última vez su nombre en una servilleta. «Liz, Liz, Liz.»

Vimos entonces las primeras señales que indicaban el camino hacia el internado. Imaginé cómo me recibirían los alumnos en los próximos días y se me revolvió el estómago.

—Será genial —insistió mi hermana—, ¿verdad?

—¡No! —Marty se limpió las gafas con la camiseta y me lanzó una mirada preocupada.

Nuestra tía, que fue quien escogió el internado, también intentó animarnos.

—Cuando yo era pequeña siempre quise ir a un internado, pero no me dejaron. Seguro que vosotros lo pasaréis estupendamente.

—Eso digo yo —respondió Liz tontamente—. Mirad, ya estamos. Me muero de ganas.

Pero cuando al fin llegamos y, pese a la oscuridad, distinguimos los edificios desmantelados y ruinosos del complejo, Liz se quedó muda.

Desde el interior del coche vi a la directora del internado hablando con nuestra tía, y luego a mis hermanos sacando sus bolsas del maletero y quedándose quietos, indecisos, en el aparcamiento. Yo también bajé y me dispuse a sumarme a ellos, pero la directora me dijo que los alumnos de quinto y sexto, entre los que estaría yo, estaban en otra de las construcciones. Antes de darme cuenta de que a partir de aquel momento viviría separado de mis hermanos, vi a Marty y a Liz cargar a hombros sus bolsas, despedirse brevemente de mí y desaparecer en el más grande de los dos horribles edificios. Al llegar a la puerta, mi hermana se dio la vuelta una vez más y me lanzó una última mirada. Una mirada que ya contenía todo lo que iba a pasar. No sin esfuerzo esbozó una sonrisa algo infantil, y después desapareció. Tardaría años en volver.

A finales de otoño de 2005 fui a un concierto a Múnich y luego visité a mi hermano. Con Elena y sus sobrinos fuimos a la fiesta mayor del barrio en el que vivían. El sol del mediodía iluminaba el tióvivo con su luz dorada y los puestos de comida estaban llenos de gente. Se oía música por todas partes, la gente hablaba en voz muy alta y en el aire flotaba un intenso olor a almendras garrapiñadas. Marty me explicó que los libros iban a desaparecer. Que en el futuro solo existirían en su versión electrónica.

—Anda ya —le dije—. ¡Si seguimos así vaciaremos la realidad! Si digitalizamos los libros, los discos y las películas y los enviamos a un mundo en el que no podemos estar físicamente..., los niños del futuro tendrán habitaciones blancas y vacías.

—*White Wall Kids* —dijo mi hermano—. Sería un buen nombre para un grupo.

Fruncí el ceño.

—Antes teníamos que esperar un buen rato —cuando no días— para revelar un carrete y ver cómo habían quedado las fotos que habíamos hecho. Pero era un momento estupendo de intriga y emoción hasta tener en las manos el resultado.

—Sí, sí, abuelo. —Marty sonrió—. No podemos hacer que el tiempo vaya hacia atrás.

Le hice un gesto con la mano, como dándolo por inútil. Pero al cabo de un rato yo aún seguía dándole vueltas a la conversación en mi interior. Aquella última frase me incomodó. Fue como un cortecito en un dedo, que no duele en el momento de hacértelo, pero luego molesta un montón. «No podemos hacer que el tiempo vaya hacia atrás.»

—¿Estás bien? —me dijo Marty dándome un empujoncito—. Pareces preocupado.

—Sí, sí, todo bien.

—No sé —me dijo él—. Vas a cumplir treinta y tres años y a veces temo que el tiempo se te escape entre las manos. Me sorprendió cuando me dijiste que odiabas tu trabajo.

—No, te dije que no trabajaría en esta empresa para siempre, pero eso no es ningún problema, ¿vale? Deja de preocuparte por todo, hazme el favor.

Creo que dije aquello en un tono demasiado airado.

—Joder, Jules, no quería que te enfadaras. Solo quiero evitar que un día te despiertes y te des cuenta de que tienes casi cincuenta años y has perdido ya todos los trenes. Reconoce que en tus sueños sigues viviendo otra vida.

Marty me cogió de los hombros y me dijo:

—Tienes que olvidar el pasado de una vez por todas. ¿Sabes cuánta gente ha tenido una vida peor? ¿Sabes cuánta gente sufre cada día mucho más que

nosotros? Tú no tienes la culpa de tu infancia ni de la muerte de nuestros padres, pero sí eres culpable por permitir que todo te afecte de esa manera. Tú eres el único responsable de tu vida y de ti mismo. Y si sigues haciendo las mismas cosas que has hecho hasta ahora, seguirás siendo el mismo niño que has sido siempre.

Me quedé callado. No volví a abrir la boca en un buen rato. Y entonces vi la atracción. Aquella en la que tienes que coger un martillo enorme y golpear en un blanco para ver cuánta fuerza tienes. Sin pensármelo dos veces, fui hasta allí, pagué, cogí el martillo y lo dejé caer con todas mis fuerzas. La bola de metal subió muy alto, pero solo hasta el ochenta por ciento.

Reuní entonces todo lo que tenía dentro, toda mi rabia y mi frustración, y volví a golpear. Esta vez solo llegué al sesenta y cinco por ciento.

La voz enlatada de un payaso me retó:

—¿Eso es todo?

Volví a intentarlo. Setenta por ciento.

—¿Ya está? —insistió la voz pregrabada, y lanzó una carcajada.

Yo golpeé una y otra vez hasta agotarme, pero todo lo que tenía, todo lo que me movió a coger aquel martillo, era demasiado poco, sencillamente demasiado poco, y la bola de metal nunca llegó al cien por cien.

Aquella noche abrí el regalo de Alva.

Era un libro de bolsillo con el lomo blanco. *El cambio de idea y otros relatos*, de A. N. Romanov. Un regalo nostálgico, como mi disco de Nick Drake; Romanov era el escritor favorito de Alva durante nuestra época de estudiantes.

Leí la breve dedicatoria que ella había escrito en la primera página del libro, y vi que su marido también había escrito algo. Por Dios.

Querido Jules:

Mi esposa siempre habla muy bien de usted. Deseo que disfrute de la lectura.

Atentamente,

ALEXANDER NIKOLAI

Leí aquellas frases varias veces más. ¿Era posible que fuese cierto? Recordé el modo en que Alva me hablaba de los relatos cortos de Romanov en nuestra época del internado. La devoción de su tono al leerme algo en voz alta. ¿Por qué no me dijo que se había casado con él? ¿Quiso evitarme la vergüenza de saber que no le llego ni a la suela de los zapatos?

Cogí mi Vespa y salí a dar una vuelta. Al atardecer, el paisaje adquirió un tono misterioso, encantador. Tenía una luz azulada, como de otro mundo. A lo lejos podía oírse el murmullo de la ciudad. Pero yo estaba solo, a las afueras, y, con un dolor que noté físicamente, fui consciente de que había desaprovechado mi tiempo. De que solo había corrido, a veces, para no perder un autobús. De que había echado a perder años enteros de mi vida porque no había hecho lo que quería.

Aquella noche escribí un correo electrónico en tono desenfadado a Alva y a su marido, y les dije que por fin había abierto su regalo, con unos pocos años de retraso, y que me había encantado leer el libro y la sorprendente dedicatoria.

Al contrario de lo que sucedió la última vez, Alva me respondió inmediatamente. Sus últimas palabras fueron:

Mi marido y yo estaríamos encantados de que vinieras a visitarnos. Ahora vivimos en un chalé en Lucerna, en el que tendrás siempre las puertas abiertas.

Espero que nos veamos pronto.

ALVA

Su rápida respuesta y la reiterada invitación me conmovieron. Recuperé la esperanza de los quince años. Y la de los treinta. Y al mismo tiempo me dije que tenía que acabar con aquella historia de una vez por todas. Que tenía que pasar página si no quería pasarme el resto de la vida soñando con un fantasma. Como una señal, el teléfono me arrancó de mis pensamientos. Era Norah. Me dijo que tenía ganas de volver a casa y verme. Que tenía una sorpresa para mí. «Ya puedes emocionarte», me dijo, *you will like it*. Después de su llamada no pude evitar pensar en lo mucho que le gustaba a Norah salir a bailar conmigo,

en el cariño con el que me traía siempre de Inglaterra mis bollos preferidos, y en su preciosa cara con la minúscula peca sobre el labio, a la que había puesto en broma el nombre de Simon. No pude evitar pensar que me gustaba, que en los últimos meses la había echado de menos; que era real, una persona para la que yo era importante.

Me decidí después de una conversación que tuve con Toni. Su apartamento estaba cerca de la calle Oranienburg. Tenía una mesa de billar enorme en el centro del salón y el pasillo lleno de fotos de Will Steacy y de litografías de Rothko. En el despacho, infinidad de cajas de herramientas, generadores de luz, lijadoras, soldadores y un montón de cosas más que necesitaba para sus trucos de magia. Su último número consistía en retorcer o atar con sus manos un rayo láser de color verde y luego, inexplicablemente, colgar de él una percha y hacer que flotara en el aire pendiendo solo de él.

Como solíamos hacer cuando iba a visitarle, jugamos al billar. La tradición empezó en la época del internado, cuando iba casi cada fin de semana con él y mi hermano al Jackpot. Marty había sido uno de los mejores jugadores de billar del colegio. Un personaje sacado de una película de serie B, con su pelo largo y grasiento recogido en una coleta, su perilla y su abrigo negro de cuero.

—Tiene novio —dijo Toni mientras jugábamos—. Es bastante majo.

—¿Y ahora qué?

Él miró las bolas durante un largo rato. Luego apuntó a la amarilla con el taco.

—No sé. Supongo que quiero a tu hermana y estoy enamorado de ella. El yo que la quiere envidia a su novio. El yo enamorado desearía despellejarlo vivo. —Falló el tiro por poco—. Sé que llevas tiempo preguntándote por qué no me olvido de Liz de una vez por todas —me dijo—, por qué no pongo algo de distancia de por medio y me busco otra chica con la que compartir la vida. Una que sea maja, una a la que acabe mirando dentro de unos años y de la que pueda decir «qué pena que lo de Liz no funcionara, pero qué bien que estoy aquí también. Total, aquello otro no llevaba a nada». —Sacudió la cabeza—. Es que no puedo.

—Lo sé.

—Quizá un día lo consiga. Quizá dentro de medio año cambio mi discurso y empiezo a mentirme a mí mismo, pero al menos ahora estoy siendo sincero. —Apartó el taco un momento y continuó—. Quiero decir: si uno va toda la vida en dirección contraria, ¿es posible que esa sea su verdadera dirección?

Era un día de enero. La luz del atardecer caía plácida y gris sobre el compartimento. Las nubes tenían los contornos de color metálico. El tren ralentizó su paso, empezó a frenar y se detuvo. Alva me esperaba en la estación de Lucerna. Me besó tres veces en las mejillas y me acompañó hasta su coche, donde nos esperaba su marido.

—No puedo creer que de verdad hayas venido —me dijo verbalizando lo que mis pensamientos no habían dejado de repetir.

A. N. Romanov era ya un hombre de sesenta y siete años, aunque parecía diez años más joven.

—Alexander —me dijo estrechándome la mano—. Me alegro mucho de conocerte.

Su acento era imperceptible. Romanov era un caballero delgado, alto, distinguido, con el pelo canoso. Llevaba un traje muy elegante y una camisa con el botón de arriba desabrochado. Su angulosa cara parecía esculpida por un artista y tenía una sonrisa pícara y masculina. Todo en él tenía un punto anticuado, como pasado de moda, y costaba imaginarlo huyendo de una pelea o siendo capaz de reparar una tubería averiada.

Alva no lo llamaba Alexander, sino Sascha, que era como se pronunciaba en ruso. Mientras ella conducía, Romanov fue hablándome del barrio y los alrededores. Me sentí abrumado al escuchar la poderosa voz de aquel hombre del que conocía tantos pensamientos íntimos escritos. Romanov saltó a la fama al cumplir los veinte años; era un dandi intelectual cuyas novelas y relatos cortos fueron traducidos a treinta idiomas. Su fama fue impresionante, aunque desde hacía un tiempo había empezado a palidecer y ya solo se le recordaba en internet. Fue allí donde encontré algunos escritos dedicados a su primer matrimonio y muchas fotos en blanco y negro en las que aparecía con importantes artistas de la época, o bien a solas, fumando, por ejemplo, en un club de Camden.

Desde hacía dos años Alva y él ya no vivían en Lucerna, sino en un pueblecito llamado Eigenthal que quedaba los pies del monte Pilatus. La zona era muy tranquila y, de no ser por algunos campesinos que vivían allí, parecía estar prácticamente deshabitada.

Llegamos a un terreno verde, enorme, rodeado por una valla envejecida. La casa era una construcción imponente, con cimientos de piedra y un techo de madera cubierto de tejas. En la parte de atrás se extendía un jardín con un prado que estaba cubierto por una fina capa de hielo. Parecía un lugar aislado del resto del mundo. Al margen de la realidad.

Yo dejé mis cosas en la habitación de invitados y me pregunté qué demonios estaba haciendo allí en realidad.

Cenamos *raclette*, patatas y vino blanco. En el gramófono de la cómoda sonaba música de jazz.

—*Time further out* —dije—. ¿Soléis escuchar este tipo de música para cenar?

Romanov estaba encantado.

—A veces. ¿Te gusta?

—A mi madre le encantaba Brubeck.

—Yo conocí a Dave en San Francisco. Un tipo muy sencillo y natural. Coincidimos en un bar, después de uno de sus conciertos. Nos pasamos horas hablando.

Alva me lanzó una breve mirada.

—Tienes que saber que Sascha era el fan número uno de Brubeck y que lo siguió durante toda la década de los sesenta. Fue a todos sus conciertos y en una ocasión, por fin, Dave se compadeció de él y le concedió una charla de cinco minutos.

Romanov puso su mano sobre la de ella.

—No sé qué hacer para impresionarla. Da igual lo que le diga; ella siempre quiere más.

Alva le acarició la mano, divertida. Me dolió ver la complicidad con la que se miraban. Lo mucho que a ella le gustaba la enigmática sonrisa de su marido, como si él fuera el único que hubiese advertido algo gracioso, pero se lo guardase para sí. Imaginé los años de felicidad que habrían compartido. La

imaginé a ella ausente al principio, pero despierta después. Despertando a su lado. Antes siempre leía los libros de Romanov y subrayaba las partes que le parecían más importantes. Fragmentos en los que él hablaba de la muerte de su padre, de desintegrarse o del miedo a no saber ser feliz. Lo admiraba. Y aún lo admiraba ahora, era más que evidente.

—De camino hacia aquí he vuelto a leer tu relato *Un corazón indomable* —le dije—. En mi opinión es, junto a *Las nieves del Kilimanjaro* de Hemingway, el mejor relato corto de la historia.

—Gracias, aunque me temo que exageras un poco... —Romanov puso un poco de pimienta en el queso—. Lo escribí cuando tenía veinte años. De eso hace ya... hace mucho tiempo. La historia es imprecisa, corta y está llena de errores.

—Pues a mí me conmovió.

Romanov miró a Alva y le dijo:

—¿Cuánto le has pagado para que diga esto?

—Nos hemos quedado sin blanca.

Él volvió a estrecharme la mano, como en la estación.

—Gracias por tus palabras, Jules.

Tras la cena fuimos al salón. Todos habíamos bebido demasiado vino. Las mejillas de Romanov estaban enrojecidas. De buen humor, nos dijo que empezaba a tener una idea del aspecto que tenía su alma.

—Mide unos veinticinco centímetros y flota a la altura del pecho —dijo—. Refulge en un tono gris plateado y, si la tocas, parece que acaricies el más fino terciopelo y luego la atraveses como si estuviera hecha de aire.

Después nos habló de su amistad con Nabokov y de sus viajes a China.

—Tenía la edad que tú tienes ahora y me pasaba las tardes con los amigos en un casino ilegal de Macao. —Romanov dejó su copa de vino para poder gesticular con ambas manos—. Había allí una maravillosa atmósfera de delincuencia, nos encontrábamos con las ofertas más singulares, podíamos alternar y charlar con criminales y con comerciantes de lo más turbio. En la primera noche, mis amigos quisieron ir a las máquinas tragaperras; yo, en cambio, quería ir a la ruleta; de modo que quedamos en reencontrarnos a medianoche en las taquillas para cambiar dinero. Con la suerte del

principiante, gané en mis primeras horas dos mil dólares, que en aquella época suponían para mí una suma de dinero ingente. A medianoche acudí al lugar en el que habíamos quedado, pero ninguno de mis amigos fue puntual. — Romanov dio un trago a su copa—. Mientras esperaba, me llamó la atención una mesa en la que, según decían, ha salido rojo las últimas veintitrés veces. Era el momento ideal, me dije, así que fui a la mesa y aposté cien dólares al negro. Sin riesgos. Salió otra vez rojo. Puse cien dólares más en el negro, pero por vigésimo quinta vez salió rojo. Para recuperar mi dinero, aposté doscientos al negro. Otra vez rojo. Tuve que poner cuatrocientos. Nada. Ochocientos dólares. Rojo. En aquel momento llegaron mis amigos. Les pedí dinero y aposté dos mil al negro. ¡Dos mil! Pero por vigésimo novena vez salió rojo. Y mientras abandonaba el casino como un hombre fracasado y roto, oí al crupier de aquella mesa gritar: «¡Negro!».

En realidad no era una historia demasiado buena, pero Romanov la explicaba con tal dominio del tono y el tempo que uno no podía evitar escuchar atentamente y reír al final.

Sacó un cigarro de un estuche plateado.

—Es mi cigarrillo de buenas noches. ¿Quieres?

Decliné su oferta, agradecido, y admiré el placer con el que dejaba escapar el humo hacia el techo. Qué capacidad de disfrutar...

—Alva me ha dicho que os conocéis desde que sois pequeños.

—Así es.

—¿Y por qué perdisteis el contacto?

—Porque...

Miré a Alva, pero ella bajó la cabeza. Me vino de nuevo a la mente una escena que llevaba años tratando de olvidar: una casa fría y desangelada y yo subiendo las escaleras y excitándome al ver el cuerpo desnudo de Alva en el preciso momento en que nuestra amistad se rompía en mil pedazos. Y la pregunta que nunca había dejado de hacerme: ¿su madre sabía lo que pasaba? ¿Me envió a su cuarto a propósito?

Romanov me miró, luego miró a Alva, y su mirada adquirió de pronto un tono melancólico.

Se levantó y vino hasta mí. Teníamos la misma altura.

—Eres joven, Jules. No lo olvides. Tienes tiempo.

Me fascinó la intensidad con la que pronunció la palabra *tiempo*.

Dio una calada más y luego apagó el cigarrillo en el cenicero.

—Me alegro de que hayas venido a visitarnos. Quédate todo el tiempo que quieras. Verás que aquí se duerme maravillosamente.

Besó a Alva y luego fue hacia la escalera, a paso lento.

Cuando se hubo marchado, me dejé caer en el sofá y me serví un poco más de fendant.

—¿Eres su admiradora? —le pregunté medio en broma— ¿o su musa?

—Las dos cosas, seguramente —me dijo—. Aunque debo decirte que hacía siglos que Sascha no hablaba tanto rato seguido. Creo que quería impresionarte. Ni siquiera ha utilizado el bastón, y eso que nunca se separa de él.

—Me gusta. ¿Cómo lo conociste?

Alva dobló las piernas y las rodeó con sus brazos.

—Fue hace diez años, en un simposio en San Petersburgo en el que trabajé como traductora en prácticas. Él tenía entonces cincuenta y tantos años y parecía un actor de cine, aunque con un aire a George Gershwin. Me sorprendió, sobre todo, porque hablaba un alemán perfecto y parecía tener un imán para las mujeres. Yo nunca había visto nada igual. Mientras daba su conferencia no dejó de mirar hacia donde estaba yo. Parecía tan despreocupado, tan desenvuelto... Me fascinó.

—¿Y cómo se lo tomaron tus padres? ¿Vienen a visitarte a menudo?

—Mi padre viene un par de veces al año. Con mi madre he perdido el contacto. Dejamos de hablarnos cuando acabé mis estudios.

Fuera reinaba el silencio. Los vecinos más cercanos quedaban lejos de allí. Observé a Alva, que apenas había envejecido en los últimos años. Llevaba las gafas de siempre y se había recogido el pelo en un moño. En su cuello, las dos cicatrices de color marfil.

Eché la cabeza hacia atrás.

—Quiero ser sincera contigo, Jules. Amo a Sascha... —parecía tensa de pronto—, pero no creas que lo que ha pasado hoy es normal. Hace meses que no salía de casa y en los últimos tiempos está un poco... olvidadizo.

Oí el sonido del agua corriendo por las tuberías y de nuevo los pasos lentos de Romanov.

—Antes hacíamos muchas cosas juntos. Viajábamos, íbamos a conferencias o encuentros literarios..., tenía amigos por todo el mundo. Pero sobre todo estaba lleno de vida. ¡Sentía curiosidad por todo! Antes de conocerle, pensé que tenía que ser un hombre apesadumbrado, pues todos sus escritos eran muy tristes, pero lo cierto es que irradiaba una seguridad casi infantil y era sencillamente contagiosa. Eso era lo que más me gustaba de él.

Alva volvió a servirnos vino a ambos.

—Hace dos años sufrió una terrible enfermedad. Ha podido superarla, pero su vida ha cambiado por completo. Ya no queda nada de la magia que le era propia. Ya no es más que otro hombre corriente, con sus miedos y sus manías. Se pasa los días en el piso de arriba, encerrado, escribiendo, y su máxima prioridad es acabar su libro. Hace poco me dijo que ya le quedaba poco para escribir la última línea. «El final ha llegado ya a mi habitación», me dijo. «¿Puedes sentirlo?» Yo lo abracé, pero lo increíble fue que sí, que yo también lo sentía.

Hizo una mueca y contuvo el aliento. Entonces cogió aire y me miró intensamente cuando me dijo:

—Sascha sabe que tú también escribes, por cierto.

—Pero eso no es cierto, Alva. Hace siglos que no escribo.

—Quizá no escribas en papel, pero en tu cabeza no paras de escribir —dijo en voz baja, y me acarició el brazo—. Siempre lo has hecho. Recuerdas y preservas. Sabes que tengo razón.

A lo lejos, el monte Pilatus bajo la luz rojiza del amanecer. El sonido de un arroyo. Inspiro. El aire es fresco. Salgo a correr, como cada mañana, junto a la orilla del río; paso entre las casas de los granjeros y cruzo el bosque. Sudoroso y agotado, llego una hora más tarde a casa de Romanov. Para mi sorpresa, él me espera en las escaleras de la entrada.

—Vaya, vaya —dijo—, así que deportista. A mi mujer le gustan los deportistas, pero seguro que eso ya lo sabes.

—A tu mujer lo que más le gusta son los escritores —respondió de

inmediato.

Me cogió del hombro.

—Ven conmigo, Jules.

Me condujo al piso de arriba, a su despacho. Olía a polvo cálido y seco. Un escritorio grande con una silla y una Olivetti, una mesita en la esquina, un piano, algunos manuscritos repartidos por la habitación y un crucifijo de madera era todo lo que allí había.

—Mis pensamientos necesitan espacio —dijo Romanov—. Antes tenía dos estanterías llenas de libros, pero en lugar de escribir me entretenía leyendo y me vi obligado a retirarlas. Tengo que trabajar. El tiempo vuela.

Ese «el tiempo vuela» parecía ser su *leitmotiv*, pues no dejaba de repetirlo. En una ocasión me dijo que de niño escribió un poema titulado «Tiempo, ¿por qué vuelas?», pero que lo perdió en una mudanza. Para el título se inspiró en una obra de Schubert, que era su compositor favorito. El poema de su infancia comenzaba así:

Tiempo, ¿por qué vuelas?

No me lleves contigo.

Señalé el piano.

—¿Sabes tocarlo?

—Un poco.

Romanov interpretó una de las *Danzas fantásticas* de Shostakóvich. Sus dedos parecían saber perfectamente lo que tenían que hacer y encontraron sin problemas las notas adecuadas.

—En su día no me dejaron entrar en el conservatorio —dijo—, pero por entonces ya tenía mi Olivetti. Podría decirse, pues, que me ha pasado la vida intentando apretar teclas con mayor o menor elegancia.

Cuando acabó de tocar, cerró la tapa. Parecía querer decirme algo. Al final señaló hacia la mesita de la esquina.

—Si quieres, puedes escribir o trabajar aquí.

—Gracias, pero no quiero molestarte.

—No me molestas, al contrario. Yo antes siempre escribía en las bibliotecas. Me inspiraba ver a otros trabajando. Al principio Alva me

acompañaba, pero es demasiado curiosa y me ponía nervioso. —Me miró—. ¿Qué me dices? Agradecería algo de compañía.

Lo dijo en un tono desenfadado, pero era obvio que me lo estaba pidiendo de veras, y esa misma tarde me senté con él en su despacho. Su silla quedaba delante de la ventana. La mía, contra la pared. Romanov se inspiraba mirando el paisaje montañoso de Suiza. Yo, las vigas de madera. Él tenía un sillón de cuero con ruedas. Yo, una silla plegable de plástico. Sin duda, una compañía de otra clase social.

Al principio me puse a trabajar en algunos informes para mi empresa, pero me costaba concentrarme en ello. Entonces decidí apartarlos y escribir, sin más. Por absurda que me pareciera la idea de estar sentado junto a un autor al que hasta hacía poco había venerado, lo cierto es que aquello me motivaba. Mi fantasía era como una mina abandonada, pero ahora estaba bajando a revisarla y me quedé muy sorprendido al ver todo lo que podía empezar a crear desde allí. Empecé a tener ideas y a crear bocetos que llevaban años ocultos en las más oscuras galerías.

Romanov me observó.

—¿Sucedo algo? —le pregunté.

—Escribes muy rápido. Vuelas sobre las teclas que aprietas. Clac, clac, clac.

Eché un vistazo a su Olivetti. En la hoja blanca que asomaba tensa de su interior no se veían más que un par de líneas. Él llevaba puestas sus gafas y tenía los labios fruncidos por el esfuerzo.

—¿Sobre qué escribes? —le pregunté para romper el silencio.

—Sobre recuerdos. Una novela compuesta de cuatro historias, todas relacionadas entre sí y con un mismo punto en común: el modo en que nuestros recuerdos nos moldean y definen quiénes somos. Es... —Romanov se quedó pensativo unos instantes y luego resopló—. Es horrible. —Se levantó—. Es tan horrible que me entran ganas de coger la máquina de escribir y lanzarla por la ventana. El último libro que escribí lo publicaron hace seis años. Desde entonces no hago más que retrasar esta idea.

Romanov empezó a dar vueltas por el despacho y se topó con uno de los bastones que estaban metidos en la papelera de la esquina y que empezó a

utilizar tras un accidente sufrido en el bosque hacía unos años. Se detuvo y se dio unos golpecitos en la cabeza con el dedo índice.

—Aquí dentro ya no hay nada. Se ha quedado como una despensa vacía. Todo está escrito en los libros que ya he publicado, en las hojas que ya he arrugado, en las palabras que ya he pronunciado. Yo ya no...

Se interrumpió a mitad de la frase y se dio la vuelta hacia mí, bruscamente. En aquel momento me di cuenta del sonido del reloj que colgaba de la pared.

—Cuando tenía tu edad, Jules, yo también escribía mucho. Clac, clac, clac —repitió—. Nada me preocupaba. Pensaba que toda mi vida sería así. Pero no. Cada vez he ido escribiendo menos. Tendría que ir acostumbrándome, mas me cuesta hacerlo. Al menos mientras haya gente que, como tú, piense que *Un corazón indomable* es mi mejor cuento. Lo escribí a los veinte, y sin darle ninguna importancia.

Hizo una pausa. Y entonces se produjo aquel terrible momento en el que Romanov cambió de tema, sin más, y volvió a explicarme la historia del casino, exactamente con las mismas palabras que la otra vez. Exactamente igual.

Los primeros días con Alva fueron como volver a casa después de un largo viaje. Todos los momentos que compartí con ella en mi juventud significaban para mí mucho más que lo de después. Cada conversación, cada mirada, incluso cada decepción del pasado se elevaba como un monolito en mis recuerdos. Y ahora había vuelto a la fuente. Cuando estábamos en la cocina tomándonos una copa de vino y diciendo tonterías, cuando paseábamos por el bosque sin decir nada, cuando ella tocaba algo al piano como quien no quiere la cosa o nos quedábamos por la noche en el sofá, escuchando música, y ella recostaba su cabeza sobre mi pecho..., nuestro pasado renacía de nuevo y se mezclaba con nuestro presente y nuestro futuro.

Al tercer día de mi visita, Alva y su marido se marcharon a la ciudad a primera hora de la mañana. Cuando me quedé solo subí al segundo piso y descubrí que dormían en habitaciones separadas. De toda la planta emanaba un intenso olor a hierbas, ungüentos y medicinas. Alva me había explicado que Romanov tenía que tomar muchas pastillas desde que le operaron de la próstata. Su habitación —la de él— recordaba a la trastienda de un anticuario.

En la mesita de noche, junto a una lámpara de mimbre asiático, un globo terráqueo y unas cuantas libretitas, había un conejito de peluche que en su día debió de ser blanco, pero ahora era más bien gris. La habitación de Alva, en cambio, parecía más bien algo temporal: una cama redonda junto a la que se apilaban montañas de libros. Los ficus y las yucas que tenía junto a la ventana se elevaban casi hasta el techo.

En esta ocasión escogí salir a correr por la zona más húmeda y rodeada de abetos de la montaña. Subí y subí cada vez más hasta llegar a Chrägütsch. El viento helado silbaba sobre los campos que quedaban a mis pies.

Esta vez no fue Romanov quien me esperaba en la puerta cuando volví, sino Alva.

—Te he visto desde la ventana —me dijo—. ¿Quién me iba a decir que volvería a verte correr?

Después de desayunar salimos a pasear juntos. La casa de Romanov quedaba cerca de un bosque cuyos árboles crecían tan cerca unos de otros que ni siquiera podía verse el cielo. Parecía que estuviéramos en un mundo mágico y sombrío del más allá. Alva iba muy pegada a mí, y tenía la cara enrojecida por el frío.

—He pensado mucho en tu hermana los últimos años —dije al fin—. En la chaqueta que encontraron. Ojalá me lo hubieses contado antes. Habría podido comprenderte mucho mejor.

Alva se quedó en silencio. Cogió una piedra del camino y se la quedó mirando como si fuera un tesoro.

—Era demasiado. No podía contártelo. —Lanzó la piedra muy lejos—. Cuando mi hermana desapareció, mi padre estuvo a punto de volverse loco. Lo peor de todo es que nadie encontró ni la más mínima huella en la chaqueta. Dejó su trabajo y se puso a buscarla como un loco. Buscó testigos, pistas, lo que fuera. Apenas dormía. Y cuando se dio cuenta de que no podía más, se metió por iniciativa propia en una clínica de rehabilitación mental. Mi madre se pasó varias semanas llorando sin parar y luego no volvió a hablar nunca más del tema. Como si Phine no hubiera existido. La hizo desaparecer también con su silencio. —Su voz se volvió un susurro—. Mis padres no hacían más que pelearse, y cuando se divorciaron mi madre y yo nos mudamos a otro pueblo, muy lejos de allí. No hablamos de Phine con nadie. Yo tuve varios

ataques de depresión y pensé seriamente en suicidarme, pero al final siempre pensaba: ¿y si ella vuelve a casa y yo ya no estoy?

Intenté abrazarla, pero ella me esquivó. Llegamos a un prado cubierto de hielo. Por un momento tuve la tentación de tocar con la mano la valla eléctrica.

Alva me cogió de los hombros:

—Nadie en nuestra clase tenía ni idea de lo que yo había vivido. Ellos siempre hablaban de las vacaciones y de sus familias y de lo bien que lo pasaban... Menos tú. —Aquellas palabras me provocaron un escalofrío—. Tú no parecías feliz como los demás. Por eso fui a sentarme contigo.

Nos dirigimos hacia una granja que tenía una cafetería a la que habían puesto el extraño nombre de Bálsamo de Atardecer.

—Entonces —le dije en voz queda— conoces la sensación de que tu vida esté envenenada desde el principio, como si alguien llenara siempre de un líquido oscuro cada vaso de agua cristalina que quieres llevarte a la boca.

—Pensé que viajar me ayudaría. Cuando acabé los estudios me fui medio año a Nueva Zelanda, y luego a Rusia. Después, con Sascha, viajamos por todo el mundo. Pero no sirve de nada.

—¿Y la literatura? ¿Eso tampoco sirve?

—A veces.

—¿Y A. N. Romanov?

Ella sonrió.

—También a veces. En realidad, solo leía para huir. Esperaba que las historias, o algunas de sus frases, me consolaran. Antes quería ser un personaje de novela a toda costa. Quería ser inmortal y vivir para siempre en el interior de un libro, mientras los demás me miraban y admiraban. Una tontería, ya lo sé. —Bajó la mirada al añadir—: Pero aún sigo queriéndolo.

Entonces entendí por qué me había pedido que fuera a verla a Suiza. Se sentía engañada. Estaba claro que se había casado con Romanov porque él simbolizaba las dos cosas que más necesitaba en su vida: seguridad y bellas palabras. Pero ahora, ese casi septuagenario se había vuelto inestable. Vacilante. Imaginé los últimos años de Alva, allí en las montañas: un satélite solitario que daba vueltas en torno al despacho de su marido, quien cada vez le hablaba menos y cada vez trabajaba con menor fortuna sobre una máquina

de escribir.

Nos sentamos a una mesa de la granja. Alva me habló de su padre, que le regaló el Fiat rojo al cumplir los dieciocho y ahora era un fanático del montañismo.

—Se rio mucho al enterarse de que su yerno era diez años mayor que él, por cierto.

—¿Cómo se encuentra?

—Bastante bien, creo. Vuelve a trabajar de internista en una consulta. Siempre le ha encantado hablar con sus pacientes. De pequeña solía ir a verlo a su trabajo.

—Nunca me habías hablado de él.

Miró a su plato.

—Cuando le dieron la custodia a mi madre, mi padre se fue a Augsburgo. Al principio estaba con él los fines de semana alternos; tenía mi propia habitación, me regalaba cientos de libros y salíamos juntos a pasear. Luego nos pasamos años sin saber nada el uno del otro. Yo pensé que fue culpa mía. Pensé que le recordaba demasiado a mi hermana, pero cuando cumplí los dieciocho vino a verme y hablamos. ¡Estaba tan feliz de haberlo recuperado! Y entonces me enteré de que mi madre le dijo a él que yo no quería verlo y me ocultó a mí todas las cartas que él me envió.

—Pero ¿por qué hizo eso?

—No lo sé. Siempre quiso a Phine un poco más que a mí y nunca superó su pérdida. No hacíamos más que pelearnos. Nos decíamos cosas horribles. Ella era tan fría conmigo... Me alegré de poder marcharme de casa. Pensé que ya nunca más volvería a saber de ella, pero hace unos años mi padre me dio una carta que ella le envió para mí. Sin dirección en el remite. Me dijo que vivía en el extranjero. No era demasiado larga, pero era bonita. Una especie de espero-que-seas-feliz.

Alva sacudió la cabeza hacia los lados.

—Ojalá me lo hubiese dicho cuando era una niña. Ojalá me hubiese ayudado a no odiar tanto la vida. Siempre pensaba que si mi hermana había desaparecido y mi madre no me quería tenía que ser porque yo no valía nada. Y me convertí en la persona que merecía ese destino.

Tenía los ojos anegados en lágrimas. Me incliné hacia ella y la abracé.

—¿Te quedarás unos días más? —me susurró entonces al oído.

Vi la súplica en sus ojos y comprendí, quizá antes que ella misma, lo intensa que era aquella pregunta.

Solo necesité dos intentos para despedirme de mi trabajo, ante la sorpresa de mi jefe. En la primera llamada fingí que tenía una infección pulmonar, pero como siempre he sido malísimo mintiendo tuve que llamarle una segunda vez para decirle que no iba a volver a trabajar. Por primera vez en mi vida no pensé en las consecuencias de aquella decisión. Y luego escribí a Norah y, con todo el cariño y el cuidado que pude, le dije que no iba a volver. Ella me escribió muchas cartas, me llamó muchas veces y me dejó muchos mensajes, pero yo nunca le respondí.

En apenas unos días había cerrado mi vida anterior y había empezado un nuevo camino, aunque, para ser sinceros, debo decir que no tenía ni idea de cómo imaginaba mi futuro con Alva a partir de aquel momento. Solo sabía que no estaba dispuesto a perderla otra vez. Que no quería pasar el resto de mi vida lamentando los errores de mi infancia y juventud.

—Siento ser yo quien te lo diga, Jules, pero el pasado no se puede recuperar, ni se puede cambiar —me dijo mi hermano al teléfono.

—Sí se puede —le respondí yo.

Llevaba varias horas en el salón, navegando por internet, cuando me di cuenta de que Alva no estaba en casa. Al principio pensé que estaría haciendo compañía a Romanov en el piso de arriba, pero no oí sus pasos ni el ruido del agua cuando ella se lavaba las manos ni ninguno de los sonidos que solían llenar de vida aquella casa. Esperé un rato más en el salón y luego me fui a la cama. Era finales de febrero. Nevaba con fuerza. A las seis de la mañana me desperté de golpe, pues oí la puerta de casa. Por la mañana pregunté a Alva dónde había pasado la noche y ella se limitó a encogerse de hombros y a mirarme como si no supiera de qué le hablaba.

Otra de las novedades de aquella etapa fue la pasión de Alva por la jardinería. Cuando llegó la primavera la vi pasarse horas plantando verduras o abonando, regando y dedicando todo tipo de cuidados a sus plantas, y cuando

volvía tenía siempre las uñas llenas de tierra y sonreía, feliz. El reino de Romanov, en cambio, era la casa. Si tuviera que describirlo con un sonido sería, sin duda, el golpeteo lento e incansable de su máquina de escribir.

Un día, de pronto, Alexander cogió uno de sus bastones y me retó a un duelo. Yo cogí otro bastón y durante un rato luchamos con ellos. Cuando le pregunté a qué había venido aquello me contestó, lacónico:

—Lo mejor que pueden decir de alguien es: ¡era un niño y era un hombre!

La esgrima con bastones lo dejó visiblemente agotado. Se sentó en una silla y se secó el sudor de la frente.

—Jules, ¿a qué se dedican sus padres?

—Murieron en un accidente de tráfico cuando yo tenía diez años.

—Oh, lo lamento.

Yo hice un gesto tranquilizador con las manos.

—¿Y los suyos? ¿Cómo eran?

Romanov me habló de su madre, una poetisa que venía de una adinerada familia de San Petersburgo.

—Le encantaba la literatura alemana, y también el idioma, y por eso siempre tuvimos alguna niñera germana. Mi padre, en cambio, era de raíces más humildes, de un pueblo vecino de Ekaterimburgo. Era un *muschik*, un soñador que siempre tenía en la cabeza alguna idea fantástica para montar un negocio, pero nunca llegó a triunfar con ellas. Escapó con su familia en la Revolución de Octubre, cuando aún era un niño. Conoció a mi madre en América, y tiempo después se instalaron a vivir en Holanda. Allí fue donde mi padre se suicidó.

Lo miré con sorpresa.

—No tuvo éxito —continuó él—. Acababa de arruinar su enésima empresa, ya no teníamos dinero y nos quedamos literalmente en la calle. Fue culpa suya. Decidió que no quería continuar. Algunos dijeron que fue un cobarde. A mí me pareció consecuente. —Me miró al decir aquello—. Un hijo suele tener una relación buena e instintiva con su madre, pero con el padre..., a él suele observarlo, desconfiando de él o admirándolo. Calibrándolo. Yo me he pasado el resto de la vida pensando en él.

—Yo apenas conocí a mi padre —intervine—. A menudo me pregunto

cómo nos habríamos llevado de haber seguido vivo. ¿Habríamos mantenido el contacto? ¿Habríamos sido incluso amigos? Me habría encantado sentarme con él en un bar y hablar de la vida, los dos ya adultos. Pero me falta todo. Las conversaciones, los momentos insignificantes, las cosas que suceden entre padres e hijos. A los veinte años me di cuenta de que no me afeitaba bien. Estaba en el baño con mi compañero de piso y él me dijo que por debajo de la barbilla tenía que hacerlo hacia delante. Yo no lo sabía.

Me senté en una silla junto a Romanov. Él me dio unas palmaditas en el hombro.

—Eres un buen hombre, Jules. Estoy seguro de que tu padre habría estado orgulloso de ti.

Sentí una cierta vergüenza y tuve la necesidad de romper el silencio.

—¿Cómo es que viniste a parar Suiza?

—¿Que por qué vine hasta aquí? Mi primera mujer era suiza, a mí me gustaba muchísimo el país y Alva me dijo que quería volver a vivir en el extranjero. Y yo también, la verdad. Después de la perestroika volví a Rusia, pero allí nunca llegué a sentirme tan «en casa» como esperaba.

—Por cierto, he empezado a leer tu intercambio epistolar con Nabokov. ¿Es cierto que lo conociste cuando eras un niño?

Romanov se rio y se apartó el pelo de la frente. Por un momento pareció que no tenía edad.

—Bueno, en realidad no era tan niño. Creo que tenía unos dieciséis o diecisiete años y acababa de leer *Lolita*. Fue el primer libro que realmente me apasionó, aunque estoy seguro de que no entendí ni la mitad. Pero es que era tan ingenioso..., tan brillante..., tan perfecto... Tenía que conocerlo. Por aquella época vivíamos en Oregón y una noche me escapé y me fui en bus hasta Nueva York para visitar a Nabokov en la Universidad de Cornell. Pero resultó que justo ese día no daba clases. Fui a ver al decano y, exagerando mi acento ruso, le dije que era su sobrino, y me dieron la dirección de su casa. Unas horas después, llamé a su puerta. Abrió muchísimo los ojos cuando le dije que me había escapado de casa para conocerlo. Me hizo llamar a mis padres y entonces me invitó a tomar el té y hablamos de los escritores y los tenistas que más nos gustaban. Le envié todos mis escritos, por supuesto. Y

seguí haciéndolo siempre. Y él los leía todos, pese a ser cuarenta años mayor que yo.

Se hizo un silencio.

—¿Qué hace Alva cuando se marcha por las noches? —le pregunté entonces—. La he oído ya varias veces. ¿Adónde va?

—No lo sé. No me lo dice. Pero lo hace desde que nos conocemos. Al principio tuve la sensación de que no debía hablarle de ello, y luego..., bueno, creo que ella no quiere, y creo que necesita esas salidas nocturnas.

Asentí.

—Alexander, ¿puedo preguntarte algo más? ¿Cómo es que te casaste con ella?

—¿Que por qué me casé con ella?

Últimamente Romanov repetía las preguntas que se le hacían. Cada vez eran más frecuentes los inquietantes momentos en los que olvidaba las cosas, ya fuera porque no estaba concentrado, ya porque andaba buscando sus llaves.

—Seguro que Alva ya te habrá hablado del simposio y de cómo se acercó a hablar conmigo, aunque yo hacía tiempo que me había fijado en aquella joven que siempre me explicaba cómo estaban las conferencias y resultaba tan diligente en todo lo que hacía. Diligente aunque misteriosa, debo decir. Era obvio que había vivido mucho. —Su voz estaba teñida de orgullo—. Y, por supuesto, era preciosa. A veces la gente se ve mejor de lejos, y ella parecía una persona que podía ser a la vez triste, cálida y divertida. Y leía. Por el amor de Dios, vaya si leía. Lo hacía en las escaleras, en las sillas, en el suelo..., cada vez que tenía un minuto libre, Alva abría un libro en su regazo.

—¿Y entonces? —pregunté en voz baja.

Él reflexionó.

—Alva era muy reservada. Salimos a comer algunas veces, pero ella se mostraba más bien tímida y no solía abrir la boca. En aquellos casos solía sentirme obligado a llevar las riendas de la conversación e interpretar mi personaje, en cierto modo, pero en compañía de Alva descubrí por primera vez en mi vida el placer del silencio. Ella era como una mano fría en una frente ardiendo.

Un rato después, me quedé solo ante la enorme ventana del salón y observé

cómo iba oscureciendo. Al principio las noches en aquella casa me resultaban algo inquietantes; me daba la sensación de que las sonrientes máscaras africanas que pendían de las paredes cobraban vida de repente, las cabezas de ciervo y demás trofeos de caza clavaban sus miradas en quien las observaba, y al otro lado de la ventana no se veía más que una niebla espesa, como de ultramundo, que daba paso a la noche más oscura. A veces nos pasábamos días sin hablar con nadie más y daba la sensación de que estábamos solos en el mundo..., hasta que algún ruido nos devolvía a la cruel realidad: el gorgoteo del calentador o el silbido del agua de la tetera al hervir. Era una rutina monótona, casi extraña, y pronto comprendí que todos estábamos encallados en ese lugar; que la marea nos había empujado hasta allí y nos habíamos quedado porque todos esperábamos algo.

El día que descubrí lo que yo esperaba... me estremecí.

Esa tarde no dejaba de venirme a la mente aquella escena que llevaba reprimiendo desde la adolescencia. Habíamos visto en el cine una película de Billy Wilder y después fuimos a la ciudad a cenar algo. Romanov, a quien no le gustaba nada mezclarse con la gente, hizo una excepción y se vino con nosotros. Durante el camino de vuelta nos explicó que el sociólogo Max Weber se había enfadado con su padre y que este había muerto poco después. Así es que no habían podido hacer las paces, y Weber sufrió una crisis y se convirtió en un ser inestable.

—Tuvo que dejar la docencia —dijo Romanov—, e incluso perdió el habla.

—¿Solo por una pelea? —pregunté.

—Seguro que también hubo otros muchos motivos, pero este fue sin duda uno de los más significativos. No pudo soportar no haberse reconciliado con su padre. Aquello le destrozó por dentro. La mujer de Weber lo definió como «la esencia del mal», y dijo que había extendido sus garras hacia la vida de su marido desde la más pura inconsciencia.

De nuevo en casa, cuando Romanov se hubo retirado, Alva sacó el álbum de Nick Drake.

—Lo escuché un montón de veces después de nuestro último encuentro en

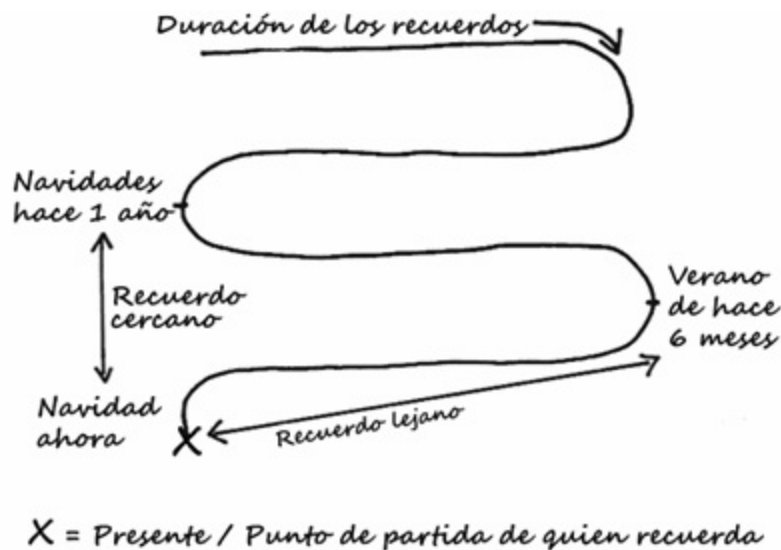
Múnich —me dijo ella—. Estaba absolutamente convencida de que no volveríamos a vernos nunca más.

Se sentó sobre el mármol de la cocina y cerró el libro que llevaba en las manos. Le encantaba sentarse en los sitios más inverosímiles de la casa.

—A veces te oigo hablar con Sascha en el piso de arriba —siguió diciendo ella— y no puedo creer que estés aquí de verdad. Estar contigo, hablar o escuchar música contigo, fue una parte importantísima de mi vida, pero durante algunos años me pregunté si no había sido un sueño. Si no me lo había inventado. Y de pronto parece que todo aquello fue ayer.

—Eso es porque seguimos escuchando la misma música de entonces. El tiempo no es lineal, como tampoco lo son los recuerdos. Uno siempre recuerda mejor lo que le afecta emocionalmente. En Navidad tenemos la sensación de que la Navidad anterior fue hace dos días, aunque en realidad hayan pasado doce meses. El verano, en cambio, y pese a que queda mucho más cerca en el tiempo (seis meses), nos parece más lejano. Los recuerdos de las cosas que se parecen al presente desde el punto de vista emocional toman, por así decirlo, un atajo. Mira...

Cogí un papel y le hice un dibujo:



—Vaya, vaya —me dijo Alva—. De modo que estas son las cosas en las que piensas.

Cogí uno de los bastones de Romanov y di varios pasos con él por la habitación. Alva se me acercó y, simplemente, me lo quitó.

—¿Qué, ahora tú también caminas con ayuda?

Acarició la madera pulida del bastón.

—Devuélvemelo. Lo necesito.

Ella se rio.

—No.

Llegó un leve rumor de fondo. En las montañas empezaba a formarse una tormenta. Los rayos se acumulaban sobre sus cimas e iban iluminando la noche. Cada vez era más agradable estar dentro de casa y saberse protegido y caliente mientras el viento soplaba entre los árboles y agitaba sus ramas.

Alva se me acercó un poco más.

—¿Por qué dejaste la fotografía?

—Cuando hacía fotos me sentía cerca de mi padre. Pero un día comprendí que aquello no era verdad. —Noté que me ardía la cara—. Aunque el verdadero motivo de que empezara a fotografiar fue que...

Alva se acercó más a mí.

—¿Qué?

Ante mis ojos apareció una escena que creía tener olvidada: un taxi alejándose de mí en plena noche, bajo la luz de una farola. Dobla la esquina y desaparece. Yo quiero gritarle algo, algo importante, pero no puedo...

Miré a Alva, avergonzado. ¿Debería decirle lo que sospechaba, pero no me atrevía a admitir?, ¿que había desperdiciado los mejores años de mi juventud, que me había equivocado de carrera y que había cogido la cámara porque quería hacer algo, superar de algún modo ese inconsciente sentimiento de culpa? ¿Que durante todos estos años fracasé escribiendo, pese a que me encantaba?

—Te lo contaré otro día.

—Otro día, otro día —dijo Alva en un tono adorable, y sin pensármelo dos veces puse mi mano en su codo.

La mano cobró vida propia: le recorrió el brazo con cuidado, hasta el hombro, y luego pasó a su mejilla. Di un pasito hacia ella. Mi barbilla estaba casi sobre su frente. Bajé la vista para mirarla a los ojos y ella subió la suya,

algo insegura. Puso su mano sobre la mía. Y entonces dio un paso atrás, me dio con el bastón en el estómago y me deseó buenas noches.

Aún no intuía lo rápido que iba a empeorar la salud de Romanov. Ni siquiera cuando, hace muy poco, se le desbordó la bañera porque había olvidado que quería bañarse. Era un genio ocultando su verdadera situación. Un edificio con la fachada intacta, perfecta, pero un interior en ruinas.

Lo acompañé al sótano, donde estaba la calefacción y se lavaba la ropa. Noté un olor muy intenso a detergentes, diarios viejos y paredes mohosas. En una zona aislada había una estantería llena de botellas de vino y un armario con armas. Romanov se dirigió a este último y fue sacando los diferentes modelos. Los había de pequeño calibre y de gran calibre, revólveres, escopetas y una ametralladora.

—Antes salía mucho a cazar —dijo—, pero ahora hace años que no voy. Me enseñó mi padre cuando yo era un renacuajo. Quizá con nueve años. Era un cazador extraordinario.

Romanov interpretó mi mirada y asintió.

—Con esto lo hizo, sí. Con una Browning, su arma preferida. Mi padre era un hombre que sabía desprenderse. Su muerte fue horrible para nosotros, pero yo siempre lo admiré por su valentía. Hoy más que nunca.

Sus manos acariciaron el gatillo del arma.

—Escucha —continuó—, hace dos años tuve cáncer. Miré a la muerte de cara y esta me dijo que no me quedaba mucho tiempo. Desde entonces, escribo sin parar. Sé que mi mujer sufre por ello. Está arriba, aislada del mundo. Yo le digo que se coja un piso en la ciudad y se instale allí, pero ella quiere estar a mi lado. Lamento profundamente haber dejado de ser el hombre del que se enamoró, pero no puedo hacer nada por evitarlo. Yo esperaba que con tu llegada a esta casa ella tuviera a alguien con quien hablar y pasar el tiempo. Un amigo. Para mí es importante que ella no se quede sola. Tú eres una buena persona, y agradezco que te hayas quedado con nosotros.

Me puso la mano en el hombro y me miró a la cara. Entonces su expresión cambió por completo.

—Pero mucho cuidado con querer follártela.

Necesité unos segundos para reaccionar. Di un paso atrás, instintivamente.

—Ni se me había ocurrido...

—No soy idiota. —Romanov dejó de mirarme—. El futuro es algo que os dejo a los jóvenes. Pero mientras siga vivo no quiero que me sea infiel. Hasta hace unos años yo la satisfacía sobradamente, sé cómo retener a una mujer, pero ahora..., júrame que no la tocarás.

Yo me quedé callado. Observé las armas y luego a él.

—¡Júramelo, Jules!

Romanov volvió a mirarme. En sus ojos, un brillo acechante. Su habitual expresión amable se había trocado en una firme e inexorable.

En junio hizo cinco meses que vivía en las montañas. Para no quedarme sin ahorros, Liz me ayudó a alquilar mi piso de Berlín. Pero qué lejos me quedaba todo, pensé, mientras me bañaba con Alva en el pequeño lago helado de la montaña. Salimos del agua temblando y nos estiramos sobre las toallas para secarnos al sol. Olía a hierba y en el cielo azul no se veía ni una nube. Nos pasamos un rato observando un parapente que bajó hasta el valle. Yo, estirado bocarriba. Alba, bocabajo. Ella iba cruzando y descruzando sus piernas y cada vez me rozaba la espinilla con los dedos de los pies. Lo hacía a propósito.

—¿Qué? ¿Te diviertes? —le dije.

—Un poco, sí. Oye, ¿ya te has leído *El corazón es un cazador solitario*?

—Claro. Lo leí hace mil años. Me gustó muchísimo. Incluso te escribí una carta para decírtelo.

—¿En serio? —me dijo ella—, pues nunca he recibido una carta tuya.

—Me pareció demasiado cursi y no te la envié.

—¿Aún la tienes?

—No.

—Mientes, Jules. Me juego lo que quieras a que aún la guardas.

Una mariposa de color amarillo revoloteó por la hierba y vino a posarse justo a mi pierna.

—Quiero leer algo tuyo —insistió Alva.

—Pues no tengo nada acabado.

—Pero ¿qué hacéis entonces durante todo el día? ¡No paráis de hablar!

—Sí, de ti, básicamente.

Volvió a rozarme con sus dedos, pero esta vez sonó a amenaza.

—¿Cómo le va a Sascha?

—No sé qué decirte... —Pensé en cómo formularlo—. ¿Te has fijado en lo disperso que está últimamente? Tengo la sensación de que está peor que hace unas semanas.

—Lo sé —dijo Alva en un tono monótono que llegaba de muy lejos.

—¿Y eso qué significa?

Ella se quedó callada. Aquella era la pregunta para la que ninguno de los tres teníamos respuesta.

Yo me las apañaba bien y estaba trabajando en dos relatos distintos, pero Romanov..., él, más que avanzar, se arrastraba. De vez en cuando me leía algunas frases en voz alta o incluso me pedía opinión, pero la mayor parte del tiempo se limitaba a ver cómo escribía yo. «Clac, clac, clac», repetía entonces, a veces divertido, a veces algo ensimismado. Daba igual que él fuera el mejor; ya nunca volvería a escribir con el entusiasmo con el que lo hacía yo.

—¿Te apetece que luego miremos una peli? —me preguntó Alva.

—Solo si no lloras.

—Seguro que no.

Siempre decía lo mismo, y siempre acababa llorando. Cualquier escena melodramática le llenaba inevitablemente los ojos de lágrimas. Incluso las más típicas o las más cursis, como que dos amantes logren al fin estar juntos o que un viejo y herido futbolista marque el gol del triunfo en el último momento. Alva se avergonzaba de ser tan llorona y a mí me encantaba provocarla.

—¡Ojo, que están a punto de besarse! ¡No mires!

A esas alturas, lo que más me gustaba de Alva era su cautela. Era como si la palabra hubiese sido creada solo para ella. Alva era cautelosa al podar una planta, al formular una idea, al acariciar a su marido en el cuello, al escribir una carta o al poner la mesa, colocando siempre los platos, los cubiertos y los vasos exactamente en el mismo sitio cada vez. Como si no quisiera dejar nada al azar.

A primera hora de la tarde fui al despacho de Romanov a enseñarle mis apuntes. Oí la música de lejos. La puerta estaba entreabierta y me quedé fuera, mirando por la rendija. Romanov tocaba el piano y Alva estaba sentada en una silla a su lado. Él le susurró algo que la hizo reír. Se besaron suavemente, sin demasiada pasión, y luego él siguió tocando. Sus dedos bailaban con elegancia sobre las teclas, hasta que hubo una en la que se equivocó. Volvió a repetirla, pero se equivocó de nuevo. Siguió intentándolo varias veces más, pero fue en vano, no logró dar con la melodía. Al final apartó las manos y cerró la tapa del piano. Ella le dijo algo en ruso y apoyó la cabeza sobre su pecho. Él le acarició el pelo. Su expresión de derrota me atravesó el alma.

Aquella noche Alva volvió a desaparecer, y regresó a casa a primeras horas de la mañana.

No tenía claro cómo iban a reaccionar mis hermanos con Alva, pero ya en la estación la recibieron con un abrazo. Liz y Marty venían a pasar el fin de semana. Alva condujo su coche montaña arriba, por la carretera serpenteante, con lo que me pareció que era un exceso de precaución, y no pude evitar recordar cómo conducía de joven.

—Esto parece La Comarca de la Tierra Media, solo que sin hobbits —dijo Marty observando con fascinación las nubes doradas que pendían del cielo.

Hacia poco había tenido problemas cervicales y estaba sentado, algo tenso, en el asiento del copiloto.

—Aquí compramos la leche directamente al granjero —dijo Alva—. Nos la sirven en una jarra de dos litros y nos la traemos a casa.

—Querrás decir que yo la llevo —dije.

—Vale, pero yo cocino siempre desde hace varios meses.

—Es una pena que ya no cocines, Jules—dijo mi hermano—. Cuando eras pequeño te pasabas la vida en la cocina. A veces incluso hacías que papá y mamá salieran para que no te dijeran cómo tenías que preparar lo que estabas haciendo.

—¿De verdad? ¡No lo sabía! —dijo Alva—. Cuando te pregunté si querías cocinar me dijiste que no tenías ni idea.

En lugar de responderle miré a mis hermanos y dije:

—El marido de Alva también está muy contento de que vengáis.

—Lo he googleado un poco —dijo Marty—. América, Holanda, Rusia, Suiza. Ha tenido una vida intensa, ¿eh? ¿Cuántos años tiene ahora?

—Sesenta y siete.

Marty me miró a mí y luego a ella. Alva, al volante, sabía lo que estábamos pensando todos, pero no le importó.

—Me parece genial —dijo mi hermana—. Cuando yo era una adolescente siempre quería salir con hombres mucho mayores que yo.

—Ay, sí, es verdad —dijo Marty—. Saliste durante unos meses con un tipo de treinta y seis años, y el raro de tu prometido tenía también casi veinte años más que tú... y nunca nos dirigió la palabra, por cierto.

—Mi hermano no puede hablar de estos temas —le dijo Liz a Alva—, lleva doscientos años con la misma mujer. Fue la única que quiso aceptarlo.

Marty besó su anillo de casado y sonrió con ganas.

Con un leve crujido, el coche se detuvo en la entrada de gravilla de la casa. Romanov nos observaba desde el balcón como un cazador observa a su presa y, aunque recibió a mis hermanos con una educación y una amabilidad exquisitas, luego desapareció en el piso de arriba y no volvió a aparecer hasta la hora de la cena.

—Ya no estamos acostumbrados a recibir visitas —dijo Alva en la cocina excusándolo mientras cortaba una cebolla—. Jules, ¿por qué nunca me has dicho que te gustaba cocinar? Me encantaría que alguna vez me prepararas algo.

—Si las cosas hubiesen ido de otro modo, habría cocinado para ti.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo?

—Al acabar el colegio. Cuando te pregunté si querías ir a vivir conmigo a Múnich y tú me dijiste que lo hablaríamos al día siguiente, durante la cena. Aquel día compré de todo para prepararte un banquete. Estaba seguro de que si probabas mis *farfalle* con ragú no podrías negarte.

Ella se rio.

—Ah, sí, ya me acuerdo. ¿Y por qué no me diste aquel banquete, al final?

Yo la miré con los ojos muy abiertos, sin dar crédito a lo que acababa de escuchar, y de pronto la sonrisa se borró de la cara de Alva y la cocina quedó

en silencio. Frunció el ceño y removió el risoto durante un rato, compungida y tensa, hasta que al final dejó la cuchara a un lado y se dio la vuelta para decirme:

—Lo siento.

—Ya da igual.

—¿Cocinarás algún día para mí?

Yo la miré un instante. Luego asentí.

Durante la cena, Romanov estuvo como petrificado en su silla, a la cabecera de la mesa. Como si no supiera tratar a los invitados. Llevaba una camisa negra y una chaqueta gris, de modo que por fuera estaba impecable. Pero al contrario de lo que sucedió la noche que yo lo conocí, aquel día estuvo callado la mayor parte del tiempo.

Marty habló de que estaba preparándose para obtener la cátedra de la universidad y de que Elena había abierto un centro de psicoterapia en Múnich. Liz, en cambio, no dijo ni una palabra sobre su trabajo o su día a día. Estaba algo inquieta, como si solo tuviera ganas de marcharse de allí. El animal salvaje que habitaba en mi hermana y en los últimos años parecía haber dormitado, volvía a estar despierto. Se había lamido las patas y ahora estaba caminando de un lado a otro de su jaula.

Cuando pasamos al salón Romanov empezó a animarse. No recuerdo qué fue lo primero que explicó, pero sí que acabó hablando de su primera mujer, la hija de un millonario empresario de Zúrich. Él acababa de presentar *La intangibilidad del alma* en la Sala Kronen y la conoció allí, en el bar.

—Por desgracia murió demasiado pronto —dijo—. Yo creí que nunca volvería a ser feliz. Volví a Suiza dispuesto a vivir retirado del mundo. Entonces el buen Dios volvió a bendecirme.

Romanov levantó la copa para brindar por Alva. Yo sabía que lo de «el buen Dios» lo decía en serio. Según él, solo los idiotas eran ateos.

Se sirvió otra copa de vino y entonces ya no pudo parar de hablar. Pasó de una anécdota a otra con la idea de entretenernos, pero aquella noche entendí que no era él quien dominaba las historias, sino estas a él. Su cerebro no paraba de trabajar e iba abriendo todos los cajones que encontraba. Observé que Alva sufría, aunque se esforzaba por disimularlo.

Entonces, en mitad de una frase, Romanov se detuvo y miró a mis hermanos. Sus ojos denotaban inseguridad y por un momento pareció que no sabía con quién estaba hablando. Se produjo un silencio angustioso, y al final sonrió y preguntó a Liz y a Marty, con una elegancia extraordinaria, si era la primera vez que estaban por la zona y si les gustaba lo que habían visto hasta ahora. Unas preguntas lo suficientemente vagas como para poder planteárselas a cualquiera. Un recurso muy hábil, un modo de protegerse y camuflar su declive. Poco después, Alva lo acompañó a dormir.

En el comedor nos quedamos callados un rato. Marty frunció el ceño, pero no abrió la boca.

Por fin, Liz se encendió un cigarrillo y dijo:

—Tiene su punto. Tuvo que ser guapísimo.

—Parece un poco... —Marty dudó— confundido. No todo el rato, pero sí de vez en cuando. ¿Cómo lo lleva Alva?

—Lo lleva, sin más. Pero no quiere hablar de ello. Ni siquiera me ha dicho qué es lo que le pasa exactamente. Supongo que es alzhéimer, pero no estoy seguro.

—¿Y tú, Jules? ¿Cómo lo llevas tú? —Liz me miró a los ojos—. Marty y yo empezamos a estar preocupados por ti. Es decir..., ¿qué pasa con Alva?, ¿estáis...?

Yo moví la cabeza hacia los lados.

Liz puso los ojos en blanco.

—Por el amor de Dios, hermanito, no hay duda de que eres el hombre más romántico que he conocido en la vida. Y seguro que la cosa es complicada, con su marido... —Dejó caer la ceniza de su cigarrillo en un cenicero—. Pero dime, ¿cuánto tiempo llevas aquí? ¿Varios meses?

La escalera de madera crujió. Alva apareció en el salón. Cogió otra copa de vino y nos sirvió a todos.

—Qué bonito que tengas hermanos —me dijo.

—Qué bonito que mi hermano pequeño tenga una mujer —dijo Liz.

Yo le lancé una mirada de odio eterno, pero en el mismo momento en que lo hice me arrepentí, porque al mirarla a ella no pude ver la cara que puso Alva al oír aquella frase.

Era una de las primeras noches cálidas de verano y salimos a la terraza. Marty se estiró en el suelo para relajar sus vértebras. Frente a nosotros, el valle estaba oscuro. En la montaña que quedaba al otro lado alguien había encendido una hoguera.

—Qué pena que Toni no haya podido acompañaros —dijo entonces mirando a mi hermana—. ¿Tu nuevo novio y tú ya le habéis roto el corazón o estáis esperando un poco más para acabar con él?

—No, me temo que ya estamos en ello —dijo Liz haciendo un gesto de disculpa.

Mi hermano se dirigió a Alva.

—¿Sabes? Tenemos la relación fraternal más insólita del mundo —dijo desde el suelo—. Los tres compartimos a nuestro mejor amigo. Podríamos llamarlo *best-friend-sharing* y montar una agencia. A cambio de una pequeña mensualidad, Toni también podría ser tu mejor amigo.

—Al menos tenéis siempre a alguien con quien contar —dijo Alva—. Yo perdí a mi mejor amigo hace casi quince años.

Le lancé una mirada inquisitoria, pero ella no respondió.

Me hacía ilusión que mis hermanos y Alva se llevaran tan bien y se gustaran tanto. Cuando Liz le preguntó si tenía hermanos se hizo un breve silencio, pero tras unos segundos de duda Alva les habló de Phine, de que quizá aún estuviera viva o acaso llevara muchos años muerta, y para mi descanso pareció que hablar de ello le sentaba bien.

El día empezó a abrirse camino. El negro de la noche pasó a ser gris oscuro y fue aclarándose cada vez más. No recordaba muchas ocasiones en las que hubiera compartido la salida del sol con alguien. Un par de veces, en el internado. Una, con Liz y Marty en Montpellier. La luz del amanecer hacía que emergiera la verdadera esencia de las personas, sin bloqueos ni reajustes. Y ahí estábamos los cuatro, charlando y viendo aparecer los primeros rayos del sol sobre las cimas de las montañas.

Cuando Marty y Liz se marcharon la casa nos pareció grande y vacía de pronto. Al llegar ellos no supimos qué hacer con todo el trájín que llegó con ellos, pero después fue el silencio lo que nos desconcertó. Romanov aún podía

hablar de un modo coherente, pero parecía incapaz de realizar discursos abstractos o relacionar contextos y se pasaba horas enfrascado en los detalles. Por lo demás, perdía continuamente las cosas o las dejaba en los lugares más inverosímiles. En varias ocasiones encontré libros en la bañera o tazas de café entre los zapatos.

Una tarde estaba con Alva en el salón jugando al Scrabble. La habitación estaba iluminada solo por una vela y una lamparita de mesa. Fuera llovía levemente y de vez en cuando se oían los cencerros de las vacas que pastaban en el valle. Alva estaba sentada en el sofá, con las piernas cruzadas. Iba a poner las letras de una palabra cuando oímos los pasos de Romanov en el piso de arriba.

De pronto apretó las letras que tenía en la mano y las lanzó con fuerza sobre el tablero.

—¡NO AGUANTO MÁS! —gritó—. No puedo seguir así, Jules. Se está volviendo loco. —Se levantó—. Ya no es el hombre que conocí. A veces tengo la sensación de estar viviendo con un extraño. —Los labios le temblaban al hablar—. Cada día pierde un poco más. Cada día se olvida más de mí. De vez en cuando parece que vuelve a ser normal, pero yo sé que se está desintegrando por dentro.

—¿Y no puedes hablar con él de todo esto? ¿No puedes ayudarlo?

—No quiere. Además, tampoco hay nada que hacer.

Dejó que aquella frase hiciera todo su efecto, y luego suspiró.

—Necesito un trago.

Sacó una botella de whisky del mueble bar. Nos bebimos varias copas, pero no llegamos a emborracharnos del todo. Algo aturdidos, nos sentamos en la cocina, justo delante de la nevera.

—¿Qué te pasó? —le dije señalando las pequeñas cicatrices bajo sus orejas.

—Fue en mis primeros años en Rusia, mucho antes de conocer a Sascha. —Hablaba en voz baja sin mirarme—. Por entonces yo vivía en Moscú y mi vida era más bien una pesadilla. No conocía nada y me relacioné con las personas menos adecuadas. Me dejé llevar por unos y otros e hice cosas de las que me arrepiento.

—¿Qué clase de cosas?

—No quiero entrar en detalles. —Hizo un gesto con la mano—. De eso hace ya mucho tiempo. Al final logré salir de aquel mundo. Mi padre me envió dinero y yo me marché a San Petersburgo.

Alva hablaba muy poco de sus años en Moscú, y a veces tengo la sensación de que allí se rompió un poco por dentro y se le quedó metida esa oscuridad que a veces volvía a salirle. Deseé haber estado a su lado para haberlo impedido.

—¿Qué haces las noches que te vas?

—Nada. Me marchó, sin más. Paseo. Disfruto de la soledad y pienso en todas las cosas en las que normalmente evito pensar. —Me miró y añadió—: Empecé a hacerlo porque estaba segura de que una noche no regresaría de mis paseos. Que desaparecería, sin más. Y me sentía infinitamente libre al pensarlo.

—¿Has querido suicidarte?

—Yo no he dicho eso. Además, hasta la fecha siempre he vuelto. —A continuación añadió en un tono más cercano—: A veces pienso que solo lo hago por costumbre. Ya sé que suena raro, pero es lo que hay.

No podía creer lo que estaba oyendo.

En aquel momento noté el efecto del alcohol y me quedé como paralizado, incapaz de reaccionar o de responder a su mirada.

—No quiero seguir haciendo esto contigo —oí que decía—. Sé lo que le espera a Sascha, ya no puedo engañarme más, y no quiero arrastrarte a eso conmigo. Lo mejor será que te vayas. Es mi marido el que se hunde. Es mi problema.

Yo me quedé ahí sentado, paralizado. Me imaginé haciendo las maletas y marchándome de allí al día siguiente. Me vi dejando a Alva y a su marido y sintiendo una inútil y patética libertad.

«Es mi marido el que se hunde.»

Pero entonces oí algo más en sus palabras. Algo que ya había escuchado más veces, en realidad. Un silencioso «no soy lo suficientemente buena».

Volvía a tener delante a la niña de once años que entró en mi habitación del internado e inspeccionó mis cosas con timidez. A la inasequible chica de

diecinueve que se odiaba tanto a sí misma como para expulsarme de su vida. A la joven de veinticinco a la que no llegué a conocer, enamorada y feliz. A la dulce treintañera casada que me acompañó al tren en Múnich. La tenía ahí, delante de mí, años después, con sus heridas y sus miedos, incapaz de tomar la decisión adecuada.

La nevera se calló de pronto y pudimos escuchar la lluvia. Mi respiración se aceleró cuando acaricié la mejilla de Alva y la obligué a mirarme. Ella temblaba como una hoja.

Me pareció que quería decir algo. Oí el débil sonido de su lengua separándose del paladar... y la besé en la boca. Noté su sorpresa y sus dudas, pero luego su boca me respondió.

A la mañana siguiente me desperté en mi habitación, poco después de las seis. Me puse las bambas y salí a correr. Las gotas de lluvia pendían aún de las hojas de los árboles y las nubes de niebla vestían el paisaje. Parecía el escenario de una leyenda. Y poco a poco empezó a salir el sol. Por un momento me sentí como si volviera a tener veinte años, y me puse a correr.

A principio Romanov no notó nada del cambio que se había producido ante él. Estaba demasiado ocupado consigo mismo y con los cambios que iba acusando en su interior. Alva seguía durmiendo en su cama, como siempre, y cerca de él evitábamos cualquier amago de complicidad.

—Jules, pareces feliz —me dijo un día, no obstante, desde su escritorio—. Llevas toda una semana escribiendo menos y pensando más. ¿En qué andas?

—Sigo con los dos relatos, Alexander. El primero trata de un hombre casado que pierde el control sobre sus sueños. Deja de soñar algo distinto cada noche y pasa a soñar siempre la misma historia, que se va sucediendo con el paso de los días. En su sueño vive otra vida, conoce a otras personas, tiene otro trabajo y otra mujer a la que también ama. Pronto las dos realidades adquirirán la misma importancia, y cuando la mujer de sus sueños muere, su vida real acusará las consecuencias.

Puse a mi relato el título de *Otra vida* y lo ambienté en la Primera Guerra Mundial. El protagonista acabaría combatiendo en el frente mientras en sus sueños seguía viviendo en el campo, en libertad.

Romanov cogió su bastón y se acercó a mi escritorio, con las gafas puestas. Leyó algunas líneas. Cuando acabó, puso su mano sobre mi hombro y yo lo interpreté como un cumplido o un gesto de ánimo. Luego le hablé de mi segundo relato, que recordaba un poco a la novela *El curioso caso de Benjamin Button*, de Fitzgerald, en el que un hombre envejecía al revés. En mi caso, se trataba de alguien que no tenía noción del tiempo. Si uno hablaba con él durante unos minutos, era como si hubiese charlado durante media hora. Si una mujer salía a cenar con él y pasaban juntos tres horas, era como si hubiesen compartido siete u ocho; a veces doce. El hombre pasó solo toda su vida. La gente lo evitaba para no perder literalmente el tiempo, y él se pasó sus días buscando a alguien que quisiera envejecer a su lado, con la esperanza de que algunos años y ciertos recuerdos en su compañía fueran mucho más intensos que toda una vida sin él.

Aquel día me sentía pletórico. Fui a recoger la leche, fregué los platos y quise encargarme de lavar la ropa. Cuando abrí la puerta del sótano, silbando, me llevé un susto de muerte. Romanov estaba ahí plantado, hablando solo. Cuando me oyó, se calló y me miró.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Las siete menos cuarto.

Esa información pareció desconcertarlo más que tranquilizarlo, así que añadí:

—Las siete menos cuarto de la tarde.

—¿Y qué estoy haciendo aquí?

Mi mirada se posó en el armario de las armas.

—Has bajado a encender la calefacción. Arriba hace frío.

Romanov se quedó pensativo. Entonces asintió.

—Eso era.

Me lanzó una mirada amistosa y se dirigió al termostato.

Durante unos días trabajé en los dos textos, y entonces se los di a leer a Alva. No estaban acabados, pero lo importante no eran las historias, sino la mirada a mi mundo interior. Había cosas que no sabía explicar. Que solo podía escribir. Porque cuando hablaba, pensaba, pero cuando escribía, lo sentía.

Estábamos los dos en mi cama. Alva mordisqueaba una manzana mientras leía mis páginas. Yo la miraba, tenso. La vi reír en una ocasión y me sentí como si paseara por una calle a oscuras, de noche, y de pronto se iluminaran todas las farolas. En algún momento me quedé dormido. A medianoche me desperté de nuevo y vi que Alva seguía leyendo. Parecía muy concentrada y conmovida. La vi coger la botella de agua y llevársela a la boca, y volví a quedarme dormido.

Unas horas después me desperté de nuevo. Afuera ya era de día, pero no podía ser demasiado tarde.

—¡Por fin! —exclamó Alva.

Estaba sentada encima de mí, desnuda, y acariciaba mi ombligo con sus dedos. Llevaba el pelo recogido en una coleta y se había quitado las gafas. Supongo que la miré con curiosidad, porque ella señaló mis dos relatos, dispuestos con un cierto desorden sobre la mesita de noche, y justo antes de abalanzarse sobre mí dijo cuatro palabras mágicas que ya nunca he podido olvidar:

—Jules, son realmente buenos.

Por la tarde me puse a trabajar en el despacho. Romanov ni siquiera hizo el intento de escribir, sino que se quedó mirándome todo el rato.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté.

Él asintió como ausente y se levantó. Entonces se llevó de golpe la mano al pecho y, con voz temblorosa, dijo:

—Me duele.

Yo me levanté de un salto y corrí hacia él, temiéndome lo peor. Con un gesto rápido y sorprendente, él me cogió la cabeza y me la apretó bajo su brazo. Antes de que yo pudiera reaccionar me cogió del pelo y me golpeó el cráneo contra la máquina de escribir. Una y otra vez. Y cuando por fin pude zafarme de él me propinó un puñetazo en la cara y luego se dejó caer en una silla.

Yo estaba tan alucinado que no pude hacer otra cosa que sentarme también. La cabeza estaba a punto de estallarme y noté el sabor metálico de la sangre corriéndome por la cara.

—¿Acaso crees que no me doy cuenta de que te tiras a mi mujer? —le oí decir—. Soy anciano, pero no estúpido. ¿Quién te crees que eres? ¿Casanova, el maestro de la seducción? Los mayores tenemos el sueño ligero. Desde que vivo en esta casa me levanto a las cinco y voy al cuarto de Alva a ver cómo duerme. Esta noche no estaba allí, y sé que tampoco había salido a dar uno de sus paseos, así que estaba contigo.

Moví la lengua para comprobar si me había partido el labio y me callé.

—Te pedí que no la tocaras hasta que me muriera. Te lo pedí.

—No fue una petición, sino una amenaza.

Romanov apretó la mandíbula.

—Has robado al mendigo, te has burlado del moribundo, no has sido capaz de esperar a mi muerte...

Se puso a hablar en ruso. Sus palabras sonaban muy agrias. Pude imaginar lo que decía. Parecía un reloj de arena al que hubiesen dado la vuelta: cada segundo que pasaba se le escapaban más granos de la cámara...

Me acerqué lentamente hacia él.

—Desde que tengo once años Alva ha sido la persona más importante de mi vida. No podía volver a... —Me interrumpí. Decidí, por instinto, no decirle que Alva había querido que me marchara—. Lo siento, Alexander —me limité a decirle—. Lo siento muchísimo. Pero no estamos hablando solo de ti y de mí, sino también de Alva. De lo que ella quiere.

Romanov no me respondió. Tenía la mirada perdida, más allá de mí. Al final señaló mi escritorio y dijo:

—Me gustaría leer tus dos relatos.

—Nunca has leído nada mío. Es muy posible que no te guste el tono. Que no te guste nada de lo que escribo.

—Te acuestas con mi mujer y la amas —me dijo él con voz átona—. O lo que escribes es malísimo o es muy bueno.

Romanov y Alva tuvieron una larguísima discusión en la que la voz de ella sonó sorprendentemente enérgica. Sin embargo, era obvio que le costaba hacer frente al imparable declive de su marido. Dormía mal y deambulaba por la casa con unas ojeras terribles. Habría dado lo que fuera por ayudarla. Lo que

fuera. Daba la sensación de que temiera —y al mismo tiempo anhelara— tener que tomar una decisión.

La niebla pendía de las copas de los árboles. El cielo se veía gris sobre las montañas. Ya a finales de octubre cayeron las primeras nieves y eso nos hizo pasar más tiempo dentro de casa. Yo seguía saliendo a correr cada mañana, pero el aire helado me cortaba la piel y el frío se me colaba en los huesos.

Romanov me dijo que le habían gustado mis escritos, y luego no volvió a hablarme del tema nunca más. En su lugar volvió a escribir, lenta, pero incansablemente, en su Olivetti. Daba la sensación de que quería estar presente con el constante repiqueteo de las teclas.

En una ocasión estábamos haciendo el amor en mi habitación cuando lo oímos escribir. Intentamos ignorarlo, pero fue absolutamente imposible, y al final Alva se detuvo. Con lágrimas en los ojos, se vistió y se fue con él.

No sé si Romanov seguía enfadado conmigo. Una mañana se desorientó en la calle y no supo volver a casa. Yo salí a buscarlo y él me abrazó, cosa que nunca antes había hecho.

Desde hacía un tiempo, llevaba siempre consigo un libro de Nabokov. Fuera a donde fuera, el libro estaba en sus manos. Solo en una ocasión se lo dejó olvidado en la mesa de la cocina. Iba a devolvérselo cuando descubrí la nota que había entre sus páginas. Vi mi nombre enseguida. Junto a él, escrito con una letra prácticamente ilegible, había una breve descripción de mi aspecto y la palabra *amigo*. En la línea de abajo, «Alva, pelirroja, gafas, joven. Mi mujer». A continuación, alguna descripción más: su despacho, su dormitorio, su fecha de nacimiento y un enorme «Suiza, 2006». Lo que más me impactó, no obstante, fueron las dos palabras que escribió al margen de la nota.

1. Escribir.
2. Sótano.

Le llevé el libro (*Habla, memoria*) con la nota al primer piso. Romanov cogió ambas cosas. Temí tener que hablar con una persona ida, pero resultó que me entendió de inmediato. Fue la última conversación clara que mantuve

con él.

—Como sin duda habrás notado, estoy enfermo —dijo sentado frente a su escritorio—. Al principio mi mujer pensó que la operación de próstata me cambió la vida, pero no fue más que la advertencia de un examen mayor: alzhéimer; por aquel momento aún en fase inicial. Al principio intenté ocultárselo, pero ella enseguida lo notó. —Bajó la cabeza—. La cabeza no me funciona bien, yo mismo lo noto. Quise venirme al campo porque en la ciudad me sentía muy sobrepasado. Al principio vinieron a verme los amigos y conocidos, pero necesito tener paz. Necesito tener que recordar pocas cosas. A mí mismo, a mi mujer, esta habitación, mi libro. Pero mi memoria se desvanece a paso ligero.

—¿Por qué no pides ayuda? Podría venir un enfermero.

—Ya he hablado con Alva de esto. No quiero a un enfermero. No quiero los continuos controles del médico, las pastillas, los ejercicios para la memoria... Mi terapia es la escritura. —Hizo un gesto con las manos—. Y tampoco quiero que Alva se ocupe de mí. Quiero que mi mujer sea libre.

—Entonces... ¿una clínica?

—No me estás entendiendo. —Romanov hacía una pausa después de cada frase, como sopesando sus palabras—. Mi madre perdió la cabeza siendo aún joven y murió en un centro hospitalario. Al final no fue más que un ser baboso y enfermo que aplaudía cuando le dejaban jugar con muñecas. Y eso que fue una mujer muy inteligente, poetisa, una intelectual de pensamiento crítico y agudo. Pero no supo soltar amarras. No supo reaccionar a tiempo. A mí me quedan aún unas semanas para decidir sobre mi vida. Sé que se acerca el momento en el que mi cerebro se resquebrajará por completo y yo soltaré las riendas de mi existencia. Entonces ya no seré capaz de acabar las cosas correctamente, y pasaré a vegetar en un asilo para ancianos enfermos... —Abrió un cajón—. Pero antes tengo que arreglar aún algunas cosas. Esto, por ejemplo —dijo, sacando un sobre grande—, es para ti. Léelo después de mi muerte. No antes.

Lo cogí, tembloroso.

—¿Por qué me cuentas todo esto? ¿Por qué sigues confiando en mí?

—Porque me lo debes, Jules. —Romanov respiró varias veces

profundamente—. En los últimos tiempos recuerdo mucho mi infancia. La veo clara ante mis ojos. Los fríos inviernos, las cenas en América, conversaciones con mis padres que creía olvidadas... Todos esos momentos me vienen ahora a la mente. Me persiguen. —Se frotó las sienes—. Tengo que soltarlo todo. ¿Entiendes lo que te digo? ¿Comprendes lo que significa saber que tu vida está a punto de acabar? ¿Tener que decirle adiós a tu propia mente, porque sabes que va a abandonarte y no hay nada que puedas hacer para evitarlo? —Sacudió la cabeza hacia los lados—. Recuerdo perfectamente cómo era cuando tenía tu edad; tenía toda la vida por delante y me sentía fuerte para enfrentarme a la muerte. Pero ahora..., aquí estoy, en una biblioteca en llamas, incapaz de salvar un solo libro.

Empezó a temblarle la boca.

—Deja que me encargue de mis cosas —dijo en voz baja—. Aún no estoy listo para soltarlo todo, pero lo estaré. Lo estaré.

Durante las siguientes semanas, cada vez que Alva intentaba hablarme del futuro de su marido yo le cambiaba de tema. Quise regalarle algo de tiempo; limpiaba la ropa, iba a hacer recados, los dejaba solos a menudo. Romanov seguía siendo muy orgulloso e intentaba seguir arreglándoselas solo, pero en cuestión de días ya ni siquiera pudo vestirse y Alva tuvo que empezar a ayudarlo.

De vez en cuando se ponía a hacer planes que estaban basados en situaciones del pasado. Una tarde nos propuso ir a América a visitar a su hermano —muerto hacía ya muchos años—. Cuando vio cómo le mirábamos y comprendió lo que había pasado bajó la cabeza.

—No es posible... —murmuró para sus adentros.

Más nuevos y preocupantes eran sus ataques de rabia.

—¡No te necesito! —le gritó una vez a Alva delante de mí, y antes de que yo pudiera intervenir le dio un empujón y volvió a la carga—. ¡Puedo hacerlo solo!

Alva no se resistía. Yo me puse entre ambos y lo sostuve con fuerza. Romanov se resistió y vociferó algo en ruso. Tardamos mucho rato en calmarlo, pero luego ni siquiera recordó que había estado enfadado y acarició

con dulzura la mano de Alva.

Al cabo de un rato, a la hora de comer, ella me dijo que no aguantaba más. Me explicó algunas de las cosas que hacía Romanov, aunque no todas, para evitar que yo me preocupara aún más.

—Tengo que llamar al hospital y pedir que envíen a alguien para cuidarlo —dijo.

También se lo comentó a él, pero Romanov no abrió la boca. Ya apenas hablaba, por miedo a decir algo inadecuado, y ni siquiera leía el periódico por la mañana. Solo parecía ser él mismo cuando comía. Un día lo vi cortando un filete, oliendo la aromática carne, llevándosela a la boca y cerrar los ojos con fuerza al masticar.

—Seguro que pueden hacer que las cosas sean más fáciles para ti... —dijo Alva—, y para nosotros.

Romanov miró su plato fijamente.

—No quiero enfermeros, ni cuidadores —dijo—. No quiero que venga nadie.

Cogió la mano de Alva y la atrajo hacia sí para besarla. Luego se levantó y, sin decir nada más, arrastró los pies hasta su despacho. Desde el comedor lo oímos escribir en su Olivetti, lentamente y con dificultad. Una vez miré en su papelera. Ya no parecía capaz de escribir nada razonable. Era más bien una lista de nombres o notas indescifrables:

Lunes, lluvia...

Por la tarde un jugador. Vete si él se queda.

No está decidido lo que quería.

Pero la pregunta se mantiene.

Y con la misma tozudez con la que seguía escribiendo, se negó a que Alva se ocupara de él. Cada mañana había peleas y reproches, y un día Romanov volvió a perderse en el pueblo y volvió con hipotermia. En ese momento Alva dijo que lo mejor era llevarlo a la residencia hospitalaria Centro Cristiano de Zúrich cuando pasaran las Navidades. Llamó al director y, tras explicarle la situación, consiguió una plaza de inmediato.

Cuando se lo explicamos a Romanov, no mostró la más mínima reacción.

El único cambio que yo le noté fue que, a partir de ese momento, pasaba más ratos con la mirada perdida en la distancia, aparentemente pensativo.

Y entonces llegó el 17 de diciembre. El cumpleaños de mi tía. Cuando éramos pequeños y aún no recordábamos la fecha, ella siempre nos decía que era fácil porque caía «justo una semana antes de Navidad».

Me pasé toda la mañana con una sensación muy extraña. Aquel día pasaba algo distinto, solo que no lograba averiguar lo que era. Alva estaba en la ciudad y yo llamé a mis hermanos. Dos meses antes los había invitado a pasar las Navidades con nosotros, pero ahora tenía que llamar para anularlo. Liz me dijo que en ese caso ella y Toni lo celebrarían en Múnich con Marty, y yo le dije que haría lo posible por pasarme al menos un día, si lograba organizar las cosas.

—Sal de ahí —me dijo mi hermana antes de colgar.

Me asomé a la ventana. El jardín y el valle frente a la casa habían desaparecido bajo una capa de nieve blanca. No se oía ni un solo ruido. Y entonces comprendí lo que faltaba: el sonido de la máquina de Romanov, arriba, en el primer piso.

Corrí al despacho, pero estaba vacío. Segundos después abrí la puerta del sótano. Romanov estaba ahí, con una cesta de ropa limpia en las manos. Tenía la cara muy pálida y llevaba una dejada barba de cuatro días. Pareció tardar unos segundos en reconocermme. Para mi alivio, me llamó por mi nombre.

—Jules, tienes que ayudarme —me dijo en tono amistoso.

Sacó un papelito del bolsillo de sus pantalones. En él podía leerse una única palabra: *sótano*.

—¿Qué tengo que hacer aquí?

Pensé en Alva, que estaba comprando en la ciudad y luego tenía una cita con el director del Centro Cristiano para hablar del ingreso de su marido. Y mientras, yo estaba en su casa, con él, intentando decidir si lo que quería era lavar la ropa o pegarse un tiro. Recordé aquella nota en la que aparecía mi descripción física y luego la palabra *amigo*. Las sienes me ardían cuando fui hasta el arma preferida de su padre y rocé el pesado metal.

Puse el arma en las manos de Romanov.

Jamás he podido olvidar aquel momento en el sótano, y aún hoy, tantos años después, sigo soñando con él.

—La Browning —me dijo de inmediato.

—¿Te acuerdas de tu padre?

—Pues claro.

—¿Te acuerdas de cómo murió?

—Se pegó un tiro. No te lo creerás, pero fue justo con esta misma pistola. Yo solía salir a cazar con ella. A mi padre también le encantaba salir a cazar.

Romanov miró el arma un rato y luego su expresión cambió. Vi el miedo y el pánico en su rostro. Su boca esbozó una mueca y sus manos empezaron a temblar.

—Oh, Dios mío. Ya sé por qué estoy aquí —susurró.

El descubrimiento le hizo tener un escalofrío. Me miró con los ojos muy abiertos y yo comprendí perfectamente que aquel iba a ser, posiblemente, el último momento en que Romanov controlara sus actos. Después de aquello ya no le quedaba más que la locura y el encierro.

—¿Es lo correcto? —preguntó con el arma aún en las manos—. Dime, Jules, ¿tú crees que hago lo correcto?

—Tu mujer está en la ciudad. —Yo tenía la boca seca—. Ha quedado para hablar con el director de una residencia llena de enfermeros. Tú...

Romanov me miraba con extraordinario interés.

—Tú no quieres que te llevemos —dije—. No quieres acabar como tu madre. ¿Me entiendes?

Pude ver su desesperación al evocar aquel recuerdo.

—Sí, no quiero acabar como mi madre —dijo entonces.

Yo di un paso hacia él.

—¿Estás listo para desprenderte de las cosas? Alexander, ¿estás listo?

Parecía que Romanov no estuviera escuchándome.

—Mi madre acabó fatal —dijo en un tono casi infantil—. Era como un animal. Ya no sabía ni quién era su hijo ni quién era ella misma.

Fue hasta el armario, sacó una cajita con munición y cargó el arma. Una bala se le cayó al suelo y él la recogió con enorme esfuerzo.

—¿Quieres que le diga algo a tu mujer? Le diré que la amas.

Romanov no me contestó. Acariciaba el arma con las manos. Vi que tenía mucho miedo.

—Cuando era pequeño siempre miraba las golondrinas —dijo—. ¿Adónde van?, me preguntaba. ¿Adónde demonios van?

Una voz en mi interior me dijo que le quitara el arma y llamara a urgencias, pero lo que hice fue abrazarlo y salir del sótano sin decir nada más.

Corrí a mi habitación, cogí mi chaqueta y bajé corriendo por la pendiente de casa, hacia el valle. En un momento dado tropecé y me caí en la nieve. Me recompuse y seguí corriendo. Esperaba oír un disparo en cualquier momento, pero no fue así. Imaginé a Romanov en el sótano, solo ante la decisión de perder la razón o la vida. Seguramente necesitaba un rato para despedirse de todo, y luego un segundo de valentía, de fortaleza... y de desprendimiento. Soltarlo todo y partir.

Estaba ya en la calle cuando oí el disparo. Algunos pájaros salieron volando de sus ramas. Luego volvió a reinar el silencio.

LA APARICIÓN DEL MIEDO

(2007-2008)

Para el viaje a Italia alquilamos un coche. Poco antes de irnos fuimos a ver, una vez más, nuestro nuevo hogar. Las paredes recién pintadas, las baldosas brillantes. Hacía apenas unas horas que habíamos acabado. Alva hablaba de cómo decoraríamos la casa a nuestra vuelta y yo..., no sé si fue porque al fin volvía a tener una casa o porque ella estaba en su sexto mes de embarazo, pero el caso es que se me llenaron los ojos de lágrimas. Lágrimas de felicidad. Aparté la mirada, avergonzado.

Salimos de Múnich a primera hora de la tarde y fuimos alternando en la conducción.

—¿Sabes? —me dijo Alva tamborileando sobre el volante—, creo que volveré a estudiar. He echado de menos la universidad, aprender más cosas... y no me importa ser la más vieja de la clase.

—¿Y qué te gustaría estudiar? ¿Filología?

Movió la cabeza hacia los lados, con vehemencia.

—Ya he tenido demasiado que ver con la literatura y los escritores. Ahora quiero algo propio. Algo solo para mí.

Le brillaban los ojos tras las gafas de sol, y cuando la miré desde el asiento del copiloto —la piel blanca y suave, las pestañas negras y largas, la melena larga y roja— me sentí subyugado por su belleza.

Hablamos sobre los viajes que hicimos juntos cuando éramos jóvenes. A lagos lejanos y a festivales de música. Desbordado por la alegría, dije algo así como «¿no te parece una locura que pasáramos tantos años sin vernos?».

Pero Alva se encogió de hombros.

—Cuando estábamos en el cole me pareció que lo nuestro era complicado. Tardé mucho en comprender que siempre te había amado. —Estaba a punto de cambiar de carril, así que no me miró al decir aquello—. De hecho, no lo supe hasta llegar a Rusia. Pensé mucho en ti en aquella época... y llegó un momento en el que solo quería olvidarte.

—¿Así que me echabas de menos?

—Sí, a veces —dijo Alva—. Pero otras estaba feliz de haberte perdido de vista.

Se rio al decir aquello. Yo puse mi mano sobre su barriga. Aún no teníamos nombre para los gemelos. Al principio dijo que quería llamar a la niña como a su hermana, pero luego cambió de opinión. «¿Y si Phine aún vive?» Mientras buscábamos nombres, me enteré de que Alva significa «espíritu del bosque», lo cual me pareció de lo más adecuado. Ella era la guardiana de aquel bosque del que nunca logré salir.

Teníamos ante nosotros docenas de camiones, olor a gasolina, las luces de cientos de faros. Pasamos la frontera con Italia y nos alegramos de estar cerca ya del hotel en el que íbamos a pasar dos semanas, en la costa amalfitana. Pagamos el viaje con mis ahorros, aunque en realidad no hacía ninguna falta. Tras la muerte de Romanov, Alva heredó una enorme suma de dinero, y la venta de la casa de Suiza, junto con todo el terreno, supuso casi un millón de francos suizos más. El dinero ya no era, pues, un problema.

—¿Has podido hablar con la editorial?

—Sí —respondí—. Publicarán su libro en la primavera del año que viene.

—¿Llegarás a tiempo?

—Ya casi estoy, sí.

La última obra de Romanov, *Tiempo que vuela*, contenía cinco relatos. Tres los escribió varios meses antes de su muerte y los depositó en un notario de Lucerna para protegerlos de sí mismo. El primero trataba de un marchante de Polonia a finales de los cuarenta. Había perdido a su familia en la guerra y tuvo que atravesar un paisaje frío y árido, invernal, en el que no había nada más que sus recuerdos. El siguiente relato, *Luz y contraluz*, estaba ambientado en América y trataba de un matrimonio de Oregón en pleno proceso de

separación. La mujer acababa de descubrir que el marido llevaba años engañándola, de modo que todos sus recuerdos felices sobre él eran falsos. El tercero trataba sobre sí mismo: era la historia del escritor Alexander Nicolai Romanov, caído en el olvido de la literatura... y en el suyo propio. Describía cómo perdió la razón, cómo lo ingresaron en un hospital y cómo pasó el resto de su vida desmoronándose y descomponiéndose. Este fue, en mi opinión, el mejor de todos sus escritos, por delante incluso de *Un corazón indomable*, dada su extraordinaria coherencia.

Los dos últimos relatos eran los míos.

El sobre que Romanov me entregó varias semanas antes de su muerte contenía treinta páginas con escenas, anotaciones, recuerdos e ideas. Y una carta.

Los dos somos ladrones, Jules...

Así empezaba.

Por eso voy a pedirte un trueque. Libro por mujer. Me lo debes.

Quería que incluyera en su libro los dos relatos que escribí en Suiza, y que les hiciera los cambios que indicaba en las hojas de ese sobre.

—Sigo sin entender por qué quieres hacer eso por Sascha —dijo Alva—. Te lo pidió cuando ya había perdido la cabeza.

—Pero lo hizo en un momento muy cuerdo.

—¿Y eso qué importa ahora? Estás echando a perder tu carrera como escritor. ¿Por qué?

Yo sacudí la cabeza. No podía decírselo.

A veces me costó poquísimo —y a veces fue extraordinariamente complejo— incluir las ideas de Romanov en mis relatos. Añadir escenas externas en un manuscrito era como hacer un trasplante de órganos. A veces tuve que inventarme un hilo nuevo y añadirsele a la trama para que sus ideas tuvieran sentido. Pero con el tiempo ya no fui capaz de diferenciar sus ideas de las mías. Su último libro sería una tragedia, pero, como él mismo dijo en una ocasión, no es que lo tiñera la vida de drama, sino que la miraba a la cara.

Alva suspiró.

—¿Y qué harás cuando acabes con su libro?

—Me buscaré un trabajo.

—Tendrías que escribir el tuyo, Jules. Yo estaré encantada de invertir todo mi dinero en la nueva promesa de la literatura moderna. Considéralo una beca.

—Muy graciosa.

Conduje hasta una gasolinera.

Alva se acercó más a mí.

—Este ha sido siempre mi sueño: tener a un poeta para mí solita; alguien que me escriba y dependa solo de mí. —Me dio un beso—. Mi *esclavo casero*.

—Eres una desvergonzada, diente torcido —le dije sonriendo y devolviéndole el beso, pero añadiéndole un pequeño mordisco en el labio inferior—. Me parece que el dinero ha empezado a corromperte.

—En realidad ya me corrompió hace tiempo.

Nos tomamos un café y un sándwich cada uno y seguimos nuestro camino. El cielo estaba negro como el carbón, el salpicadero estaba lleno de lucecitas y era mucho más que agradable ir en coche con ella. Nos pasamos la noche charlando, escuchamos canciones en italiano y nos metimos, como siempre, el uno con el otro. Alva insistió en que yo tenía las orejas más pequeñas que había visto en su vida y yo le dije que aquello era símbolo de una gran inteligencia.

—Cuando lleguemos, desayunaremos mirando al mar, ¿te parece?

Alva se acurrucó, agotada, en el asiento. Un rayo de sol se abrió paso en el horizonte y ambos observamos en silencio cómo el paisaje iba apareciendo a nuestro alrededor. Ella me acariciaba el brazo con las puntas de sus dedos, arriba y abajo, arriba y abajo, y en ese momento sentí que no cambiaría mi vida por nada, por ninguna otra, ni siquiera por una en la que mis padres estuvieran vivos.

Casi un año después, cuando el libro de Romanov fue publicado en su editorial habitual, muchas revistas especializadas hablaron de él y algunas aprovecharon para dedicarle algún artículo póstumo a toda su obra, pero las ventas resultaron muy inferiores a lo que se esperaba. El nombre de Romanov

se mencionó durante unos pocos meses y luego desapareció.

—Al menos no ha tenido que afrontar el fracaso —dijo Alva, disgustada, acariciando el blanco lomo de uno de los ejemplares que teníamos por casa—. Dentro de cinco años no quedará nadie que lo lea. Es tan duro...

—Yo lo leeré.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo?

—Cuando esté triste. Me consolará.

Alva se acercó a la cuna de nuestros hijos.

—¿Y por qué ibas a estar triste? —Miró a los niños—. La vida es un juego que tiene que acabar en cero. Mira, voy a hacer la cuenta; en números negativos tengo ya la desaparición de mi hermana, mi infancia terrible, el egoísmo de mi madre, la muerte de Sascha y, sobre todo, el modo en que se produjo. Así que a partir de ahora solo pueden pasarnos cosas buenas, ¿lo ves? Hay mucho que compensar.

—La vida no tiene por qué acabar en cero. Hay gente que solo vive cosas negativas. Gente que pierde sistemáticamente todo aquello que ama.

—¿Y acaso crees que tú eres uno de esos? Mi querido Job... —Me acarició el pelo.

«Protectora», pensé.

—Créeme. —Me besó—. Los próximos años serán geniales.

Cogí a nuestra hija y la saqué de la cuna. Coger a los niños en brazos me provocaba una emoción abrumadora. Era como si la parte más luminosa de mi ser estuviera, precisamente, fuera de mi cuerpo.

—¿Lo has oído? —susurré a Luise al oído—, los próximos años serán geniales.

Por entonces tenía treinta y cinco años, casi los mismos que mis padres cuando murieron. Estaba a punto de cruzar una línea que a ellos les fue vetada. Me dolía pensar que el tiempo que compartimos juntos me quedaba cada vez más lejos, y que ya solo correspondía al primer y más alejado tercio de mi vida. Cuando veía a Alva ejerciendo de mamá no podía evitar pensar en mi propia madre y en lo poco que llegué a conocerla. Mis recuerdos de ella no eran más que sensaciones; su calor, su alegría indestructible. Pero como persona me resultó siempre una extraña, y ahora entendía por qué: nunca

compartió conmigo un momento de debilidad. Nunca la vi triste ni apesadumbrada ni preocupada. Fue como una actriz que escondía su verdadero yo tras la máscara de la madre perfecta. Así me acompañó en la infancia y así también permaneció en mi memoria. Así eran los pocos momentos que aún recordaba con ella.

—Por cierto, vuestro padre no era para nada mi tipo —nos dijo en una ocasión—, pero no logré librarme de él: era el líder de un grupo de alumnos que cada tarde iban a esperarme a la universidad, y cada tarde me pedía que saliera con él. Cuando yo le decía que no, se despedía con un «hasta mañana, entonces» y se marchaba sonriendo. Me gustó su persistencia. Y lo mal que pronunciaba mi nombre.

Al decir aquello miró a papá, que fingía estar muy concentrado en hacer un crucigrama y, sin levantar la mirada del periódico, dijo:

—*Majdalena Seits.*

Al pensar en esos recuerdos sobre un joven universitario, me cuesta pensar que ese cabezota enamorado fuera el mismo hombre que el aburrido y temeroso que ejerció de padre conmigo. Quizá tuviera antes la confianza desbordante de todos los adolescentes, nunca del todo sincera, o quizá fuera justo al revés, y su personalidad acabara acusando los golpes del paso del tiempo y viéndose doblegado por ellos.

Para comprender algo mejor su pasado, cogí la enorme caja en la que guardamos sus objetos personales y la abrí por primera vez en muchísimos años. Allí había recuerdos de Berdillac, Múnich, Hamburgo y Berlín. Fotos de familia y la libretita roja con los cuentos que escribí de niño, así como mi Leica rota y la carta escrita en francés.

Querido Stéphane, esta cámara es para ti. Ojalá te ayude a recordar quién eres y qué es aquello que la vida no puede echar a perder. Por favor, intenta comprenderme.

Dejé la carta a un lado. ¿Qué sabía de mi padre, en realidad? De joven le gustaba jugar al fútbol y quería ser fotógrafo, pero no tuvo el valor ni el apoyo suficientes. Algo que también parecía seguro era que su padre les pegaba —tanto a él como a su hermano mayor, Eric— cuando volvía borracho a casa.

Nuestra tía Helene nos lo comentó de pasada alguna vez. Todo lo demás tuve que adivinarlo a partir de las cosas de las que *nunca* nos hablaron. ¿De qué murió el tío Eric, por ejemplo? Era tan joven... Su muerte fue un trágico secreto del que nunca nadie habló. Y ahora era demasiado tarde para preguntar. Mi padre dejó atrás su pasado, con toda la intención, y ahora yo no estaba en disposición de recuperarlo.

Lo volví a meter todo en la caja, pero entonces me llamó la atención una de las fotos: mostraba a mis padres con el matrimonio Lehner, una pareja de la que habían sido muy buenos amigos. Hanno Lehner era un atractivo diplomático que entretenía a los niños con las historias de sus viajes a Sudán o Irán, y Elli Lehner era profesora, como mi madre. En algún momento debieron de tener un grave desencuentro, porque en los años previos a la muerte de mis padres dejaron de venir a visitarnos y nosotros tampoco volvimos a ir a su casa. En la foto estaban los cuatro sentados a la mesa de nuestro comedor. Mi padre miraba a Elli, que gesticulaba y tenía sin duda la palabra. Hanno Lehner también miraba a su mujer, como hechizado. Mi madre era la única que no la miraba. Ella lo miraba *a él*. Y yo conocía bien aquella mirada. Era la misma mirada hambrienta y tentadora que mi hermana lanzaba a los hombres que le gustaban. Que eran los hombres que conseguía. Pero ¿era posible que hubiese sucedido así? ¿Era la foto la que contaba esa historia o era yo quien me la contaba a mí mismo?

Me preparé un café y me senté a escribir mi novela. Últimamente apenas avanzaba. Esa energía casi maníaca que había sentido en casa de Romanov había desaparecido por completo, y la muerte de Alexander aún me tenía algo paralizado. Alva nunca supo que fui yo quien puso el revólver en manos de su marido, y aunque yo tenía claro que lo hice para ayudarlo, a veces no podía evitar reprocharme el modo en que me había librado de mi oponente en el amor.

Escribí durante un rato, pero mis pensamientos volvían recurrentemente a mi padre. A mi último encuentro con él. Aunque yo le recordaba de un modo distinto, había acabado por creer en lo que sentí cuando me tomé el LSD: una verdad que mantuve reprimida durante mucho tiempo, que se había aferrado a mi interior con ira y que había marcado mi subconsciente de un modo

inevitable.

Es cierto que aquella última noche hablé con mi padre sobre la cámara que me regaló por Navidad y yo nunca había utilizado. También lo es que tuvimos una pequeña discusión y que él se ofreció a enseñarme cómo funcionaba la Mamiya. Me dijo que le encantaría que me dedicara a la fotografía, porque tenía buen ojo para las fotos, y que hacía tiempo que se había fijado en ello.

Pero también es cierto que nuestra charla no acabó ahí.

Por aquel entonces teníamos una relación algo tensa, y no solo por culpa de la cámara. Mi madre ponía de manifiesto su mando y su equilibrio, nunca me habría atrevido a oponerme a ella. Pero cuando mi padre me enviaba a la cama yo me encogía de hombros, y si fingía autoridad y me amenazaba yo me limitaba a reír. Y es que él me mostraba sus miedos e inseguridades y yo no podía soportarlo.

El fin de semana que mis padres se marcharon a París yo quise ir a la fiesta de un amigo mayor que yo. Él ya fumaba y bebía, y el hecho de que me hubiese invitado me parecía el honor más grande del mundo. Pero mi padre no me dejó que me quedara a dormir.

—Todos se quedan, papá. Y prometí que yo también iría.

—Ya hemos hablado de ese chico, Jules. No es bueno para ti. Ni de broma puedes quedarte a dormir si nosotros no estamos.

—Pero si no me quedo los demás se reirán de mí y dirán que soy un cobarde.

—Pues que lo digan. Tú no te quedas a dormir ahí y punto.

Con eso dio por acabada la conversación. Cerró la cremallera de su maleta y encendió la pipa.

—Claro, a ti te da igual porque tú también eres un cobarde.

Me di cuenta enseguida de que había cometido un error. Mi padre se dio la vuelta hacia mí, tan sorprendido como yo mismo y con la pipa en la mano.

—¿Qué acabas de decir?

—Que eres un cobarde —me oí repetir. Pasaba del frío al calor. Había ido demasiado lejos y sin embargo no lograba quedarme callado—. Nunca te atreves a nada. Nos lo prohíbes todo porque tienes miedo. Porque eres un cobarde y quieres que nosotros también lo seamos.

Me dio una bofetada en la mejilla izquierda.

—¡No me dejas hacer nada! —grité mirándolo con los ojos llenos de ira—. Solo hacer fotos con tu mierda de cámara. ¡Te odio!

Se hizo un silencio insoportable.

Di un paso atrás. Me sentí como si estuviera mirando a mi padre por primera vez en mi vida. Él parecía muy afectado y puso la misma cara que cuando le dijeron que estaba despedido. Una parte de mí se compadeció de él inmediatamente. Después salí corriendo a mi habitación.

Media hora después mi madre vino a verme. Llevaba su abrigo beis y me abrazó para despedirse. Su perfume olía a lilas.

—No seas así con papá —me dijo.

—¡Pero si me ha pegado!

—Lo sé, y también sé que lo siente mucho. No entiende por qué lo ha hecho. —Hizo una pausa—. Es solo que... no está pasando por una buena racha.

—¿Es por eso por lo que os vais?

—También. —Me pasó la mano por el pelo—. ¿No quieres bajar a despedirte de él? Papá tiene muchas ganas de decirte adiós, y el taxi está a punto de llegar.

—¡No! —exclamé.

Ella me dio un beso en la mejilla y luego la oí despedirse de Liz y Marty en el pasillo. También oí a mi padre preguntando por mí.

—Ya lo conoces —le dijo mi madre—, es un cabezota.

—Caray... —murmuró él, y parecía afectado.

Entonces entró en mi habitación e intentó hablar conmigo, pero yo le di la espalda en silencio. Al poco rato llegó el taxi y yo oí la puerta de casa cerrándose tras ellos.

Nunca pude retirar el «te odio», y aquella fue la última frase que le dije a mi padre antes de morir.

Los vi subir al taxi desde la ventana. Stéphane, mi padre, abrió la puerta del coche a mi madre, Magdalena, y ambos se metieron dentro. Aún hoy, tantos años después, puedo ver el taxi girando la esquina de la calle bajo la luz de las farolas y desapareciendo de mi campo de visión.

LO INALTERABLE

(2012-2014)

Abril de 2012. Dos años y medio antes de mi accidente de moto. Celebramos la Pascua en Múnich. El sol de media tarde iluminaba los tejados de color cobre de nuestra calle y en el aire flotaba el aroma a pasteles recién horneados. Durante la comida, Marty intentó hacer reír a mi hijo por todos los medios y con todas las muecas posibles, pero fue en vano. A sus cuatro años y medio, Vincent era un niño muy tímido y circunspecto..., y tampoco es que Marty hubiera nacido para payaso.

Tras el postre los gemelos se pusieron a buscar los huevos de Pascua que Elena les había escondido por la casa. Ella brillaba de felicidad siempre que estaba con los niños, y por eso me gustaba tanto que pasaran tiempo juntos. Yo también había empezado a visitarla a su consulta. Lo decidí cuando supe que iba a ser padre y tuve miedo de no estar a la altura. Durante nuestras sesiones Elena apenas decía nada, sino que me oía hablar sobre mi miedo a perderlo todo. Y me miraba fijamente, casi siempre en silencio. Unas veces me sonreía amablemente y otras como si me reprendiera, y yo siempre sabía lo que quería decirme. Cada vez tenía más claro lo que Marty había buscado —y encontrado— en ella: Elena era una correctora. Notaba cuando alguien se apartaba del camino y lo devolvía a su centro con amorosa, pero firme, determinación.

Toni no vino a Múnich y yo decidí no preguntarle nada a Liz. Cuando Toni tenía un lío con alguna mujer se lo contaba todo a ella, hasta el más mínimo detalle, y juntos hablaban sobre el tema. Liz se apoyaba en él, le cogía de la mano y le ponía motes cariñosos, pero no pasaban de ahí. En cambio, cuando era ella la que salía con alguien, Liz no le contaba nada a Toni y simplemente

lo apartaba de su vida. «La sádica y el masoquista», dijo mi hermano en broma en una ocasión. Solo que no era broma.

Luise corrió hacia su tía y se sentó en su regazo. Como cada vez que venía a vernos desde Berlín, Liz nos decía que ella también quería tener hijos. Tenía por entonces cuarenta y dos años, y la verdad es que yo no contaba demasiado con que fuera a ser madre.

—Quiero tener una igualita a esta —dijo dándole un beso a mi hija en la cabeza—. Sí, esta de aquí es perfecta. —Y las dos sonreían, felices.

Pero aunque fingía disfrutar de la vida en familia, Liz no aguantaba demasiados días en Múnich. Recuerdo que incluso antes, cuando íbamos a pasar las Navidades a casa de nuestra tía y todo fluía con armonía y felicidad, mi hermana siempre se iba a alguna fiesta, o a donde fuera, y yo pensaba en la frase de Jack Kerouac que tenía colgada sobre su cama cuando era una adolescente:

La única gente que me interesa es la que está loca, la que está loca por vivir, loca por hablar, loca por salvarse, con ganas de todo al mismo tiempo, la gente que nunca bosteza ni habla de lugares comunes, sino que arde, arde, arde como fabulosos cohetes amarillos explotando igual que arañas entre las estrellas.

Me llegaron risas del comedor. En el sofá, Alva y los niños haciéndose cosquillas. Ella les había estado leyendo en voz alta y ahora hacían tonterías. Nunca me cansaba de mirarla. Alva era la madre más maravillosa del mundo. Siempre tenía el tono adecuado y sabía perfectamente —al contrario que yo— cuándo debía ser estricta y cuándo laxa, y su único objetivo parecía pasar por dar a sus hijos todo lo que a ella le faltó. Y los niños, por supuesto, la adoraban.

Yo fui hasta el tocadiscos.

—Atención —dije, y por un momento sentí la misma emoción de cuando era niño y quería enseñar algo a mis hermanos.

Puse un disco. Guitarras y un coro de fondo. Todos me miraban.

—¿Qué es esto, papá?

—Son los Beatles —dije—, *Paperback Writer*.

A Luise le pareció que la música era divertida. Vincent, en cambio, empezó a marcar el ritmo con el pie, arqueó las cejas, y en cuanto acabó la canción dijo:

—Ponla otra vez.

Aquella noche los niños durmieron con Marty y Elena, y así nosotros pudimos salir solos otra vez, como cuando éramos novios.

—Ahora están viendo una peli —nos dijo Elena por la noche, al teléfono—, y luego los enviaré a dormir. Los cuidaremos muy bien.

—Sí, sí, lo sabemos —le dije casi riéndome, porque lo de cuidarlos bien lo había dicho ya tres veces en la misma conversación.

Cuando colgué, noté la mirada de Alva clavada en mi nuca.

—¿Qué pasa?

—Pareces tan feliz... Estás radiante.

—Qué va.

—Te lo digo yo. Sigues tan feliz como el primer día.

La cogí de la mano y la acerqué con fuerza hacia mí.

—Por fin a solas —le dije rodeándola con mis brazos—. ¿Y si dejamos a los niños con mi hermano para siempre y nos escapamos juntos?

—Pensé que no me lo propondrías nunca.

Más tarde, en el restaurante, Alva me habló de unos cursos que Marty le había recomendado. En los últimos años se habían hecho muy amigos y muy a menudo, cuando yo volvía a casa, me los encontraba hablando apasionadamente de cualquier tema. A veces me sumaba a su charla, pero en cualquier caso me complacía que se entendieran tan bien sin mí.

—¿Te has dado cuenta de lo mucho que se parecen Liz y ella en muchas cosas? —me preguntó Marty en una ocasión.

Al escuchar aquello solté una carcajada incrédula, pero después —debo admitirlo— recordé muchas veces aquella observación.

Había pasado ya mucho tiempo desde que Alva terminó la carrera de Filosofía, y había empezado a preparar su doctorado. Además, se ocupaba de cuidar el césped y las flores de nuestro pequeño jardín. El administrador de la finca accedió a cubrirlo todo de verde y ahora los niños —entre los que me cuento— teníamos un columpio y una cabaña en un árbol.

Todavía había en ella, sin embargo, una oscura vibración. De vez en cuando parecía que su pasado volvía a buscarla. Las escenas de su juventud en Moscú la inquietaban hasta tal punto que a veces tenía pesadillas y lloriqueaba en sueños, hasta que me notaba a su lado y por fin se tranquilizaba. Tendría que haber comprendido antes que había dos Alvas, y que una no podía existir sin la otra. Desde que nacieron los gemelos no había vuelto a marcharse durante la noche, pero yo no podía librarme de la angustia de que un día desapareciera y no volviera a verla nunca más.

—He estado leyendo los cuentos infantiles de ese sueco, por cierto. —La cabeza de Alva asomaba por encima de la carta del restaurante—. Magnus no sé qué. Me han gustado mucho.

Ya me había acostumbrado a que leyera en secreto los libros que yo corregía para la editorial. Fingí que me sorprendía, no obstante.

—¿Qué pasa? —dijo ella—. Hasta que no me dejes leer lo que escribas tú, tendré que conformarme con esto, ¿no?

Conseguí el trabajo de corrector gracias al contacto con la editorial que había publicado los libros de Romanov. Les gustó el trabajo que hice con Alexander y me recomendaron para una editorial de Múnich. En mi propia novela, sin embargo, trabajaba más bien poco. Si Alva no se pasara todo el tiempo preguntándome por ella, es muy posible que ya la hubiera acabado.

Aquella tarde bebimos algo de más y Alva me habló de cuando era niña, antes de conocerme. De cómo le gustaba ir con su padre a patinar sobre hielo al lago que quedaba detrás de su casa. Mientras hablaba, brillaba con una luz que le salía de dentro del alma. Yo me incliné sobre ella y la besé. Luego serví un poco más de vino, ella me preguntó si tenía pensado emborracharla y yo le dije que por supuesto que sí.

De camino a casa, en efecto, se tambaleaba, un poco. Quise ayudarla, pero me di cuenta de que yo tampoco caminaba del todo recto, así que tuvimos que coger el metro, los dos medio mareados y muertos de risa.

Por la noche me despertó un ruido. Estaba profundamente dormido y me costó un poco lograr que mi cuerpo se orientara y despertara del todo. Alva estaba llorando junto a mí. Asustado, encendí la luz.

—¿Por qué no soy feliz?

Hablaba rápido y entrecortadamente.

—Te amo. Amo a Vincent y a Luise. Amo todo lo que tenemos. Pero a veces me siento como si no fuera suficiente. Como si nunca nada fuera a ser suficiente. Entonces solo deseo irme y desaparecer para siempre, pero no sé por qué.

Sus palabras se hundieron en mi corazón como una piedra en el fondo del mar.

La abracé.

—Está bien, está bien —repetí varias veces, y la besé en la cabeza—. Yo te amo como eres.

—Pero yo no quiero ser así —me dijo ella en voz baja—. Es solo que no puedo evitarlo...

—Ya lo sé.

La sostuve entre mis brazos durante varios minutos y le hablé con suavidad intentando calmarla. Ella no pudo volver a dormirse y nos pusimos a ver películas hasta que se hizo de día.

Por supuesto, aquello no tuvo nada que ver con lo que pasó después, pero desde aquella noche supe que tenía que valorar un poco más los momentos de felicidad.

Pocas horas antes de coger el avión estuve jugando con los niños en el jardín. Luise quería ser Peter Pan a toda costa, y Vincent fue cambiando de papel secundario. La cabaña que habíamos construido en el árbol hacía poco se convirtió en el barco pirata y yo, el capitán Garfio, era el encargado de manejarlo. Mi espada era el bastón de caoba de Romanov, y los niños luchaban con ramas. Por supuesto, me vencieron tras una durísima batalla y yo tuve una muerte lenta y terrible.

—¡Está muerto! ¡Está muerto! —gritaron los niños bailando a mi alrededor y dándome golpecitos con sus armas en la barriga.

Entonces apareció mi hermano con una mochila a la espalda. Me vio tirado en el suelo, fingiendo que me moría, y se rio.

—Venga, tenemos que irnos.

Nos íbamos dos días a Berlín. Queríamos dar una sorpresa a Toni por su

cumpleaños.

La celebración fue en un bar y él se alegró mucho al vernos, pero a mí me impresionó mucho su aspecto. Apenas quedaba nada de aquel brillo encantador que le era propio; se había convertido en un hombre de aspecto envejecido e infeliz. Por supuesto, aquella noche también estuvo muy pendiente de Liz, quien al principio estuvo muy cariñosa con él y luego lo dejó de lado para ponerse a hablar con un desconocido que entró en el bar. Yo lo vi mirándola todo el rato, y supeditando su felicidad a la de ella hasta el punto de quedarse en silencio en un rincón, con la vista perdida en el infinito. Marty y yo nos sentamos con él, pero no logramos animarlo, y al final se marchó solo a su casa.

Aquella noche pasamos mucho rato charlando con nuestra hermana en la cocina de su casa. Ella adivinada lo que pensábamos.

—Vale, ya está, ya es suficiente —nos dijo entonces—. ¿Creéis que a mí me gusta verlo tan hecho polvo?

—No se trata de esto, Liz —le dijo Marty—. Es solo que llevas años martirizándolo. Toni habría podido tener su propia familia; habría podido ser feliz; pero tú no le has dejado. Nunca le has cerrado la puerta del todo, siempre le has dejado un hilo de esperanza al que aferrarse, básicamente porque no querías perderlo; porque no podrías soportar que se marchara.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Líame con él solo porque os parece lo correcto?

—Pues mira, sí, no me parecería mal.

—Estás loco. —Liz miró a Marty incrédula, y luego me miró a mí.— ¿Y tú? ¿También piensas como él?

—Bueno, creo que tú tienes parte de culpa en que él no tenga novia ni mujer ni familia, sí. —Liz iba a responder, pero le hice un gesto con la mano—. De todos modos, el verdadero culpable es él mismo, él no quiere a nadie más. No sería feliz con nadie más. Y del mismo modo que tú no puedes quererle, él no puede dejar de quererte a ti. Él ha escogido, y por eso no hay nada de lo que arrepentirse.

Luz se mordió las uñas.

—No puedo cambiar mis sentimientos —dijo en voz baja—. Aunque él

fuera la persona indicada, no lo amo.

—Pero el amor no es más que una palabra, Liz —dijo Marty—. De lo que se trata es de ser feliz.

Liz se rio.

—Esto no son más que gilipolleces. Me río yo de la felicidad. Yo quiero emociones, retos, tensión. Toni es muy buen tío y, para ser sincera, puedo incluso imaginarme envejeciendo a su lado, pero solo como amigo. Puedo llegar a quererlo, pero no a amarlo. Yo necesito a alguien que me rechace, que me trate mal, que me haga luchar por él.

—Pero ¿por qué? ¿Quién quiere algo así?

Ella se encogió de hombros.

—Algunas mujeres no tenemos suficiente con la seguridad y la estabilidad.

Marty dio un paso hacia ella.

—Te refieres a mujeres como la mía, ¿no? Ya entiendo, es un ejemplo buenísimo. Elena me vio, pensó que yo tenía potencial y lleva veinte años conmigo solo para estar segura. Porque resulta que yo soy un poco aburrido y nunca hago nada especial, pero soy amable y considerado. Y aunque es posible que de joven deseara otra cosa, para el matrimonio esto ya le iba bien. Y qué suerte que su marido piense más o menos lo mismo y, en cierto modo, se hayan encontrado. ¿Te refieres a esto?

Se produjo una pausa muy incómoda, pues eso era precisamente lo que alguna vez habíamos pensado de su matrimonio.

Obviamente, mi hermano lo notó. Se levantó, cogió su bolsa y fue hasta la puerta.

—Con esa idea de la vida, lo tienes realmente crudo —le dijo a Liz—. Pinta que vas a ser infeliz toda tu vida.

Y dicho aquello, se marchó.

—¡Al menos viviré mi propia vida! —le dijo Liz, pero Marty ya no la oyó.

Alva solía ir a la biblioteca para prepararse el doctorado, pero una tarde de otoño decidió quedarse en casa a escribir. La luz del estudio era agradable y yo me quedé en el marco de la puerta, mirándola. De pronto, vi aparecer aquella arruga en su frente. La vi mirar al infinito y dar golpecitos con los

dedos en el papel. La amaba. Adoraba verla concentrada. A esas alturas de la vida podía saber si estaba tensa con solo mirarle los hombros, o si quería compañía por el modo en que cerraba una puerta. Había una comunión entre ambos, una confianza infinita. Éramos como dos espejos que se reflejaban el uno en el otro.

Partí un plátano en dos, cogí mi portátil y me senté en el escritorio, delante de ella. Nos tomamos el plátano y seguimos escribiendo, cada uno lo suyo. De vez en cuando nos mirábamos, y luego continuábamos. Luise y Vincent dormían en el cuarto de al lado, y en momentos como aquel yo me sentía tan protegido, tan en casa, como cuando era niño.

Pensé en el niño atrevido y seguro de sí mismo que fui. Ese que no superó la muerte de sus padres y cambió su fortaleza por otro tipo de cualidades. No lo echaba de menos. Solo añoraba los ataques de máxima felicidad que tenía a los diez años. ¿Volvería a vivir algún momento en el que me sintiera catapultado a esa dicha absoluta, jubilosa y absurda propia de la infancia?

—Hay algo que me inquieta.

—Dispara.

Cerré el portátil.

—He estado pensando en lo que podría haber pasado si yo hubiese ido a Francia con mis padres. Si hubiese estado con ellos en el accidente. Si no nos hubiésemos conocido. Ha habido tantos cambios de rumbo en mi vida..., tantas posibilidades de ser otro hombre, o ninguno... —Lancé una mirada a Alva—. Es decir, ¿te has preguntado alguna vez qué habría sido de ti si tu hermana no hubiese desaparecido? Seguro que ahora serías alguien muy diferente.

Alva me miró.

—Segurísimo.

—Pues la pregunta es, ¿qué no sería diferente? ¿Qué seguiría siendo igual, pasara lo que pasara? Es decir, ¿hay cosas que nos son intrínsecas e inevitables?

—¿Y?

Pensé en Liz, siempre tan volátil e individualista. Estoy seguro de que habría sido igual, aunque mis padres hubiesen vivido. Era parte de ella su

fascinación por los chicos, al igual que sus adicciones y su gusto por el canto y por ilustrar cuentos. Daba igual que se pasara años enteros sin hacerlo. Si en alguna ocasión se topaba con un cuento infantil que le inspiraba, o si se marcaba un viaje de LSD con sus hermanos, o lo que fuera, siempre había un momento en el que sentía el deseo de cantar y dibujar. Y Marty no era precisamente un médico o un investigador, pero quizá lo intrínseco en él era conseguir todo lo que se propusiera. Seguramente también habría acabado doctorándose y obteniendo una cátedra en física o en economía o en lo que fuera que hubiese decidido hacer.

—No sé... —dije mirando a Alva—. ¿Tú qué opinas?

—Mmm... Kierkegaard dijo que «el ego debe romperse para convertirse en verdadero ego».

—¿Y eso qué significa?

Ella frunció el ceño:

—Bueno, uno viene al mundo y queda determinado por lo que le rodea: sus padres, los guiños del destino, la educación, las experiencias casuales... Entonces uno empieza a dar por sentado que es como es. Cuando decimos «yo soy así» nos estamos refiriendo solo a la superficie, a nuestro primer yo. —Se sentó sobre mi escritorio—. Para encontrar nuestro verdadero yo es imprescindible cuestionarnos todo lo que hemos conocido desde nuestro nacimiento, e incluso perder algunas cosas, si es necesario. A menudo, los humanos aprendemos solo mediante el sufrimiento. Estos son los momentos en los que uno se conoce de verdad.

Sus pies se columpiaban en el aire.

—Por otra parte, no tengo ni la más remota idea de lo que habría pasado conmigo si mi vida hubiese sido distinta, quizá más fácil. No sé, por ejemplo, si nos habríamos conocido. Lo más probable es que me hubiese buscado un tío menos reflexivo, más temerario. Pero tal como se han sucedido los acontecimientos, tú eras el correcto. Tú y solo tú.

—Muy sincera, pero un poco hiriente.

Me dio un beso en la mejilla.

—Vale, ¿y por qué he sido el correcto?

—Porque lo entiendes todo.

Hubo un breve silencio.

—¿Solo por eso? ¿Y mi atractivo físico, mi inigualable inteligencia..., mi humildad?

—Sí, es cierto: tu humildad. —Me miró la cabeza—. A todas estas, ni una sola cana. ¿Cómo lo haces?

En lugar de contestar, alargué la mano y le acaricié la mejilla. Ella cerró los ojos.

Pensé en nuestra boda, hacía ya unos años. En la discreta ceremonia en el jardín de mi hermano, lleno de lamparillas, y en el discurso que dio su padre. Alva y él tenían una relación de lo más peculiar: amorosa y profunda, pese a que apenas se veían. Pero se escribían a menudo. Y su padre quiso encargarse de organizar la boda a toda costa.

—¿Piensas mucho en Phine?

Ella asintió.

—Creo que nunca dejaré de hacerlo.

Se quitó las gafas mientras lanzaba un suspiro y limpió los cristales. Estaba muy pálida. En las últimas semanas se cansaba a menudo y había tenido fiebre varias veces.

Le ordené que hiciera un descanso, saqué una botella de vino de la nevera y ella puso un disco de George Gershwin. A mí no me gustaba nada su música, pero Alva, en cambio, adoraba a su Gershwin; solía llamarlo «mi George» para burlarse de mí. Yo antes solía tener miedo a envejecer, pero ahora contaba con la idea de seguir con ella dentro de cuarenta años y aquello me tranquilizaba muchísimo. Nos sentaríamos el uno al lado del otro, leeríamos, charlaríamos o jugaríamos al ajedrez, nos pegaríamos alguna siesta y luego disfrutaríamos de los recuerdos compartidos. Me imaginé cómo sería su cara cubierta de arrugas y qué tipo de ropa llevaría cuando tuviera casi ochenta años. En aquel preciso momento me di cuenta de que me era completamente igual, y de que la idea de envejecer ya no me daba ningún miedo.

Al cabo de un rato fui a la habitación de los niños. Los dos dormían y yo me quedé un rato a escuchar su respiración. Al principio me senté en la cama de Luise. Una niña vital y feliz, segura de sí misma. Ya sabía cuánto valía. Sabía que todo el mundo la encontraba una monada y que por eso le

perdonaban todo. Aún le encantaba que yo le hiciera mismos, pero últimamente había empezado a rebelárseme. Instintivamente, solo me plantaba cara a mí, mientras que a su madre la obedecía en todo momento. Le di un beso en la frente y me fui a la cama de Vincent. Volvía a estar destapado, como siempre. Él era más introvertido que Luise y tenía miedo de los desconocidos. A menudo me hacía compañía mientras yo corregía en el despacho. Le gustaba la paz que había, jugaba con sus camiones en el suelo o me contaba los cuentos que Alva le había contado a él. Siempre había sido muy calmado, desde el momento en que nació. ¿Cómo era posible? ¿Quién y cuándo decidió que él fuera así?

Lo tapé, y después fui a coger una cerveza de la nevera y salí a la terraza. Una racha de aire helado me golpeó en la cara y distinguí el olor de las hojas caídas. Tomé un par de tragos y sentí que me invadía la paz de la noche y una melancolía intensa, casi placentera.

En enero de 2013 fui a pasar unos días a Berlín para trabajar con uno de nuestros autores en las correcciones de su manuscrito. Una tarde quedé con Liz para comer y, para mi sorpresa, se presentó con Toni. Él, de muy buen humor, estuvo hablando de un espectáculo de magia que fue a ver a Edimburgo y en el que le hicieron participar. Tenía mucho mejor aspecto que la última vez que lo vi. No estaban saliendo juntos, pero al menos ella lo trataba con más respeto y no lo atormentaba con los novios que iba teniendo.

Cuando mi avión pasó sobre Múnich, el cielo se oscureció de pronto y el paisaje se convirtió en una imagen misteriosa y oscura. Aquello me provocó una difusa inseguridad que, por supuesto, desapareció en cuanto aterrizamos. En el aeropuerto encendí mi móvil y vi que Alva me había llamado varias veces, pero no había dejado ningún recado. Le devolví la llamada, pero ella no me contestó.

—Estoy llegando —escribí—. ¿Qué sucede?

Al entrar en casa vi que mis hijos se estaban peleando. Luise había cogido la jirafa de juguete de Vincent y quería que se casara con uno de sus peluches, pero él se oponía rotundamente a ello. Los dos estaban enfadadísimos y tuve que intervenir.

—Devuélvesela —le dije adoptando la postura más autoritaria que pude.

Pero Luise salió corriendo de allí, sin más, y cuando le grité que hiciera el favor de volver soltó una risita tan pillita que casi se me escapó la risa a mí.

Al final Vincent recuperó la jirafa, pero solo porque a Luise dejó de parecerle interesante y la cambió por un cepillo y una sesión de canto ante el espejo.

Vincent se dio unos golpecitos en la frente.

—Esta niña es tonta —dijo.

Dije a los niños que se dejaran de peleas y se prepararan para cenar, porque el tío Marty y la tía Elena nos habían invitado hacía ya unos días.

—Pero mami ha anulado la cena —dijo Vincent.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros. En ese momento me di cuenta de que Alva no estaba en casa. Busqué en el dormitorio para ver si había dejado alguna nota o alguna indicación de a donde había ido, pero no encontré nada. Volví a llamarla al móvil, pero vi que se lo había dejado en la mesita de noche.

—Mamá ha salido —dijo Luise a mi espalda.

Yo me di la vuelta.

—¿Hace cuánto?

—Justo antes de que tú llegaras.

—¿Ha dicho adónde iba o a qué hora tenía pensado volver?

Luise negó con la cabeza.

—No, dijo que tú estabas a punto de llegar y que nos prepararías la cena.

Empecé a ponerme nervioso. No era normal que Alva dejase solos a los niños, aunque fuera durante unos minutos. Intenté tranquilizarme diciéndome que no pasaba nada, que seguramente habría ido a la biblioteca a fotocopiar algo para su doctorado. Yo preparé la cena para los niños, jugué a la oca con ellos y los llevé a la cama. Pero cuando regresé al salón y me senté en el sofá envuelto en silencio, volví a ponerme nervioso. A esas horas la biblioteca ya había cerrado. Llamé a Marty y a Elena, pero no tenían ni idea de dónde podía estar. Por un momento pensé en llamar a la policía, pero opté por esperar.

Miré el móvil, me tomé dos cervezas, miré el móvil, paseé por la habitación, miré el móvil, salí a la calle y me senté en las escaleras de la entrada a esperar a Alva hasta que me quedé congelado. Se hicieron las dos,

las tres, las cuatro de la mañana. Me preparé un café muy cargado e intenté pensar en otra cosa. Encendí la tele y pasé de un canal a otro sin mirarlos siquiera. Cogí el libro *Un amor de Swann*, el preferido de mi madre, y empecé a leerlo hasta que se me cerraron los ojos.

Justo cuando iba a estirarme para dar una cabezada oí el ruido de la llave al meterse en la cerradura. Qué alivio, por Dios. Corrí hasta la puerta. Era Alva, efectivamente, aunque sus ojos estaban sin brillo y era obvio que había estado llorando. Parecía distinta, como un ser nocturno que acabara de adoptar su forma humana.

—¿Dónde has estado?

Ella colgó su chaqueta en una silla.

—Joder, Alva, dime dónde has estado.

—Necesitaba pensar un rato.

No era eso lo que esperaba. Esperaba una explicación satisfactoria, un razonamiento lógico que justificara su desaparición. Algo que me calmara. Pero no eso. Eso no.

—¿Has salido a pasear? ¿Vas a volver a empezar con ese rollo de salir por las noches? —La tenía justo al lado y me di cuenta de que estaba perdiendo los estribos—. Tienes hijos, joder. ¿Cómo te atreves a marcharte y a dejarnos así, con este susto?

Me miró. Sus ojos seguían teniendo un brillo oscuro, aunque parecía algo intimidada por mi cólera.

—Tenía miedo de que no volvieras. —Noté que temblaba de la tensión—. Sabes que puedes hablar conmigo de lo que quieras. Es decir, ¿te has parado a pensar el susto que nos...?

—Tengo cáncer.

Enmudecí de golpe y di un paso atrás, como si una mano invisible me hubiera propinado un puñetazo. Aquellas dos simples palabras eran tan potentes, contenían en su interior una fuerza tan extraordinaria que no solo me quedé sin palabras, sino también sin sentimientos, y por un instante no supe qué hacer ni qué decir.

—Intenté localizarte —dijo Alva rompiendo el silencio—. Varias veces. Entonces noté que me faltaba el aire y que tenía que salir. Perdona, sé que

estuvo mal.

Sentí un hormigueo que se propagaba por todo mi cuerpo, como paralizándolo. Empezó en el pecho y luego pasó a brazos y piernas. Temí quedarme apresado para siempre en él.

—¿Qué tipo de cáncer? —logré decir al fin.

Mi voz sonó como si alguien hubiese bajado su volumen al mínimo.

—Leucemia.

—Pero ¿estás segura? ¿Cómo lo sabes?

—La semana pasada, cuando te fuiste a Berlín, volví a tener fiebre y a encontrarme mal, así que fui al médico. Me hicieron varias pruebas y me dijeron que esperara unos días. No quise decirte nada para no preocuparte. Hoy me han dado los resultados.

Me di cuenta de que me había sentado. Cuando noté la mano de Alva en mi nuca di un respingo, tan intenso que ella se apartó.

—Mírame —me dijo.

Yo alcé la vista hasta ella.

—Sobreviviré a esto, Jules, estoy segura. —Parecía muy tranquila—. No va a poder conmigo.

La miré a los ojos y la creí.

El pronóstico de Alva no era nada bueno, pero tuvo buenas oportunidades para vencer al cáncer que se le había instalado en la sangre. Empezó a recibir sesiones de quimioterapia y al principio del tratamiento tuvo que pasar varias semanas en el hospital. Le administraban los medicamentos por vía intravenosa. *Zytostatika*: otra palabra para esperanza. Otra palabra para veneno.

Una realidad nueva, una hiperrealidad, difícil de soportar solo con la razón. Yo vivía como en una nebulosa, me había convertido en una especie de espíritu silencioso que pasaba el día junto a la cama de Alva, velándola. Pero ella no se doblegó, ni siquiera cuando se le cayó el pelo. Soportaba con estoicismo las dolorosas inyecciones y las náuseas infinitas. A veces incluso hacía bromas sobre ellas. A los niños les decía que no se preocuparan, porque muy pronto iba a estar estupenda de nuevo. Yo intentaba estar a su altura.

Confianza, confianza. Solo una vez quise empezar con el discurso de que el destino volvía a burlarse de nosotros, pero Alva me interrumpió de inmediato y me hizo callar.

—No quiero que vuelvas a decir algo así —afirmó rotunda—. Cuando vuelva a estar sana ya podrás quejarte de lo que quieras. Ahora no.

Asentí. Estábamos en nuestro cuarto, pues por primera vez en mucho tiempo la dejaron salir de la clínica unos días. En la radio sonaba una *chanson* francesa. Yo debía de tener un aspecto horrible, porque ella me cogió de la mano y me invitó a bailar. Aquello me sorprendió tanto..., nunca la había visto bailar. Jamás lo había hecho, más allá de los dos pasitos del vals de nuestra boda.

Nos movimos al ritmo de la música, abrazados, lentamente, pues Alva aún estaba muy débil. Tenía los ojos cerrados y apoyaba su mejilla sobre mi pecho. Me parecía absolutamente incomprensible que la vida de aquel ser tan importante para mí, de aquella otra respiración que daba sentido a mi vida, estuviera amenazada.

—¿Dónde estás ahora? —le pregunté.

—Estoy aquí —me dijo ella con los ojos aún cerrados—. Estoy bailando contigo e intentando no pensar en nada más.

—¿No te parece extraño que no hayamos bailado nunca?

—Es que a mí no me gusta bailar, por si no te habías dado cuenta.

Las paredes de nuestro dormitorio se difuminaron, nuestras pieles rejuvenecieron, y nos encontramos de nuevo en el internado. Teníamos diecinueve años y habíamos ido a mi habitación a refugiarnos de la lluvia. Habíamos bebido ginebra y yo...

—¿Recuerdas cuando te pedí que bailaras conmigo?

—Nunca me lo has pedido.

—Desde luego que sí. Incluso puse una canción con la que mi madre me había asegurado que podría conseguir a cualquier chica que quisiera. Pero tú te negaste a bailar y, por supuesto, pensé que no querías nada conmigo.

Alva hizo una mueca.

—Ella bailaba genial, ¿lo entiendes? Era su talento, no el mío. Había ido a clases de baile casi a diario durante toda su infancia, y cuando desapareció

decidí que no volvería a bailar nunca más. Me recordaba demasiado a ella.

Sentí como si un viento helado me recorriera por dentro.

—De haberlo sabido... —dije, más para mí mismo que para ella.

Durante un rato seguimos moviéndonos en silencio, al ritmo de la música. Yo aspiraba el conocido aroma de su perfume: sándalo y gardenias.

—Cuéntame algo bonito de tu hermana —le dije—. Cuando pienso en ella solo me viene a la cabeza que encontraron su chaqueta. Cuéntame algo para que pueda imaginarla.

Alva se quedó pensativa.

—Phine era muy vital, muy nerviosa —dijo—, y le encantaba la ópera. Escuchaba a Mozart desde pequeña. Una vez fuimos a ver una representación de *La flauta mágica* al teatro, y ella se puso tan contenta, tan nerviosa, que empezó a hiperventilar durante la representación y tuvieron que sacarla de allí. —Se rio—. Las dos nos lo pasábamos bomba jugando juntas. Antes de acostarnos teníamos un ritual: después de que nuestra madre nos hubiese dado las buenas noches, Phine y yo dábamos dos volteretas en la cama.

Alva sacudió la cabeza, pero era obvio que le había gustado rescatar aquella imagen del baúl de los recuerdos.

Por aquella época yo hacía lo que podía por ella: intentaba satisfacer todos sus deseos, le daba lo que necesitaba, apenas me separaba de su lado..., y pese a todo me sentía absolutamente inútil. Era de agradecer que mi hermano viniera también prácticamente a diario y que Elena se pasara por casa y se ocupara de los niños cada tarde, en cuanto salía de su consulta. Con su estilo dulce y pausado, conseguía que todos mantuviéramos la calma.

Habíamos superado la primera fase del tratamiento, la más agresiva, y después vino la consolidación de la terapia, que estaba previsto que durara varios meses. Entre ciclo y ciclo de quimioterapia Alva podía volver a casa durante algunas semanas, para recuperarse. A veces dormía todo el día, porque estaba agotada, pero en los días buenos salía al jardín. A mí me gustaba mirarla desde el balcón y ver cómo se arrodillaba ante la tierra a replantar o regar alguna flor. Pero lo que más me emocionaba era el momento en que se incorporaba y observaba el resultado de su trabajo. En aquel momento solía pasarse la mano por la frente o sacudirse la tierra de las manos,

siempre con una maravillosa expresión de satisfacción en el rostro.

En verano aún no habían podido darnos un pronóstico claro. A aquellas alturas no hacíamos más que pensar en glóbulos rojos, plaquetas y leucocitos, y para despejarnos un poco nos fuimos de viaje a Berdillac. Alva estaba muy ilusionada. Le apetecía mucho ir a ver el mar.

—¡Venga, que nos vamos! —dijo a los niños sonriente antes de ir al piso de arriba a recoger sus cosas.

Me aseguré de que Vincent y Luise se ataran los cinturones y entré de nuevo en casa para ayudarla con su maleta. Cuando pasé delante del baño la vi reflejada en el espejo. Nunca la había visto así. Ni siquiera la primera vez que me habló de su hermana. Tenía la boca apretada y las lágrimas le caían por las mejillas. Su rostro era puro miedo.

Cuando me vio, se secó las lágrimas con las manos y me dijo:

—Por un instante me ha parecido que no lo conseguiría, Jules. —Alva se quitó la peluca—. ¿Y si me muero? No puedo imaginar siquiera...

Observó su calva en el espejo.

—Esa no soy yo. ¡Esa de ahí no soy yo! —gritó de pronto, asustándose.

Después se sentó en el suelo, sobre las frías baldosas.

—Solo tienen seis años —dijo en voz baja—. Son demasiado pequeños.

En septiembre los niños empezaron a ir al cole. Yo me sentí igual que cuando estábamos a punto de dejar el internado y comprendí que tenía que compartir a Alva con el resto del mundo. A ella, en cambio, lo único que le incomodaba era tener que llevar a los niños al cole.

—Estoy horrible con la peluca —dijo—. Seguro que todos se quedan mirándome.

—Pero ¿qué dices? ¡Estás preciosa!

Ella suspiró.

—Mientes fatal, Jules, pero ahora te has superado.

Aun así, vino con nosotros el primer día.

Luise estaba feliz y se emocionaba con todo lo que veía. Vincent, en cambio, se mostraba más bien escéptico.

—¿No puedo quedarme un año más en la guardería?

—¿No te apetece aprender?

—Sí, pero allí también aprendía.

—Aquí será mejor, ya lo verás.

De nuevo aquellos ojos enormes e incrédulos.

—A mí me encanta —dijo Luise.

—A mí me encanta —la imitó Vincent burlándose de su tono.

Aunque eran gemelos, no se parecían en nada. Luise siempre había sido más viva, más rebelde, casi desafiante. Con un entusiasmo que me hizo pensar en la pequeña Liz, se rodeó de los demás niños de la clase y les mostró que ya sabía leer y escribir. Vincent también leía, pero su confianza en sí mismo era más frágil. Y la enfermedad de su madre lo había vuelto aún más desconfiado y solitario. Le costaba mucho explicarme lo que le preocupaba y cada vez era más tímido. Solo dejaba de serlo cuando jugaba al fútbol. A veces jugaba con él y con Luise en el jardín, y entonces me acordaba de mi padre, que también jugaba con nosotros y al que le encantaba regatearnos con elegancia. Imaginé cómo sería ahora —un arrugado septuagenario, presumiblemente— y a qué jugaría con mis hijos. Fue uno de aquellos momentos en los que lo eché mucho de menos.

Aquella mañana Alva y yo nos quedamos solos por primera vez en muchos años. Al principio no sabíamos qué hacer con todo aquel tiempo libre, pero pronto aprendimos a desayunar copiosamente en la terraza, o a comentar las noticias del periódico o a escuchar música juntos. Luego yo cogía alguno de los libros que estaba corrigiendo y me lo llevaba al dormitorio para hacer compañía a mi mujer. Cuando ella se sentía débil se estiraba un rato en la cama, o a veces encima de la cómoda, con la espalda en la pared. Aquel era su sitio preferido. Siempre le había encantado sentarse como una gata, evitando las sillas y los sofás y escogiendo, a cambio, las encimeras o las mesas.

Cuando fue encontrándose mejor, empezamos a dar largos paseos juntos.

—Añoro la universidad —me dijo en una ocasión en voz baja, y me acarició el brazo—. Qué pena que no estudiáramos juntos. La sensación de aprender a razonar, de aprender cosas nuevas es tan...

A falta de la palabra adecuada, hizo un gesto con los brazos, como si quisiera abarcar muchas cosas.

—El año que viene, cuando me encuentre mejor, me gustaría que me acompañaras a algún curso. Ya sé que te da pereza, pero para algo tiene que servir estar enferma, ¿no? No puedes decirme que no.

El otoño había dejado un manto de hojas caídas en el suelo del Jardín Inglés. Un cisne salió del lago y se dirigió, decidido, hacia nosotros. Alva se dio la vuelta hacia mí y me preguntó:

—¿Y a ti?, ¿qué te gustaría tener el año que viene? ¿Qué harías si pudieras hacer cualquier cosa?

—Ir en moto —contesté sin pensármelo dos veces.

—¿En serio?

—Toda la vida he querido hacerlo, sí. Desde que era un niño. Toni siempre me daba mucha envidia porque me decía que era algo así como volar. Estoy seguro de que exageraba, pero el caso es que no lo he probado nunca y me encantaría hacerlo.

—¿Y por qué no lo haces?

—Por si pasa algo.

—Millones de personas van en moto y no les pasa nada.

—Suerte.

—Puede ser —dijo ella—, pero ¿por qué no ibas a tenerla tú también?

Algo después, cuando estábamos en la cocina preparando la cena, el móvil de Alva se puso a sonar. Tras un breve titubeo lo cogió y me miró.

—El hospital —susurró.

Se me aceleró el pulso, aparté la cuchara de madera y me puse a caminar por la habitación, mirando fijamente la cara de Alva con la esperanza de interpretar si se trataba de buenas o malas noticias. ¿Por qué se alargaba tanto? En un momento dado, Alva entrecerró los ojos, lo cual me provocó una punzada de desesperación, pero luego siguió escuchando atentamente.

Entonces me recorrió una sensación cálida y casi electrizante. Al principio no entendí a qué se debía, pero luego lo vi claro: Alva estaba sonriendo. Asentía repetidamente y ahora tenía ya la cara radiante de felicidad. «Sí, por supuesto», dijo, y alargó la mano para cogerme de la camisa. Me estiró entonces hacia ella, para que pudiera oír lo que le estaban diciendo, pero enseguida colgó y no llegué a oír nada. A continuación, todo sucedió muy

deprisa. Alva dejó el móvil, nos abrazamos, yo grité algo incomprensible hasta para mí y noté que estaba temblando.

El médico acababa de decirle que el cáncer había remitido por completo, y que ya podíamos empezar con la terapia de recuperación.

Quise volver a oír la noticia con otras palabras, y luego con otras y con otras. Llamé por teléfono a Marty y a Elena y luego a Liz y a Toni, que estaba en el metro y casi no entendía nada de lo que le decía, y eso fue genial, porque así pude gritarle: «¡He dicho que Alva ha vencido al cáncer!».

Pero el verdadero placer no fue la felicidad burbujeante del primer momento, sino el alivio que le siguió después. Por la tarde fuimos con los niños al parque y los vimos jugar a fútbol. Estuvimos ahí hasta la tarde, jugando y columpiándonos, con los pies en el cielo; compramos unas patatas fritas en la tienda de enfrente y charlamos despreocupadamente, los cuatro con el brillo en la mirada. Ninguno quería volver a casa. Ninguno quería acabar con aquel momento mágico.

Por la noche, en la cama, ni Alva ni yo podíamos dormir. Seguíamos eufóricos y estábamos completamente desvelados. Me dijo que le apetecía tomar un helado de vainilla con galletas y me fui a la gasolinera de la esquina a buscarlo. De vuelta a casa iba caminando sin prisa, pero enseguida empecé a acelerar el paso y acabé corriendo como un loco, con la bolsa del helado en la mano, riendo.

Mientras nos tomamos el helado empezamos a hacer planes de futuro. En los últimos meses no habíamos hecho prácticamente otra cosa que no fuera esperar a la siguiente llamada del hospital, pero ahora teníamos un nuevo horizonte ante nosotros. Uno en el que no teníamos que estar pendientes del teléfono. Uno en el que podíamos viajar, o hacer lo que quisiéramos con Vincent y Luise.

—Venga, admítelo —le dije, acariciándole las delgadas cicatrices del cuello—. Tú sabías que esto acabaría bien.

—Pues claro. La vida no es más que...

—Un juego que tiene que acabar en cero. Sí, lo sé.

—Además, no podía dejarte solo con los niños. Perderme a mí no era problema, pero verlos a ellos tristes...

Hablamos de cómo habría sido todo si yo hubiese tenido que educar a los gemelos solo, y nos imaginamos el peor de los escenarios. Luise sería una punki drogadicta que tocaría en un grupo malísimo del colegio y sería expulsada de la escuela. Y Vincent, un esotérico solitario que se uniría a una dudosa secta y desaparecería para siempre con sus nuevos amigos en el desierto de Canadá.

—¿Una secta? ¿De verdad te parezco tan mal padre?

—Bueno, quizá no tan malo.

—Es solo que a mí no me hacen caso. No como a ti. ¿Cómo lo haces?

Ella se encogió de hombros.

—La potencia del origen —dije en voz baja.

Cuando Alva, al fin, se durmió, yo me quedé mirándola. Afuera llovía y las gotas repiqueteaban contra la ventana, pero ella parecía feliz. El sueño se había llevado todas sus pesadillas. Se dio la vuelta hacia mi lado y puso el brazo en mi pecho. Yo se lo cogí. Sentí una ola de cansancio, pero no dejé de mirarla mientras iba sumergiéndome en el sueño, en el que corría por el bosque con el perro de mi hermano.

Cuando llegó el invierno, Alva ya volvía a tener pelo. Cortito, pero suyo. Pasamos la Navidad en casa de mi hermano, que era la más grande de la familia y perfecta para todo tipo de celebraciones. Un edificio cuadrado y moderno, levantado en medio de un terreno enorme. Era perfecto para una película de miedo, con un montón de habitaciones de más que no servían para nada, un jardín enorme y un montón de pijadas técnicas, como una nevera con internet o una pantalla de cine que podía ocupar toda la pared.

—Marty es el conquistador de todo lo inútil —me dijo Liz en una ocasión.

Aquel año no faltó nadie. Ni siquiera el padre de Alva, un hombre bajito y nervioso, algo irritable, con nariz romana y una expresión melancólica en la cara que no pegaba nada con su estilo amable y simpático. Su mirada era firme y su piel siempre estaba bronceada debido a sus continuas expediciones a los Alpes. Cuando llegó, abrazó a Alva durante un rato bien largo, y luego cogió a los niños en brazos y les hizo muchas preguntas. Ninguno de los dos se separó de él en toda la tarde.

Cantamos canciones y Liz tocó alguna con la guitarra, aunque se negó a cantar a pelo *Moon River*, como solía hacer de niña.

—No volveré a cantar esta estúpida canción hasta que tenga mis propios hijos.

—Vale, así que nunca más —dijo Marty.

Ella le dirigió una mirada asesina.

Al final de la noche los niños pudieron abrir sus regalos —libros y piezas de Lego de parte de nosotros, ropa por parte de Elena, juegos de ordenador de Toni y Marty, y colores y acuarelas de parte de Liz— mientras todos los mirábamos sonriendo.

Dejábamos atrás un año muy duro y estábamos especialmente felices de poder celebrarlo juntos. La pesadilla había quedado atrás.

Mi hermano y Toni se dirigieron al aparato de música y discutieron sobre qué canción poner. Cuando Marty volvió a la mesa nos dijo, como si estuviera horrorizado:

—Ya no queda ninguna duda: Toni no tiene ni idea de música.

—La culpa es suya —dijo Toni—, en el internado me obligó a escuchar *black metal* durante años y ahora me he quedado lelo de por vida.

Como sucedía cada vez que se veían, ambos se tomaban el pelo durante un rato, emocionados, y luego se sentaban cerca el uno del otro y se pasaban horas charlando.

Liz, en cambio, estuvo bastante moderada durante toda la velada. En su rostro perfecto habían empezado a salir las primeras arrugas. Apenas se notaban cuando se reía, pero sí cuando estaba descansada. Ya no tomaba drogas, pero seguía bebiendo bastante. La copa de vino era tan propia de ella como la melena rubia. Mi hermana había cumplido los cuarenta y cuatro años y parecía no tener nada con lo que contrarrestar el paso del tiempo. Había vivido siempre aprovechando cada minuto, sintiéndose libre, sin aferrarse a nada, y ahora tenía las manos vacías.

Cuando me habló de su trabajo lo hizo poniendo una mueca.

—Yo tengo cada vez más años, pero ellos siempre tienen diecisiete. Ellos tienen toda la vida por delante, y yo cada vez más vida por detrás.

Estábamos ella y yo solos en la cocina. Ya era tarde. Liz me explicó que

acababa de separarse de su último novio, un periodista. Otra vez sola. Pasó los dedos por el borde de la mesa, y de pronto su rostro perdió aquella expresión desenfadada y confiada y la boca empezó a temblarle. Ella intentó disimular, pero el temblor persistió. Entonces dio un paso hacia mí y me abrazó como cuando éramos niños. Yo la sostuve con fuerza y pensé en una barca que llevaba años siendo suavemente repelida de la orilla por la corriente. Solo un poquito, de forma sutil, pero como la barca no opone resistencia, al cabo de los años está ya muy, muy lejos de la costa, sola en medio del mar...

—No sé —le digo—, quizá ha llegado el momento de mantener algo hasta el final, Liz, en lugar de ir cambiando siempre.

—Sabía que dirías algo así. —Se zafó del abrazo—. Pero no es posible. No sirve de nada. Todo pasa tan rápido... Y no podemos quedarnos con nada. Solo hay tiempo de *ser*.

Volvió a lanzarme aquella mirada, *su* mirada, y esta vez me quedé callado, pues sabía de lo que hablaba.

En año nuevo apunté a Vincent a un equipo de fútbol. Su primera reacción fue de pánico, mientras que Luise se enfadaba conmigo porque ella también quería jugar. Pero para mí era importante que Vincent tuviera algo propio, algo en lo que su talentosa hermana no pudiera quitarle protagonismo. Además, quería que mi hijo aprendiera a jugar en equipo y no se pasara la vida corriendo los cien metros lisos contra sí mismo y contra el tiempo.

Poco a poco fuimos olvidando los malos momentos del año pasado. Alva volvía a trabajar casi a diario frente a su ordenador, en el despacho, preparando su doctorado, y seguía diciéndome que iba a buscar un curso al que pudiéramos asistir los dos juntos.

—A no ser que por fin me dejes leer algún fragmento de tu novela.

—Todavía no. Pero pronto, te lo prometo.

—Sascha decía lo mismo, y al final nunca me dejaba leer nada.

Como no podía ser de otro modo, nuestros hijos se acostumbraron al colegio. Llevaban una vida sobre la que iba oyendo anécdotas, pero de la que no veía nada. En una ocasión, Vincent nos explicó que en clase habían hablado

de «Moma Dali». Cuando le pregunté quién era, me dijo que un boxeador.

—¡Ah! ¡Quieres decir Muhammad Ali! —exclamé—. El mejor boxeador de todos los tiempos.

Vincent me miró con una cara que parecía querer decir «si tú lo dices...». Ni siquiera mi hija hizo el gesto de contrarrestar el desinterés de su hermano.

—Muhammad Ali era fantástico. Tenía una fuerza alucinante. Ojo —dije levantándome de la silla y dando saltitos con los ojos muy abiertos—. «Soy el más grande. La semana pasada me peleé con una ballena, maté a una roca, herí a una piedra y golpeé a un ladrillo hasta hacerlo pedazos. Soy tan malo que hasta la medicina se pone enferma. Floto como una mariposa y pico como una avispa.»

Seguí dando saltitos por todo el comedor. Los niños me miraban sin dar crédito.

—Y siempre provocaba a sus enemigos. Así, por ejemplo —dije a Luise acercándome a ella—: eres tan fea que cuando lloras las lágrimas suben por tu cabeza y caen por detrás.

Luise se rio con ganas. Le dije un par de tonterías más y luego fui hasta Vincent.

—Y tú... ¡seguro que te morirías del susto si te miraras al espejo, oso asqueroso!

Entonces intenté hacer el movimiento de pies de Muhammad Ali, pero me salió fatal y volví a intentarlo. Empezaba a estar cansado, pero no me rendí. Los niños se reían a carcajadas y cuando Alva se llevó las manos a la cabeza me puse a dar saltitos a su alrededor hasta que ella acabó riéndose también.

A finales de febrero recogí a Marty en la universidad para ir a comer juntos. Salió del edificio discutiendo con un grupo de alumnos a los que doblaba la edad. ¡Qué elegante se le veía en comparación con todos aquellos jóvenes! Mi hermano llevaba un bonito traje gris con camisa azul y chaleco marrón clarito y, seguramente para evitar que la melena le cayera en la cara, una gorra ladeada. Le gustaba la música de Springsteen, los Talking Heads y Van Zandt, llevaba unas gafas que apenas se veían y parecía alguien en quien todo el mundo podría confiar.

—¿De qué hablabas con tus alumnos?

Marty abrió la puerta del restaurante.

—Ah, uno me ha preguntado justo al final de la clase si existía el libre albedrío.

—¿Y?

—Sí, por supuesto. Pero la pregunta no es tan importante como la actitud que se tiene ante ella. Es decir, aunque los estudios científicos más avanzados investigaran el funcionamiento del cerebro y concluyeran que no podemos escoger nada voluntariamente, yo lo negaría. —Sonrió—. Aunque el libre albedrío no fuera más que una ilusión..., sería una ilusión que yo tendría, y por tanto existiría.

Estaba a punto de responderle algo cuando sonó el teléfono. Era Alva.

—Ven rápido a casa, por favor —me dijo.

Sentí una punzada en el pecho. Por algún motivo inexplicable, pensé inmediatamente en Vincent. Si había pasado algo a alguien, tenía que ser a él.

—¿Son los niños? —le pregunté al llegar a casa—. ¿Se ha hecho daño Vincent?

—No.

Un alivio.

Me acerqué más a ella.

—¿Entonces qué?

Alva sonrió, pero no era una sonrisa real. Tenía los ojos anegados en lágrimas y miró hacia el otro lado.

Sin decir nada, me acosté en la cama, a su lado.

La vida no es un juego que tiene que acabar en cero. La vida no tiene que ajustar cuentas, las cosas suceden, sin más. A veces es justa y todo tiene sentido. Y a veces es tan injusta que uno duda de todo. Yo le quité la careta al destino y vi que no era más que pura casualidad.

Desde que supe que Alva había recaído no hice más que dejar pasar los días. El cáncer se había extendido. Había metástasis en el hígado y en el bazo. Volvieron a darle quimio y radioterapia y aumentaron la dosis. Le introdujeron

en el cuerpo una cantidad ingente de veneno y volvió a flotar en el aire la misma pregunta: ¿quién iba a morir esta vez? ¿Ella o el cáncer?

Elena y Marty se instalaron en nuestra casa y los tres nos ocupábamos de los niños. Marty jugaba con ellos, Elena les leía cuentos antes de irse a dormir y los llevaba al colegio por las mañanas, antes de ir a su consulta, los días que yo tenía que irme pronto al hospital. Los tres nos esforzábamos por parecer optimistas, pero Vincent fue el primero en hacer la pregunta.

—¿Se morirá? —preguntó.

Lo miré conmocionado.

—No, por supuesto que no.

—¿Y entonces por qué tarda tanto en volver?

—Tienen que asegurarse de que se cura. Pero tu madre es invencible, no te preocupes. La otra vez también se curó, ¿verdad?

Eso pareció tranquilizarlo. Luise parecía más confiada que su hermano, pero siempre que podía ir a visitar a su madre al hospital se metía con ella en la cama. Aún hoy puedo verlas ahí acostadas ante mis ojos, en el más absoluto silencio, una por agotamiento y la otra por miedo.

—Haremos todo lo que necesitéis —me decía Elena todo el tiempo—. Tú no te preocupes por los niños.

—Gracias.

—Y si quieres hablar...

—Lo sé.

Hasta aquel momento había contado siempre con que Alva no iba a perder la esperanza y seguiría dando ejemplo, pero me di cuenta de que no había contado con recibir un revés tan pronto, así que quise hacer algo. Dar ejemplo. Y llamé a Toni.

Un mes después, estaríamos a mediados de mayo, subí corriendo las escaleras del hospital e irrumpí en la habitación de Alva. Ella estaba dormitando, con todos los libros de su doctorado alrededor. La primavera había sido preciosa ese año y aquel era también un día maravilloso. La habitación tenía una luz increíble.

—¿Puedes levantarte?

Ayudé a Alva a acercarse a la ventana y le señalé la moto que estaba

abajo, en el aparcamiento. Ella miró a la máquina, y luego a mí.

—¿No te daba miedo comprártela?

—Exacto —le dije—. Pero ya no. Aquí no tenemos sitio para el miedo.

Me dio un beso largo y me abrazó. Yo aún llevaba el casco en la mano y lo lancé a la cama. Entonces vi que Alva estaba llorando. Seguí abrazándola en silencio.

—Pero yo tengo miedo —me susurró al oído, como si estuviera diciéndome un secreto—. La quimio no está funcionando.

—Pues aumentarán la dosis, o cambiarán de procedimiento.

—Estoy muy cansada...

Tardó un rato en tranquilizarse. Luego se sentó a escuchar mis anécdotas sobre las prácticas de conducir y el hecho de que Toni me ayudara a escoger el modelo. Siempre era un placer explicarle cosas. Mantenía los ojos muy abiertos, se inclinaba hacia delante, me cogía a veces de los codos y mostraba una curiosidad extraordinaria. Por eso nunca se dormía a media película, por cansada que estuviera; siempre quería saber cómo acababa la historia.

—Cuando salgas te llevaré a dar una vuelta.

Me miró con escepticismo.

—¿De verdad sabes conducir?

—Bueno, he llegado hasta aquí sin tener ningún accidente.

Nos metimos juntos en la cama, que era demasiado estrecha.

Alva se acurrucó contra mi cuerpo.

—Me gusta estar aquí contigo. —Sus manos acariciaban mi barbilla, mi boca, mis cejas, mis sienes—. ¿Te había dicho que tus orejas son muy pequeñas?

—No, qué va, nunca.

—Tus orejas minúsculas son lo que más me gusta de ti.

Me observó durante mucho tiempo, como si me viera por primera vez. Entonces me pasó la mano por el pelo y dijo: «Cuántas canas».

Luego ya no dijo nada más.

Mi hermana vino a visitarnos varias veces durante los fines de semana.

Jugaba con los niños o salía conmigo a pasear. Por supuesto, también iba a ver a Alva al hospital, pero era evidente que no lo pasaba bien. Su trabajo le aburría y la idea de no poder tener hijos propios cada vez la atormentaba más. Una tarde estábamos mirando la tele cuando vimos un reportaje sobre la India y Liz dijo que nunca había estado allí. Lo dijo como de pasada, pero vi cómo le brillaban los ojos y supe que pronto haría algo al respecto. Cuando apagamos la tele me dio un abrazo para consolarme. O para que yo la consolara a ella, quizá.

En esa época yo trabajaba principalmente de noche, pues me costaba muchísimo conciliar el sueño. Pedí a los médicos que fueran sinceros conmigo, y ellos intentaron animarme. Me dijeron que no había motivos para tirar la toalla. Eso me bastó para continuar. Cada mañana salía a correr por el parque, la mayoría de las veces en compañía del husky de mi hermano. Después me pasaba el día intentando ayudar a Alva de todas las maneras posibles: ordenando, haciendo recados, yendo de la clínica a casa, ocupándome de los niños... Mi propio *yo* se difuminó con el deseo de convertirse en un *nosotros*. Pero Vincent y Luise se peleaban cada vez más a menudo, llamaban la atención y gritaban que querían que volviese su madre.

Marty me ayudó mucho y me inspiró confianza, aunque a veces también lo vi serio y ensimismado. Sabía que Alva y él se querían mucho y en su mundo nihilista había muy pocos refugios a los que acudir en casos como ese. La gente nace, vive, muere, sus cuerpos desaparecen y todo se olvida. Yo mismo me descubrí rezando alguna vez y pidiendo que Alva se recuperase. No es que fuera religioso, ni mucho menos, pero tampoco era completamente ateo. Recuerdo una conversación que tuve con Romanov. Estábamos los dos en su despacho y discutimos sobre la teodicea.

—Déjalo, Jules —me dijo él—. Hay cosas que no pueden tener respuesta. Debe ser así. Los hombres estamos solos en este mundo. ¿Qué pasaría si cada deseo fuera concedido y todosuviéramos claro que hay vida después de la muerte? ¿Para qué nos serviría entonces esta vida? ¡Estaríamos en el paraíso! ¿Conoces el dicho «dale un pez a un hombre y comerá un día, enséñale a pescar y comerá siempre»? Pues así es como funciona nuestro mundo. Dios quiere que aprendamos a ocuparnos de nosotros mismos. No nos da un pez cada vez que se lo pedimos, sino que nos observa y nos escucha mientras

batallamos con enfermedades, injusticias, muerte y sufrimiento. Todo eso nos enseña a pescar.

Esas palabras me consolaron en ese momento. Pensé en la generosidad de Romanov, que me acogió en su casa solo por amor a Alva, y me prometí que un día iría a visitar su tumba en Lucerna.

Llegó junio, y aunque Alva estaba demasiado agotada para trabajar, sí podía leer libros para su doctorado: Spinoza, Locke, Hegel. Era como si quisiera ignorar a aquel cuerpo que la había traicionado.

—Lo que lees me parece de gran complejidad —le dije en una ocasión.

—A mí me gusta. Me divierte ver cómo piensan otras personas.

No pude formular lo que quería decirle, pero ella lo sabía.

—Si tengo que morir —me dijo—, lo haré con la cabeza alta y, a ser posible, tal como he vivido: leyendo y aprendiendo.

Por aquel entonces no me cabía la menor duda de que Alva añoraba sus salidas nocturnas, y a menudo me la imaginaba deambulando por el hospital, de noche, para encontrarse consigo misma. Casi deseaba que lo hiciera. Que no se muriera de un modo terrenal, sino que desapareciera para siempre en una misteriosa oscuridad.

—¿Qué tal los niños? —me preguntó.

—Luise está muy bien, aunque un poco más callada últimamente. Me ha preguntado si puede faltar a clase para venir a estar contigo. Y Vincent se ha peleado con un compañero del equipo.

—Mira, esto me lo dibujó él.

Alva me señaló un dibujo que estaba sobre la mesa. Se la veía a ella con un perro. Probablemente el husky de mi hermano. A su lado, Vincent había dibujado un círculo negro. Tuvo que utilizar un montón de colores para conseguir ese negro tan fuerte. «El círculo negro es la muerte», pensé, asustado.

—Tendremos que aplazar el curso de filosofía —dijo ella sonriendo—. Estás realmente feo en el dibujo y habrá que solucionarlo.

Le devolví la sonrisa, pero el miedo se había colado en mi interior, fuerte y poderoso, como un puño que golpeará continuamente mi estómago. Y el

dolor reducía el mundo a un único y poderoso nudo.

Alva me cogió de la mano. Era una sensación agradable y conocida. Su mano sobre la mía. Perfectamente acopladas. Ya me di cuenta entonces, en el Fiat rojo, delante del bar de siempre. Me quedé con ella hasta que oscureció y luego fui a coger la moto. Pero no conduje hacia casa, donde Marty seguro que ya había acostado a los niños, sino que me fui a la ciudad. En la carretera, abrí la visera del casco y el viento me golpeó el rostro. Me encantaba esa sensación.

A ratos miraba la carretera con tanta intensidad que me daba la sensación de que esta se difuminaba. Entonces vi a Alva aquel día, en el internado, cuando se sentó junto a mí. Pelirroja, tímida, con gafas de pasta, preciosa pese a ese diente de delante ligeramente torcido. Una Alva que me era completamente desconocida.

Ahora, en cambio, lo sabía todo de ella. Sabía que aquella niña había perdido a su hermana y acabaría huyendo a Rusia y casándose allí. Sabía que volveríamos a encontrarnos y que tendríamos hijos juntos. Sabía que durante toda su vida necesitó escaparse a veces por las noches para sobrevivir. Sabía que sería una madre fantástica y que luego enfermaría y yacería en el hospital.

Pero aquel primer día en el que Alva se sentó a mi lado yo no podía saber nada. Ella no era más que una niña de pueblo acercándose a un niño de la ciudad que acababa de quedarse huérfano.

Aquel había sido el principio de una historia. De nuestra historia.

Y entonces pensé en la muerte y en cómo la había imaginado antes: como una explanada de nieve infinita sobre la que todos flotamos, y en los lugares en los que la rozamos, la nada se confunde con los recuerdos y con las imágenes que arrastramos y adquiere un rostro. Y a veces es tan precioso que el alma quiere saber más de la nada y la sigue en su camino hacia la desaparición.

Un día de finales de julio estaba solo en casa. Era la hora del té y el silencio me pareció extraño e hiriente. Observé el viento en el jardín, jugueteando con los arbustos. Las últimas horas había estado lloviendo, pero ahora se veían algunos rayos de sol abriéndose paso entre las nubes. Decidí buscar la carta que escribí a Alva cuando tenía diecinueve años, justo antes de

que nuestros caminos se separaran. Por aquel entonces decidí no dársela porque me parecía demasiado infantil y patética. De modo que ella nunca llegó a leer esas líneas escritas a mano el 26 de mayo de 1992:

Querida Alva:

Espero que te gusten los relatos cortos que he escrito. Si no es así, no seas demasiado dura conmigo, por favor. Por cierto, el fin de semana acabé de leer el libro, *El corazón es un cazador solitario*. Ahora entiendo por qué McCullers te gusta tanto. A mí también me ha emocionado. También entiendo que quieras ser como un personaje del libro y desaparecer cada noche en un café. Aunque, a decir verdad, toda esa gente que se encuentra allí por la noche está un poco alterada y rota. Espero que en tu caso no sea así. A mí me ha impresionado más esa figura que alterna la vida del mundo exterior con la del mundo interior, la verdad. He pensado mucho en ella los últimos días, y me he dado cuenta de que yo soy bastante así.

El mundo exterior es ese al que la gente se refiere como realidad. Es el mundo en el que murieron mis padres, yo no tengo amigos y mis hermanos se han alejado de mí sin preocuparles lo más mínimo cómo me siento. Es el mundo en el que algún día estudiaré alguna cosa para poder trabajar en algo. En el que no logro compartir nada con nadie porque soy demasiado frío y he perdido algo, o quizá todo, por el camino. En el que al final siempre está la muerte y en el que a veces siento que desaparezco.

El mundo interior, en cambio, es ese que solo existe en mi cabeza. Pero al final..., ¿no es cierto que todo está en mi cabeza? Tú siempre me preguntas en qué pienso cuando me quedo pensativo y desconecto de las clases. Pues sucede que no pienso en nada; que solo soy. A veces me imagino que he nacido en América, o que mis padres no murieron, o que viajo a algún lugar... Hoy, por ejemplo, he ido a Italia durante la clase. Con mis padres, mi tía y mis hermanos; todos juntos en una autocaravana. Era todo tan intenso que ni siquiera soy capaz de explicarlo con palabras. Volvíamos a ser niños y conducíamos por la

costa de Amalfi. Podría describirte incluso los olores, a limones y algas, los colores que tenían las hojas de otoño y el rojo intenso que, como las sandías que nos tomábamos, brillaba en el cielo. Podría decirte de qué estuve hablando con mis hermanos y de qué modo nos miraban nuestros padres, cómo era el pequeño restaurante en el que comimos y la cara que puso mi hermana al probar su primera copa de vino haciendo creer que le había gustado, aunque en realidad le pareció asqueroso.

Tengo claro que todas estas ideas son de lo más infantiles, pero aun así estoy seguro de que en este universo existe un lugar en el que ambos mundos pueden observarse a la vez y adquieren el mismo grado de realidad. Lo vivido y lo soñado. Porque cuando todo se acabe y se olvide, cuando, dentro de millones de años, todo haya desaparecido y no nos quede ninguna prueba de la existencia de nada, será absolutamente indiferente que algo haya existido o haya sido soñado. Y las historias que ahora solo suceden en mi interior adquirirán quizá la consistencia de aquello a lo que algunos se refieren como realidad.

Te preguntarás por qué te estoy diciendo todo esto, y seguramente querrás saber por qué te propongo que me acompañes a Múnich y vivas conmigo en un piso compartido en lugar de decirte lo que siento por ti, aunque me parece que esto último es obvio. Pues bien: no lo hago para marearte; al contrario. La verdad es que no me atrevo a pedirte nada todavía. Aún no sé lo que piensas de mí ni lo que sientes por mí. Y tengo miedo de poner en juego lo que tenemos y no solo perder a mis padres y a mis hermanos, sino también a ti.

Pero esta carta es, después de todos estos años, mi primer gran intento de volver al mundo exterior. Te he dicho algo que no había comentado aún con nadie. Porque sé que no es bueno ser tan reservado. Me gustaría estar donde tú estés, y esta es la realidad.

Tuyo,

JULES

Era un día de agosto, ya no recuerdo cuál. Las luces del techo del hospital parpadeaban y me ponían nervioso. El olor a desinfectante me irritaba la nariz.

Alguien corría por el pasillo; la goma de sus zapatos hacía ruido en el suelo. Observé los movimientos mecánicos de la boca del médico. Las palabras llegan lentas a mi cerebro. La terapia no sirve de nada. Ha habido más metástasis. La lucha ha sido en vano. El cáncer se había extendido por todo el cuerpo debilitado de Alva y ya no tenía demasiadas opciones. Los médicos nos recomendaban dejar el tratamiento y seguir solo con paliativos.

Le quedaban apenas unas semanas. Repetí la frase, una y mil veces. «Apenas unas semanas.»

Aunque en el fondo todos habíamos contemplado esta posibilidad, ninguno había renunciado realmente a la esperanza y deseábamos que se produjera el milagro de la sanación. Ni siquiera tras haber oído el diagnóstico me sentí dispuesto a creerlo. Tenía que tratarse de un error. Seguro que al día siguiente estaríamos todos comiendo en casa y jugando a juegos de mesa por la tarde. No podía ser verdad. Era imposible.

Apenas sentía nada. Avancé por el pasillo del hospital con el alma vacía y abrí la puerta de la habitación de Alva. Entré en la habitación como lo había hecho miles de veces durante las últimas semanas..., pero en aquella ocasión todo era distinto.

—Así que ya está —dijo Alva al verme—. *Game Over*.

Imaginé encontrarla sumida en un mar de lágrimas, y no leyendo libros para su doctorado. Seguía trabajando en ello, aunque era evidente que ya nunca se doctoraría. Me senté a su lado en la cama y quise abrazarla, pero ella me apartó con brusquedad.

—No me veo capaz de soportar tu cercanía ahora —me dijo—. Tengo que pasar esto sola. Dame un tiempo, ¿te parece?

Yo me eché hacia atrás.

—Claro.

—Mañana estaré de mejor humor.

Apartó la mirada. Yo la observé unos segundos más y salí de la habitación.

El sol caía sobre las calles y los edificios de la ciudad; en mi opinión había demasiada luz. No llamé a nadie. Me dejé llevar por la corriente humana. De la panadería llega el olor a *brezeln* recién hechos. Unos obreros

arreglan el pavimento. Una pareja de ancianos camina cogida de la mano. «Apenas unas semanas.»

Al llegar a casa, Elena había cocinado algo para los niños. Parecía que ya sabía la noticia, porque me abrazó sin decir nada. Los niños comieron en silencio, como si comprendieran que algo grave había cambiado.

Le di un abrazo a mi hija, luego a mi hijo, di algunos bocados a la cena, fui a mi dormitorio y me acosté en mi lado de la cama. El otro estaría vacío para siempre. Me enfadé conmigo mismo por mi autocompasión. Qué patético. Al final me dormí.

Al día siguiente me despertó mi hermano. Sin decir nada, se estiró a mi lado sobre la cama. Allí donde solía estar Alva. Estaba blanco como el papel.

—He llamado a Liz —dijo al fin—. No ha dicho casi nada, pero parecía muy afectada. Está pasando un momento fatal y esto no hace sino empeorarlo todo. Hace nada me dijo que quería dejar el trabajo, y yo le recomendé que viniera a vernos en vacaciones. —Se dio la vuelta para mirarme—. Y Toni me ha pedido que te diga que cuentes con él para lo que sea. Que vendrá volando si lo necesitas.

Nos miramos.

Marty sacudió la cabeza.

—No sé ni qué decirte. Llevo todo el día pensando en algo que te consuele, pero... Bueno, al menos tus hijos tendrán tiempo para despedirse. Es una mierda, pero es más de lo que tuvimos nosotros.

Nos quedamos en esa postura un rato, y luego Marty se levantó para ayudar a Elena con los niños. Yo me quedé en la cama, incapaz de moverme. Oí que Luise y Vincent preguntaban por mí y luego el sonido de los platos en la mesa y el grifo del agua. No fui capaz de levantarme e ir hasta ellos. Me quedé estirado hasta que la casa se quedó en silencio y todos se durmieron. Entonces encendí la luz y leí la última novela de Romanov.

No quiero hablar de lo que la enfermedad le hizo al cuerpo de Alva en los últimos meses, y tampoco del momento en el que perdió la compostura y mostró su desespero. Era como si estuviera colgando en un precipicio, apenas sujeta a una rama por una mano..., y la enfermedad fuera abriéndole los dedos

uno a uno.

Sin embargo, en aquel cuerpo que no dejaba de autodestruirse habitaba aún un espíritu fuerte y luchador. Tras unos días de estupefacción e impotencia, Alva decidió enfrentarse a la muerte con toda dignidad. No sé de dónde sacó la fuerza, porque apenas podía levantarse de la cama y se pasaba el día dormitando con una bolsa de morfina directa en la vena, pero cuando lograba despertarse... ahí estaba la fuerza.

La trasladaron a la unidad de cuidados paliativos. Ya no estaba en una sala blanca y monótona, sino en una habitación casi bonita, con baldosas en el suelo, acuarelas en las paredes y un sillón orejero granate. Yo pasaba allí cada minuto del día y aprovechaba todos los minutos en los que ella estaba despierta. Quería crear el mayor número de recuerdos posibles para el futuro. A veces era yo quien perdía la compostura mientras hablaba, superado por una insoportable sensación de pérdida, pero entonces me sonreía, o eso intentaba, y me pedía que me calmara. ¿Qué pensaría de nosotros la muerte, si no? Se comportaba como si la muerte estuviera sentada con nosotros en la habitación.

—Puedes decir todo lo que piensas —me dijo en una ocasión—. No tengo secretos para ella.

Lo más duro eran las mañanas en las que se quedaba quieta y en silencio en la cama, incapaz de pronunciar palabra.

—Cuando duermo lo olvido todo —murmuró—, pero cuando despierto recuerdo que voy a morir pronto, y no puedo dejar de pensar en ello hasta la noche, cuando vuelvo a quedarme dormida.

Últimamente estaba demasiado débil como para leer y dejó sus libros de filosofía en la mesita de noche. Ahora era yo quien le leía fragmentos de novelas y poemas. Su poema preferido era de Rilke, y yo acabé sabiéndomelo de memoria. Se titulaba «Final».

La muerte es grande.
Somos los suyos
de riente boca.

Cuando nos creemos en el centro de la vida
se atreve ella a llorar

en nuestro centro.

Pero lo que más le gustaba era que le leyera algo escrito por mí. Uno de los dos relatos incluidos en la novela de Romanov era la historia del hombre que vivía una segunda vida en sus sueños, y la de aquel otro que se quedó solo porque robaba el tiempo a la gente y no encontró a nadie dispuesto a vivir como si no pasaran las horas.

—Me temo que no tendré tiempo de leer tu novela en esta vida —me dijo Alva en una de nuestras últimas charlas. Los médicos habían tenido que aumentarle la dosis de medicamentos y ella estaba, por lo general, tan cansada o desconcertada por la morfina que ni siquiera era capaz de mantener una conversación. Pero aquel día estaba bien; animada.

—Hay tantas cosas que me habría gustado hacer..., tantos lugares que me habría gustado visitar... —Me miró—. Tú tendrías que haber cocinado para mí.

—Lo he hecho muchas veces.

—No, me refiero a aquel día, al acabar los estudios.

Ahí tuve que darle la razón.

—Y los dos pequeños... —dijo—. Querría haberlos visto crecer. Me habría gustado charlar con Luise cuando llegara a la adolescencia, o comentar con Vincent su primer amor. —Me cogió fuerte de la mano—. Te tocará hacerlo todo a ti.

En las últimas semanas me había estado convenciendo de que lo lograría; de que podría con todo. Pero en aquel momento sentí la rabia y la desesperación en mi interior. Me levanté y me puse a dar vueltas por la habitación.

—No voy a poder —dije en voz alta—. Es imposible cubrir tu vacío. No estoy preparado.

—Eres un padre magnífico.

—Pero solo porque tú estás a mi lado. Tú los has criado, les has enseñado todo lo que era importante. Yo solo he jugado con ellos. No estoy preparado para ocuparme de ellos yo solo. Los niños ni siquiera me obedecen. No respetan mi autoridad.

Alva movió la cabeza, algo cansada.

—Lo harás estupendamente, estoy segura. Cuando te necesiten sabrás lo que tienes que hacer.

—Es solo que no quiero que tengan una vida como la mía.

Me dejé caer en una silla y moví el pie, inquieto.

Ella siguió tranquila.

—Te entiendo. Pero cuando pienso en ti con los niños no me viene a la cabeza el payasote divertido que sueles ser con ellos ahora, sino el hombre serio y correcto que siempre has sido. Y tus hermanos te ayudarán.

—Liz está en la India —le dije como de pasada.

—¿Cómo?, no lo sabía.

—Se despidió del trabajo hace tres días y se marchó a Mumbai en lugar de venir aquí a ayudarnos. Se le ha ido la olla, como siempre.

Alva tardó unos segundos en saber qué contestar.

Al final decidió no comentar nada al respecto.

—Sea como sea —dijo—, eres el mejor padre que nuestros hijos podrían tener. Haz el favor de creermelo más a mí que a ti mismo, al menos en este punto.

—Vale —le susurré sentándome a su lado en la cama.

Su mano de nuevo sobre la mía.

—¿Tienes miedo?

—A veces. Me cuesta imaginar que voy a morir pronto, y cuando lo hago siento miedo. Aunque ahora ya hay veces que lo voy viendo más claro y lo voy aceptando mejor.

Asentí. Aquella charla era como una carrera: los dos queríamos aprovechar para decir algo.

—Han sido solo ocho años —le dije—. Ocho años juntos. Hemos desperdiciado tanto tiempo...

—Yo también he pensado mucho en eso. —Alva se incorporó un poco de la cama—. Jules, ¿recuerdas la última vez que hablamos en el internado?

—¿En el baile de la promoción?

—No, ahí solo me miraste sin hablar. Me refiero a antes.

—Ah, sí —le dije—. Te presentaste de pronto frente a mí y me dijiste que si quería hacer algo contigo el último fin de semana de cole, pero yo no te llamé porque estaba demasiado herido y enfadado. Aunque me moría de ganas de verte, claro. Y cuando después nos encontramos por un pasillo y te hablé del tema, tú me dijiste que te habías olvidado por completo. Pasabas tanto de mí...

Ella apartó su mano.

—No —me dijo—. Fue al revés. *Yo* te pregunté por qué no me habías llamado y tú...

Apenas escuché lo que me decía. Ahí estaba de nuevo la realidad, abriendo una grieta en mis recuerdos: y la vi claramente ante mis ojos, escuchando mi mentira de que había olvidado llamarla porque había estado en alguna fiesta con alguna chica.

—Me pasé todo el fin de semana al lado del teléfono, esperando que me llamaras. Y cada vez que sonaba rezaba para que fueras tú.

—¿De verdad?

—De verdad. Y al ver que no llamaste me puse muy triste y me enfadé, sobre todo conmigo misma. —Suspiró—. Después de aquello solo pensé en huir.

Me pasé un rato buscando las palabras adecuadas. Pero cuando estaba a punto de empezar a flagelarme en voz alta, ella me interrumpió.

—No era nuestro momento. No estábamos listos.

—Pero habríamos tenido mucho más tiempo.

—De este modo también hemos tenido tiempo —la oí decir—. Mejor ocho años contigo que cincuenta sin ti.

Hundí mi cara en su regazo. Cuando cerré los ojos pude volver a nuestra infancia y reconocer sus débiles señales. El álbum de recuerdos con fotos en las que solo aparecíamos nosotros dos. O el modo en que dijo que quería ir al extranjero y solo se quedaría si se enamoraba. Los dos nos equivocamos muchas veces; tardamos demasiado en entendernos, en reconocer lo que sentíamos el uno por el otro. Ahora podría rehacerlo todo, era tan jodidamente fácil... En su Fiat rojo, en mi habitación del internado o a donde fuera: solo habrían hecho falta unas palabras para cambiarlo todo y crear un nuevo futuro.

Pero tenía que abrir los ojos. Y en cuanto lo hice vi lo que tenía delante de mí. Aquello era lo inevitable.

Algunos vecinos y compañeros de trabajo de Alva vinieron a visitarla para despedirse de ella, y su padre se pasaba cada semana y le traía flores. Solo al final se vio incapaz de soportar la pena infinita de perder a su segunda hija. Me pidió que le diera una carta.

Y por fin llegó el día en el que Alva vio a nuestros hijos por última vez. Como el médico estaba justo en la habitación, los niños y yo nos quedamos esperando un ratito fuera, sentados en un banco. Ambos estaban callados, obviamente superados por las circunstancias. Tenían ocho años y no podían ser conscientes de la trascendencia de aquel encuentro, pero en un nivel distinto comprendieron perfectamente qué era lo que estaba a punto de pasar.

Dos enfermeras pasaron a nuestro lado, charlando despreocupadamente. Luego se hizo el silencio.

—¿Existe Nangijala? —me preguntó Luise.

—¿Qué es eso? —le dije.

—Sale en uno de los cuentos que nos contó ayer Elena.

—El de *Los hermanos corazón de león* —añadió Vincent en voz baja—. Nangijala es el país al que va la gente cuando muere.

—Ah, ¿y es bonito?

—Sí —dijeron ambos.

Mis hijos me miraron esperanzados, como si lo que fuera a suceder tras la muerte de su madre solo dependiera de mí.

—Estoy segurísimo de que mamá irá allí si ella quiere. Aunque a lo mejor escoge otro sitio, ¿eh? Estoy seguro de que buscará uno desde el que os pueda ver bien.

Ambos me creyeron inmediatamente, y por un instante yo también me lo creí. Entonces el médico salió de la habitación y nosotros pudimos entrar.

Tenía miedo de que Alva estuviera medio dormida o abotargada por los medicamentos, pero me alegré al comprobar que estaba bastante despierta. Cuando vio a los niños se le iluminó la cara. Al principio se mostró felicísima, pero cuando comprendió por qué los había llevado sus ojos

brillaron con un dolor que me resultó insoportable.

Sin decir nada, los niños dejaron sus regalos en la mesita de noche. Vincent le había hecho un dibujo de sus animales favoritos y otro en el que aparecían los dos, y Luise le había traído una piedra preciosa que había encontrado en el parque y que seguro que le traería suerte.

Los dos abrazaron a su madre y se metieron con ella en la cama. Cuando los tres empezaron a llorar, aparté la vista y salí de la habitación. Con los ojos bañados en lágrimas miré el banco del pasillo. Sentía un vacío en el pecho que ni siquiera había conocido con la muerte de mis padres.

Unos minutos después, Luise y Vincent salieron al pasillo. No tengo ni idea de lo que hicimos o dijimos después.

Últimamente mi hermano y Elena cuidaban siempre de los niños para que yo pudiera estar con Alva. Ya no había horario de visitas para mí. Quería estar a su lado cada minuto, cada segundo. No quería dejarla sola en ningún momento. Ni siquiera de noche.

De vez en cuando escuchábamos música que yo le traía: álbumes de Nick Drake o de su querido George Gershwin. Solía dormirse escuchándolo, y entonces yo me acostaba a su lado y a veces le hablaba de mis preocupaciones, de mi miedo a no poder vivir sin ella.

Cuando ella podía entenderme le contaba que en el internado me había apuntado al equipo de atletismo solo para impresionarla, porque sabía que a ella le gustaban los deportistas; o que cuando nos mudamos a Múnich me convertí en el hombre más feliz del mundo; o que me encantaba mirar a los niños cuando dormían. Y, por supuesto, siempre le repetía lo mucho que la quería, lo importante que era para mí, y le prometía que algún día escribiría un libro para ella.

Alva se limitaba a escucharme en silencio.

—Oh, no —me dijo en una ocasión en voz muy baja.

—¿Qué sucede?

—Acabo de pensar en el zorro congelado en el lago, tal como me dijiste.

Y su rostro, cada vez más pálido y delgado, se iluminó con el dibujo de su sonrisa de juventud.

En su último día apenas le solté la mano. No quería que se fuera sintiéndose sola, porque notaba que le costaba irse. El horror de pensar que iba a morir en cualquier momento, que iba a dejarlo todo y sumergirse en lo desconocido, era insoportable. Fuera brillaba el sol. Yo había bajado un poco las persianas, pero la luz seguía colándose entre sus rendijas y dibujaba líneas doradas en el suelo. Alva tenía los ojos casi siempre cerrados, pero cada vez que yo le apretaba la mano ella me devolvía el gesto. Cuando salía a cogerme un café iba corriendo para volver pronto con ella, y volvía a apretarle la mano, y ella volvía a responder.

La última vez que abrió los ojos fue a primera hora de la tarde. Me miró, y cuando vio que yo lloraba en silencio, abrió más los ojos como si quisiera pedirme perdón. Entonces volvió a apretarme la mano y luego cerró los ojos. Yo pude sentir sus pensamientos corriendo por la habitación, abarcando todo el tiempo y el espacio, buscando un último momento al que asirse antes de partir. Quizá pensó en los niños y en mí, o quizá en sus padres y su hermana. Quizá pensó en el pasado y en el futuro. Quizá todo a la vez. Un último cúmulo de pensamientos y sentimientos, de temor confuso y de confianza, mientras se marchaba de aquí, sorprendentemente rápido e infinitamente lejos.

OTRA VIDA

¿Y si el tiempo no existiera? ¿Y si todo lo que vivimos fuera eterno y el tiempo no pasara para nosotros, sino nosotros para los acontecimientos? Me pregunto cómo sería. Uno podría cambiar la perspectiva y alejarse de los recuerdos amados, pero estos estarían siempre ahí. Y si pudiera volver atrás, volvería a encontrarlos. Como sucede en los libros, en los que uno puede pasar las hojas adelante y atrás. Incluso al principio. Mi padre estaría paseando eternamente por el parque, y Alva y yo estaríamos siempre centrados en nuestro viaje a Italia, en el viaje en coche durante la noche y el esperanzador futuro que se abría ante nosotros. Intento sentir consuelo con esta idea, pero no lo logro. Y yo solo puedo creer en lo que siento.

Liz ha tardado en enterarse de mi accidente de moto. Estaba viajando por la India, sin móvil, y tardó varias semanas en leer su correo electrónico. El día de su regreso vamos todos a Nordfriedhof, el cementerio del norte Múnich. Yo voy cojeando entre las tumbas, apoyándome en el bastón de Romanov, parapetado entre mis hermanos. Liz a la izquierda, Marty a la derecha. Como estaba en el hospital, no pude acudir al entierro. Es la primera vez que estoy ante la tumba de mi mujer. Una sobria placa de mármol indica su nombre y dos fechas: la de su nacimiento y la de su muerte. Cifras para su historia. «Alva Moreau, 3-1-1973 / 25-8-2014.»

Cuando la tengo delante, se libera la presión que siento en el pecho. «La muerte es lo opuesto a la falta de autenticidad», pienso. Me gustaría estar solo un momento. Marty se lleva a mis hijos y Liz se aparta un poco. El cementerio está en silencio. Solo se oye el suave susurro del viento. De pronto me avergüenzo de haber pasado las últimas semanas huyendo del mundo real y

perdiéndome en mis sueños, como un niño. Eran el único sitio en el que Alva podía seguir viva. El único en el que mis padres también estaban.

El recuerdo es el último refugio de los muertos.

Y vuelvo a ver a Alva frente a mí y hablo con ella, pero en esta ocasión su imagen se disuelve rápidamente y es sustituida por una distinta: yo sobre mi moto, conduciendo a toda velocidad. Escuchando música con los cascos. La visera abierta. Y ya no recuerdo más. Aquella mañana había cerrado todos los trámites del entierro, había hablado con mis hijos y me había dado cuenta de que no estaba preparado para lo que venía.

Aceleré, fui cada vez más rápido y..., sí, ya me lo decía Toni, fue un poco como volar. Pero decidí que aún podía acelerar un poco más. En mis oídos, música de guitarra: *Heroin*, de Velvet Underground; poco a poco se le añadieron la batería y la letra; la música se volvió más intensa, más airada; la voz estalló. Subí el volumen al máximo. El corazón empezó a latirme a toda velocidad. El viento me empujaba la cara hacia atrás. Y de pronto todo me pareció excesivo: la muerte de Alva, la idea de que no podría educar solo a los niños, el miedo a perderlo todo..., y veo a Romanov ante mí, veo el miedo en su mirada, la sensación de que no estaba preparado para partir. Y sé que eso no me pasará a mí.

Y me dejo llevar.

La moto no tomó la curva, sino que siguió adelante, en línea recta, se salió de la carretera y yo me sentí realmente como si volara. Por un segundo me sentí más libre que nunca. Nada dependía ya de mí. No podía controlar nada. Sucedería lo que tuviera que pasar.

Y entonces, en una milésima de segundo, vi a mis hijos ante mí. Y por fin moví el manillar de la moto, justo en el último segundo, lo suficiente para no chocar contra el árbol de frente, sino solo de lado, y todo se quedó oscuro hasta que me desperté en la habitación de un hospital.

Pocos días después de mi visita al cementerio, me dieron el alta definitiva. Liz se ha instalado temporalmente en mi casa, y Marty y Elena vienen a vernos a menudo. Ninguno de los tres puede tener hijos, de modo que se ocupan de los míos como si fueran propios. Cuando salgo a pasear con el perro, Elena

prepara la comida. Cuando no puedo levantarme de la cama y me quedo como paralizado, llamando al teléfono de Alva solo para oír su voz, Marty juega con los niños en el jardín. Una época plomiza en la que salir de la cama me cuesta una barbaridad. En una ocasión, varios años antes de su muerte, Alva me dijo que no quería saber si ya había hecho algo por última vez. Ahora paso el tiempo intentando recordar cuándo y dónde hizo algo por última vez. El último beso, en su cama. La última vez que tuvimos sexo, rápido y furtivo, en casa, convencidos de que volveríamos a acostarnos juntos muy pronto. La última vez que jugó con los niños, en su habitación del hospital; jugaron al Memory y ganó Luise, que nos sacó cuatro parejas de ventaja. Eso lo recuerdas bien, me digo; qué cosas más innecesarias.

Los niños comprenden que necesito ayuda. Me escuchan cuando los llevo a dormir y me piden que les eche una mano con los deberes, por ejemplo. Como nos sucedió a mis hermanos y a mí, van a vivir una vida distinta a la que tenían preparada. La vida con su madre se acabó; ahora avanzan por un desvío. Y en ese nuevo y arduo camino necesitan a alguien que los acompañe, alguien que los guíe. Alguien que tendré que ser yo. Y me doy cuenta de que quizá sea el más adecuado para asumir ese papel, pues yo mismo viví lo que ellos viven ahora.

Esta idea me da paz. Recupero la esperanza. Puedo volver a reír cuando algo me haga gracia, puedo leer cuentos a los niños cuando me lo pidan y puedo llevarlos al colegio casi todos los días. Entonces suena una canción en la radio: trata de los años ochenta; de cuando yo era un niño sin problemas. Escucho el estribillo y por un momento vuelvo a perder los papeles:

*Things are better when they start,
that's how the 80s broke my heart.*

Unos meses después, nuestra vida es todo lo normal que puede llegar a ser. Nunca volverá a ser normal del todo, entre otras cosas, por ejemplo, porque los niños y yo nos mudamos a vivir con Marty y Elena a su casa del Jardín Inglés. Siempre han tenido muchas habitaciones vacías, y ahora ni ellos ni nosotros estaremos solos.

El día que nos vamos definitivamente de casa miro las habitaciones vacías y me pregunto qué habríamos ido cambiando Alva y yo con el paso del tiempo.

Supongo que las habitaciones de los niños se habrían convertido en habitaciones de adolescentes, y con la imaginación tiro alguna pared y pinto la cocina.

Marty está fuera, con el camión de la mudanza, y me llama.

—Jules, ¿vienes?

Recorro la casa con la mirada una última vez, me detengo unos instantes en el columpio y la cabaña del árbol, y por fin me doy la vuelta y me voy.

Al principio Luise no quería ni oír hablar de mudarnos de casa, pero Vincent adora a su tío y se alegra de poder vivir con él. Pasan muchas horas juntos en la sala de juegos y Marty pasa un montón de horas intentando montar un coche de juguete o distribuyendo pequeñas cantidades de líquido en portaobjetos de cristal. Le ha regalado un microscopio, que es un poco para los dos. Es, en cualquier caso, la época de los deseos cumplidos: llevamos a los niños a ver partidos de fútbol, al zoo, visitamos museos, exposiciones... Los domingos pueden ver la tele en el cuarto. Se toman un chocolate caliente con nata y unas tostadas con lo que quieran, y vemos juntos sus dibujos preferidos.

Mientras que Luise llora y echa mucho de menos a su madre, pero enseguida vuelve a disfrutar y estar contenta, los sentimientos de Vincent están mucho más escondidos. Sonríe muy poco, lo cual es una pena, porque tiene una sonrisa preciosa, y cuando la muestra se borra toda la pesadumbre que tiene en el rostro. Ha dejado de pintar, algo que le apasionó durante varios meses, y desde hace un tiempo vuelve a tener miedo de la oscuridad. Tenemos que dejar la puerta de su habitación siempre un poco abierta, para que entre ligeramente la apaciguadora luz del pasillo.

En una ocasión no pudo dormir, ni siquiera con la luz, y fue con la manta hasta el salón, donde yo estaba viendo la tele. Todo sucedió sin palabras. Vincent me preguntó con la mirada si podía quedarse y yo le indiqué que se acercara. La acaricié la cabeza y enseguida se sentó a mi lado y se acurrucó contra mí. En la tele emitían un documental sobre cristales de roca: muchos de ellos solo podían formarse en la sombra. *Cristalización*.

De pronto, los ojos de Vincent se llenaron de lágrimas. No hizo ningún

ruido y no dejó de mirar hacia la tele, como si quisiera fingir que no estaba pasando. Lo abracé y entonces sí rompió a llorar de verdad.

—Yo también la echo de menos —le dije varias veces.

Al cabo de un rato se tranquilizó y se quedó dormido. Durante mucho rato dejó de mirar la tele y solo lo miro a él. Me dejó llevar de nuevo por los recuerdos. Yo, tras la muerte de mis padres, en mi habitación del internado, con nieve en el pelo. Yo en el patio, viendo cómo juegan los demás niños. Yo alejándome de todos, lejos, lejos, lejos.

Llevo a Vincent a la cama, lo tapo, me siento profundamente ligado a él. Me reconozco tanto en el niño que es, el que yo fui, que hasta me duele.

En otoño visito a Liz en Berlín. Ha dejado definitivamente su plaza de profesora, y ahora se dedica a escribir libros infantiles y a ilustrarlos ella misma. A mí me parece una buenísima idea, sobre todo después de ver los primeros bocetos de sus obras. Marty y yo nos hemos ofrecido a respaldarla económicamente mientras lo necesite.

—¿Te arrepientes de haber dejado el trabajo? —le pregunto.

—En absoluto. Los alumnos dejaron de escribirme cartas de amor. Era obvio que había llegado el momento de retirarme.

Liz se había mudado a un piso en Kreuzberg y había regalado la mayor parte de sus pertenencias: los almohadones y los mueblecitos con espejos, las muñecas y las figuritas, las tazas asiáticas y los jarrones africanos. Su piso nuevo es diáfano, limpio, y está muy vacío. Solo en la cocina hay una vieja foto de la época del internado. Yo debo de tener unos trece años y parezco pequeño y ensimismado; Marty debe de tener unos dieciséis, y es un gigante con abrigo de cuero y una melena larga; y Liz, unos diecisiete. Su mirada, semiescondida tras la capucha de su parka verde, brilla con rebeldía mientras mira fijamente a la cámara. Tiene un pitillo en la boca. Es indomable.

—Perdona por haberme ido —oigo que me dice—. Por no haber estado. Me habría encantado ser la hermana mayor que se preocupa de los pequeños, pero te dejé tirado. Dos veces ya. Dos más de las necesarias. Nunca me lo perdonaré.

Aparto la vista de la foto.

—Bueno, ahora ya está. No pasa nada.

—Tú siempre dices que no pasa nada, pero te recuerdo que también puedes quejarte, ¿eh? Sí que pasa, y mucho. Piénsalo bien.

—Liz, quejarme no me sirve de nada.

Ella asiente.

—Me acuesto con él, por cierto.

—¿Con quién?

—Con quién va a ser.

De verdad que no caigo.

—Con Toni.

Al principio estoy tan sorprendido que no puedo más que sonreír burlonamente.

—¿De verdad? ¿Y cómo es eso?

—Quiero tener un hijo.

—¿Y ya está?

—Y ya está, sí. Me acuesto con él para reproducirme. Sé que puede parecer insólito, porque yo siempre me había burlado de todas esas mujeres cuya única ilusión en la vida era ser madres y pensaba que el sexo tenía que ser salvaje y divertido, pero ahora... ahora entiendo para qué está pensado realmente esto del sexo.

Quiero responderle algo, pero me hace una señal con los dedos para que me calle.

No me sorprende lo más mínimo, pues, ver a Toni eufórico aquella tarde. Cuando me acerco a él y le pido que no se emocione demasiado, que no ponga demasiadas expectativas en aquella historia, él me responde:

—*You can't be wise and in love at the same time.*

—¿Quién dice eso?

—Bob Dylan.

Una sonrisa ilumina su rostro.

—Pero sabes que no te quiere, ¿verdad?

—Quizá me ame cuando nazca el niño. —Toni me abraza y cambia de tema —. Por cierto, me parece genial que volváis a vivir todos en la misma ciudad.

—Recuerda un poco a la época del internado, ¿verdad? Cada vez tengo más claro que en la vida todo vuelve.

—El internado..., ¿cómo se llamaba aquel bar en el que jugábamos al billar?

—El Jackpot.

—Eso, el Jackpot. ¿Cómo es posible que lo recuerdes todo? Tengo la sensación de que nunca olvidas nada. —Toni señala mi frente—. Como si lo tuvieras todo ahí guardado.

Alva me dijo en una ocasión: «Tú recuerdas y preservas. No puedes evitarlo». Y quizá tuviera razón. Su hermana Josephine y las volteretas antes de irse a dormir, mi tía Helene, nuestra pesarosa abuela, los antiguos compañeros de clase, los simples conocidos, mi antiguo jefe en el sello musical y, por supuesto, Norah: en mi cabeza hay todo un mundo de personajes semiolvidados, que se alejaron de mi vida, a los que deseo preservar del olvido. Tengo la sensación de que si no los recuerdo será como si nunca hubiesen vivido.

De modo que empiezo a escribir mi novela. A escribirla y reescribirla. A veces temo que resulte demasiado sombría, y sé que será difícil ser justo con todos. Sobre todo con *ella*. Al final, esto es lo que espero hacer con Alva: convertirla en un personaje inmortal. Y aunque nunca llegue a acabar mi novela, la idea es no dejar de escribirla, porque me he dado cuenta de que solo en las letras puedo ser todos a la vez. Todos los que fueron posibles.

El joven que tenía miedo de todo soy yo. Y también soy el niño que bajaba la colina en bicicleta, sin temer a nada, y se rompía el brazo, pero volvía a salir pedaleando a toda velocidad. Soy el rarito que se encerró en sí mismo tras la muerte de sus padres y no hacía más que soñar despierto, y soy el alumno ligón y temperamental que aún no ha perdido a sus progenitores. Soy el adolescente incapaz de admitir su amor y que por ello acaba cayendo en las garras de la soledad, y soy el niño feliz y seguro de sí mismo que cada día sale a comerse el mundo. Soy el joven desorientado que ha interrumpido sus estudios y trabaja en un sello discográfico en Berlín, y soy el tipo al que nadie le ha hablado de ese puesto de trabajo y se marcha al extranjero a vivir. Soy el fotógrafo que *quería ser* a toda costa y por fin ha alcanzado el éxito, y soy el escritor que aún puede dejarse aconsejar por su padre y, por lo tanto, no

necesita fotografiar. No tuve ninguna posibilidad de salir con Alva porque su hermana no murió y ella nunca me necesitó. Alva no tuvo la posibilidad de casarse conmigo porque al acabar el colegio todo me fue bien y yo la olvidé. Aproveché mi juventud, empecé a salir con ella y ya nunca nos separamos. Aprovechamos el tiempo. Nunca volví con ella porque preferí quedarme con Norah. Tengo un hijo con ella. Nací y crecí en Montpellier, me casé y no tengo hijos. Nunca conocí a Alva.

Todo eso habría sido posible, junto a una infinidad de variantes más. Y el hecho de que mi realidad vital haya sido una y solo una me hace pensar en que fue puramente casualidad. De joven tenía la sensación de que tras la muerte de mis padres había estado viviendo una vida ajena y falsa, y muy a menudo —mucho más que mis hermanos— me pregunté hasta qué punto me determinaron los acontecimientos de mi infancia y juventud. Tuvieron que pasar muchos años hasta que comprendí que yo soy el único y verdadero arquitecto de mi existencia. Soy yo quien permite que el pasado le determine. Y también soy yo quien decide oponer resistencia. Y cuando pienso en los momentos con Alva y con mis hijos me doy cuenta de que la vida que finalmente he vivido, y en la que he dejado huella tan evidente, tiene que ser real.

Porque es mía.

Como solíamos hacer en el pasado, Marty nos lee interesantes artículos del periódico. Ahora incluso tenemos una mesa de billar en el sótano.

—¿No te parece raro que nos hayamos hecho amigos? —le pregunto una noche mientras jugamos unas partidas—. De pequeño pensé que siempre te odiaría.

Por toda respuesta, Marty mete la bola verde en el agujero. Me da unos golpecitos en el hombro y me habla, como quien no quiere la cosa, de un estudiante que tiene y que es buenísimo. Pero se nota que está conmovido.

—Dime una cosa —insisto—. Aquella vez, en las duchas. ¿De verdad no me oíste?

—¿Cuándo dices?

—En el internado. Te llamé desde el otro lado de la puerta. Te grité. ¿Me oíste o no?

Marty se encoge de hombros.

—No me acuerdo.

Me río.

—¡Qué cabrón! Claro que te acuerdas.

En su cara emerge por unos segundos una sonrisa de culpabilidad, y luego Marty, con un gesto perfecto, mete otra bola en la banda.

—No finjas —le digo.

Algo después, subimos a la cocina y mi hermano prepara unos bocadillos de pollo con lechuga y mayonesa. Su especialidad. Me pasa un plato y luego mete una cazuela con leche en el horno.

—¿A qué viene eso? ¿Me vas a preparar un chocolate caliente?

Él se limita a sonreírme. Nos sentamos con nuestros platos ante la ventana.

—Hay que admitir que tu bocadillo es espectacular. —Me echo hacia atrás en el sofá y doy un mordisco. En la tele, una película en blanco y negro: Charles Foster Kane se hace con la adormecida redacción del *New York Inquirer* y revoluciona todo su engranaje.

—Jules, ¿recuerdas cuando nos quedamos solos en tu antiguo dormitorio? Fue el día en que te dijeron que Alva no iba a conseguirlo.

Asiento. No lo he olvidado.

—Aquello me incomodó mucho —me dice Marty—. Soy tu hermano mayor, y aunque ya sé que esto ahora, a nuestra edad, no significa demasiado, da igual; en las últimas semanas he estado pensando mucho en qué podría haberte dicho para consolarte. Y cuando fuimos a la exposición sobre barcos lo vi claro. Es un poco patético, pero...

Bebo un trago de chocolate caliente.

—Suéltalo.

—Es... Nacemos en el *Titanic*. —Mi hermano sacude la cabeza. No se siente cómodo hablando de estas cosas—. Quiero decir que vamos a hundirnos; no vamos a evitar la colisión con el iceberg; eso ya está decidido y nada puede cambiarlo. Lo único que podemos hacer es escoger si queremos empezar a correr de un lado a otro, enloquecidos por el pánico, o si preferimos seguir tocando mientras el barco se hunda. Así... —baja la mirada—, así lo hizo Alva. —Mi hermano quiere añadir algo, pero vuelve a sacudir

la cabeza—. Perdona, soy malísimo con estas cosas.

Poco a poco empiezo a superar la muerte de Alva. Me he inscrito en la universidad y voy a clases de filosofía y filología inglesa. Por las noches salgo a pasear. Mi nuevo compañero del alma se llama insomnio, y a menudo me lleva a pasear por el barrio en plena noche. Mis escapadas acaban siempre con una visita a un bar determinado; uno de los pocos que aún está abierto a aquellas horas. Es elegante y discreto, y siempre hay un anciano tocando el piano. «Ah, el fan de Gershwin», me dice al verme, puesto que en mi última visita le pedí si podía tocar algo de George Gershwin. Le saludo con un gesto de cabeza y observo al resto de clientes que se reúnen allí cada noche. Me pregunto por qué están allí y no en sus casas. Todos tienen sus historias, sus motivos. Me encantaría conocerlos.

Ya no voy a la consulta de Elena tan a menudo como antes. En su lugar, vamos a pasear juntos por el Jardín Inglés.

—¿Cuánto piensas en ella? —me pregunta un día.

—Mucho —le respondo de inmediato, pero entonces reflexiono y añado —: aunque no tanto como hace unos meses. Hay momentos en los que la olvido, y entonces me siento fatal.

—No deberías sentirte mal —me dice—. Es importante que empieces a mirar hacia delante. Vincent y Luise te necesitarán en los próximos años. Tendrán amigos, serán adolescentes, se enamorarán, tendrán problemas y precisarán ayuda. Todo dependerá de ti, así que más vale que estés bien.

Mientras me habla me doy cuenta de que Elena tiene razón, una vez más. El pasado empieza a difuminarse, pero el futuro aún queda lejos. Solo puedo pensar en el presente, en los niños, en sus problemas en el cole o en la responsabilidad de educarlos. Sus necesidades se apilan de tal modo delante de mí que me impiden ver lo que queda detrás de ellas, que vendría a ser mi envejecimiento. Algo en cierto modo tranquilizador.

Me detengo y cojo a Elena de la mano.

—Creo que nunca te he dicho lo feliz que estoy de tenerte —le digo—. Tengo que darte las gracias por todo: has salvado a mi hermano y mis hijos te adoran.

Elena se detuvo a su vez y se pasó la mano por el pelo oscuro que le caía por la frente.

—Cuando supe que no podría tener hijos sentí que algo se rompía en mi interior. Lo acepté, por supuesto, pero adquirí la consciencia de que viviría siempre con una carencia. Y me sobrevino una eterna y muda autocompasión. Tus hijos y tú me habéis ayudado a superar ese sentimiento.

Algo divertido, me doy cuenta de que acabamos de realizar un intercambio formal, una especie de confesión. Asiento con la cabeza y seguimos caminando. Al cabo de muy poco me doy cuenta de que me siento mejor.

Pasamos la Navidad en Múnich. Además de Liz y Toni, viene también el padre de Alva. Al ver a sus nietos rejuvenece varios años. Les ayuda a decorar el árbol y les habla emocionado de una expedición espectacular por el Montblanc, aunque poco después lo veo quedarse callado y algo abatido en el sofá. Justo cuando iba a sentarme a su lado veo que Elena se me adelanta, se sienta y empiezan a hablar.

Me ofrezco a cocinar para todos y me paso el resto del día en la cocina. Informo a mis hijos de que pueden acompañarme si lo desean, pero Vincent se cansa enseguida y se marcha a toda prisa de allí. Luise, en cambio, me mira con interés.

—¿Qué haces?

—Vacío el pavo para meterle el relleno.

—¿De qué lo rellenarás?

—De dátiles, pimientos, cebolla, un poco de salvia y pimienta... ¿Quieres hacerlo tú?

Le enseño lo que tiene que hacer, y como le divierte aprovecho para enseñarle algunas cosas. Nos pasamos medio día en la cocina mientras ella me ayuda con la salsa de especias, con las patatas gratinadas y con el «pastel irresistible». La observo y siento una profunda melancolía, aunque no parece percatarse de ello; vuela hasta la nevera, vuelve a toda velocidad y pone con muchísimo cuidado una barra de chocolate al baño maría para derretirla. Recuerdo a mi madre cocinando feliz en la cocina, y pienso de nuevo en que todo vuelve.

Ya no suelo dejarme llevar por las imágenes del pasado, pero cuando me sucede, siempre me quedo sorprendida del significado que adquieren, y de la luz con la que iluminan mi presente. Un día normal en el internado se convierte a la luz del recuerdo en una experiencia extraordinaria. Estoy con mis compañeros de clase junto al mar; bebemos algo; nos reímos los unos de los otros; dibujamos nuestros sueños de futuro. Mi memoria me acerca a los demás mucho más de lo que estuve nunca, en realidad. De hecho, me sitúa en el centro del grupo, cosa que nunca ocurrió. Y, sin embargo, siento que tuve que ser feliz. Que la memoria es un jardinero paciente, y que las minúsculas semillas que aquella tarde plantó en mi cabeza se han convertido ahora en un recuerdo poderoso.

Antes de repartir los regalos, cantamos villancicos. Los mayores, intercambiando miradas divertidas o irónicas. Los niños, impacientes y felices. Y tras la comida, cuando ya estamos todos llenos, Toni ameniza la sobremesa con algunos trucos de magia. Convierte cartas de una baraja en billetes de verdad, coge un tenedor de la mesa —el mío, de hecho— y lo frota hasta doblarlo de tal modo que puede hacer un nudo con él. Estamos todos alucinados, cuando Toni mira su zapato izquierdo, que tiene el cordón desatado. Vuelve a mirarlo, como molesto, y mueve ligeramente el pie: entonces el cordón se ata solo, como movido por las manos de un hombre invisible. O de un fantasma.

—Impresionante —dice Marty—. Dime cómo lo has hecho.

Un rato después, cuando llevamos a los niños a la cama, el padre de Alva los abraza brevemente pero con cariño y se despide. Yo lo acompaño hasta la puerta.

—Gracias por invitarme —dice, y se dispone a ir hacia su coche.

—No sé si lo sabes, pero cuando Alva era pequeña lo que más le gustaba del mundo era ir contigo a patinar sobre hielo.

Se detiene.

—Y cada vez que venías a visitarnos —le cuento cabizbajo, concentrado—, ella estaba feliz y emocionada. Comprendía perfectamente tu dolor y entendía que no fueras a verla demasiado y que al final apenas pisaras el hospital. Lo aceptaba todo y te quería con locura...

Noto la mano del padre de Alva en mi brazo y me interrumpo. Levanto la mirada y por primera vez en toda la noche lo veo mirarme a la cara. Sus ojos son verdes; no tan claros como los de su hija, pero de mirada suave y melancólica. Parece que va a decir algo, pero al final asiente lentamente.

Cuando se marcha, mi mirada se posa en el mueble italiano que está en el pasillo. Lo trajimos de nuestra antigua casa. A Alva le encantaba sentarse ahí, con las piernas cruzadas, una figura insólita, leyendo, con el pensamiento en otro mundo, escuchando música o hablando conmigo. Y aunque ha sido una Navidad muy bonita, de pronto todo me tira hacia abajo y mis ojos se llenan de lágrimas. Me muerdo los labios y pienso en la estancia del hospital en la que pasó sus últimos días. La echo tanto de menos, tanto...

En lugar de volver con los demás me quedo ahí en el porche y observo la noche. La escarcha brilla en las ramas de los árboles y el suelo está cubierto de una fina capa cristalina. Hace frío, pero no me molesta.

Al cabo de un rato, Liz sale a buscarme. Me pone un sobre rojo en la mano y me dice:

—Tu otro regalo. Espero que te dé más suerte que a mí.

En el sobre hay una pequeña piedrecita blanca. Emocionado, paso un brazo por los hombros de mi hermana y la atraigo hacia mí.

—No creas que eres el único que nos ves —dice devolviéndome el abrazo—. Nosotros también te vemos. Yo pienso mucho en mi Jules, en cómo se encuentra y en cómo se siente.

Observamos el cielo plagado de nubes. Siento una agradable sensación de recogimiento y, por primera vez en mi vida, siento consoladora la indiferencia del cosmos.

Liz, en cambio, me mira de lado con la boca entreabierta.

—¿Qué pasa? —le digo.

No obtengo respuesta.

—Por Dios, dime algo. ¿Qué te pasa?

Pero Liz entra de nuevo en casa sin decirme nada más.

Al cabo de un rato, mientras todos duermen y yo me dispongo a salir para dar mi paseo nocturno al bar, descubro a Liz, sentada en pijama en el sofá del comedor, con la guitarra sobre el regazo. No se da cuenta de que estoy allí y

sigue tocando flojito. Entonces reconozco la canción que está tarareando y recuerdo la primera vez que la cantó.

Muy propio de Liz, esto de esconder su embarazo durante varias semanas. Ahora Marty y yo la provocamos diciéndole que será la madre más vieja del mundo, pero ella responde que es solo porque ha tardado un poco en lograrlo.

Toni está encantado, por supuesto. Lo único que le preocupa es que Liz ya no se acuesta con él. *Mission accomplished*, dice.

—Se acabó por ahora. No pensé que fuera a pasar tan rápido.

—Sí, estamos todos muy sorprendidos.

—Vale, ríete si quieres —me dice—. Aun así, yo sigo convencido de que volverá conmigo cuando nazca el niño. Quién sabe, a lo mejor quiere tener otro y volvemos a hacer magia.

—Para entonces tendrá cuarenta y seis años.

—¿Y qué? Cada reloj marca las horas a su manera.

Según la amniocentesis, todo está bien. Será una niña. Luise está contentísima y dice que ya tiene ganas de enseñar a su primita alguna cosa, aunque aún no tiene claro qué. Poco a poco parece que va empezando a superar la muerte de su madre. Hace gimnasia acrobática cada semana (en casa también lanza los aros al aire con desmedida dedicación), suele traer amigas a comer a casa y su profesora me ha asegurado que es una niña querida y feliz.

Vincent, en cambio, sigue complicándose la vida. Sus notas han bajado en picado, apenas habla con nadie y el resto de los niños ha empezado a hacerle el vacío. Solo tiene dos amigos, muy tímidos, parecidos a él, a cuyas casas suele ir por las tardes para jugar a videojuegos. Sé que tengo que hacer algo para evitar que se convierta en alguien tan cerrado y temeroso como su padre.

Pese a todo, es un tipo duro, tenaz. Yo voy a verlo a todos sus partidos y suelen dejarle en el banquillo hasta que quedan pocos minutos para que acaben. Los demás niños parecen mayores, más robustos y ambiciosos, mientras que él suele estar ausente, ajeno al partido, razón por la cual su entrenador se pone de los nervios. Le hace jugar siempre en la defensa, que no es su posición en absoluto, porque es tan delgado y ligero que si los otros le

arrollan sale disparado por los aires.

En una ocasión, no obstante —era un día lluvioso de finales de marzo—, jugaban un partido y él volvió a salir al campo cuando quedaba poco para el final. Sin embargo, en lugar de quedarse atrás, Vincent no dejó de avanzar hacia los jugadores que ocupaban posiciones delanteras. Su entrenador le gritó que se detuviera, pero él no le hizo caso. Mi hijo se quedó allí. Y entonces, muy poco antes de que el árbitro indicara el final del partido, alguien de nuestro equipo lanzó un chut largo, alto. Los cuatro defensores se molestaron entre ellos y no acertaron con la pelota, se encadenaron una serie de errores absurdos y, de pronto, Vincent se encontró solo frente a la portería. Chutó a toda velocidad, la pelota rebotó contra un poste, volvió directa a él, chutó de nuevo y esta vez marcó gol. El primero de su vida. Mi hijo se da la vuelta con los ojos como platos. Él es el primero que no da crédito a lo que acaba de suceder. Los demás niños corren hacia él y lo abrazan. El entrenador lo felicita con un cierto titubeo, y él sigue allí plantado, incrédulo, mirando a su alrededor. Entonces me ve y me sonrío. Es una gran sonrisa preciosa e insólita, enigmática y un poco sabia.

Es una sonrisa con la que puede salvarlo todo.

Yo le hago un gesto con las manos, algo que por lo visto le da vergüenza, y él sigue al resto de compañeros al centro del campo mientras se limpia la nariz con la manga de la camiseta.

En las vacaciones de Pascua, Liz y Toni vienen a visitarnos. Queremos mantener la tradición e ir de viaje a Francia. Estamos en el coche, el equipaje ya está cargado. Solo falta mi hermano, que últimamente se despista con cualquier cosa. En ese momento me doy cuenta de que no he cogido la pelota de fútbol y aprovecho para correr a casa a buscarla. Una vez dentro, oigo el viejo y conocido sonido.

Marty está concentrado en el pomo de la puerta, apretándolo hacia abajo una y otra vez, siguiendo una serie cuyo patrón solo conoce él. Ocho veces rápido, ocho lento, ocho rápido de nuevo. Está tan concentrado que no me oye llegar. Cuando se percata de mi presencia parece sentirse avergonzado, y después se encoge de hombros y dice:

—Bueno, todos tenemos nuestros pequeños y oscuros secretos.

Nos miramos en silencio.

—No se lo digas a Elena, por favor —dice al final.

—¿Cuántas veces haces esto del pomo?

—En total, sesenta y cuatro. Mi número de la suerte es el ocho, así que ocho veces ocho cuenta el doble. Antes lo hacía veintitrés veces, pero no me dio nada de suerte. Así que ahora multiplico el ocho. Primero aprieto rápido, para la suerte azarosa, y luego lento, para la felicidad permanente.

Sin decir nada, me doy la vuelta y voy a buscar la pelota.

—Ya sabes que al interrumpirme tengo que volver a empezar, ¿verdad? —dice mi hermano dirigiéndose al pomo—. Lo siento.

—¿Qué les digo a los demás?

—Invéntate algo.

—Sabes que puedes hablar con Elena de ello, ¿verdad?

Marty sacude la cabeza hacia los lados, suplicante, mientras me sonrío con una cierta desesperación. Una chispa de locura para pagar el precio de la normalidad. Vuelvo solo al coche y meto la pelota en el maletero. Mientras, me parece oír a mi hermano moviendo el pomo de la puerta una y otra vez.

El sol primaveral ilumina con fuerza las copas de los árboles. Embriagado por la exuberante naturaleza del Languedoc, propongo a Luise y Vincent que salgamos a hacer una excursión. Por el camino, quieren saber de quién había sido la casa de Berdillac, por qué yo nunca hablo en francés, quién es el mejor jugador de fútbol del mundo y si el tío Toni de verdad tiene poderes mágicos y ha estudiado en Hogwarts, como les ha dicho. Yo les respondo con toda la paciencia, feliz de tenerlos conmigo.

Llegamos a una colina.

—¡A ver quién llega primero! —grita Luise e inmediatamente se pone a correr.

Vincent sale corriendo detrás de ella y yo los sigo a una cierta distancia. Me esfuerzo, en cualquier caso, y durante un instante parece que el ganador vaya a ser yo, porque mientras ellos empiezan a jadear yo logro darles alcance y les empujo al pasar a su lado. Eso sí, justo antes de llegar a la cima finjo no poder más y quedo el último.

Los tres nos reímos y jadeamos al tiempo. Estamos en la cima. El valle se extiende a nuestros pies. Cuando llegamos al roble que crece junto al banco, mis hijos reaccionan de un modo muy parecido a como lo hicimos hace años mis hermanos y yo.

—Alguien ha talado una rama.

Vincent se ha fijado en lo que yo miraba.

—Lo sé —le digo—. Supongo que fue tu abuelo en persona quien lo hizo.

No quiero explicar a mis hijos la historia sobre mi tío que mi padre nos contó.

—¿Tu padre? —me pregunta Luise—. ¿Y por qué?

Yo me limito a encogerme de hombros, aunque siento un ligero escalofrío.

Luise, por el contrario, repasa con sus dedos las palabras que pueden leerse en el tronco, *L'arbre d'Eric*, escritas con un cuchillo hace más de cincuenta años.

Las dos semanas en Berdillac pasan a toda velocidad. A menudo pienso en mis hermanos. En cómo pudimos distanciarnos tanto después de la infancia. En cómo nos vimos obligados a enfrentarnos a la finitud de la vida y en qué modo más distinto de reaccionar tuvo cada uno. Mi hermana, exprimiendo la vida al máximo, con avidez. Mi hermano, vigilando la suya con ansiedad. Y en cómo ahora, pasados todos esos años, estamos por fin reunidos de nuevo ante la mesa del desayuno. Estamos muy apretados porque apenas hay sitio, mis hijos se fastidian entre sí, Elena intenta tranquilizarlos, la voz de Toni resuena con fuerza en el techo de la habitación, Marty acaba de leer un artículo en el periódico y se esfuerza por comentarlo, Liz lo contradice, una silla se cae, se oyen gritos, voces que juegan entre sí. Soy el único de la mesa que está en silencio, así que cierro los ojos y sigo escuchando: adoro estos ruidos propios de la monotonía, estos momentos de compartir. Solo estando juntos podemos superar la soledad que nos acecha por separado.

El último día salimos a hacer un pícnic a un prado. El sol brilla desde el cielo despejado y calienta hasta la hierba. Mis hermanos extienden un mantel en el suelo, el husky lo olfatea, emocionado. Los niños intentan huir de Toni, que los persigue haciendo ruidos extraños y les grita que es el monstruo de los

bosques, y que quiere cazarlos y comérselos para merendar.

Liz, cuyo embarazo ya está muy avanzado, suspira.

—Es más niño que los propios niños. —Pero al decirlo se le escapa inevitablemente una sonrisa.

Observo a mi hijo, que corre concentrado delante de Toni y logra, como siempre, ocultar que se divierte. Y observo también a mi hija, que no deja de lanzar grititos de alegría y emoción. Por la mañana hemos tenido una discusión terrible, porque le he dicho que después del verano llevaría tirantes en el uniforme, y ella se ha mostrado indignada y se ha ido corriendo a su habitación, que ha cerrado de un portazo. Ha sido uno de esos momentos en los que echo de menos a Alva y la tranquilidad con la que, sin duda, habría manejado la situación. Y me he preguntado si no soy, en realidad, idéntico a mi padre.

Sea como fuere, parece que Luise no recuerda en absoluto su disgusto de la mañana, pues se esconde tras mi espalda mientras grita que le proteja del monstruo de los bosques.

Toni llega hasta nosotros y me señala con el dedo.

—¡Aparta! —me exhorta con voz de ultratumba.

—¡Márchate, engendro!

Oigo que mi hija deja escapar una risita tras de mí.

—Si vuelves a abrir la boca, morirás.

Estaba a punto de contestar cuando veo a Vincent deambulando solo por el bosque. Pido perdón a Toni y a Luise, les digo que enseguida vuelvo y voy a buscarlo.

—Pero ve rápido —dice Toni—, que queremos jugar al fútbol.

Entro en el bosque, donde mi hijo acaba de romper una rama para tirarla lejos, con fuerza. Le pongo la mano en el hombro y caminamos juntos un rato. Por fin llegamos al tronco caído sobre el río empedrado, y enseguida oigo la voz de mi padre en mi interior, recordándome que es demasiado peligroso.

Mi hijo lo mira con curiosidad.

—Mira qué largo, papá —me dice.

—Unos diez metros.

—¿Crees que alguien lo habrá cruzado alguna vez?

—Seguro que sí —le digo.

—Yo no estaría tan seguro...

—Cariño, cuando yo tenía tu edad pasé varias veces por ahí encima. — Hice los cálculos y me puse a reír—. De eso hará ya treinta y cuatro años.

Vincent me mira con incredulidad.

—No te creo —insiste—. Te puedes hacer mucho daño.

Pienso en las famosas palabras de Wordsworth: «El niño es el padre del hombre». Veo el miedo clavándose en los ojos de Vincent y no me lo pienso dos veces; mientras él intenta evitarlo, me subo al tronco de un salto. Vincent me grita que lo deje, pero yo pongo un pie tras el otro. El tronco tiembla, yo me mareo levemente y noto el miedo aferrándose a mi pecho. Recuerdo a Alva hace muchos años, en su primera visita a Berdillac, pasando por el tronco con los brazos abiertos. Tengo que hacerlo por ella.

Hacia la mitad del camino, Vincent se da cuenta de que no tiene ningún sentido seguir gritándome que no lo haga y empieza a animarme para que lo consiga. Bajo una vez la vista hacia las rocas cubiertas por el agua, y me imagino un nuevo ingreso en el hospital.

Pero no; al final lo consigo. Y cuando llego al otro lado, veo a mi hijo mirándome desde la orilla contraria. Vincent tiene de nuevo los ojos muy abiertos y esa expresión incrédula que le es propia. La vuelta parece algo más complicada. Camino despacio sobre el tronco resbaladizo y en una ocasión casi me caigo. Pero sé que no hay vuelta atrás, pues es el momento de sembrar. Plantaré esta escena con mi hijo, y en unos años espero que crezca y le sirva a él para perder parte de su miedo para siempre.

Justo cuando llego al otro lado me resbalo de verdad, me caigo al suelo y me ensucio la camisa. Vincent me mira con cara aterrorizada, pero yo me levanto con una sonrisa.

—No pasa nada —digo. Y mirando el tronco, añado—: ¿Lo ves? No era tan difícil. —Lo cierto es, no obstante, que necesito unos minutos para recuperar el aliento y volver en mí.

Vincent, en cambio, sale corriendo de allí y se va a buscar a los otros como una bala, para explicarles lo que ha pasado antes de jugar el gran

partido de fútbol.

—¿Vienes? —me pregunta.

—Ahora voy.

Me detengo bajo unos árboles enormes que hay al final del bosque y miro a mi familia durante unos instantes. Toni está en la portería, marcada con dos jerséis. Mi hija tiene la posesión de la pelota y mi hijo corre tras ella para arrebatársela. Él y Marty juegan juntos, y Luise va con Elena, que justo en ese momento chuta la pelota. Paradón de Toni. Mientras, Liz toca la guitarra y los observa, con el perro de mi hermano sentado al lado. De vez en cuando lanza un ladrido, pero no se mueve. Hace unos años no habría parado quieto corriendo detrás de la pelota, pero ahora está mayor y se ha tranquilizado. Con suerte le quedarán uno o dos veranos más. Y al final habrá tenido una vida completa y satisfactoria, mientras que hace muchos años otro perro fue devorado por el río a pocos metros de allí.

Las cosas vienen y van. He tardado mucho en aceptar eso; ahora me doy cuenta.

Cuando los niños me ven allí parado, me llaman para que me sume al grupo y haga de portero.

Salgo del bosque.

—Sí —les digo sacudiéndome de nuevo el barro de la camisa—, ya voy.

AGRADECIMIENTOS

Con este libro quiero dar las gracias sobre todo a mis padres. A mi padre, por su sentido del humor y por todas las charlas amorosas e inspiradoras. A mi madre, por su indestructible alegría en los momentos difíciles y su confianza en mí.

Ursula Baumhauer me ayudó mucho con el trabajo. Qué suerte tenerla a ella como correctora. Mi agradecimiento también a Thomas Hölzl, Anna Galizia y Georg Grimm, así como a Roger Eberhard, Tanja Graf, Marie Gronwald, Clara Jung, Daniel Kampa, Ronald Reng, Muriel Siegwart, Veronika Vilgis, Daniel Wichmann, Anne Wiebung, Frieder Wittich y Klaus Cäsar Zehrer.

Philipp Keel me dio todo el tiempo del mundo para hacer el libro. Su confianza en mi trabajo y su apoyo constante fueron muy importantes para mí. Un «¡muchas gracias!» bien alto, escrito siempre en castellano, para todos los que trabajan en Diogenes, especialmente a Mario Schmuki y a Ruth Geiger, con los que siempre puedo contar.

Un recuerdo también para Daniel Keel, que me acogió en su editorial y cambió el ritmo de mi vida. Gracias a él he vivido cosas maravillosas. Nunca lo olvidaré.

Benedict Wells (Múnich, 1984) estudió en tres internados de Baviera. Acabado el bachillerato se trasladó a Berlín, donde renunció a los estudios universitarios y decidió dedicarse al incierto oficio de escribir mientras sobreviviría con trabajos ocasionales. Sus dos primeras novelas fueron recibidas de forma entusiasta por la crítica y el público. La tercera, *El fin de la soledad*, ganó en 2016 el Premio de Literatura de la Unión Europea, se mantuvo durante más de un año en la lista alemana de los más vendidos y se tradujo a veinticuatro idiomas. Wells es un viajero incansable y ha vivido varios años en Barcelona.

· ALIOS · VIDI ·
· VENTOS · ALIASQVE ·
· PROCELLAS ·